ACADEMIA HIGHCLARE

JANA HOCH



EL CÍRCULO RUBÍ



TODOS NUESTROS *secretos*




EL CÍRCULO RUBÍ

JANA HOCH



EL CÍRCULO RUBÍ

TODOS NUESTROS *secretos*



Traducción de Leonor Saro



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *The Ruby Circle. All unsere Geheimnisse*
Editor original: Arena Verlag
Traducción: Leonor Saro

1.ª edición: agosto 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2023 Arena Verlag GmbH, Würzburg
Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent
All Rights Reserved
© de la traducción 2025 *by* Leonor Saro
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 979-13-87557-75-1

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para Anna, mi cómplice y mi mejor amiga literaria.
Si alguien se ha ganado esta dedicatoria, esa eres tú.
¡Gracias por todo!



CASA HAVERTON

«Aspira a la grandeza»

La Casa Haverton es una de las tres facciones del Círculo Rubí. A ella pertenecen los miembros más ricos y famosos de la Academia Highclare. Sus fastuosos terrenos ofrecen todo lo que se puede desear, pero tras sus muros hay mucha rivalidad, intrigas y secretos.



CASA BELMONT

«Honor, deber, sabiduría»

Los miembros de Belmont tienen asegurado un futuro brillante. Aquí se valora sobre todo el esfuerzo, la ambición y el rendimiento. Sin embargo, los que no están a la altura de sus exigencias pueden perderlo todo.



SIR ARCHER REMINGTON

«Siempre leales, siempre unidos»

Sir Archer Remington está por detrás de las otras dos casas de la Academia Highclare tanto en tamaño como en comodidades. Sin embargo, sus miembros son empáticos, abiertos y tolerantes. Aquí los becarios siempre son bienvenidos, por lo que las otras dos casas miran con cierto desdén a los miembros de Sir Archer.

1

No esperamos menos de ustedes que el mundo. Porque, al fin y al cabo, eso es lo que tienen delante: el mundo. Ustedes, todos y cada uno, son la élite del futuro.

Mientras el director Lowell recorría las gradas con la mirada, reinaba tal silencio en el gran salón, que apenas me atrevía a respirar. Hizo una breve pausa para enfatizar aún más sus palabras. Era uno de esos momentos para la posteridad, uno que nos recordaba que la fase más importante de nuestras vidas estaba a punto de comenzar. Sin embargo, lo único que yo sentía era una sensación de malestar en el estómago. Giré la cabeza, insegura, para mirar las caras de los presentes. Tenían los ojos brillantes. En algunos detecté veneración, en otros arrogancia, pero ni rastro de preocupación; ninguno de ellos parecía dudar sobre si debían sentirse interpelados por el discurso del director. Nadie más en la sala se planteaba siquiera si tenía derecho a estar allí.

«Ustedes son la élite del futuro».

Crucé las manos sobre el regazo y lamenté haberme sentado en las primeras filas porque, cada vez que el director miraba en nuestra dirección, no podía evitar preguntarme si me notaría en la cara que yo… era diferente.

—Tras completar con éxito el proceso de admisión y haberse matriculado hoy, están ustedes siguiendo los pasos de los pocos elegidos que pueden presumir de ser graduados de la Academia

Highclare. Cuando hayan terminado su educación aquí, se les abrirán las puertas de las mejores universidades del mundo. Y lo que es aún más valioso: los contactos que hagan en esta escuela serán de vital importancia en su camino. Esperamos grandes cosas de todos ustedes y pueden sentirse muy orgullosos. Pero no olviden nunca la responsabilidad que conlleva semejante honor.

Durante semanas, me había imaginado cómo sería estar sentada en este lugar: el Salón Southerin, la centenaria sala de reuniones. Había visualizado hasta el último detalle. Mi llegada, el momento en el que por fin me daría cuenta de que todo estaba pasando de verdad, el leve cosquilleo en la piel al recorrer por primera vez los pasillos de la academia. Pero ahora no sentía nada de eso… tan solo una ligera sensación de pavor, y el deseo de llamar a mis dos padres y decirles que había cometido un error. Otra vez.

—Tienen la oportunidad de lograr grandes cosas. No se conformen con resultados que no estén a la altura de su potencial y que no les ayuden a avanzar.

Con cada una de las frases del director, me sentía más y más hipócrita. Como si estuviera tratando de ser alguien que no era. Tragué saliva y observé las gruesas columnas que se alzaban hasta el magnífico techo abovedado. Entre ambas, sobre paneles de madera oscura, colgaban cuadros con marcos dorados de antiguos miembros de la Academia Highclare. Nombres célebres, políticos, premios Nobel, campeones olímpicos. Antes, al caminar por el pasillo para buscar un asiento libre, había tenido la sensación de que todos me miraban con desdén. Ahora, desde donde estaba sentada, solo podía ver uno de los retratos, colgado justo a mi lado. Era un hombre corpulento, de aspecto especialmente sombrío y con un

nombre rimbombante.

No perteneces a este lugar, parecía susurrarme el retrato. *No eres una de ellos*.

Apreté los dientes, obligándome a no volver a mirar, intenté concentrarme otra vez en el discurso. El director Lowell estaba explicando cómo se desarrollarían los próximos días de los alumnos nuevos: actos de bienvenida, sesiones informativas del club de ajedrez y de golf, y de los equipos de natación, tenis y deportes ecuestres. Pero mi mente se resistía a prestar atención.

Mentirosa, miserable mentirosa, me increpaba el retrato. Había escuchado esas palabras demasiadas veces en los últimos meses y esperaba poder escapar por fin de ellas aquí. Sin embargo, aunque el director nos aseguraba que muy pronto haríamos amigos, me di cuenta de que estas palabras nunca habían sido tan ciertas como ahora. Me alisé la falda azul marino y me ajusté las mangas de la americana granate del uniforme de la escuela. Entonces me atreví a mirar detrás de mí. Las gradas se veían llenas de chicas y chicos de diferentes nacionalidades. Los profesores también se habían reunido en el Salón Southerin para escuchar el discurso de bienvenida del director. Hasta el último asiento de la sala estaba ocupado. En la Academia Highclare solo había doscientas plazas en total, y estaban muy solicitadas. La mitad de ellas se repartían entre los dos cursos del bachillerato internacional, en el que me había matriculado. La otra mitad eran estudiantes que cursaban la carrera de economía, gestión de empresas o política en dos años en lugar de en tres.

Las clases se desarrollaban en grupos pequeños, lo que permitía un ritmo de aprendizaje muy alto, y las impartían los profesores más excelentes del país. Sabía que la lista de espera para conseguir una

de estas plazas era interminable. Con un buen expediente en la Academia Highclare podías entrar en un máster en cualquier universidad de primer nivel o empezar directamente a forjar una carrera internacional. El director Lowell no exageraba: los graduados de la academia tenían el mundo a sus pies.

Sin embargo, tenía ganas de llorar. Al despedirme de mis dos padres aquella mañana, abrazarlos y asegurarles que mi mayor deseo era estar aquí, había conseguido mantenerme fuerte. Pero ahora mi confianza se desvanecía por momentos.

Impostora, me susurró de nuevo mi voz interior, mientras mi mirada volvía a vagar por los rostros de los demás, por sus peinados ordenados, sus corbatas, anudadas con esmero, sus camisas recién planchadas y… Un momento. Me detuve de repente. Allí, dos filas detrás de mí, había una chica que, en lugar de la camisa, llevaba una camiseta ancha debajo de la americana. En la parte delantera, tenía escrita la frase «Hell was boring». Y… ¿estaba mascando chicle? Estuve a punto de echarme a reír. No sabría decir si me parecía irrespetuosa o increíblemente guay. Además, era muy guapa: tenía el pelo largo y negro y los ojos grandes y oscuros. Claramente, era el tipo de chica que provoca que los chicos se giren al pasar. Y, sin duda, con esta camiseta llamaría aún más la atención. O iría directa al despacho del director.

Se oyeron murmullos. Volví a girar la cabeza con rapidez hacia delante para descubrir qué era lo que causaba tanto revuelo; no obstante, nada había cambiado. El director Lowell seguía de pie detrás del púlpito y estaba citando a Artus Belmont, uno de los fundadores de la academia. Sin embargo, al segundo vistazo me di cuenta de que había levantado las cejas y miraba a un chico con

actitud desenfadada que estaba apoyado contra la pared en una de las salidas delanteras. Tenía el pelo oscuro, facciones marcadas y vestía el uniforme de la academia. Debajo del brazo llevaba un paquete alargado con un envoltorio brillante y nacarado. Por un momento pensé que había llegado tarde. Pero no, eso no tenía sentido. Al menos, el chico no parecía estar incómodo por el hecho de que cada vez más gente se volviera para mirarlo. Todo lo contrario. No le prestaba atención ni al director ni a las chicas de la primera fila, que cuchicheaban y se echaban coquetamente el pelo hacia atrás. Me observaba a mí. Sí, a mí. Directamente. Cuando nuestras miradas se encontraron, me sonrió.

—Ese… es Atlas Corentin, ¿verdad? —murmuró una chica detrás de mí, a lo que un chico respondió:

—Está tan bueno como en las fotos. Creo que me voy a desmayar.

El director Lowell carraspeó. Continuó con su discurso, recordándonos una vez más el honor que suponía convertirse en miembros de esta comunidad, y al final nos despidió con unas sentidas palabras sobre nuestro futuro. La sala rompió en aplausos, pero, antes de que los primeros pudieran ponerse las chaquetas, me di cuenta de que la atmósfera había cambiado. Tardé apenas unos segundos en averiguar por qué. El tipo de antes, Atlas, se había puesto en movimiento y todas las miradas estaban fijas en él.

Los últimos aplausos se extinguieron, aunque nadie se levantó ni recogió sus cosas. Todos miraban embelesados a Atlas atravesar el auditorio y recorrer una fila tras otra… ¡directo hacia mí!

—¿Louisa Bennet?

Apenas pude contenerme para no agachar la cabeza cuando se detuvo frente a mí. La sangre se me subió a las mejillas y me sentí

tan caliente que me olvidé de responder. *Louisa Bennet*. Había pronunciado mi nombre alto y claro. Hasta el último alumno de la sala debía de haberlo oído y no necesitaba mirar a mi alrededor para saber que todo el mundo me observaba.

—Bienvenida a la Academia Highclare.

Como si no tuviera ya suficientes motivos para querer que me tragara la tierra, me tendió el paquete que había tenido bajo el brazo todo el tiempo. Era una caja de cartón enorme y brillante con un lazo y un estampado dorado.

No me moví.

—Vamos, no seas tímida… Louisa —dijo Atlas riendo.

¿Podía por favor parar de una vez de decir mi nombre, hasta que todo el mundo lo oyera claramente e incluso lo buscara en Google? Alargué las manos con rapidez y acepté el paquete para no llamar más la atención.

En sus labios se dibujó una sonrisa de satisfacción.

—Esta va a ser tu noche —me aseguró, aunque no tenía ni idea de lo que quería decir. No pude preguntárselo, porque Atlas dio un paso atrás y levantó la vista un instante, como si estuviera cerciorándose de que hasta la última fila estaba estirando el cuello para mirarnos. Después me sonrió de nuevo, se dio la vuelta y se alejó con resolución por el pasillo central.



A pesar de mis intentos por salir de la sala lo más rápido posible, las miradas del resto de estudiantes me persiguieron por toda la escuela. No era de extrañar.

Seguramente, el episodio con Atlas había corrido como la pólvora

y, con el paquete debajo del brazo, era como si llevara una gigantesca flecha de neón sobre la cabeza. Mirad, ahí está. Louisa Bennet.

Maldita sea. Lo único que quería era pasar lo más desapercibida posible en la escuela. No había transcurrido ni un día y ya me conocía todo el mundo en el campus. Genial, de verdad. Gracias, Atlas.

Con las mejillas todavía encendidas, caminé por una galería hasta llegar a uno de los numerosos patios interiores que había recorrido pocas horas antes, durante la visita oficial por los terrenos de la escuela. Esta era la imagen que más se repetía si buscabas en internet la Academia Highclare: fachadas antiguas de color gris arena, enormes ventanas de medio punto divididas por parteluces y torrecillas y almenas en los tejados. En el centro de la plaza había cuatro extensiones verdes y en las paredes se enroscaban algunas enredaderas de hiedra.

Me dirigí a la salida, un pasadizo en forma de túnel de unos cinco metros de altura coronado por un reloj de pared dorado, y me subí a uno de los elegantes monovolúmenes que esperaban frente a la academia. Durante la visita guiada nos habían explicado que funcionaban como buses lanzadera, para desplazarse de forma rápida y cómoda por los extensos terrenos de la academia. Y eso era justo lo que yo quería en ese momento, salir de ahí cuanto antes. Respirar profundamente. Aclarar mis pensamientos. Y luego por fin, llegar a mi habitación y meterme bajo las sábanas. Ah, sí, y deshacerme del maldito paquete.

El día había empezado fatal. Poco después de dejar mi ciudad natal, Silvermore, nos encontramos con que habían cerrado la

autopista, así que solo gracias a las extraordinarias habilidades de conducción de Pa, conseguimos llegar por los pelos a la recepción de la mañana. No nos quedó tiempo para visitar el edificio, por lo que atravesamos la imponente puerta de entrada, custodiada por varios guardias de seguridad, y el interminable aparcamiento, hasta el edificio de la escuela de Highclare.

Un abrazo rápido, y algunas lágrimas reprimidas por ambas partes. Después, con la mochila sobre los hombros, me encaminé directamente al inmenso patio interior de la academia, donde ya se habían reunido alrededor de cuarenta estudiantes nuevos. Mis padres me habían prometido llevar mis maletas a mi edificio y asegurarse de que pudiera instalarme una vez finalizados los acontecimientos programados del día.

Había tres casas en total en el campus. La Casa Haverton, la Casa Belmont y la Sir Archer Remington, que, no sé por qué, no iba precedida de la palabra «Casa». Sabía por Lucinda, la jefa de uno de mis padres, que se había graduado en la Highclare y que ahora dirigía un prestigioso internado para chicos, que los miembros de la escuela formaban parte de una especie de círculo de élite. Una comunidad que le daba mucha importancia a las tradiciones, que te apoyaba cuando empezaba tu andadura profesional y que custodiaba todos tus secretos. El Círculo Rubí. Así lo llamaban.

A mí me sonaba todo bastante exagerado. Me parecía un grupo de niños ricos con ínfulas, que creían que no tenían nada que ver con el resto del mundo y se atrincheraban tras los muros de sus lujosas mansiones. Pero al final, tanto si me gustaba como si no, ese era el motivo por el que había venido hasta aquí: la discreción. Los terrenos de la academia estaban estrictamente vigilados y

protegidos de las miradas ajenas: nadie podía entrar sin una invitación expresa. Desde mi asiento en el minibús, no se veía el muro de tres metros de altura que rodeaba todo el recinto, aunque me acordaba bien de la extraña sensación de opresión que me había embargado por la mañana, cuando nuestro coche se detuvo frente a la portería y el personal de seguridad nos permitió pasar tras un estricto control de identidad. En aquel momento, por alguna razón, me sentí como si estuviera dejando una parte de mi libertad al otro lado de la puerta. Probablemente, eso era lo normal cuando ibas al colegio con hijos de actores, políticos y otras celebridades. La seguridad era lo primero.

Una seguridad que yo misma necesitaba con urgencia y que ninguna escuela o residencia corrientes podían ofrecerme. Hacía medio año había cometido el peor error de mi vida, y desde entonces tenía que vivir con las consecuencias. Con el hecho de que ahora estaba en el punto de mira, y de que los paparazzi me acosaran en cuanto ponía un pie en la puerta. Con el hecho de que se hablara de mí constantemente, y de que muchas personas que hasta ese momento consideraba mis amigos me dieran la espalda. Y de que mi antigua vida no volvería jamás, por más que lo deseara.

—¿Adónde la llevo, señorita? —me preguntó el conductor del monovolumen, arrancándome de mis pensamientos. Sobresaltada, levanté la vista. ¿Cuánto tiempo llevaba aquí sentada sin darme cuenta de que el vehículo no se había puesto en movimiento?

—Tengo que ir a… —me esforcé por no tartamudear—. A la Casa Haverton.

—De acuerdo. —El conductor arrancó el motor y me hundí en el asiento, mientras miraba cómo el jardín que rodeaba el edificio

pasaba delante de mí. A mi izquierda, descubrí las pistas de tenis y un centro deportivo de poca altura, donde estaría la piscina. Algo más atrás pude vislumbrar campos con caballos. Me acerqué más a la ventanilla, y sentí que me costaba menos respirar. Esta era la segunda parte de mi nueva realidad, una que esperaba con una sincera e inexplicable ilusión. Iba a pertenecer a un equipo de nuevo. En verdad, apenas podía creerme que hubiera ganado una de las escasas becas que se otorgaban una vez al año para la especialidad de equitación en la academia. Mi mejor amiga Kami casi se desmaya de emoción cuando le enseñé la carta, aunque no por los caballos, sino por los chicos increíbles que, en su opinión, iba a conocer aquí. Kami también montaba a caballo y había pasado innumerables horas en los establos con Lexi y conmigo, pese a que siempre insistía en que ella no era una de esas chicas locas por los caballos que no hacen más que pensar en sus amigos de cuatro patas. Todo lo contrario a Lexi y a mí.

Lexi. Apreté las manos y contuve la respiración, todavía me costaba pensar en ella. En sus palabras. En su rechazo. Y en el hecho de que no me creyera y de que me considerara una mentirosa. De todas las amigas que tenía —en el colegio, en la hípica, en el vecindario—, solo me quedaba Kami. Por supuesto, me dolió mucho cuando el resto del grupo de equitación empezaron a mirarme mal y hablar de mí a mis espaldas. Y sí, me pasé más de una noche llorando tras pedirme que abandonara el equipo. Pero la pérdida de Lexi, la amiga que se había sentado a mi lado desde el primer día en primaria y de la que creía que nada ni nadie podría separarme, me había roto el corazón. Siempre habíamos sido nosotras tres. Lexi, Kami y yo habíamos pasado por muchísimas

cosas juntas: el horrible intercambio escolar en Francia, en mitad de la nada, el divorcio de los padres de Kami y los primeros desengaños amorosos. Y, aunque en los últimos meses Kami no había dejado de repetirme que Lexi nunca había sido una verdadera amiga, cuando se comportó así, lo único que deseaba era poder retroceder en el tiempo y que todo fuera como siempre entre nosotras tres.

Al pensar en eso, no pude evitar suspirar. Había echado la cabeza hacia atrás y cerrado los ojos un instante, cuando advertí que el coche se había parado frente a una puerta que conducía a una larga rampa de acceso. Y al final del sendero… ¡Un momento!

—Eh… disculpe. Tengo que ir a la Casa Haverton —le repetí al conductor. Seguramente, no me había entendido bien. Pero el hombre siguió conduciendo, impasible, en dirección a la imponente mansión.

—En un momento, señorita —dijo él—. Enseguida llegamos.

Apenas podía creérmelo y miré atónita fuera. Este lugar era… de locos. La Casa Haverton no era una casa, ¡era un maldito castillo! Estoy segura de que lord Bridgerton lo habría encontrado a la altura de su clase social. Pero yo… me sentía completamente abrumada.

Por supuesto, había buscado fotos de la Academia Highclare en internet, pero tanto en la página web como en el motor de búsqueda de imágenes solo aparecían fotos del Salón Southerin y de las aulas. Kami se había pasado días revisando las redes sociales de distintas celebridades que estudiaban en Highclare, desde la protagonista de nuestra serie favorita hasta un *influencer* famoso al que seguía en YouTube. Sin embargo, en sus perfiles había pocas imágenes del recinto. La mayoría de las fotos eran de fiestas y si se veía alguna de las casas, era solo una parte en concreto: una zona de descanso,

una piscina inmensa, un coche deportivo delante de la fachada iluminada por la noche…

Sabía que las residencias del Circulo Rubí eran exclusivas, pero ¿tanto? Me sentía como en una película mientras nos acercábamos al edificio de piedra, alargado y de varias plantas. Era mucho más grande de lo que me había imaginado; tenía almenas en el tejado, ventanas con parteluces y un majestuoso portal de entrada flanqueado por sendas columnas estrechas. Nos detuvimos detrás de un Rolls Royce, del que salieron dos chicas rubias que parecían idénticas y seguramente eran gemelas. Las observé subir los escalones de la entrada, donde las recibió una persona. No pude ver nada más porque, en ese momento, el conductor del monovolumen se bajó del vehículo y me abrió la puerta.

—Espere un momento, deje que la ayude con el paquete —dijo, sobresaltándome. Todavía estaba preguntándome si se trataba de un sueño. Pero no, todo esto era real, y apenas un minuto después estaba con mi paquete frente a la ancha puerta batiente, que se abrió como por arte de magia antes de que pudiese siquiera buscar algo parecido a un timbre.

—¿Señorita Bennet?

Una mujer con un moño muy apretado salió a recibirme.

—Sí… esa soy yo —asentí sorprendida, y ella me dedicó una sonrisa más estudiada que sincera.

—Bienvenida a la Casa Haverton. La estábamos esperando. Es usted la última de los nuevos por hoy. Me llamo Brenda, soy su supervisora de planta y la encargada de enseñarle las estancias principales y su habitación.

No esperó a que contestara, sino que señaló el llamativo regalo de

Atlas, que apretaba con cierta vergüenza entre los brazos.

—Martin le llevará eso arriba.

«No es necesario», quise responder. Pero Brenda ya me había quitado el paquete de las manos y me hacía señas enérgicamente.

—¡Vamos, vamos!

Caminaba tan rápido con sus tacones altos, que me costaba seguirle el ritmo, a pesar de que yo llevaba zapatos planos. El interior de la casa era tan espacioso y majestuoso como el exterior. Había un edificio principal con dos largas alas adyacentes alrededor del jardín. Cada una de las alas contaba con su propio comedor y su sala común, que tenía dos plantas y una galería. Del techo de la sala común del ala izquierda pendía una lámpara de araña, tan grande como un coche pequeño, y, al lado de la chimenea abierta de la pared, descubrí algo que casi podría considerarse una pantalla de cine. Repartidos por toda la habitación había oscuros sofás de cuero, en las paredes colgaban numerosas fotografías actuales en blanco y negro junto a imágenes históricas de la Casa Haverton y diferentes mapas que, en su conjunto, formaban una gigantesca obra de arte en la que confluían lo antiguo y lo moderno.

Me quedé con la boca abierta. Me hubiera gustado contemplar las fotografías con más detenimiento, pero Brenda ya se dirigía con resolución hacia una puerta de cristal que conducía al exterior. De nuevo, apenas me dejó tiempo para admirar los rosales y los setos cuidadosamente podados, el pabellón histórico o la terraza con piscina, sino que me hizo un gesto para que la siguiera. Finalmente, llegamos al spa de la casa, con tumbonas de masaje, piscinas interiores climatizadas y bar, y Brenda mencionó que también había un gimnasio, una biblioteca y varias salas de descanso. La cabeza

me daba vueltas y agradecí que subiéramos al ascensor.

Las dos alas tenían cuatro plantas; los chicos vivían en la planta baja y en la primera, y las chicas se alojaban en los pisos superiores. Y, por supuesto, como Brenda volvió a recalcar, los casi noventa estudiantes de la Casa Haverton tenían estrictamente prohibido dormir en una cama que no fuera la suya.

—Lo controlo regularmente —me dijo, antes de que el ascensor se pusiera en marcha y nos dejara en la tercera planta. Brenda giró a la izquierda y se detuvo frente a una de las puertas, justo antes de que el pasillo hiciera un recodo.

—La puerta se abre con su tarjeta de identificación —me explicó, y esperó mientras la sacaba del bolso. Sonó un ligero clic al activarse el sensor y la cerradura se desbloqueó.

—Si tiene alguna pregunta, puede llamarme en cualquier momento a través del panel que hay junto a la puerta. También puede contactar con el personal por este medio.

Asentí, incapaz de responder nada, y Brenda me dejó sola. Abrí la puerta, completamente agotada, y entré, antes de volver a salir para comprobar que estaba en la habitación correcta. Sí, el número era el mismo.

—Guau —se me escapó. La habitación tenía por lo menos treinta metros cuadrados y estaba decorada como la suite de un hotel de lujo londinense. En una de las paredes había una cama enorme con cojines de seda y una colcha de color azul. Enfrente, había un sofá color crema, una butaca y una mesita sobre una alfombra gris. Junto al escritorio, había un espejo de pared a pared. Cuando me asomé a la puerta de la habitación contigua, casi me quedo sin respiración. ¡Tenía un vestidor para mí sola! Era tan grande, que mis pocas

prendas y los tres pares de zapatos que me había traído se sentirían acomplejados. Dios mío, si le enseñara todo esto a Kami, se desmayaría. Le había prometido llamarla después y hacerle un tour por la habitación. Seguro que, al igual que yo, se había imaginado una habitación muy elegante, pero estaba convencida de que no se esperaba algo así… Contuve un grito cuando abrí la puerta del baño: una ducha de lluvia y una bañera frente a la ventana. Vale, no importaba lo que me hubiera traído hasta aquí. Esto era… simplemente alucinante. Volví corriendo al dormitorio, eché un par de fotos y se las envié a mi mejor amiga. Después me dejé caer en la cama. Estuve mirando un buen rato al techo, completamente impresionada, hasta que mi mirada se topó con la maleta y la bolsa de viaje que mis padres habían dejado aquí por la mañana. Encima descansaba un simpático y sonriente unicornio de peluche con melena de arcoíris. Puchi. No sabía si reír o llorar. Al parecer, Kami había convencido a mis padres para que me lo metieran a escondidas en el equipaje.

«Si en algún momento te sientes sola o triste, puedes abrazar a Puchi», me había dicho, mientras ponía en mis brazos el gigantesco bicho del tamaño de un brazo como regalo de despedida. Le aseguré que mi nueva vida en la Academia Highclare sería demasiado emocionante como para sentirme mal. En mi interior añadí que, de no ser así, no iba a secarme las lágrimas con un peluche de felpa rosa. Pero en ese momento, mientras pensaba en Kami, estuve a punto de ceder a la tentación de hacerlo. Sin embargo, cuando me levanté para alcanzar a Puchi, me fijé en la caja de color gris perla que estaba sobre la mesa. El paquete que Atlas me había dado.

De un salto, lo levanté y lo examiné con detenimiento. Entonces,

me fijé en el grabado dorado que había en la parte superior. Corentin. ¿No era el apellido de ese tal Atlas?

Dejé el paquete encima de la cama, quité el envoltorio y que quedé atónita al comprobar lo que había dentro. ¿Pero qué…? En la caja, había un vestido de noche. Y no solo eso. Descubrí también unos tacones plateados y brillantes, un joyero e incluso un frasco de perfume. Durante un momento permanecí completamente inmóvil. Después, saqué el vestido y lo extendí sobre la cama. La tela de color beige claro se sentía suave, fluida e increíblemente cara. Desde luego, no era una experta en moda, pero estaba claro que el contenido del paquete debía de haber costado una fortuna. ¿Por qué una persona que no me conocía de nada me haría un regalo así? Era absurdo… ¡Ahí estaba! Un sobre dorado. Lo abrí con rapidez y leí las pocas palabras que contenía. En la tarjeta ponía una única frase: «Esta noche comienza tu nueva vida».

2

Bajo mis zapatos crujían pequeños guijarros, mientras atravesaba el camino de entrada de la Casa Haverton y tomaba el sendero que, según el plano general, conducía a las instalaciones ecuestres del Círculo Rubí. Necesitaba caballos a mi alrededor para poder poner mis pensamientos en orden. De inmediato. Las primeras impresiones de la academia, mi nuevo y señorial hogar, y ahora también este mensaje misterioso habían sido demasiado para mí.

Desde las diez de la mañana había asistido casi sin interrupción a numerosos eventos de presentación: diversas charlas de bienvenida, la entrega del horario, la visita guiada por el campus y, por último, el discurso del director Lowell. A estas alturas, mi bandolera contenía tal cantidad de folletos y hojas informativas, que podría utilizarla sin problema para hacer pesas. Información sobre las distintas especialidades deportivas, la oferta de actividades por la tarde, las reglas del campus y la biblioteca, y seguramente más folletos de los que ya no me acordaba. Pero nadie, y de eso estaba segura, había dicho ni una palabra sobre una fiesta por la noche. Desde luego, no una en la que hubiera que llevar un vestido de noche. Entonces, ¿de qué se trataba? ¿Sería un rollo interno de Haverton? A lo mejor este tal Atlas también vivía en el edificio, y había algún tipo de ritual de bienvenida previsto, para el cual tuviera que vestirme así.

Mi padre era profesor en la Escuela Cheswell para chicos y Pa y yo

siempre poníamos los ojos en blanco cuando nos contaba este tipo de cosas al volver del trabajo. Una vez, sus compañeros y él sorprendieron a unos chicos en mitad de la noche en las pistas de deporte haciendo carreras de novatos desnudos.

Por supuesto, hice lo más lógico, y, antes que nada, busqué al tal Atlas en Google. Pero resultó que apenas había información de él en internet, salvo una docena de fotos en traje en diferentes eventos de negocios y de moda y algunos datos de referencia: Atlas Corentin, diecinueve años, estudiante de primero de carrera en Highclare y heredero millonario, hijo único de un CEO y de una diseñadora. Eso explicaba el membrete de la caja. Sin embargo, seguía sin saber por qué lo había recibido, ni cuándo ni dónde tenía que llevarlo.

«Esta noche empieza tu nueva vida».

Muy útil, muchas gracias.

Teniendo en cuenta lo críptico que era el mensaje, solo podía tratarse de un ritual de bienvenida. Si este tipo creía que iba a ponerme en ridículo para ser su mono de feria y de sus amigos, tirándome encima agua helada, bebiendo sangre de un cráneo o prestándome a cualquiera de las extravagancias que circulaban por internet, se equivocaba de cabo a rabo.

Para distraerme, apreté un poco el paso, seguí el sendero y sacudí la cabeza al ver el césped del campo de golf, digno de cualquier postal, de un verde increíble y unos cuatro centímetros de altura. Qué derroche de agua. Seguro que teñían la hierba para que tuviera ese color. Qué innecesario. Mientras caminaba, le eché otro vistazo al plano. Los edificios del Círculo Rubí estaban dispuestos en círculo, y la Casa Haverton se encontraba al oeste de los terrenos, cerca de la puerta principal. El resto de las casas, Belmont y Sir Archer

Remington, estaban situadas al otro lado del parque, que era tan grande que, además de los edificios de la escuela, había espacio en su interior para el club de tenis, el centro de natación, las instalaciones ecuestres y un lago artificial. Todo lo que los retoños de la flor y nata de la sociedad podían esperar de un resort de lujo privado.

Hacía tan solo un año, la idea de montar y entrenar aquí durante un solo día me habría vuelto completamente loca; y ahora me esperaban enormes picaderos, pistas valladas de arena blanca e incluso una de obstáculos. Un sueño hecho realidad. Sin embargo, todo esto me parecía una especie de huida hacia adelante, como si no me quedara otra alternativa. La verdad es que seguir como hasta entonces, como si nada hubiera pasado, no era posible.

—No te preocupes —me había dicho Lucinda antes de poner todos los medios a su alcance para que entrara en Hicgclare—. Los chicos de la academia han pasado por situaciones muy parecidas a las que te han sucedido a ti. Para ellos, este asunto no tiene ni la más mínima importancia.

La idea me había parecido tan tentadora, tan liberadora… Había llegado a creer que aquí podría volver a ser alguien normal. Simplemente Louisa, y no la persona horrible en la que me habían convertido los medios de comunicación. Pero ahora, en medio de este parque de atracciones para la próxima generación de famosos, me sentía de todo menos normal.

Al llegar a la bifurcación, me detuve un momento para admirar las instalaciones ecuestres. Por primera vez en el día, se me dibujó una sonrisa en el rostro y, por un segundo, me olvidé de los muros, de las medidas de seguridad y de la sensación de opresión que me

había acompañado desde el principio. Seguí avanzando, curiosa, directa al edificio donde estaban las cuadras. Intenté captarlo todo: el olor de los caballos, los relinchos que llegaban hasta mí desde los prados… y los rayos del sol calentándome la piel. Un ligero cosquilleo se extendió por mi estómago. Por fin un lugar en el que me sentía como en casa, y en el que no me sentía una intrusa, como un trozo de carbón entre un montón de diamantes resplandecientes. Sobre la silla de montar, daba igual la ropa que llevaras o cuánto dinero tuvieras en el banco. No importaba a qué se dedicaban tus padres o dónde pasabas las vacaciones. Al montar, lo único relevante de verdad era el talento, la disciplina y la conexión con el caballo. Y en eso no tenía nada que envidiar a los demás. En los últimos años, había ido subiendo de nivel y ahora competía contra los mejores en la categoría más difícil. Por esta razón, Lucinda me había propuesto para el programa de becas del Círculo Rubí, que estaba financiado principalmente por mecenas y antiguos alumnos. Además de la matrícula y los costes de la Casa Haverton, financiaban mi formación ecuestre y me proporcionaban un caballo. Hasta el momento, no sabía nada más, salvo que el caballo se llamaba Mister Twister. Dejé que mi mirada se posara sobre los caballos que pastaban juntos en pequeños grupos en los prados. ¿Estaría Twister entre ellos? A lo mejor era aquel esbelto caballo negro con la mancha grande, o el elegante caballo castaño, cuyo pelaje brillaba con matices dorados bajo la luz del sol.

La sensación de felicidad en mi interior se intensificó y comencé a caminar aún más deprisa hacia los establos, que se encontraban en dos edificios situados uno frente al otro. Al contrario que la Casa Haverton o la academia, cuyos muros estaban repletos de historia,

estos edificios de piedra clara, con sus tejados de color gris antracita y los prados de arena adyacentes, parecían recién construidos.

Apenas había dado un paso, cuando me quedé con la boca abierta. De los tejados colgaban lámparas de araña. ¡En un establo! Increíble. Me disponía a buscar una silla de montar de oro o un estuque de limpieza de diamantes, y entonces oí un ruido de cascos detrás de mí.

—¡Menudo cabrón! ¿Quién se ha creído que es? Sé perfectamente lo que hago. Y solo porque Skye…

—Vamos, Nat. No vale la pena que te enfades por culpa de ese tío —respondió la otra chica—. Todo el mundo sabe que Theo es un capullo. Te tiene que dar igual lo que piense de ti.

—Ya, está claro. Pero me pone de los nervios que se meta donde no le llaman. Se cree mejor que nadie, solo porque…

La chica se calló de golpe. Acababan de advertir mi presencia. Debían de tener mi edad; diecisiete o quizá uno o dos años más. Una de ellas, Nat, llevaba una yegua alazana sujeta de la brida. Tenía el cabello recogido en una trenza, y los pantalones manchados en un lado, al igual que el polo color crema. Parecía que se había caído del caballo.

—¿Buscas algo? —me espetó Nat. Yo levanté las manos a modo de defensa.

—No, yo… —Sonreí y traté de presentarme. Pero la segunda chica, cuyo nombre no conocía todavía, se me adelantó. Tenía la piel muy clara y las cejas perfectamente perfiladas.

—Tú no eres de Belmont —afirmó. Tardé un momento en entender a qué se refería. Belmont era una de las otras dos casas de Highclare.

—Eh… no. Exacto. Soy de Haverton.

—Ah —fue todo lo que dijo por respuesta y, poco a poco, mi sonrisa se volvió más pesada, como cuando te hacen una foto de familia y el fotógrafo tarda demasiado en apretar el obturador. De repente, sus ojos brillaron, como si acabara de caer en la cuenta de algo.

—Tú eres Louisa, ¿verdad? —preguntó—. *Esa* Luisa. —Giró a mi alrededor, para poder observarme también de perfil, y entonces asintió—: ¡Qué fuerte! ¡Eres tú!

El reconocimiento en su voz me incomodó y retrocedí un paso por instinto.

—¿Quién es, Flora? —quiso saber Nat. Su yegua trotaba a su lado.

—Ya sabes… La hija de…

Oh no. Por favor, no. Se me encogió el estómago, pero Nat ya se estaba riendo.

—¡La hija de Shiya!

Shiya. La sola mención de aquel nombre fue suficiente para paralizarme. De inmediato, me invadió una sensación de entumecimiento. Un vacío que me protegía de lo que realmente pasada dentro de mí cuando me enfrentaba de alguna manera a mi madre.

—Exacto. O, al menos, su supuesta hija. —Flora dibujó unas comillas en el aire y cruzó los brazos sobre el pecho—. Parece que tu pequeña actuación frente a los medios ha merecido la pena. Ahora eres famosa y has conseguido incluso entrar en Highclare. Y nada menos que en la Casa Haverton. Ese era tu plan, ¿verdad?

Tardé un segundo en asimilar lo que me estaba diciendo.

—¿Qué? No, eso no es lo que…

—Vamos, todo el mundo sabe que no estás emparentada con ella.

Nat llevó a su yegua hasta uno de los ganchos de la pared y le aflojó la cincha.

—Al fin y al cabo, no eres la primera que intenta sacarle algo a alguien de su categoría —Flora sonrió—, aunque sí uno de los pocos casos en los que ha merecido la pena. ¿Te ha pagado la matrícula para que la dejes en paz?

¿Perdona? En los últimos tiempos había oído de todo: desde palabras de consuelo, hasta los insultos más graves. Pero que creyeran que había chantajeado a Shiya me había dejado muda. «En este campus, la mayor parte de los chicos están más que acostumbrados a los escándalos», le había explicado Lucinda a mis padres cuando ellos le expresaron su preocupación por que en el nuevo colegio las cosas me fueran aún peor. «Ayudarán a Louisa a sobreponerse a la situación». En fin, según parecía, se había equivocado.

—Shiya no me ha pagado nada —negué armándome de valor—. Además, esa no era mi intención.

—Claaaaaro. Nunca es por el dinero. —Flora hizo un gesto con la mano, como si se hubiera olvidado de algo—. No me malinterpretes. Te entiendo. Al menos has trabajado duro para conseguirlo. No debió de ser fácil acercarse a Shiya y llamar la atención de la prensa.

¡Un momento! Me quedé sin aire, pero ella siguió hablando:

—De todos modos, nadie se va a creer que hayas llegado hasta aquí sin su ayuda. Y mucho menos siendo miembro de la Casa Haverton. En Haverton investigan muy de cerca a quién dejan entrar en su círculo. Alguno de los miembros ha tenido que hablar muy bien de ti. De lo contrario, no te habrían admitido ni locos.

Su mirada me recorrió de arriba abajo, deteniéndose un segundo en mis zapatillas, mientras fruncía los labios.

—A lo mejor los de Remington te habrían aceptado.

—A ellos tampoco les gustan las trepas —añadió Nat, tratando en vano de ponerle la cabezada a su caballo. La yegua volvió a apartar la cabeza, y Nat soltó una palabrota.

«No soy una trepa», quise decir. Solo había dicho la verdad. Pero sabía que no serviría de nada.

—Lo creáis o no, estoy aquí gracias a una beca que he conseguido por los procedimientos habituales.

Las dos chicas intercambiaron una mirada muy reveladora. De acuerdo. También conocía esta reacción, y sabía lo que significaba. Que daba absolutamente igual lo que dijera. Les demostraría en el entrenamiento y con mis buenas notas que me merecía la beca que me habían concedido. Todo lo demás no me traería más que comentarios inoportunos, y la verdad era que prefería ahorrármelos. Además, estaba cansada de justificarme y de contar mi versión de los acontecimientos, que después tergiversaban y utilizaban para difundir más mentiras sobre mí. Así que hice lo único que tenía sentido: me despedí rápido y me alejé.

—Oye, espera —dijo Nat y, aunque no quería girarme, lo hice—. Si me permites darte un consejo, mejor no te acerques a Holly Sage Stafford.

—¿Por qué?

—Porque conoce a Shiya en persona —esta vez fue Flora la que contestó.

—Son amigas —añadió Nat—. Muy buenas amigas, por lo que sé. Y Holly es muy popular en la Casa Haverton y en la academia. —

Hizo una breve pausa y me miró fijamente—. No tengo ni idea de cómo se lo habrá tomado ella. Pero sí que sé cómo reaccionaría yo si una chica hubiera difamado públicamente a una de mis amigas y hubiera intentado aprovecharse de ella. —Me sonrió—. Convertiría su vida en un auténtico infierno.



Me fui enfadada, con los puños apretados y la mirada fija en el suelo. ¡Maldita idiota! ¿Cómo había podido ser tan rematadamente estúpida como para creer que aquí, protegida de los paparazzi y las cámaras, estaría segura? ¿Que podría volver a empezar, libre de los prejuicios y rumores que me perseguían? ¿Que podría formar parte de un nuevo equipo que por fin me juzgaría por mi rendimiento deportivo y no por lo que los reporteros dijeran de mí? ¿Cómo había podido ser tan ingenua?

Sin saber exactamente adónde quería ir, pasé corriendo por una pista redonda, atravesé un par de *paddocks* y un prado. A cada paso que daba, mi campo de visión se difuminaba más, y la agitación de mi interior se incrementaba por momentos. ¡No, no, no! No podía ponerme a llorar ahora. Aquí no. Y mucho menos por culpa de Nat y Flora. Apreté el paso más y más, hasta casi echar a correr. Pero no servía de nada. Cuando la primera lágrima cayó de la comisura de mi ojo y rodó por mi mejilla, me odié por ello. Me odiaba por no lograr mantener mis sentimientos bajo control, precisamente ahora. Y, en especial, me odiaba por haber creído en serio que todo iría mejor en cuanto pasara a formar parte del Círculo Rubí.

Me restregué los ojos y me obligué a respirar regularmente y a seguir caminando. Enfrente de mí, descubrí un picadero vallado con

obstáculos. Una serie de verticales, un foso, un triple y… ¡un momento! Divisé un óxer azul y blanco y… dos caballos trotando en círculo sobre la arena. Libres, sin jinete.

Parpadeé desconcertada. Entonces me fijé en la figura que estaba sentada en el suelo. Un joven de cabello oscuro, con una camiseta negra. Tenía las piernas cruzadas y permanecía inmóvil. Parecía casi como si estuviera meditando, sin reparar siquiera en la presencia de los caballos. Sin embargo, estos corrían en círculo a su alrededor, siguiendo el trazo de una línea invisible. Eran dos yeguas alazanas, y ninguna de ellas llevaba cabezada ni tampoco una cuerda alrededor del cuello. Corrían completamente libres.

Observé al chico con atención, interesada en averiguar cómo lograba que los caballos se quedaran con él. Pero no se movía y tampoco me dio ninguna pista de cómo se comunicaba con los caballos. Qué curioso.

Cuando tenía trece años, había participado en un curso de equitación con mi caballo castrado Orión, y había conseguido guiarlo a través de un recorrido con un anillo de cuello. Además, había visto muchísimos vídeos en Instagram de caballos que corrían libres alrededor de sus dueños, o que incluso piafaban sin bocado. Aun así, siempre había alguna señal visible. Este chico, en cambio, actuaba… diferente. Parecía ausente y, al mismo tiempo, conectado con sus caballos de una forma indescriptible. Ni siquiera daba la impresión de advertir mi presencia allí; se limitaba a mirar al frente, con las dos manos apoyadas en las rodillas.

Apoyé los codos sobre la valla y, cuando la madera crujió, me aparté de inmediato. En mitad del silencio, fue como si hubiera activado una alarma. El chico, sin embargo, no parecía haber oído el

ruido: su actitud no cambió en absoluto. Los caballos aminoraron la marcha y entonces lo percibí al fin: un pequeño gesto con la mano. Fascinada, observé cómo los alazanes se detenían delante de él y bajaban la cabeza. Les acarició la frente y apoyó la suya contra la de ellos. A continuación, se puso de pie despacio, se sacudió la arena de los pantalones y se dirigió hacia la puerta. Los caballos lo siguieron espontáneamente, uno al lado del otro. Los soltó en el picadero, sin cabezada. Quería acercarme y ofrecerme a sujetárselos, pero ellos ya se habían dado la vuelta y se habían puesto en fila. ¡Increíble!

—Por algo no me gusta entrenar a esta hora —dijo el chico de repente. No estaba segura de si me estaba hablando a mí o a los caballos, porque no me miraba.

—Perdón… No quería molestar —solté yo. Alzó la cabeza, suspirando, y nuestras miradas se cruzaron por primera vez. Para mi sorpresa, se me quedó mirando un momento, como si hubiera visto un fantasma, con los labios ligeramente entreabiertos. Luego respiró hondo y negó con la cabeza.

—Pues te has quedado un buen rato apoyada contra la valla. —Su voz sonó inesperadamente áspera—. Escucha, si me has grabado, lo mejor será que borres el vídeo. Tengo abogados muy buenos y no me gusta que se publique nada mío en internet. Estoy seguro de que lo entenderás.

Estaba con la boca abierta. Había contado con muchas cosas, pero no con esto. Y menos aún con que se diera la vuelta y se marchara sin mediar palabra.

—¡Oye, espera! —lo llamé—. Eso ha sido impresionante.

Él siguió caminando sin más, seguido de sus dos yeguas, y yo

apreté el paso hasta alcanzarlo.

—¿Cómo lo has hecho? Lo de los caballos, digo.

—No lo entenderías.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Me volvió a lanzar una mirada, y entonces pude ver por primera vez su rostro… y sus ojos. Claros, de un azul gélido, y en el iris derecho, una peca marrón.

—No llevas aquí ni un día y ya has llorado. Cuéntame por qué.

¿Que por qué…? ¿Perdona? Lo miré como un ciervo deslumbrado por los faros de un coche, pero el chico siguió completamente impasible, sin mostrar ningún tipo de emoción.

—Ya me has oído.

Estuve a punto de tropezarme. Por un lado, porque estaba perpleja: al fin y al cabo, lo que él había dicho no tenía nada que ver con mi pregunta. Y por otro lado, porque se giró hacia mí sin previo aviso, dando por sentado que yo me haría a un lado para dejarle pasar. ¿Cómo podía ser tan arrogante? Además, ¿quién le habla a una persona que no conoce en absoluto de un modo tan poco considerado con sus sentimientos?

Y para terminar, yo no había llorado, al menos no mucho. Las escasas lágrimas que no había podido contener me las había secado de inmediato. Como máximo debía de tener los ojos un poco rojos.

—Eso no es asunto tuyo —respondí con resolución, cruzando los brazos a la altura del pecho.

—¿Por qué?

¿Hola? ¿Este tío estaba loco o qué?

—¿Porque es privado y no nos conocemos de nada? Además, no lo entenderías.

—Exacto.

El chico asintió satisfecho, como si ya supiera lo que le iba a responder. Ya habíamos llegado al prado, y mientras yo seguía preguntándome si ese era su modo de decirme que mi sincero interés por su entrenamiento le parecía demasiado personal, él se detuvo, abrió la puerta y esperó a que los caballos pasaran. Al despedirse, les acarició el cuello y luego les dio la orden con un gesto de la mano. Después cerró la puerta y me miró con la cabeza ladeada:

—¿Algo más?

Dios, era imposible expresar de forma más antipática sus nulas ganas de hablar. Posiblemente me había reconocido, al igual que Nat y Flora, y quería dejarme claro que no deseaba tener nada que ver con una aspirante a famosa.

—Entiendo. No quieres hablar conmigo porque has oído rumores y me has reconocido por las redes sociales. —Exhalé y puse los ojos en blanco—. Para serte sincera, solo quería hacerte un cumplido, porque tu trabajo con los caballos me ha parecido fascinante. Pero, al parecer, eres una de esas personas superficiales que hay por aquí, que le ponen una etiqueta a los nuevos antes de molestarse en darles una oportunidad.

Arrugó la frente y levantó las cejas.

—Puede que te sorprenda, pero no tengo ni la más remota idea de quién eres. Y tampoco me interesa. Me da igual quiénes sean tus padres, lo que la prensa diga sobre ti o cuántos seguidores tengas en TikTok. Simplemente no quiero hablar contigo, porque mi entrenamiento no es asunto tuyo. Acéptalo.

De nuevo, de dejó plantada. Resoplé. En el futuro, me mantendría alejada de él, no fuera a ser que se me pegara su buen humor.

—¡Muchas gracias por esta conversación tan agradable, Happy! —grité detrás de él, y empecé a caminar en dirección contraria. Pero él se detuvo de repente y se dio la vuelta para mirarme.

—Esa es la última palabra que elegiría para describir esta conversación. Y para el futuro: me llamo Theo.

3

La Casa Haverton estaba desierta. No había ni un alma en la sala de estar de mi ala, y el largo pasillo de la tercera planta también estaba completamente vacío. Ni siquiera Brenda merodeaba por ahí. El silencio me inquietó, así como el hecho de que todavía no tuviera ni la más remota idea de para qué necesitaba el vestido de noche. Lo volví a sacar de la caja y miré a mi alrededor con atención con la esperanza de encontrar alguna pista. No había nada más salvo la tarjeta, que no era de gran ayuda.

Insegura de lo que debía hacer ahora, deambulaba por la habitación, trataba de escuchar algún ruido en mitad del silencio, y miraba por la ventana, donde varias nubes oscuras tapaban el sol.

Pensé en tumbarme en la cama y esperar a ver qué pasaba esta noche. Pero ¿y si me había perdido alguna información importante? Aunque yo no era la única nueva este año. Al parecer, solo la única que quedaba aquí. Todo el edificio estaba en calma, y cuando finalmente vi cómo una limusina aparcaba frente a la puerta y dos chicos en traje se subían y se marchaban, no pude aguantarme más. Pese a que en otras circunstancias me habría parecido demasiado estúpido, pulsé el panel de control que Brenda me había enseñado antes y llamé a alguien de personal. Apenas cinco minutos después, una mujer joven y pálida con el pelo recogido y un traje negro se presentó en mi puerta. Me dijo que se llamaba Elise y me preguntó cómo podía ayudarme.

—¿Conoce a Atlas Corentin?

La mujer parecía confusa.

—Sí, por supuesto.

—Entonces… ¿vive en este edificio? ¿Podría decirme cuál es su habitación?

Me arrepentí de inmediato de mi pregunta, porque la mujer me miró tan extrañada como si le hubiera dicho abiertamente que tenía la intención de escabullirme y esperarlo en su cuarto en ropa interior. Louisa, la acosadora loca, no recibió ninguna respuesta.

—Solo quería preguntarle para qué es el vestido —balbuceé—. Me lo ha dado antes, en el Salón Southerin, y no estoy segura…

—Sí. ¿No quiere cambiarse de ropa? —me interrumpió la mujer, mirando la cama donde seguía la caja abierta—. Su chófer estará aquí en media hora aproximadamente.

—¿Mi chófer? —Ahora era yo la que estaba alucinando.

—¿No ha leído la carta de bienvenida?

—¿La qué?

Señaló mi mesita de noche, donde descubrí varios papeles cuidadosamente colocados. No me había dado cuenta de que estaban allí antes porque, al llegar a la habitación, me sentía demasiado emocionada y ansiosa por ir a visitar los establos.

—Oh… —dijo la mujer leyendo la respuesta en mi rostro—. Vamos un poco justas. Pero, si me lo permite, la ayudaré. —Me dedicó una sonrisa de complicidad—. Estaremos listas a tiempo.



Elise debía de ser un hada madrina. Si no, no podía explicarme cómo se las había apañado para que estuviera vestida, maquillada y con el

pelo rizado a las siete menos cinco frente a la puerta, donde ahora me contemplaba asombrada en el espejo dorado de la pared.

¿Esa era yo? La chica que me devolvía la mirada tenía un aspecto impresionante, pero al mismo tiempo extraño. En casa, apenas llevaba vestidos y, cuando lo hacía, no eran como este. La tela color crema, casi blanca, se ajustaba perfectamente a mi cuerpo. Hasta los zapatos eran de mi talla. Y, por suerte, contaban con una correa fina que se ceñía al tobillo, lo cual me daba cierta seguridad. Di un par de vueltas, y las numerosas y ligeras capas de tela de la falda giraron a mi alrededor.

¿Sería una especie de baile? Era muy posible, aunque no lo sabía a ciencia cierta. Por la carta de bienvenida, que había leído a toda prisa mientras Elise me rizaba el pelo con las tenacillas, había entendido que se trataba de la bienvenida oficial a todos los novatos y de su admisión en el Círculo Rubí. Lugar de la celebración: secreto. Etiqueta: formal. A las siete me recogería un chófer.

En la pila de cartas, había una segunda nota firmada por los presidentes de las tres casas, en la que se me pedía expresamente que no enviara al exterior fotos demasiado reveladoras de los terrenos y las instalaciones de la escuela; por un lado, por cuestiones de seguridad, pero también para mantener la exclusividad. Y había otro asunto que debía quedar muy claro: todo aquel que desvelara los secretos y los rituales del Círculo Rubí, ya fuera publicando imágenes o de cualquier otra forma, corría el riesgo de ser expulsado de la comunidad e incluso de la escuela.

Por un momento, me pregunté si no habría roto ya las reglas enviándole a Kami fotos de la habitación. No, no tenía sentido. Al fin y al cabo, mi cuarto no tenía ninguna relación con el Círculo ni con

sus miembros. Además, podía confiar en que Kami no le contaría nada a nadie, ni tampoco reenviaría las imágenes. Aun así… aquella advertencia reavivó mi nerviosismo.

Desde que Elise me dijo que esperara en el recibidor, no había dejado de dar vueltas y de mirar cada dos por tres a la ventana para ver si el coche había llegado ya. Para distraerme, le escribí un mensaje a Kami y le envié una foto mía, procurando no enseñar mucho del interior. Lo leyó de inmediato y me contestó con un GIF de Ian Somerhalder moviendo las cejas.

«OMG», respondió. «Vas a volver locos a todos los chicos. A TODOS». Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar sonreír. Bueno, esperaba que no, la verdad.

De pronto, oí voces. Sonaban pasos en las escaleras, y reconocí a las dos chicas rubias que se habían bajado de la limusina antes que yo por la tarde. Las seguía un chico de pelo oscuro. Era más pequeño que ellas, tenía un rostro muy hermoso, y la camisa negra y el traje gris que llevaba le sentaban realmente bien.

—Hola —los saludé, aliviada de no estar sola—. ¿También vais a la fiesta?

Una de las chicas se rio.

—¿Adónde si no? Los demás se han marchado hace rato.

Con esto, se alejaron corriendo. El chico me hizo un gesto con la cabeza y fue detrás de las chicas. Un poco perpleja, los seguí con la mirada; al final, me puse en marcha para no quedarme atrás.

—¿Sabéis adónde vamos? —pregunté mientras miraba cómo el chico se adelantaba para abrirnos la puerta.

—A Londres —respondió escuetamente. Justo en ese momento, apareció una limusina. El chófer se bajó y abrió un enorme

paraguas. Lo sostuvo sobre las dos chicas y las acompañó hasta el coche. Luego fue el turno del chico y yo me adelanté un poco, hasta el escalón más alto de la escalera de entrada, esperando a que el conductor regresara. Para mi sorpresa, cerró el paraguas y volvió a sentarse al volante. Arrancó el motor.

Esto tenía que ser una broma.

—¡Eh! —grité, corriendo bajo la lluvia. Pero ya era demasiado tarde. El coche ya había salido. Por un momento, pensé en correr tras él, aunque enseguida decidí no hacerlo. No quería hacer el ridículo. Probablemente los demás ya encontraban la situación lo bastante cómica. Al fin y al cabo, ninguno de ellos se había molestado en avisar al conductor de que yo también era uno de ellos.

Porque no es así, me susurró una voz en mi interior.

Intenté tragarme la decepción y convencerme de que no era para tanto. En absoluto. Los eventos de este tipo no eran de mi estilo. ¿Qué tenía de malo quedarme aquí y pasar una noche acogedora viendo series con el unicornio de Kami? *¿Qué te parece, Puchi? ¿Prefieres ver* Agents of Shield *o* Palace Green Girls?

Pero justo cuando estaba frente a la puerta a punto de girar el pomo, volví a oír ruidos de motor.

Reconocí una segunda limusina, más grande que la primera, con los cristales tintados. Giró en la entrada, se acercó despacio hasta mí y se detuvo delante del edificio. El conductor se bajó. Era calvo, corpulento y parecía más un guardaespaldas que un chófer. *Hola, Dwayne The Rock Johnson.*

—¿Señorita Bennet? —me preguntó, y yo me apresuré a controlar mis emociones y asentir. Mi tímida respuesta fue suficiente para él.

Abrió un paraguas y caminó hacia mí.

—Soy Wyatt Gretton —se presentó—. Me han encargado que la lleve a Londres.



El viaje duró casi una hora, y a cada minuto estaba más y más nerviosa, porque Wyatt tampoco quería decirme adónde me llevaba. Lo único que sabía era que el chico de antes tenía razón y que íbamos a Londres. Y que estaba sentada en el coche más elegante que había visto en mi vida. La parte de atrás estaba separada del conductor por una luna de cristal y en un hueco de la consola central había una botella de champán. Había un montón de botones; en la puerta, en el reposabrazos de mi asiento y en la mampara, delante de mí. Decidí no pulsarlos. ¿Quién sabía con certeza si al hacerlo no iba a empezar a sonar heavy metal por los altavoces o a provocar una lluvia de confeti? Preferí mandarle mensajes a Kami y a mis padres y adjuntar un selfi con la botella de champán. Si conocía bien a mi mejor amiga, seguro que me insistiría en que la abriera de inmediato y me la bebiera a su salud. Papá también me escribiría enseguida, pero para asegurarse de que no lo hiciera y dejara intacta la botella. Kayne, es decir, Pa, se lo tomaba con más calma. Me había adoptado y, como era policía, siempre se había preocupado de que no metiera la pata, aunque desde hacía ya unos años me dejaba tomar de vez en cuando un poco de cerveza o un sorbito de champán. Una vez incluso probé el whisky. A lo mejor esa era una de las razones por las que nunca me había atraído el alcohol. O quizá también porque el sabor me parecía asqueroso.

Justo en el preciso instante en el que estaba pensando en Pa, me

saltó un mensaje suyo en la pantalla. Lo abrí rápidamente deslizando el dedo y leí las líneas. «No empieces con manías de estrella, chiquitina». Después, una fila de emojis sonrientes y a continuación: «Y no te olvides: diviértete tanto como quieras, pero asegúrate de poder volver sola a casa siempre. Y usa condones! Graciaaaas!!! Te queremos».

Tragué saliva. Echaba muchísimo de menos a mis padres. Junto con Kami y mi abuela, eran las personas más importantes de mi vida. No podía imaginarme unos padres mejores. Sí, me habían ocultado durante años que tenía una madre. Cada vez que pensaba en ello, sentía una punzada de pesar en el pecho. Con el tiempo, entendí que solo trataban de protegerme. Yo misma había deseado más de una vez no haber tenido la estúpida idea a principios de año de ordenar y redecorar el despacho de papá para darle una sorpresa, mientras los dos visitaban a la familia de Pa en Irlanda. Cuando terminé de revisar y clasificar los numerosos papeles en cajas, se me cayó un sobre de las manos. Uno cuyo contenido hizo que el mundo se tambaleara bajo mis pies. Un acuerdo… con mi madre biológica. Karenetta Sterman. O Shiya. Ese era su nombre artístico ahora. El acuerdo estipulaba que mi padre se haría cargo de mi custodia y que no le reclamaría nada a mi madre.

En el sobre también había un certificado de paternidad, y un recibo en el que constaba que mi padre había recibido una cuantiosa suma de dinero a cambio de dejarla en paz.

Al principio no podía creerme lo que acababa de encontrar. Volví a meterlo todo en el sobre y cerré la puerta del despacho de un portazo. Pero cuando mis padres regresaron a casa, no pude aguantarme más y los confronté.

Entonces, entre lágrimas, mi padre me confesó la verdad: que mi madre y él se habían conocido en una fiesta universitaria y que se habían acostado juntos. No se conocían de nada, y no se volvieron a ver después. Sin embargo, apenas un año más tarde, Shiya apareció en su puerta. Conmigo. Acababa de firmar un contrato discográfico, había dejado la universidad y quería hacer carrera en el mundo de la música. Un bebé no encajaba en sus planes de futuro. Mi padre me contó lo confusa que había sido la situación, lo conmocionado que se quedó ante su frialdad y que, por supuesto, para él estaba fuera de toda duda que se ocuparía de mí.

—No tendría que haberme pagado ni un céntimo —me dijo enterrando el rostro entre las manos—. Después de comprobar cómo se portaba contigo, lo último que deseaba era que esta mujer formara parte de tu vida. Pero yo todavía estaba en la universidad, apenas tenía ahorros y no quería que tuvieras que renunciar a nada. Así que acepté su dinero.

Después, cuando me hice mayor y empecé a hacer preguntas, Pa y él decidieron que no me hablarían de Shiya.

—No por el acuerdo, sino porque esa mujer era tan… fría.

Esas habían sido las palabras de papá, mientras me miraba impotente, con los ojos rojos de llorar, sentado en el sofá.

—No queríamos que empezaras a dudar de ti, que te preguntaras si había algo en ti que no estaba bien o que no te sintieras suficientemente querida. Porque lo eres. Te queremos muchísimo.

En el fondo, sabía que era cierto. Había disfrutado de una infancia maravillosa, la mejor que se podría imaginar, y nunca había tenido la sensación de que me faltara algo. Pero las dos personas en las que más confiaba me habían mentido durante toda mi vida, y eso me

dolía profundamente. Tenía una madre biológica, aunque hubiera decidido hace muchos años romper el contacto conmigo por completo. Y no solo eso: mi madre era una estrella, una de las cantantes pop más famosas del mundo. ¿Cómo habían podido ocultármelo y decidir lo que era mejor para mí sin tenerme en cuenta?

Durante semanas, apenas hablé con mis padres. Estaban destrozados, al igual que yo. Pero por fin conseguimos encontrar el modo de volver a acercarnos y reconciliarnos. Entendieron lo importante que era para mí conocer a Shiya, aunque implicara incumplir el contrato. Y a pesar de que me confesaron que preferían que me mantuviera alejada de Shiya, al final prometieron apoyarme si ese era realmente mi deseo.

Después intenté ponerme en contacto con alguien de su oficina. Pero daba igual a qué número la llamara o a qué correo electrónico le escribiera, o bien no recibía respuesta, o bien me decían que dejara de molestar a Shiya o me demandarían. No era la primera fan que pretendía algo parecido.

Así que hice lo único que se me ocurrió para probar que decía la verdad. Le mandé por fax a uno de los asistentes de Shiya una copia del contrato que había encontrado en el despacho. No habían pasado ni veinticuatro horas cuando los primeros periodistas se plantaron delante de nuestra casa, convirtiendo mi vida y la de mis padres en un auténtico infierno.

Al parecer, alguien había filtrado mi correo a la prensa sensacionalista. Y entonces empezó la pesadilla. En pocos días, mis fotos habían dado la vuelta al mundo, todos los medios de comunicación hablaban sobre mí, e incluso mi nombre había salido

en la televisión. Pero lo peor fue la reacción de Shiya: llamó a sus abogados y lo negó todo, desestimó los documentos como falsos y le dijo a todos los medios de comunicación que yo era una fan loca que se había dedicado a difundir mentiras sobre ella. Esto me convirtió en presa fácil para los periodistas. Ya no podía salir de casa sin que me fotografiaran o sin que los fans de Shiya me insultaran. Por la calle, la gente me increpaba. También tuve que borrar mis cuentas de redes sociales porque se desató una oleada de comentarios de odio hacia mí. Al poco tiempo, tenía tantos mensajes horribles pegados en mi taquilla, que empecé a temer no poder ir al colegio.

Me pasaba los días en la cama, y me sentía tan impotente que apenas conseguía levantarme para ir al baño y volver arrastrándome a mi cuarto. Durante ese tiempo, mis padres me apoyaron incondicionalmente, me mantuvieron lo más alejada posible de todo aquello y se pusieron en contacto con la dirección del colegio para que me permitieran estudiar desde casa. Hasta que llegó la oportunidad de huir de toda esa locura, a través de una beca para la Academia Highclare. Y aquí estaba yo ahora, por primera vez sola después de semanas. Era una sensación extraña. Por un lado buena, porque por fin había recuperado mi independencia. Pero, al mismo tiempo, echaba muchísimo de menos a mis padres. Apreté el móvil contra mí un momento, como si de ese modo pudiera abrazar a Pa, y le escribí que lo quería mucho. Entonces me di cuenta de que ya no nos movíamos.

—Ya hemos llegado —me dijo el chófer justo en ese instante, antes de salir del coche, abrirme la puerta y desplegar el paraguas. Con la mayor elegancia de la que fui capaz, saqué las piernas del coche, me bajé y me alisé el vestido.

Frente a mí, había un edificio iluminado. Unas escaleras conducían a una entrada de cristal, donde ondeaba una bandera Union Jack, sacudida por la lluvia. En el vestíbulo divisé una enorme lámpara de araña. Incrédula, pasé la mirada del edificio al conductor y de nuevo al edificio.

—¿Estamos en…?

—Sí, señorita —respondió Wyatt sonriendo—. En el London Palace Hotel.

Me quedé sin aliento. El London Palace Hotel no era un hotel cualquiera: era *el* hotel. Lo había visto muchísimas veces en la tele: políticos de todo el mundo se alojaban en alguna de sus elegantes suites cuando visitaban Londres. La familia real también venía ocasionalmente, y uno de los príncipes en persona había celebrado aquí el año nuevo con sus amigos. Pero, por supuesto, para los miembros del Círculo Rubí, eso no era nada. Es posible que algunos de ellos también hubieran asistido a esa fiesta, y hubieran abrazado al príncipe a medianoche. De locos. Me parecía estar en un sueño.

Wyatt me acompañó a la recepción, donde me recibió uno de los miembros del personal del hotel. Cuando comprobaron mi nombre en la lista de invitados, me guiaron hasta la quinta planta. Pero en lugar de llevarme hasta la enorme puerta batiente, detrás de la cual se oía la música, me condujeron un piso más arriba y me indicaron una puerta al final del pasillo.

—La están esperando.

4

Estaba en un palco desde el que se veía una sala enorme con paredes de unos seis metros de altura. En la balaustrada había dos chicos en traje y una chica con un vestido de noche rojo bebiendo champán mientras observaban a su alrededor. Al parecer, no habían reparado en mi presencia, pues ninguno de ellos reaccionó cuando me acerqué para mirar hacia abajo.

El lugar era impresionante. Del techo, cubierto con cristales diminutos y puntos de luz, colgaba una enorme lámpara de araña de varillas metálicas blancas y luces LED, y frente al palco, en el otro extremo de la sala, había un gran escenario con una mesa de DJ. En la pista de baile ya se agolpaban numerosos invitados, y de uno de los altavoces surgía la voz de Jason Derulo anunciando la próxima canción.

—Ahí está.

Uno de los chicos se dio la vuelta en mi dirección. Era Atlas. Se detuvo unos segundos y se quedó mirándome con una expresión en el rostro que no pude descifrar. Después, sus labios esbozaron una sonrisa y se acercó a mí.

—Guau. *Eve* te sienta aún mejor de lo que me esperaba.

Atlas me tendió la mano, pero, cuando se la agarré, no me la estrechó, sino que la elevó por encima de mi cabeza y me dio una vuelta completa. Estaba tan atónita que no hice nada para impedirlo.

—Alucinante. Es… perfecto.

La situación me desconcertó tanto que no reaccioné de inmediato. ¿Qué se supone que tenía que responder? ¿Gracias? O mejor: ¿Se te ha ido la olla?

—No te preocupes, siempre es así. —La chica del vestido rojo se abrió paso y me saludó con dos besos en las mejillas—. Atlas es escorpio con ascendente leo. Eso lo dice todo, ¿no?

No, a mí no me decía absolutamente nada. Me guiñó un ojo.

—Le encanta llamar la atención.

—Igual que a ti —respondió Atlas sonriendo. La verdad es que tenía que darle la razón. Con su cabello rubio cobrizo y los labios pintados a juego con el vestido, la chica atraía todas las miradas. Se rio.

—Oye, no soy yo quien ha querido conocer a su pupila antes de la ceremonia oficial y se ha preocupado de que le den la mejor habitación de la casa. Pero la verdad… —dibujó mi silueta con un movimiento de la mano, esbozando una elocuente sonrisa— es que ahora lo entiendo todo.

Un momento… ¿qué? No acababa de entender lo que quería decir.

—¿Qué tal si primero nos presentamos? —El otro chico, que hasta ese instante había estado apoyado en la barandilla del palco, dio un paso al frente. Su traje, al igual que sus zapatos, eran de un blanco resplandeciente, y tenía el pelo castaño cuidadosamente peinado.

—Eden Caldwell, presidente de la Casa Haverton —dijo—. Y estos son Coraline Thorley y Atlas Corentin. Bienvenida a la Academia Highclare.

Atlas se pasó la mano por el pelo.

—Lo siento… ¿dónde me he dejado los modales?

—En ningún sitio, tú no tienes modales —respondió Coraline, y

cuando él frunció el ceño, ella levantó la copa a su salud. Pero Atlas no replicó, sino que se volvió para mirarme.

—Bienvenida, Louisa. Tengo el placer de anunciarte que este año voy a ser tu mentor.

¿Mi mentor? Él asintió, aunque yo no había pronunciado la pregunta en voz alta.

—Es una tradición del Círculo Rubí —explicó Atlas con una leve sonrisa—. Al principio, todos los nuevos tienen asignado a alguien de la casa que lleva más tiempo en Highclare para acompañarlos en sus primeros pasos y resolver cualquier duda que les surja. Sobre cuestiones académicas, asuntos relativos a las casas… lo que sea. Además, es responsabilidad de los mentores lograr que sus pupilos se sientan cómodos esta noche y ocuparse de todo lo que puedan necesitar.

—Y como era de esperar, Atlas se ha superado a sí mismo —dijo Coraline—. *Eve* está hecho para ti.

—¿Eve? —No entendía a qué se refería.

—Sí, el vestido. —Coraline señaló la fluida tela que caía desde mis hombros hasta mis pies—. Lo ha diseñado la madre de Atlas, es una de sus piezas favoritas.

Oh. No sabía qué decir. Me había resultado de lo más extraño ponerme un vestido que me había regalado un desconocido. Aunque, por otro lado, tampoco me quedaba más alternativa. Lucinda me había aconsejado meter algo elegante en la maleta, pero no había pensado en un vestido de gala. De hecho, la mitad de mi maleta estaba llena de ropa de montar. Lo único que tenía además del equipo de equitación eran un par de pantalones, algunas camisetas, una sudadera con capucha, mis zapatillas favoritas y sí,

también dos vestidos. Sin embargo, dudaba mucho de que hubiera triunfado en este lugar con un vestido de flores a la altura de la rodilla y una chaqueta vaquera. E incluso con el de noche azul oscuro que me había comprado justo antes de mudarme en una tienda de la ciudad hubiera estado completamente ridícula y fuera de lugar en un evento como este. Para lo que yo estaba acostumbrada, el vestido me había costado caro, pero, en este ambiente, enseguida habría saltado a la vista que no era un vestido de diseñador.

Quizá Atlas había intuido que podía suceder algo así, y había querido evitar que me pusiera en evidencia la primera noche. Al fin y al cabo, había dicho que una de las tareas de los mentores era ocuparse de que todo saliera bien hoy. Y los demás tampoco parecían darle demasiada importancia, así que me relajé y le sonreí también.

—Muchas gracias por dejarme llevarlo esta noche.

—Esperaba que te gustara.

—Me encanta. —Me di la vuelta para mirar al resto del grupo—. ¿Vamos a conocer también a vuestros pupilos?

Eden levantó las manos de inmediato.

—No, qué va. Yo no soy mentor. Prefiero dejarles esa tarea a otros… Y Coraline…

—A mí me basta y me sobra con conocer a mi pupila después, en la recepción —dijo, terminando su frase—. No todos montamos un numerito como el de Atlas. —Me lanzó una mirada muy elocuente que no entendí—. Y para ser sincera, ninguno de nosotros se esperaba que se inscribiera en el programa de mentores. Es la primera vez que se ofrece, y, por supuesto, todos estamos

impacientes por conocer a la chica que ha conseguido sacarlo de su caparazón.

Sus labios se curvaron en una sonrisa coqueta y Atlas puso los ojos en blanco. Se giró hacia la balaustrada y alcanzó una copa de champán que me tendió. Entonces golpeó mi copa con la suya y, después, Eden hizo lo mismo.

—Por ti… Louisa —dijo Atlas.

Me llamó la atención que hiciera una breve pausa antes de pronunciar mi nombre, como si tuviera que acostumbrarse a su sonido. Luego me sonrió:

—Por la mejor etapa de tu vida.

Nos quedamos un par de minutos más en la galería, charlando. Poco a poco, la tensión inicial se fue disipando, pero cuando Atlas me cogió del brazo y señaló las escaleras, mi pulso empezó a acelerarse otra vez. La sala estaba llena de gente. En la entrada se había formado un atasco: invitados, estudiantes... así como antiguos alumnos de todas las edades. Muchos se abrazaban, charlaban y se reían juntos. La visión me produjo una punzada en el corazón, porque Lucinda no podía estar aquí hoy para darme una efusiva bienvenida. Se había despedido de mí hacía una semana, y me había dicho que le daba mucha pena tener que perderse mi ingreso en Highclare. Yo le había asegurado que no me importaba. Ahora, en cambio, deseaba que estuviera aquí. Porque, a pesar de que Atlas estaba a mi lado, bajando los escalones con tanta confianza, como si la fiesta se hubiera organizado única y exclusivamente para él, lo único que quería era esconderme. Me obligué a mirar al frente y a no prestar atención a las caras de los demás invitados. Aun así, sentía un ligero cosquilleo en la piel por los nervios y, para colmo, la

música pasó de un ritmo rápido de discoteca a una canción lenta. La gente dejó de bailar, se volvió para mirarnos e incluso señaló con discreción en nuestra dirección. Empecé a marearme, y me acordé de lo que Nat y Flora me habían dicho, de los reproches de mis antiguos compañeros, de cada una de las palabras hirientes que me dedicaron.

Miradla, ahí está, la cazafortunas, susurraba una voz en mi cabeza. De repente, sentí calor. Había sido un error venir.

—Sonríe… —me susurró Atlas—. Y no te preocupes. Todo va como debe ir.

Me esforcé lo máximo que pude, pero tenía agarrotados los músculos de la boca. Solo sentía una opresión en el pecho, que se intensificó cuando me di cuenta de que algunas personas nos estaban enfocando con sus móviles.

—Pensaba que estaba prohibido subir nada sobre el Círculo. ¿No se aplica a esta fiesta?

—Sí —afirmó Atlas—. Después, cuando haya terminado la parte tradicional de la velada, tendrás que dejar el móvil en el bolso. Pero ahora no pasa nada.

Genial. Seguro que a la mañana siguiente estaría en todas las redes sociales. Y solo era cuestión de tiempo que algún periodista lo descubriera y lo convirtiera en titular. «Estafadora en colegio de élite. ¿Al acecho de su próxima víctima?». Sentía la sonrisa petrificada en la cara mientras bajábamos los últimos escalones y nos dirigíamos hacia la gente. Esperaba que Atlas se parara a hablar con algún conocido. Pero, para mi sorpresa, siguió caminando, abriéndose paso entre los invitados. Y estos, apenas podía creérmelo, se apartaban para dejarnos pasar. Era como si Atlas fuera miembro de la familia

real. O mejor: el príncipe heredero en persona. Me parecía que todas las miradas se posaban en nosotros. Tragué saliva y me agarré con fuerza al brazo de Atlas, tratando de no ceder al impulso de huir corriendo de la sala. Sabía que algunas personas me reconocerían, y por eso tenía planeado pasar lo más desapercibida posible, pero esta entrada había tirado por tierra mis propósitos. Era como si nos estuvieran apuntando con un foco. Todos nos miraban, cuchicheando, y nos franqueaban el paso. En los rostros de la gente había curiosidad, interés, reconocimiento, pero también, en algunos, recelo. De pronto, percibí un movimiento de cabeza y una ira descarada. Aquella emoción tan desatada me pilló desprevenida. Me quedé paralizada y busqué el rostro de la persona en la que me había fijado durante una fracción de segundo. Ahí, en un pequeño grupo junto a una mesa alta había un chico en traje negro. Los labios fruncidos, ojos oscuros y convertidos en dos estrechas rendijas. Era… el chico del picadero. Happy. O Theo. Y había algo en su manera de observarme que provocó que me pitaran los oídos. Estaba acostumbrada a que la gente sintiera aversión hacia mí y creía conocer todas sus facetas. Pero en la mirada de Theo había tanto odio… que me quedé helada.

—¿Te gustaría bailar?

¿Qué? Parpadeé y entonces me di cuenta de que habíamos llegado a la pista de baile. Atlas sonrió y repitió su pregunta. Vacilé, aunque finalmente asentí, porque, bajo la mirada de los demás, tenía la sensación de que no me quedaba otra opción. Atlas me atrajo hacia sí y empezó a girar conmigo al ritmo de la música.

—¿Todo bien? —Me miró con suspicacia.

No tan bien. Eché otro vistazo por encima del hombro.

—¿Sabes quién…?

Pero en el lugar donde estaba Theo hacía un momento, solo había una chica rubia arrastrando a uno de los chicos a la pista de baile. Poco a poco, se nos fueron uniendo más parejas y suspiré aliviada, porque ya no éramos el centro de atención.

—Eh… nada —murmuré, pero me hicieron falta un par de minutos hasta que mi pulso volvió a la normalidad—. ¿Podíamos pasar el resto de la velada… en un segundo plano?

Atlas alzó las cejas.

—No veo motivo para ello.

Me miró con atención y me sorprendí mordiéndome el labio inferior.

—Es solo que… —¿Cómo podía explicárselo?—. No sé si lo sabes, pero mi madre… quiero decir, Shiya…

—Sí, algo he oído. Nunca me ha interesado la prensa sensacionalista.

¿En serio? Lo miré y él asintió, como si quisiera acentuar aún más sus palabras.

—La opinión de personas que ni siquiera sé cómo se llaman me da completamente igual. —Sonrió; recorrió mi rostro con la mirada inquisitivamente y después la pasó por la gente de nuestro alrededor —. Pero a ti no —constató—. ¿Tienes miedo de que alguien pueda hablar mal de ti?

Ay, Dios, así dicho de sus labios, sonaba horrible. Sonaba a inseguridad, a duda y a dependencia de la opinión de otras personas. A todo lo que, desde hacía mucho tiempo, no quería ser.

—Digamos que prefiero reducir al máximo los ataques. Quiero volver a empezar aquí en Highclare y…

Atlas se detuvo en seco. Arrugó la frente y me di cuenta de que no podía engañarlo.

—Vale, sí. Tengo miedo —admití suspirando.

—Louisa… —Extendió la mano y al principio pensé que iba a tocarme la cara, pero solo la puso sobre mi brazo—. No te preocupes ni lo más mínimo por ese tema. Nadie aquí se va a atrever a decir una mala palabra sobre ti o a causarte ningún problema esta noche.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Reflexionó un momento y luego esbozó una media sonrisa.

—Porque me he asegurado de ello desde el principio. Podría haberte llevado el vestido a tu habitación, pero he preferido dártelo yo mismo, y he escogido un lugar en el que todo el mundo pudiera vernos. Y hay una razón por la que he decidido que nos encontremos arriba en el palco, mientras todos los demás entraban por el camino habitual.

—¿Y…? —No entendía adónde quería llegar.

Atlas sonrió de forma misteriosa y empezó a bailar conmigo de nuevo.

—Y eso debería bastar —dijo sin más.

5

A lo largo de la velada, empecé a entender a qué se refería Atlas. No tenía ni idea de si existía algún tipo de jerarquía interna dentro de las tres casas, pero, si así era, Atlas claramente estaba en lo más alto. Daba igual a quién me presentara o con quién habláramos, todo el mundo estaba pendiente de todo lo que decía o hacía. Algunos incluso interrumpían sus conversaciones o dejaban a otras personas con la palabra en la boca para poder charlar un poco con él.

En las siguientes horas, me presentaron al hijo de un futbolista de primera división y una melladista olímpica que llevaba algunos años en Highclare. También a un miembro del parlamento, a una artista famosa y a Holly Sage Stafford, *influencer* internacional y protagonista de *Palace Green Girls*, mi serie favorita de todos los tiempos. En circunstancias normales me habría puesto en modo fan loca y le habría pedido que se hiciera una foto conmigo. Pero me acordé de que Nat y Flora me habían dicho que Holly y Shiya eran buenas amigas, así que me contuve y dejé que Atlas hablara. Hasta que Bellamy Trengove se acercó a nosotros en el bar. ¡Bellamy Trengove! La gran promesa del mundo de la equitación. Lo había visto muchas veces en los concursos internacionales con sus caballos Amatista y Cipriano, y su número de seguidores en YouTube e Instagram aumentaba más y más con cada nueva aparición. Probablemente se debía a que, desde hacía poco, era la imagen de

una conocida marca de relojes de lujo, y ya no era posible navegar por internet sin toparte con uno de sus anuncios. Bellamy con el torso desnudo a lomos de un elegante caballo negro. Y debajo el eslogan: «*Deus temporis*. Despierta al dios que hay en ti».

A mí me parecía una estupidez, pero, desde que había descubierto sus fotos en internet, Kami no dejaba de hablar de, cito textualmente, su puto cuerpazo, y me había enviado tantas imágenes que el algoritmo pensaba que yo era una de las fans más incondicionales de Bellamy.

—Bellamy y Holly están en mi curso y también en la clase de salto —me explicó Atlas, mientras el barman preparaba nuestras bebidas —. He de confesar que no tengo ni idea de equitación. Pero, por lo poco que sé, los dos son muy buenos. Siempre están ganando premios para la Casa. —Atlas me puso una mano en la espalda—. Tú también montas, ¿verdad?

Asentí a la vez que alcanzaba la Coca-Cola que el camarero había dejado sobre la barra.

—¿Así que tú eres la nueva del equipo? —Bellamy sonrió—. Pues prepárate para disfrutar de Twister. Es un caballo estupendo.

—¿Cómo sabes que me han asignado a Twister?

—No era muy difícil de adivinar. Cada Casa concede como máximo una beca al año. Y tú eres la única en toda a academia que ha recibido una. He estado entrenando a Twister en las últimas semanas para que estuviera en plena forma para cuando llegaras.

Un momento… ¿Bellamy Trengove había entrenado a mi caballo? ¿Lo había entendido bien? ¿El mismo Bellamy Trengove que estaba entre los candidatos a entrar en la selección nacional?

Bellamy sonrió satisfecho, como si no fuera ningún secreto para él

lo que me rondaba por la cabeza en ese momento.

—Si te apetece, mañana podemos quedar en los establos y así te lo presento.

—Eso sería… increíble.

Sonreí y, por un segundo, me olvidé de lo incómoda que me estaba sintiendo hacía unos minutos. Al menos hasta que mis ojos se toparon con los de Holly Sage, que apretó los labios y parecía de todo menos feliz ante la idea de tener que entrenar conmigo varios días por semana. Su mirada era tan gélida, que automáticamente di un paso atrás. Por desgracia, no había tanto espacio como esperaba, y me choqué de espaldas contra algo. No: contra *alguien.* Atlas me agarró la mano, pero ya era demasiado tarde. Se oyó una palabrota, y la Coca-Cola se me escapó de las manos.

—¡Perdón, cuánto lo siento! —exclamé antes de girarme. Quería decir algo más, pero entonces las palabras se me quedaron atascadas en la garganta y mi corazón se paralizó por un instante. Era Happy. Theo. Y su rostro tenía la misma expresión con la que me había mirado antes.

—No ha sido a propósito —murmuré en voz baja, alejándome un poco de él. Sin embargo, enseguida me percaté de que Theo no me observaba a mí, sino a Atlas. Los dos se miraban sin pronunciar ni un sonido, como si mantuvieran una conversación silenciosa. Con cada palabra no dicha, el ambiente se iba tensando más. Parecía que saltaran literalmente chispas, y empecé a temer que en algún momento la situación explotara. Pasaron un par de segundos, hasta que, finalmente, Theo rompió el contacto visual y su mirada se dirigió a mis dedos, que continuaban apoyados en la mano de Atlas. Levantó las cejas despacio, dibujando una expresión sarcástica en su

rostro que provocó que mis mejillas se encendieran.

—¿En serio, Corentin? —Su tono de voz hizo que se me erizara el vello de los brazos—. ¿Y encima con ese vestido?

Este… ¿qué?

—¿No te gusta el color, o qué? —repuso Atlas despreocupado. Sin embargo, no se me escapó que en su voz también había un ligero matiz de irritación.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero.

—¿Ah, sí?

Theo resopló. Empezó a decir algo, pero en ese preciso instante sonó un gong. La música se detuvo, y un foco iluminó el escenario. Todos nos distrajimos por un momento y, cuando me di la vuelta, Theo ya no estaba allí. Tan solo divisé una sombra que se alejaba entre los invitados.

¿Qué acababa de pasar? ¿Y por qué se había enfadado tanto por mi vestido?

Quise preguntarle a Atlas, pero entonces Eden se subió al escenario, colocándose justo en el centro del foco y extendiendo los brazos.

—Bueno, amigos, creo que todos sabéis quién soy, ¿verdad? Por eso, ¿qué tal si me presentáis vosotros? Queridos invitados, miembros, estudiantes y antiguos alumnos, dad una calurosa bienvenida a…

—¡Eden Caldwell! —gritó la multitud, tras lo cual él, riéndose, hizo una reverencia.

—¡Gracias, amigos! En realidad, tenía pensado aburriros con algunas frases hechas y un par de anécdotas sobre los fundadores de nuestras casas, como hizo nuestra querida Ekatarina el año

pasado en su discurso de bienvenida. Ya sabéis: somos las estrellas más resplandecientes del mañana, y todo eso. —Le lanzó un beso a la chica de la primera fila y ella le respondió sacándole el dedo corazón. Eden esbozó una sonrisa—. Pero, seamos sinceros, eso ya lo tenéis claro, ¿verdad? Entonces pasemos directamente a la razón por la cual estamos todos reunidos aquí: la ceremonia de bienvenida de los nuevos miembros del Círculo. Y para ello, voy a pedirle a los presidentes de las demás casas que se unan a mí en el escenario. ¡Ekatarina Romanova, de la Casa Belmont… —la chica de la primera fila, delgada y peinada con una trenza tirante, subió los escalones y se situó a su lado— …y Jasper Grady de Sir Archer Remington!

En una esquina de la sala, se oyó un aplauso especialmente efusivo y alguien vitoreó cuando un chico rubio de la fila de atrás saltó al escenario y se puso de pie junto a los otros dos, con una gran sonrisa y un giro de trescientos sesenta grados. Eden esperó a que el público se calmara. Entonces volvió a ponerse el micrófono frente a la boca.

—No quiero haceros esperar más. Mentores, por favor, subid aquí con nosotros. Démosles la bienvenida a los novatos de este año.



La sola idea de que dijeran mi nombre y me mirara todo el mundo hizo que se me revolviera el estómago. Me había colocado al lado del escenario, junto con el resto de los nuevos, mientras Eden, a la luz de los focos, presentaba al público a los mentores. Conté quince mentores de la Casa Haverton, entre ellos a Atlas y a Coraline. En la Casa Belmont había algunos más, y, para mi sorpresa, en representación de Sir Archer Remington, solo se adelantó un chico,

un tipo simpático con el pelo rapado y negro, la piel oscura y una sonrisa de oreja a oreja. Recibió un aplauso muy caluroso en el rincón de la sala donde suponía que estaban los miembros de su casa, y Eden lo presentó como Avery Brennan.

Cuando llamó a su pupila Sabia Whitfield y la señorita Hell was boring salió al frente con un vestido de lentejuelas negro, los ojos de Avery se iluminaron.

—¿Esta es tu pupila, Ave? —preguntó Eden con incredulidad fingida—. Parece demasiado guay para estar en Remington.

Los invitados vitorearon y, con el micrófono pegado a los labios, Eden le susurró a Sabia:

—Tienes un par de minutos para decidirte. Por si quieres pasarte a Haverton.

—¡Ni hablar! —Avery dio un salto al frente y le tendió la mano a Sabia. Cuando ella se la tomó, él la levantó triunfante. Eden esbozó una sonrisa, se encogió de hombros y continuó con Belmont. Con cada nombre que mencionaba, me sentía más y más intranquila. Miré a mi alrededor, pero, a diferencia de mí, todos los demás parecían impacientes por presentarse en el Círculo. Solo un chico daba la impresión de estar tan nervioso como yo. Tenía el pelo castaño, llevaba un traje gris oscuro y parecía a punto de vomitar. Cuando nuestras miradas se encontraron, sonrió:

—¿Por qué me siento como si estuviéramos en *Los juegos del hambre*?

Sus palabras me arrancaron una sonrisa.

—Quizá porque nuestro futuro depende de cómo los demás nos valoren en este momento.

De si se ponían de parte de Shiya y se dejaban influir por lo que

decían los medios de comunicación. De si me daban una oportunidad o, por el contrario, me excluían, como habían hecho Lexi y el resto de las chicas del equipo.

—¿Eres de primero de bachillerato? —me preguntó el chico. Asentí.

—¿Y tú?

—Yo estudio Ciencias Políticas. Me llamo…

—El próximo miembro de la Casa Belmont es… ¡Jeremy Peterson! —exclamó Eden—. Bienvenido a los juegos de este año del Círculo Rubí. —El chico, Jeremy, se enderezó y se subió al escenario, donde se colocó al lado de otro más alto que él al que se parecía mucho si se ignoraba su complexión atlética y sus rasgos angulosos. Esperaba que Jeremy volviera a mirarme y me dedicara una pequeña sonrisa, pero no lo hizo. En lugar de eso, mantuvo la cabeza bien recta, como si estuviera mirando fijamente a un punto en el fondo de la sala. Poco a poco, el resto de los miembros de la Casa Belmont fueron subiéndose al escenario, donde los recibieron sus mentores. Por fin, Eden anunció que la Casa Haverton era la siguiente. Esta frase bastó para que me empezaran a temblar las rodillas. Intenté tranquilizarme y pensar en casa. En mis padres, en Kami, en la canción que no dejaba de tararear.

We were both young when I first saw you. I close my eyes and the flashback starts.

Primero llamaron a Margaux y a Milou Charlier, las gemelas rubias, y al chico de pelo oscuro que había visto en el vestíbulo y que Eden presentó como Haru. Los tres estaban en primero de bachillerato. Todos ellos tuvieron que repetir un pequeño juramento, y después Eden les entregó el escudo de la Casa Haverton, a elegir entre un

colgante o un pin.

I'm standing there, on a balcony in summer air. See the lights… see the party, the…

¿Cómo seguía la maldita canción? ¿Era *the ball gowns*? Ya no me acordaba. De repente, mi cabeza se quedó en blanco. Me sentía como anestesiada.

—¡Louisa Bennet!

Al oír mi nombre, me estremecí. Por un segundo, no me moví: estaba paralizada.

—¡Venga, no seas tímida! —Eden me hizo un gesto y yo inspiré hondo, subí los escalones y volví a respirar cuando alcancé a Atlas.

Los siguientes minutos estuve como en trance.

Los focos eran demasiado fuertes. Había demasiadas personas mirándome. Demasiados estímulos, y todos a la vez. De pronto, volví a sentir esa ligera sensación de mareo. El amago de pánico en la boca del estómago.

De alguna manera, me las apañé para sonreír todo el tiempo, repetir el juramento después de Eden, y recoger mi colgante. Cuando se alejó de mí, me sentí aliviada, porque creía que estaría liberada en cuanto terminara la ceremonia y hubiera llamado al resto de los nuevos miembros de Haverton. Me equivocaba.

—Ahora que hemos honrado la tradición centenaria de la entrega del emblema de las casas, llegamos a la parte de la noche que todos estabais esperando —dijo Eden riendo. El público aplaudió entusiasmado—. Ya sabéis: a partir de este momento, lo que aquí suceda se queda entre nosotros y no sale de estas paredes. Honramos y custodiamos los secretos del Círculo, y quien los traicione perderá sus privilegios y será expulsado de la comunidad

para el resto de su vida. —Su voz se volvió exageradamente grave, pero enseguida sonrió de nuevo—. ¡Así que móviles fuera! ¡Ha llegado la hora de la Carrera de Novatos!

¿La Carrera de Novatos? ¿Qué se suponía que era eso? Quise girarme y preguntarle a Atlas, pero, entonces, Ekatarinna le tendió a Eden un cuenco de plata. Se acercó a mí y me señaló los papelitos dorados que había dentro. Intuí que tenía que elegir uno.

—No los abráis hasta que se repartan todos —ordenó mientras se acercaba a las gemelas. Los otros dos presidentes de las casas también estaban entregando papeles. Cuando Jasper le dio a Sabia el suyo en la mano, Avery gritó:

—¡Lo mejor es que os rindáis! ¡No tenéis ninguna posibilidad!

—Eso ya lo veremos —respondió Coraline, poniéndole a Haru, su pupilo, una mano en el hombro.

Avery se rio y quiso replicar, pero Ekatarina, que había cogido el micrófono, lo fulminó con la mirada.

—¡Silencio, por favor! Voy a explicar las reglas. —Se giró hacia nosotros—. La Carrera de Novatos es un juego inventado por las tres casas, en el que cada una de ellas envía a un novato a la línea de salida. A los jugadores se les asigna una tarea que ha ideado el primer presidente de otra casa y que nadie más conoce. Gana el primero que complete su tarea y presente la prueba correspondiente. Él o ella recibirá gloria y honor para su casa y… —Ekatarina siseó cuando Jasper se inclinó y le robó el micrófono sin más.

—¡Y además podrá pedir un deseo! Es como el genio de la lámpara, aunque, en lugar de tres deseos, podréis pedir solo uno. Pero podéis pedir lo que sea. Unas vacaciones en las Bahamas, un

Porsche nuevo o una cita con Bellamy Trengove. —Le guiñó un ojo a Milou, que se sonrojó un poco—. Todo es posible, el dinero no importa. ¿Está claro?

Todos asentimos y, por un momento, me pregunté por qué Jasper y su sonrisa juvenil me resultaban tan familiares. No se me ocurrió nada y no pude darle más vueltas, porque Ekatarina pidió el micrófono y nos advirtió que durante el juego no estaba permitido contarle a nadie la tarea que nos habían encomendado ni tampoco pedir ayuda. Si pillaban a alguien infringiendo las reglas, la casa entera sería descalificada.

—Y para que nadie se aburra durante este tiempo, como todos los años… ¡podéis apostar por vuestro candidato favorito! —gritó Jasper —. Quien apueste por el candidato correcto y además haya hecho la apuesta más alta, se lo lleva todo. ¡Así que no seáis tacaños! —Sonrió e ignoró a Ekatarina, que lo miraba fijamente—. Bueno, chicos, no sé vosotros, pero yo tengo mucha curiosidad por saber qué candidatos participarán este año en la carrera. Así que basta de cháchara, y vamos al lío. —Entonces se volvió hacia nosotros—. ¡Abrid vuestros sobres!

Las gemelas, situadas a mi lado, sonreían expectantes. Sin embargo, en cuanto desplegaron sus papeletas, la decepción se dibujó en sus rostros. Yo, en cambio, estaba bastante desconcertada, porque en mi papeleta solo figuraba el emblema de la Casa Haverton. Un león con dos espadas cruzadas. No había nada escrito, ninguna pista.

Miré con asombro a Haru, que sostenía su papel en alto para que todos lo vieran. Estaba en blanco.

Oh, no. Por favor, no, pensé. Pero Eden se acercó a mí y echó un

vistazo a la papeleta que tenía en las manos. Entonces me puso una mano sobre el hombro y me acompañó al borde del escenario.

—Nuestra candidata para la Casa Haverton: ¡Louisa Bennet! —anunció. Mi sonrisa congelada se desvaneció. Podía oír literalmente los pensamientos de la gente.

«Ojalá esa impostora se ponga en ridículo».

«Aunque, si gana, puede pedir una conciencia nueva como premio».

—En representación de la Casa Belmont… ¡Rebecca Burleigh! —exclamó Ekatarina, y una chica dio un paso al frente, se colocó a mi lado y sonrió desafiante. Tenía un aspecto impresionante, unas curvas de infarto, ojos verdes de gata y una melena rizada cobriza que seguro que hacía que los cazatalentos se dieran tortas por ella.

—Y la que yo considero la clara ganadora de esta carrera: ¡Sabia Whitfield!

Jasper se rio y se acercó a nosotros con la señorita Hell was boring hasta el borde del escenario. El público vitoreaba con entusiasmo. Sin darme cuenta, mis ojos se dirigieron a la esquina de la sala desde donde venían los vítores. Un chico en silla de ruedas aplaudía con fuerza, gritando como si fuera Tarzan. Y a su lado… Tragué saliva. A su lado se encontraba Theo, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón del traje. Me estaba mirando. Directamente. Nuestras miradas se cruzaron. Pensaba que retiraría la suya, pero no fue así. Su vista siguió clavada en mí y, a pesar de la distancia, estaba segura de que no había pestañeado ni una vez.

—Ahora repartiremos las tareas —dijo Ekatarina mientras escribía algo en un trozo de papel y lo metía en un sobre granate. Después me lo entregó—. Mi tarea es para la Casa Haverton.

Eden, que también había terminado de escribir, le dio su sobre a Sabia, y Jasper agitó el suyo delante de la nariz de Rebecca. Ella lo atrapó con avidez, lo abrió y lo leyó. Yo también saqué la hoja y la observé sin leer el texto. Mi corazón estaba demasiado acelerado y, aunque no quería hacerlo, no pude evitar volver a mirar adonde estaba Theo. No se había movido del sitio, y esta vez, cuando nos miramos, el calor se me subió a la cabeza y me recorrió de arriba abajo. Por un momento, creí distinguir algo en sus ojos. Pero entonces un ligero estremecimiento atravesó su cuerpo. Era como si se hubiera despertado de un sueño de repente. Sus hombros se elevaban y descendían con cada respiración. Agitando la cabeza, echó un pie para atrás, rompió el contacto visual y se pasó una mano por el pelo. El chico de la silla de ruedas le dijo algo. Theo no le prestó atención, sino que se dio la vuelta y se alejó hasta el fondo de la sala.

No tenía ni idea de qué pensar o qué sentir. ¿Qué problema tenía este tío conmigo? ¿De verdad era por el… difícil primer encuentro que habíamos tenido antes? ¿O se trataba de otra cosa? No lo sabía.

—Se te podría haber ocurrido algo más difícil, Remington —dijo la chica de Belmont que continuaba a mi lado, aunque en realidad no la estaba escuchando. Seguía embobada observando cómo Theo se dirigía hacia la salida.

—Tu tarea es pan comido. La tendré hecha en menos de veinticuatro horas. —De nuevo la chica de Belmont. Se llamaba Rebecca, ¿verdad?

—Bueno, ya veremos —contestó Jasper.

—Eso, ¡ya veremos! —exclamó Eden aplaudiendo—. Pues ya solo nos falta una cosa que decir: ¡Los juegos de los novatos quedan

oficialmente inaugurados!

Theo se detuvo y giró la cabeza. Solo unos centímetros. Mi pulso se aceleró.

—Comienza la cuenta atrás: tres, dos, uno…

Volvió a mirarme, apenas un segundo, quizá menos. Entonces apretó los puños y salió por la puerta.

—¡Novatos! —gritó a la multitud—: ¡A correr!

6

Como los demás miembros de la Casa Haverton, después de la fiesta dormí hasta el mediodía, y tuve que tomarme una taza de café para dejar de sentirme como una zombi. Por suerte, en el comedor había una máquina de café con todo lo que uno pudiera desear. Además, nos habían preparado un *brunch* con todo tipo de delicias, desde *scones* hasta gofres, y zumo de naranja recién exprimido. Todo tenía una pinta de muerte, pero aún así no me decidí a tomar un plato y comer algo. Quizá era por la extraña sensación que sentía en el estómago al pensar en la noche anterior. Al pensar en Happy. Cuando nos bajamos del escenario, le pregunté a Atlas y, en cuanto oyó su nombre, su rostro se ensombreció.

—Theo Vanderton es… difícil. Lo mejor es que te mantengas alejada de él.

Entonces, me agarró de la mano y me llevó a la pista de baile, e intuyendo que no iba a desvelarme nada más, decidí dejarlo correr. Al menos por el momento. Porque tenía la intención de volver a preguntarle después a qué se había referido con «difícil». Ahora quería aprovechar la mañana para llamar a Kami y enseñarle la habitación, tal y como le había prometido.

Como era de esperar, mi mejor amiga estaba loca de emoción. Tuve que mostrarle hasta el último rincón de la habitación y, al ver el vestidor, apenas pudo contenerse. Cuando le conté la fiesta y mencioné a Atlas, la escuché teclear al otro lado de la línea.

Inmediatamente después, se quedó sin aliento.

—*What the…?* —chilló al teléfono—. Acabo de buscar en Google a este tío y… ¿podemos hablar de lo bueno que está, por favor?

Me reí. Era típico de Kami. Quería contarle a quién más había conocido y lo extraña que había sido la segunda parte de la noche. Pero todos mis intentos fracasaron, porque a Kami solo le interesaba hablar de una cosa: emparejarme. No pude evitar agitar la cabeza ante sus infinitas propuestas de cómo Atlas y yo podíamos convertirnos en la pareja más envidiada del Círculo en poco tiempo. Cuando al final colgamos y me dispuse a sacar las cosas de la maleta, me di cuenta de que todavía estaba sonriendo como una tonta.

Empecé con la bolsa de viaje, y después llegó el turno de las maletas. Abrí la primera y solté un grito de sorpresa. Después me eché a reír a carcajadas. ¡Pa! Me había colado una camiseta en el equipaje. Blanca, con una foto suya en la parte de delante, con su pelo largo, su barba y su enorme estatura, en la que me recordaba bastante a Jason Momoa. Ponía: «Manteneos alejados, chicos, este es mi Pa». Ay, Dios. Era tan tierno… Y gracioso. Y tan típico de Pa…

Saqué la camiseta, la apreté contra mi pecho y no pude evitar derramar algunas lágrimas. Después me la puse, me miré en el espejo y le envié una foto a mi familia. Aunque sabía que Pa me la había metido en la maleta para gastarme una broma, tuve tal sensación de hogar que decidí dejármela puesta todo el día.

Cuando me reuní más tarde con Bellamy en los establos, parecía desconcertado por mi aspecto. Pero luego las comisuras de sus labios se elevaron.

—Tu padre parece muy guay.

Sí, los dos lo eran. Sonreí y lo seguí hasta los prados: Bellamy dio un silbido y llamó a Twister. De inmediato, uno de ellos se separó del grupo de caballos castaños y alazanes con las crines inmaculadamente cortadas y peinadas. No podía creer lo que veían mis ojos. El caballo era… un caballo pío. De color marrón oscuro casi negro, con grandes manchas blancas en la parte superior del lomo. Sus salvajes crines le llegaban al cuello y algunos mechones rojizos asomaban por encima de su pelaje. Era más pequeño que el resto de los caballos del prado, más incluso que Orión, el caballo que tenía en casa, que había volado conmigo campo a través hasta principios de año, ganando competición tras competición. Cuando cumplió los diecinueve años, lo jubilamos y ahora vivía con mis padres. Ellos se ocupaban de él, al igual que de Cookie, nuestro poni galés de más de treinta años.

Antes de llegar aquí, me había imaginado cómo sería volver a montar un caballo joven. Quizá uno de seis o siete años. Me había pasado todo el trayecto en coche hasta la academia preguntándome cómo sería mi caballo, y lo cierto es que había contemplado casi todas las posibilidades. Pero en ningún caso había pensado en una especie de poni demasiado grande.

—Estás muy callada —dijo Bellamy, acariciando las fosas nasales del caballo.

—¿Este es Twister? —repetí para asegurarme. Bellamy asintió y dejó que el caballo apoyara la cabeza en su hombro. Le rascó la frente y el pinto cerró los ojos de placer.

—Es de unos amigos de Liz, la gerente de la hípica. Lo descubrieron en una ganadería por casualidad y les pareció que tenía potencial. Cuando le preguntaron a Liz si quería entrenarlo, no

lo dudó ni por un momento. Este pequeñín… —Bellamy acarició a Twister encima de la nariz y le apartó con cuidado la cabeza del hombro— es un fenómeno. Tienes el honor de ser la primera becada a la que ayude a alcanzar el éxito y la fama.

No pude evitar reírme.

—Y… ¿salta?

Bellamy sonrió de oreja a oreja.

—Vamos que si salta. Y sé que no lo parece a primera vista, pero créeme si te digo que no te decepcionará. No podrías tener un caballo mejor. Salvo quizá… —una sonrisa se dibujó en su rostro— uno de los míos. Tranquila, cuanto más tiempo estés aquí, más posibilidades tendrás de que los patrocinadores se fijen en ti, y de que pongan más caballos a tu disposición. —Su mirada se suavizó cuando volvió a contemplar a Twister—. Aunque ninguno de ellos será nunca tan bueno como tú, amigo.

Me acerqué a la valla junto a Bellamy y saludé al caballo acercándole la mano para que pudiera olerla. Me rozó los dedos con mucho cuidado y noté su cálido aliento en la piel.

—¿Estás decepcionada? —preguntó Bellamy después de un rato.

Respiré hondo. ¿Cómo podía expresar con las palabras adecuadas lo que sentía? ¿Y más aún a un extraño? Sí, Twister era todo lo contrario a lo que se suele esperar en la pista de competición o a lo que buscan los criadores. Era más mono que elegante… no era la clase de caballo con el que se pueda causar una gran impresión en términos meramente visuales. Sin embargo, destacaba precisamente porque no encajaba en el grupo de los caballos de competición de un millón de dólares. Igual que yo.

Louisa de Silvermore.

—Twister es perfecto para mí —dije a pesar de todo. Y así lo creía. Bellamy exhaló un audible suspiro de alivio y, mientras acariciaba a Twister en el cuello sonriendo, me di cuenta de que le había cogido muchísimo cariño al pequeño caballo pinto.

—Parece que has tenido suerte, colega —le susurró.



Nos quedamos una hora más en los establos; después me despedí, porque Atlas y Coraline nos habían propuesto a Haru y a mí dar un paseo improvisado por el campus y los alrededores. Me duché deprisa y me puse ropa limpia antes de salir de nuevo afuera, donde los tres me estaban esperando en el deportivo descapotable de Atlas. Primero fuimos a la academia, donde Coraline nos enseñó la biblioteca, y nos mostró un pasadizo secreto detrás de un tapiz en la pared. Al fondo de un estrecho pasillo, había una escalera de caracol que subía hasta una torre desde la que podía divisarse todo el recinto de la escuela. La vista era espectacular. Atlas y Coraline intercambiaron una sonrisa, porque yo estaba maravillada. A continuación, visitamos las instalaciones deportivas, las salas de estudio de la segunda planta del edificio de la escuela y la Casa Belmont, que estaba justo al lado.

—Las normas para los alumnos de bachillerato son un poco más estrictas —me explicó Atlas mientras hablábamos de la rutina habitual de la academia y de las reglas de convivencia—. Se supone que tenéis terminantemente prohibido beber alcohol y debéis estar a las diez en la cama. En la vuestra, evidentemente.

—Sí, se supone —añadió Coraline levantando el dedo índice con aire teatral—. Y si Brenda está de guardia, te recomiendo que

cumplas las normas. Pero si no… —Esbozó una sonrisa muy elocuente—. En fin, digamos que hay cierto margen de interpretación.

—Bueno es saberlo —dijo Haru riendo, y aunque no entraba en mis planes ponerme en la mira de ninguno de los responsables de la casa ni colarme en la cama de nadie, estuve de acuerdo con él. Sencillamente, porque en ese momento me sentía cómoda y aceptada. Pensé en el día que estaba pasando, en la gente con la que lo estaba compartiendo y en Twister. Y por primera vez desde mi llegada, sentí que no había sido tan mala idea solicitar esa beca.



Sobre las ocho volvimos a la Casa Haverton. Atlas propuso jugar una partida de billar en la sala común, pero estaba agotada, así que me excusé y me fui a mi habitación. Mientras ordenaba, se me cayó el sobre con la tarea que me habían entregado en la Carrera de Novatos. Por culpa del extraño comportamiento de Theo, la noche anterior apenas le había podido prestar atención, y aquella tarde había sido tan ajetreada que prácticamente me había olvidado del juego. Pero ahora tenía curiosidad. Así que recogí la hoja del suelo y la leí.

«Róbale el móvil de Jasper Grady y sube un post en su Instagram. Encontrarás el texto, la foto y la contraseña de su móvil en un email que te acabamos de enviar a tu cuenta de correo».

Repasé aquellas palabras una vez más. No, no había leído mal. Ekatarina quería que robara el móvil de Jasper. Menuda locura. Agitando la cabeza, abrí el correo electrónico, donde efectivamente encontré una foto junto con un mensaje *fake* en el que Jasper

revelaba que iba a sacar por adelantado su nuevo single *This Girl*, revelaba que había escrito la canción para Holly Sage Stafford y anunciaba que quería presentarla en los jardines de la Casa Haverton… completamente desnudo, vestido tan solo con una bandera de Haverton. Y, por supuesto, lo retransmitiría en directo en todas las redes sociales.

¡Era una completa locura!

Ahora sabía de qué me sonaba tanto la cara de Jasper Grady. ¡Claro!

Para asegurarme de que estaba en lo cierto, busqué su perfil de Instagram y pinché en las imágenes, que de inmediato me resultaron muy familiares. Instantáneas divertidas, fotos elegantes en blanco y negro con la guitarra, un *reel* de vez en cuando cantando una canción… No cabía duda. Jasper era aquel chico que Kami había descubierto en YouTube hacía cosa de un año. Se había hecho famoso por sus versiones de canciones famosas, y era bastante bueno. Cuando subió un tema de Taylor Swift, mi mejor amiga se convirtió en una de los tres millones de seguidores que seguían su vida a diario. Y hacía poco había anunciado que acababa de firmar un contrato y que iba a producir su primer álbum. Ahora me acordaba de que quería compartir con sus fans una de las canciones del disco antes del lanzamiento. *Pero probablemente no como Ekatarina quiere*, pensé, mientras volvía a meter la hoja en el sobre sacudiendo la cabeza desconcertada. ¡Qué chorrada! Dejando de lado el hecho de que recibir tanta atención en la fiesta había sido demasiado para mí, este jueguecito era la típica tontería de colegio privado contra las que me había advertido mi padre. Y claro, poder pedir un deseo, cualquiera que fuera, era una idea de lo más

tentadora. Por desgracia, para empezar, nadie podía cumplir el deseo que yo más anhelaba: regresar seis meses atrás en el tiempo y deshacer todo lo que había sucedido. Y, para continuar, no estaba dispuesta a fastidiar a Jasper a cambio del premio. Puede que los niños ricos de aquí estuvieran acostumbrados a ese tipo de comportamientos. Pero, definitivamente, yo pasaba de esta clase de bromas.



Al día siguiente, el primer día de clase, recibí mi material y conocí a una parte del profesorado. La señorita Denvey, una mujer con el pelo cortado a lo bob, que enseñaba francés. El señor Wescott, un hombre alto con barba poblada, que enseñaba historia y política. Y, por último, el señor Crawley, mi tutor y el profesor de lengua y matemáticas, que parecía bastante joven y me cayó bien de inmediato.

Por la tarde, tenía mi primera clase de equitación, así que después de la última hora, me fui directa a los establos para poder pasar unos minutos a solas con Twister. Me senté con él en la pradera, lo observé y acaricié su pelaje caliente bajo los rayos del sol. Por desgracia, el tiempo pasó volando y al rato empezaron a llegar más jinetes para recoger, cepillar y ensillar a sus caballos. Liz, una mujer de pelo corto y rubio, de unos cuarenta años, me saludó. Se presentó como la gerente de la hípica, me presentó oficialmente a Twister y me enseñó donde estaban sus aparejos.

Cuando todos los caballos estuvieron listos, el grupo al completo, formado por dieciocho jinetes con sus monturas, se puso en movimiento y se encaminó al picadero. Holly Sage y Theo también

estaban allí y me aseguré de colocarme muy lejos de ellos cuando Liz nos indicó que hiciéramos un círculo en la arena. Nos dedicó una cálida sonrisa y nos hizo saber las ganas que tenía de trabajar con nosotros este año. Para terminar, nos presentó a los otros dos entrenadores. Uno de ellos se llamaba Julio, y era un chico enjuto de un metro noventa de altura, rasgos angulosos, tez oscura y expresión severa. Desmond, canoso y fornido, era el responsable de los jinetes especializados en doma. Pero también los que, como yo, nos dedicábamos al salto o al cross-country teníamos clase con él una vez por semana.

—He llevado al podio a numerosos campeones mundiales de doma, así que está muy por debajo de mi nivel ensañarle mi arte a un puñado de saltadores incrédulos —nos dijo Desmond cruzando los brazos sobre el pecho—. No obstante, por el bien de vuestros caballos, intentaré sacar lo mejor de vosotros también.

Por un momento, se hizo un silencio sepulcral y me di cuenta de que había varios miembros del grupo, también nuevos, que parecían igual de inseguros. Pero entonces Desmond acompañó sus palabras de una sonrisa y Holly Sage y otra chica que no conocía, intercambiaron una mirada tan burlona como elocuente. Bueno, quizá el hombre no era tan malo como quería hacernos creer.

—Os vamos a clasificar en grupos, según las categorías en las que empezaréis a trabajar.

Desmond nos explicó el plan de entrenamiento y nos dijo que nos lo habían enviado a cada uno de nosotros por correo electrónico. Por supuesto, yo ya me lo había aprendido de memoria. Cuando lo ojeé por primera vez me eché a temblar. Entrenábamos por la tarde cinco días a la semana y trabajábamos tanto doma como salto. En los dos

días libres del fin de semana podíamos practicar por nuestra cuenta, hacer estiramientos o dejar descansar al caballo.

—Ahora voy a leer los nombres del grupo uno de la clase de salto de obstáculos —dijo Liz, llamando uno por uno a cada miembro del grupo, incluida yo—. Vosotros estáis en mi equipo. Todos aquellos a quienes no haya nombrado os iréis con Julio y Desmond a la clase de doma. ¿Tenéis alguna pregunta? —Echó un vistazo a su alrededor; como nadie dijo nada, sonrió satisfecha y dio una palmada—. Pues a trabajar, no hay tiempo que perder.



En mi grupo éramos seis personas, y la mayoría ya se conocían del año pasado. Bellamy estaba entre ellos, junto con su semental castaño Cipriano. También estaba Holly Sage, con su yegua torda Trinity y, por desgracia, también Nat, Flora y… Happy. Nat le lanzó una mirada de desprecio, se volvió hacia Flora y susurró lo bastante alto como para que todos la oyéramos:

—Mira quién se digna a aparecer.

Sin embargo, Theo las ignoró, ajustó la cincha y se puso el casco. Tampoco me prestaba atención a mí, lo cual era un auténtico alivio, aunque me sorprendió. Después de todo, en la fiesta me había observado como si quisiera pulverizarme con la mirada. Y ahora, tan solo dos días más tarde, se comportaba como si fuera invisible. No era normal.

—Calentad —dijo Liz, y, como si todos hubieran estado esperando su señal, se montaron en sus caballos y se pusieron en marcha. Yo también conduje a Twister hasta la escalera y me subí a la silla.

—¿Nerviosa? —resonó la voz de Liz desde uno de los laterales. Me

di la vuelta. No me había percatado de que me había seguido.

—Un poco —confesé sujetando las riendas.

—No te preocupes. Twister es muy seguro en la pista de obstáculos. Está dispuesto a dárselo todo a su jinete, siempre y cuando este lo considere su amigo y confíe en él. Así que aprovecha estas primeras semanas para construir una relación con él. El resto te lo dará él. —Me guiñó un ojo—. Tus resultados en competición me han impresionado, y también los vídeos que Lucinda Norwood me envió. Pero los demás conocen a sus caballos desde hace años. No te compares con ellos, al menos al principio.

Asentí. Por supuesto, estaba deseando mostrar de lo que era capaz —y también demostrarles a escépticas como Nat y Flora que me había ganado la beca—, aunque sabía que Liz llevaba razón. Primero, Twister y yo teníamos que conocernos mejor.

—En cinco semanas es el primer encuentro con los patrocinadores del programa de becas —continuó—. Hablarán con tus profesores y querrán saber qué tal te va con Twister. No te preocupes demasiado, suena más formal de lo que es en realidad. Será como una clase normal, solo que con espectadores con una cara muy seria —dijo riendo—. Si montas bien y presentas una ronda sólida, no habrá ningún problema.

—De acuerdo —respondí, asintiendo con la cabeza. Sabía que evaluarían mi rendimiento como alumna becada de Highclare con regularidad. Mis padres no habían pagado matrícula, era lógico que quisieran asegurarse de que habían hecho una buena inversión. Pero nada de eso me preocupaba en realidad, porque esto —la equitación, los caballos, las competiciones— era el único aspecto de mi vida en el que me sentía absolutamente segura, y en el que tenía

claro de lo que era capaz.

—Si tienes más preguntas o necesitas ayuda, ya sabes dónde estoy.

—Gracias, Liz —le dije con una sonrisa.

Cuando continuó en dirección a Flora, proseguí la marcha. Con las riendas largas, recorrí el recinto, probando qué tal iba Twister sin contacto con las riendas. Para mi sorpresa, reaccionaba muy bien a mi equilibrio y a mis piernas, y se detuvo en cuanto exhalé y pensé en parar. A continuación, le pedí que hiciera algunos movimientos laterales y seguí trotando. Twister prosiguió con diligencia, con las orejas vueltas hacia mí y prestando atención a cada una de mis señales. Cuando consiguió parar sin riendas desde el trote, le acaricié el cuello. Bellamy pasó a mi lado y sonrió:

—Lo he entrenado bien para ti, ¿eh?

—Desde luego —admití, aunque no estaba segura de que me hubiera oído, porque pasó galopando a mi lado y guió a Cipriano hasta uno de los obstáculos. La valla no era muy alta y el semental la saltó sin dificultad. Después, siguieron Theo, a lomos de su yegua alazana Coco, y luego Nat con Skye. Sin embargo, a diferencia de Theo y Bellamy, a ella no parecía resultarle tan fácil superar el obstáculo. Todo lo contrario: galopaba con cara de esperarse lo peor. La yegua tropezó enseguida, bajó la cabeza y se echó hacia un lado.

—¡Maldita sea, Skye! —gruñó Nat tirando de las riendas; entonces la yegua atravesó el obstáculo y aterrizó al otro lado. Por la expresión de Liz, era evidente que no estaba contenta.

—Será mejor que dejes los saltos para el final de la clase, Natalia. Da un par de vueltas al trote e intenta encontrar una conexión suave. Luego puedes seguir con los cavalettis*.

—No estoy aquí para saltar esos postes ridículos. Esta yegua le ha costado una fortuna a mi padre.

—Pues dile que para tu próximo cumpleaños te regale un coche —gritó Theo desde el otro extremo de la pista—. Eso funciona siempre.

Nat lo fulminó con la mirada. Cabalgó hasta él y le siseó unas palabras que no pude entender. Él respondió igual de bajo y, aunque no podía oír lo que decían, era evidente que la situación era cada vez más tensa. Al parecer, Liz pensó lo mismo, porque le pidió a Theo que saltara la doble combinación. Entonces le hizo una seña a Bellamy, que se acercó hacia Nat con Cipriano. En cuanto se detuvo a su lado, su rostro se suavizó.

La expresión de Theo, en cambio, seguía siendo dura. Sin embargo, saltó todos los obstáculos sin errores y felicitó a su caballo.

Era mi turno. Liz me pidió que hiciera unas cuantas transiciones al trote y al galope, y que después saltara los cavalettis y un obstáculo bajo. Salí al galope y sentí cómo aumentaba la expectación en mi interior. Pero, justo antes de llegar al obstáculo, se oyó un estruendo cercano y me sobresalté. Twister saltó a un lado y se detuvo de inmediato. Durante un segundo, no supe de dónde había venido el ruido. Enseguida lo vi. A escasos diez metros de mí, Skye había derrapado contra un óxer, llevándose por delante una de las barras. Nat estaba colgada del cuello de la yegua, aunque consiguió subirse de nuevo a la silla. Con la cara roja, tiró de las riendas. Quiso volver a cabalgar, sin embargo Skye se levantó sobre las patas traseras, resistiéndose a las ayudas. Holly Sage agitó la cabeza, y el rostro de Bellamy se ensombreció. Abrió la boca para decir algo, pero Theo

fue más rápido.

—¡Deja de castigarla! Ella no tiene la culpa de que tú no seas lo bastante buena.

—No voy a aguantar tus mierdas, Vanderton. Eres un niñato arrogante y un…

No continuó. Skye reculó y empezó a girar en círculos.

—Natalia, respira hondo y tranquilízate —gritó Liz, pero Nat no pareció reparar en ella. Gritando indignada, intentó que Skye volviera a caminar hacia adelante. La yegua alazana se limitó a poner los ojos en blanco y volvió a alzar las patas, esta vez más alto.

—¡Ya basta! —siseó Nat, golpeando con la fusta al animal.

Los ojos de Theo se abrieron de par en par. Se bajó del caballo de un salto, y su mirada era tan intensa que contuve la respiración. En pocos pasos, llegó hasta Skye y Nat y trató de agarrar las riendas. Pero en ese momento, Nat volvió a golpear a la yegua en el flanco con la fusta. Skye inclinó la cabeza y saltó con las cuatro patas. Nat lanzó un grito, salió despedida hacia delante y se agarró a las crines. Pero cuando la yegua aterrizó otra vez en el suelo y giró a un lado, no tuvo ninguna oportunidad y cayó de cabeza a la arena. Me dio un vuelco el corazón. Skye se alejó galopando y por un segundo todos nos quedamos paralizados. Entonces Liz y Bellamy corrieron hacia Nat. Theo estaba inmóvil mirando al caballo. Tenía los puños apretados. Respirando pesadamente, agarró las riendas de Coco, se acercó a mí y me las tendió sin mediar palabra. Tras sujetar a Coco sin vacilar, se fue a por Skye.

Todavía me sentía paralizada, y solo pude observar cómo Nat se incorporaba despacio, con ayuda de Bellamy, apoyándose en sus brazos. Por suerte, logró ponerse de pie, y, por lo que parecía, podía

mover los brazos y las piernas.

—Se acabó el entrenamiento por hoy —ordenó Liz—. Damos un par de vueltas y después atendemos a los caballos. —Lo dijo con un tono tan claro que fue evidente que no quería que siguiéramos rondando por ahí con las caras largas. Todos se pusieron en movimiento y siguieron montando. Yo desmonté y sujeté a Coco y a Twister de las riendas.

Mientras caminábamos busqué a Theo con la mirada. Estaba cerca de la puerta. Skye se encontraba a escasos metros de él, con la cabeza alta y las fosas nasales dilatadas. Me pregunté por qué no se acercaba a ella. Apenas tenía que dar un par de pasos. En lugar de eso, Theo se alejó se alejó un poco más de la yegua, que giró sobre los cuartos traseros y volvió la cabeza hacia él. Justo en ese momento, él se dio la vuelta, liberando la tensión de su postura. ¿Qué se suponía que estaba haciendo? Creía que pretendía traerla de vuelta. Me detuve y observé cómo Theo repetía el proceso. Parecía que quería que Skye lo mirara y se concentrara el él. Y esta vez, cuando se alejó de ella, sucedió algo de lo más interesante: la yegua bajó la cabeza y empezó a masticar, signo de que comenzaba a relajarse. Theo caminó de espaldas y Skye dio un paso en su dirección. Luego avanzó otro paso y otro, hasta que se quedó justo delante de él. Contuve la respiración. No podía apartar los ojos de ambos. La yegua… se había ido con él voluntariamente. Sin que Theo tuviera que tocarla siquiera. Entonces, subió la mano y acarició a la yegua en la frente. Se quedaron así unos segundos. Unos minutos. No sé cuánto en realidad. Quizá el tiempo se había parado, sencillamente, y no volvió a ponerse en marcha hasta que Theo se puso en movimiento… seguido de Skye. No creía lo que veían mis

ojos. Lo perseguía por la arena con la cabeza pegada al hombro de Theo. Él estaba atento a cada mínimo gesto de la yegua, concentrado por completo en Skye, y no miró siquiera a su caballo cuando pasó a mi lado. Si subía la cabeza o apartaba las orejas, él le ponía la mano en el cuello y le hablaba en voz baja, para que volviera a centrar toda su atención en él. Por lo demás, no tocaba al animal, y no agarró las riendas hasta que se la entregó a Liz. Entonces fue corriendo hacia Nat, se arrodilló para ponerse a su altura y le susurró algo al oído.

—¡Maldito capullo! —vociferó ella. Sus ojos soltaban chispas—. Si tanto te importa Skye, quédatela. Así podremos ver todos lo bien que se te da susurrar a los caballos. ¿Sabes qué? Te la regalo. Así no tendré que volver a montar a esa endemoniada yegua.

Theo arrugó la frente.

—Yo solo veo a una endemoniada aquí. Y no es la yegua. Además, Skye…

—Ya basta —los interrumpió Liz—. Ahora, os ocuparéis de vuestros caballos, y en una hora os veo a los dos en mi despacho.

—Pero yo… —protestó Nat. Liz la detuvo con un gesto de la mano.

—Luego tendremos tiempo de discutir. Espero que vengáis directos a verme —avisó mirándolos a ambos alternativamente—. Y no es una sugerencia.

Parecía estar dirigiéndole esas últimas palabras sobre todo a Theo. Él sonrió ligeramente, me arrebató a Coco sin prestarme ninguna atención y dijo mientras se marchaba:

—Estoy impaciente.

* Los cavalettis son barras de tranqueo elevadas sobre el suelo que se usan, sobre todo, para los primeros saltos de un jinete principiante o para realizar entrenamientos básicos con el objetivo de asentar bien la conexión entre el jinete y el caballo.

7

Nat estaba llorando. La oí con claridad, cuando me detuve con el bocado de Twister en la mano frente a la puerta abierta del guardarnés.

—Necesito un caballo nuevo, y cuanto antes mejor. Si no, no tengo de idea de cómo…

Suspiró y una voz grave la respondió. Sonaba serena y cautelosa y, aunque no lo conocía desde hacía mucho tiempo, supe de inmediato que era la de Bellamy. No entendía todo lo que decía, solo lo suficiente para saber que le estaba ofreciendo volver a entrenar con ella y ayudarla a conectar mejor con Skye. Sin embargo, Nat no dejaba de sollozar.

—He invertido demasiado tiempo y paciencia en ella y no hace más que empeorar. Quizá a alguien como Theo le baste con jugar a ser el gurú de los caballos y subirse de vez en cuando al podio. Pero yo no puedo permitirme fracasar. —Suspiró y durante un momento reinó el silencio; luego añadió con la voz entrecortada—: Ya sabes por qué.

Bellamy exhaló y, a través de la puerta entreabierta, vi que estaba abrazando a Nat.

—Sí, y también sé que, en esta situación, un caballo nuevo no va a solucionar nada.

Se escuchó otro un sollozo y me obligué a darme la vuelta, aunque una parte de mí quería quedarse para averiguar lo que Nat iba a

decir a continuación. Pero estaba claro que se trataba de una conversación privada. Así que volví a colgar el bocado en el monturero plegable de la pared del box de Twister, desaté el nudo de su ramal y decidí dar una vuelta más con él por el patio.

Primero pasamos por el caminador, después por la superficie pavimentada que había entre las dos pistas cubiertas. Había visto en internet que cada una de ellas tenía su propia tribuna, que incluía un salón acristalado desde el que se podía mirar a los jinetes. Los rayos del sol entraban a través de una amplia claraboya en el techo y, al igual que en los establos, del techo caían enormes lámparas de araña. ¡Una pasada! Como todo en este lugar: el *round pen*** que parecía nuevo, las resplandecientes vallas blancas y la extensa superficie de césped detrás de los edificios, en la que había varios obstáculos de diferentes tamaños: troncos de árbol apilados e incluso un estanque artificial que ofrecía la posibilidad de saltar dentro o fuera según el grado de dificultad. Conduje a Twister a través del prado, observándolo todo con atención, y lo dejé pastar un rato antes de elegir un camino de regreso que pasaba entre salientes de arena y pastos. Había varios grupos de caballos dormitando al sol, y en uno de los prados vi a una yegua de pelaje cobrizo, sola, que, para mi sorpresa, se parecía sospechosamente a la yegua de Nat. Aunque estaba muy lejos, reconocí la manchita que tenía en la frente y el tic que hacía con las fosas nasales. Sí, era Skye. Corría de un lado a otro de la valla, arañando el suelo con los cascos y mirando la puerta. Una figura con el pelo oscuro y camiseta negra estaba ahí, sentada en cuclillas. Theo. Me quedé de piedra. ¿Qué estaba haciendo aquí con el caballo de Nat? Mis pensamientos se desvanecieron cuando, de pronto, Theo saltó la valla y caminó

hacia Skye. Se aproximó a la yegua muy despacio, con una cabezada en la mano. Skye subió la cabeza y dio un paso atrás. Theo se detuvo de inmediato y esperó a que se relajara de nuevo. Entonces, repitió la maniobra que le había visto hacer en la pista de salto: acercarse y alejarse después. No siguió intentando aproximarse a ella de frente, sino que empezó a moverse trazando un semicírculo a su espalda.

¿Sabría Nat que Theo estaba con su caballo en este momento? Probablemente no. Por el contrario, se habría puesto como una fiera. Antes, mientras hablaba con Bellamy, había dejado muy claro lo que pensaba de su manera de entrenar.

«Quizá a alguien como Theo le baste con jugar a ser el gurú de los caballos».

Sin embargo, a mí me fascinaba lo que hacía. Conteniendo la respiración, observé cómo Skye agachaba la cabeza, resoplaba y avanzaba unos pasos hacia Theo. Igual que en el picadero, Theo la acarició un instante y volvió a alejarse, haciendo un círculo, un ocho, y después distanciándose un poco más. Y Skye… caminaba a su lado, muy cerca de él, como si estuvieran unidos por una cuerda invisible.

No podía apartar la mirada y, al mismo tiempo, tenía la sensación de que no debería estar ahí. Como si estuviera interrumpiendo un momento muy íntimo que solo les pertenecía a ellos dos.

—Vamos, Twister, tenemos que irnos —dije despacio, dando media vuelta. Justo entonces, Theo levantó la vista. Nuestras miradas se encontraron y me sentí pillada en falta, aunque no estuviera haciendo nada malo. De repente, el aire me parecía más denso. Como si la atmósfera estuviera cargada. Pasaron un par de

segundos, mientras esperaba a que Theo se girara e ignorara mi presencia. No lo hizo. En lugar de eso, se quedó mirándome fijamente, como en la fiesta. Salvo por una diferencia. Cuando estaba en el escenario, no sabía lo que significaba aquella mirada. Ahora, el mensaje era inequívoco.

«Lárgate».

Me sentí tan incómoda que me estremecí. Sin embargo, le devolví la mirada, porque no quería que pensara que podía amedrentarme con tanta facilidad. Entonces me di la vuelta deliberadamente despacio y me fui sin mirar atrás. Pero la sensación de sus penetrantes ojos clavados en mi espalda no se iba. Ni siquiera cuando ya había dejado los prados atrás.



En la Casa Haverton olía a comida, y desde el comedor de mi ala llegaba un murmullo de voces. Mi estómago se hizo notar de inmediato con un fuerte rugido. Fui rápidamente a la habitación, me duché en tiempo récord y me puse unos vaqueros limpios y la sudadera con capucha con el logo de la Academia Highclare que me habían enviado a casa junto con la carta de admisión. Me recogí el pelo mojado en un moño despeinado, y bajé a toda prisa.

El comedor era una sala gigante con altos ventanales, mesas kilométricas y una resplandeciente cocina abierta de color blanco, que, según me había dicho Coraline, solo se utilizaba cuando los cocineros preparaban los platos del desayuno por la mañana. Para todo lo demás, había una segunda cocina en el sótano, donde cada día se cocinaban increíbles y extravagantes platos que solo se podían encontrar en la carta de un restaurante con estrellas Michelín. Me

preguntaba cuánto tiempo aguantaría esta vida de hotel sin echar de menos ir a la compra de vez en cuando y cocinar, como hacíamos mis padres y yo juntos en casa. ¿Los alumnos no podían usar la cocina? Seguramente sí, pero nadie lo hacía. No me imaginaba a Holly Sage Stafford picando verduras o a Atlas y a Eden con una cuchara de madera en la mano. Probablemente, ninguno de ellos había cocinado nada en toda su vida, al igual que el resto de los habitantes de la casa que ahora estaban sentados a la mesa. La mayoría charlaba animadamente y, a pesar de los humeantes platos de pasta que tenían delante, estaban absortos en sus móviles. Al final de una de las mesas, vi a Atlas, junto con Eden, Coraline y dos chicos más que no conocía todavía. Un poco más adelante, se habían reunido algunos nuevos de mi curso, entre ellos, las gemelas y su sombra, Haru. Holly Sage estaba sentada cerca de la ventana con un par de amigas. Levantaron la cabeza, me vieron e intercambiaron una mirada muy significativa.

Tú a lo tuyo, me dije a mí misma mientras me acercaba a la silla libre que había al lado de Atlas. Pero entonces me di cuenta de que la sala se había quedado en silencio de repente. La gente dejó de hablar, cada vez más personas se giraban para observarme, y durante unos segundos, nadie dijo nada.

Me quedé ahí plantada, insegura, bajé la mirada y luego la volví a levantar. ¿Qué estaba pasando?

Atlas se levantó, pero Coraline fue más rápida. Se acercó a mí deprisa, me puso una mano sobre los hombros y me empujó con delicadeza hasta el pasillo. Sus labios, que también hoy estaban pintados de rojo, me dedicaron una sonrisa compasiva, y sentí dentro de mí una premonición incómoda. Algo había pasado.

—No has visto las noticias hoy, ¿verdad? —me preguntó y, cuando negué con la cabeza, me apretó el brazo con suavidad—. Lo siento mucho, en serio… Todo esto es muy embarazoso… —Coraline buscaba las palabras correctas—. Si necesitas hablar con alguien, ya sabes dónde estoy, ¿vale?

Asentí automáticamente, aunque no sabía a qué se refería.

—Pero ¿qué…?

No pude decir nada más. Coraline suspiró y respiró hondo.

—Es por Shiya. Ella…

Shiya. Mi cabeza empezó a dar vueltas.

—…ha concedido una entrevista en la televisión y…

Me encontraba mal. Mareada. Veía borroso.

—Ha dicho algunas cosas muy desagradables. Sobre… ti.

No, por favor. Por favor, por favor, no… Tuve que apoyarme en la pared para no perder el equilibrio.

Había dado una entrevista. Mi madre había concedido una maldita entrevista. ¡Otra vez! Pero ¿por qué? Hacía semanas que no tenía ninguna noticia de su equipo.

Oí pasos detrás de mí. Era Atlas. Me tendió la mano y me miró con seriedad.

«Louisa», pronunciaron sus labios. Yo me limité a negar con la cabeza y me apoyé contra la pared. No podía hablar ahora. Con nadie. Primero tenía que saber lo grave que había sido esta vez. ¡Necesitaba mi móvil de inmediato! Con este pensamiento en mente giré hacia las escaleras y salí corriendo. Oí a Atlas llamándome detrás de mí, pero Coraline le impidió que me siguiera.

—Déjala —fueron sus palabras, antes de que yo desapareciera por el atrio—. Creo que necesita estar sola un momento.

Con las manos temblorosas, tecleé mi PIN. Siete llamadas perdidas de mis padres. Cuatro de Kami. Quince mensajes nuevos de los tres. ¡Mierda! Pensé en cuál leer primero. Después decidí pulsar el icono de la aplicación de noticias, y no tuve que buscar mucho para encontrar el nombre de Shiya.

«Mi hija ha muerto», rezaba el titular. Pinché en la noticia y leí las primeras líneas. Pero, mientras leía, las palabras se volvían más y más borrosas. Se me hizo un nudo en el estómago, no podía respirar. ¿Qué había hecho, qué había hecho? Volví atrás y encontré el vídeo de un programa de máxima audiencia, que acababan de subir online hacía una hora. Por lo que parecía, le habían enseñado unas fotos mías a mi madre que circulaban en internet desde la noche de la fiesta. Atlas y yo en las escaleras, y después bailando. La prensa del corazón había interceptado a Shiya delante de su casa y le había preguntado qué opinaba de que yo fuese la nueva estrella de un colegio de élite.

«Me da exactamente igual lo que esa chica haga o deje de hacer. Estoy harta de que no dejen de preguntarme por esa zorra ávida de fama», decía Shiya en la pantalla de mi teléfono. Me costaba respirar. ¿Zorra ávida de fama? ¿Me había llamado zorra ávida de fama? ¿A mí? ¿A su propia hija? Nunca había querido ser famosa. Ni aquí, en la academia, ni cuando quise conocerla. Lo único que deseaba era hablar con ella. Necesitaba que me dijera por qué me había abandonado, y si nunca se había preguntado qué había sido de mí. Esperaba que fuera sincera conmigo, quizá incluso llegar a conocerla como persona. Pero no quería publicidad. Por supuesto, habíamos recibido un montón de ofertas de diferentes programas de televisión cuando todo salió a la luz. Pero jamás acepté participar en

un *talkshow* ni hablar con ningún periodista.

Gritando de furia, tiré el móvil al borde de la cama y hundí la cara en los almohadones. Se empezó a reproducir la entrevista en el plató y oí la voz de la presentadora, pero no quería escuchar más. Hasta que de repente comenzó a decir que tenían pruebas de que Karenetta Sterman, el verdadero nombre de Shiya, realmente había estado embarazada hacía dieciocho años y…

Di un salto de inmediato, recuperé mi móvil y volví a poner el vídeo en ese punto. Había debido de oír mal. Seguro, era imposible que…

Sí, era cierto.

Me tapé la boca con la mano. Al parecer, aquella mañana una antigua empleada de Shiya le había enviado a la prensa unas fotos en las que aparecía con barriguita de embarazada. En las imágenes no parecía mucho mayor que yo y llevaba gafas de sol. Aun así… era ella. Sin duda. Ese ese momento estaba al principio de su carrera y nadie se había interesado por su embarazo. Pero ahora… me quedé mirando las reveladoras imágenes, y la cabeza me empezó a dar vueltas. Teniendo en cuenta lo que había pasado, y todo el tema del contrato, estas fotografías no hacían más que echar leña a un fuego que estaba más o menos controlado.

Hice scroll por la pantalla. «La cantante le explicó a una periodista en la alfombra roja que estaba harta de que no dejaran de echarle en cara los reproches de una impostora, que pretende hacerse pasar por su hija y destruir a su familia. Le duele mucho que una persona que ha trabajado para ella tantos años y a la que consideraba una amiga se haya puesto ahora en su contra», dijo la moderadora mirando muy seria a la cámara. Se me escapó un bufido. ¿Qué yo

quería destruir a su familia? ¡Menuda chorrada! El guapísimo actor con el que se había casado hacía dos años y los dos hijos perfectos que había tenido con él no me interesaban ni lo más mínimo. Hasta donde yo sabía, los habían mandado a un internado en Estados Unidos, donde…

Mis pensamientos se detuvieron de golpe cuando se reprodujo un nuevo clip. Shiya estaba sentada en un sofá marrón. Tenía las piernas cruzadas y llevaba un vestido negro inusualmente sencillo para ella. Su larga melena rubia teñida le caía suelta sobre los hombros. Iba muy poco maquillada y no llevaba ninguna joya, lo que la hacía parecer mayor que en sus actuaciones. Tenía los ojos llorosos. Cuando por fin habló, su voz sonaba débil. «No quiero hablar más de este tema. Esta chica no es mi hija».

Un presentador intervino. «¿Qué harás si la señorita Bennet pide una prueba de ADN? ¿Te negarás?».

De repente, Shiya saltó del sofá y se arrancó el micrófono. «La entrevista se ha acabado. Ya he tenido suficiente».

«¿Pero no niegas que estuviste embarazada?».

Shiya se dio la vuelta, con la cara contorsionada en una mueca de ira. «Sí, lo estuve. Pero…».

Se me paró el corazón. Lo había admitido. ¡En la televisión! Por un segundo, Shiya también pareció sorprendida. Sin embargo, levantó la vista y la fijó en la cámara. Me estaba mirando directamente a los ojos. Mi corazón se aceleró, pero al mismo tiempo sentía que me faltaba el aire.

«Mi hija está muerta». Con estas palabras, salió furiosa del plano.

Me sentía como si me hubieran desenchufado. Solo oía un pitido en los oídos, nada más. Me tapé la boca con la mano, dejé caer el

móvil y fui corriendo al cuarto de baño. Demasiado tarde. En cuanto crucé la puerta, vomité sobre las baldosas. Tenía el estómago revuelto y me dolía todo el cuerpo; finalmente, me caí de rodillas al suelo. Grité y golpée la fría piedra gris. Pero no me ayudó. Lloré y lloré, hasta que por fin un agradable entumecimiento se apoderó de mi cuerpo.

Cuando por fin logré levantarme, me sentía vacía, aturdida, en cierto modo. Sin embargo, conseguí limpiar el suelo y arrastrarme hasta la cama. Me quedé allí tumbada durante lo que me parecieron años enteros, con los ojos fijos en el techo, sin moverme. Atlas llamó dos veces a mi puerta e intentó hablar conmigo, pero no respondí. Ni siquiera cuando Coraline lo sustituyó.

No estoy muerta, era todo lo que podía pensar*. No estoy muerta, maldita sea.* Las emociones no dejaban de cambiar dentro de mí. Ira, desesperación, espanto. Ira de nuevo. Y entre ese torbellino de sentimientos, me sentía como si estuviera debajo del agua, mi propio cuerpo infinitamente pesado. Me tapé la cabeza con la manta y me abracé, concentrándome en respirar. En no pensar en Shiya. Pero me costaba una barbaridad.

En algún momento —fuera ya se había hecho de noche— volví a sacar el móvil y leí los mensajes de Kami y de mis padres. No sabía qué decirles. Probablemente llevaban horas preocupadísimos y, si no quería que se presentaran por la mañana temprano frente a mi puerta, tenía que dar alguna señal de vida. Aun así, me sentía incapaz de llamarlos. Los dos se darían cuenta de inmediato de que estaba al límite de mis fuerzas. Por eso, escribí un par de frases muy escuetas, diciéndoles que estaba bien y que lo que había dicho ya no podía hacerme daño.

Eres una mentirosa, repitió mi voz interior. Inmediatamente me sentí fatal y traté de cancelar el mensaje. Pero Pa ya lo había leído y estaba escribiendo una respuesta. Solo tardó unos segundos en aparecer.

«Muy bien, pequeñina. Date un poco de espacio y relájate. Llámame cuando te apetezca, ¿vale? A la hora que sea. Tu padre y yo te queremos muchísimo, y siempre estaremos a tu lado. Pa».

Suspiré y decidí llamarlos al día siguiente después de clase. Ahora no podía. Necesitaba paz y tranquilidad para ordenar mis pensamientos. Así que le envié un mensaje a Kami diciéndole que hablaría con ella por la mañana, dejé el móvil en la mesilla y me acurruqué con Puchi. Tenía muchas ganas de dormirme para así no tener que pensar en mi madre. Me pregunté si quería llamarla así. *Mi madre.* En realidad, no. Sí, aquella mujer estaba emparentada conmigo biológicamente, pero eso era todo. Me había rechazado, cuando era bebé y ahora otra vez. Pero, entonces, ¿por qué me afectaban tanto sus palabras?

Me revolví inquieta en la cama y una ira incontrolable se apoderó de mí. Había hecho lo imposible por conocer a Shiya. Sin embargo, después de todo lo que había dicho ante las cámaras, deseé desesperadamente poder enfrentarme a ella una única vez y preguntarle si se daba cuenta de lo que me estaba haciendo a mí y a mi familia con esas declaraciones. Quería echarle en cara lo que significaba para mí que me diera por muerta delante del mundo entero. O que me pusiera como una tirana sin corazón que solo iba detrás de su dinero.

Había creído que aquí, a varias horas en coche de casa y protegida dentro de los gruesos muros de la academia, me sentiría segura.

Pero ahora me aterraba revivir la misma pesadilla, que no acabara nunca, y seguir siendo una marginada en cualquier colegio. Shiya jamás dejaría de echar pestes de mí, tanto en internet como en los medios de comunicación. Y de pronto se me ocurrió una idea. Pero… no. Era imposible. ¿O quizá no? Me incorporé, alcancé el móvil y lo desbloqueé. Lo volví a dejar. Lo desbloqueé de nuevo. Como si tuvieran vida propia, mis dedos empezaron a buscar el email que Ekatarina me había enviado al final de la semana. El texto y la foto que tenía que subir desde el móvil de Jasper… si quería que me concedieran un deseo.

«Todo es posible, el dinero no importa», recordé. ¿Acaso los presidentes del Círculo podían conseguir…? No, era un disparate. Una completa locura. Shiya era una maldita estrella mundial, la vigilaban las veinticuatro horas del día. Hasta ahora no había tenido ni la más mínima posibilidad de hablar con ella. Por otro lado, en la fiesta había visto con mis propios ojos cuánto poder tenían algunos antiguos miembros de las tres casas. Y cuando pensaba en las personas que habían estudiado en este colegio…

Estas personas tenían contactos. Contactos con personalidades influyentes que podían mover hilos. Sin pensármelo dos veces, me levanté de la cama. De camino a la puerta, me puse la rebeca y las zapatillas. La rabia que sentía en el estómago me confería una fuerza inesperada, así que crucé corriendo el pasillo, me escabullí por el vestíbulo y salí de la Casa Haverton. Si quería evitar que Shiya destruyera mi nueva vida en Highclare, solo tenía una opción. Debía hablar con ella. En persona. Y para hacerlo, necesitaba ganar la Carrera de Novatos.

** El round pen es una pista o corral circular de arena o tierra blanda de entre doce y dieciséis metros de diámetro que sirve para entrenarlos y adiestrarlos.

8

Avancé con determinación por la larga rampa de acceso y luego giré por el camino que conducía a las instalaciones ecuestres. Me había olvidado en la habitación el plano en el que estaban señalados todos los edificios, pero me acordaba de que Sir Archer Remington se encontraba un poco apartado en el mapa, detrás de la pista de cross-country con los obstáculos naturales. Aunque ya estaba oscureciendo, no me importaba. Podría haber llamado un coche, estaba segura de que, incluso a esa hora, habría algún conductor disponible, pero se me hacía muy raro, al igual que el panel que había en mi habitación para avisar al personal.

Además, me venía bien moverme un poco, y los caminos principales estaban bien iluminados. Lo que me causaba un verdadero dolor de cabeza era el hecho de que no tenía un plan viable para conseguir el teléfono de Jasper. No podía llamar a su puerta y preguntarle si podíamos hacernos un selfi juntos. Por otro lado, debía de tener un aspecto espantoso. Pero bueno, en caso de duda, lo primero que haría sería darme una vuelta por la mansión y explorar. La cuestión principal era cuánto tiempo me quedaba para completar la tarea, si es que quería ser la primera. A fin de cuentas, les había regalado a los demás casi un día de ventaja.

Aquel pensamiento me hizo avanzar más rápido, hasta que prácticamente empecé a correr por el camino; al fin, distinguí los establos y las pistas de equitación bajo la luz del crepúsculo. Una de

las puertas de los establos estaba entreabierta, y un resquicio de luz se filtraba al exterior. Aminoré el paso. ¿Quién seguiría aquí a estas horas? ¿Quizá los mozos de cuadra se habrían olvidado de apagar la luz del guardarnés y de cerrar la puerta? Lo mejor era que echara un vistazo. Me acerqué al edificio, me colé por la rendija de la puerta y agucé el oído. Pero en los establos todo estaba en silencio, salvo por el ruido constante de los caballos masticando. La luz procedía de la parte de atrás de las cuadras, probablemente se habían olvidado… Un momento. Escuché pasos. Alguien caminaba por los boxes.

Tardé un segundo en reconocerlo en la penumbra y, al hacerlo, me escabullí tras la pared del box de limpieza. ¡Era Theo! Mierda. Otra vez no. Esperaba que no se hubiera percatado de mi presencia y no pensara que lo estaba espiando o algo así… Un minuto… Escuché más pasos. No los de Theo, sino unos que resonaban suavemente en el suelo de piedra. No estaba solo.

Me asomé con cautela y vi a Rebecca, la chica que competía para Belmont en la Carrera de Novatos. No llevaba ropa de montar, solo un par de vaqueros, un crop top y botas altas y negras. Su largo cabello cobrizo le caía suelto por los hombros y su sensual manera de mover las caderas mientras se acercaba a él no presagiaba nada bueno para mí. ¿Iban a enrollarse? Por favor, no. Lo último que necesitaba era quedarme escondida agazapada en el box, mientras Happy le comía la boca a Rebecca.

Seguro que no han venido a charlar. Además, no es lo suyo, dijo con frialdad mi voz interior. En ese momento, contuve la respiración, porque Rebecca acababa de pararse frente a Theo y se estaba quitando la camiseta. Permaneció delante de él, en sujetador. Cerré los ojos, volví a meterme en mi escondite y me apoyé contra la

pared. Definitivamente, las cosas estaban yendo mucho peor de lo que me había imaginado.

—Rebecca, ¿qué estás haciendo? —escuché preguntar a Theo.

—¿A ti qué te parece? —Su voz se asemejaba al ronroneo de un gato y, por los ruidos, imaginé que se había acercado aún más a Theo y le estaba rodeando el cuello con los brazos. Vale, ¡código rojo! Necesitaba salir de aquí. Lo más rápido posible. Antes de tener que contemplar cosas que, seguro, no serían fáciles de olvidar. Pero ¿cómo podía hacerlo? ¿Debía delatar mi presencia? ¿Sonreír, disculparme y largarme?

«Perdonad, chicos. No quería molestar. Yo me voy enseguida. Vosotros a lo vuestro».

—Ya te he dicho antes que podías ahorrarte este numerito —dijo Theo y, aunque no podía verlos desde mi escondite detrás de la pared, alcé las cejas.

—¿Por qué? —preguntó Rebecca con una risita—. ¿No te van las chicas?

—¿Y qué si no me van?

Vale, no contaba con esta revelación… No pude evitar aventurarme a echar un vistazo. Theo había retrocedido unos pasos.

—¿Eres gay? —insistió Rebecca poniendo los brazos en jarras.

—¿Tienes algún problema con eso?

—No, para nada. Solo que no me pega que lo seas.

Se acurrucó contra él y le acarició el pecho hasta bajar al botón de sus pantalones. Theo la detuvo.

—No —fue todo lo que dijo.

Ella se desembarazó de él y levantó las manos en señal de disculpa.

—Vale, vale, lo entiendo. No te molan las niñas buenas.

Theo abrió la boca para replicar, pero Rebecca lo empujó contra la pared de los boxes.

—¿Te gusta un rollo más salvaje? Sin problema.

Se inclinó sobre él y empezó a besarle el cuello. Esta vez, sus manos encontraron mucho más rápido su bragueta. Sin embargo, antes de que pudiera desabrochar el botón, Theo la agarró de los hombros, le dio la vuelta y la empujó hacia la pared. Rebecca sonrió satisfecha y yo volví a agazaparme en el box de limpieza. Pasara lo que pasase a continuación, no quería verlo. Por desgracia, no pude evitar escuchar los gemidos de expectación de Rebecca.

Genial. Lo tenía en el bote. De un momento a otro empezarían a arrancarse la ropa y yo tenía la suerte de tener entradas en primera fila.

—La verdad es que es bastante ofensivo que pienses que voy a caer en un espectáculo tan barato… —La voz de Theo sonaba serena, pero cortante—. Si te queda algo de dignidad, te recomendaría que te fueras ahora mismo.

Al principio, no oí ni un ruido, después Rebecca siseó furiosa:

—¿Va en serio? Eres un cabrón. Mira, me da igual. ¿Sabes eso de que el dinero te hace sexy? Pues, si quieres saber mi opinión, tú eres la excepción.

Al echarme a un lado, vi a Rebecca poniéndose de nuevo la camiseta.

—Si hubiera tenido elección, habría preferido que le tocara esta tarea a otra persona.

Theo se tensó al oír esas palabras, y apretó los puños. Esperaba que dijera algo. No lo hizo. Y tampoco dijo nada cuando Rebecca se

dio media vuelta y se fue farfullando hacia la salida. La puerta chirrió tras ella, y por un momento se hizo un silencio tan absoluto que podría haberse oído una brizna de heno cayendo al suelo. Entonces Theo inspiró profundamente. Respiró de nuevo, aunque esta vez sonaba furioso. Se inclinó hacia delante, apoyando las manos en la pared de los boxes. Sus hombros subían y bajaban con claridad. Maldecía una y otra vez y finalmente, no sabría decir cuántos segundos habían pasado, se dio la vuelta, se dejó caer al suelo y se cubrió la cara con las manos.

—Mierda —lo oí murmurar.

Me quedé paralizada decidiendo qué hacer. Ignoraba qué estaba pasando, o si Theo necesitaba ayuda. Una parte de mí quería abandonar mi escondite y acercarse a él, pero mi instinto me decía que no era una buena idea. Así que esperé hasta que su respiración se calmó. Y cuando, por fin, Theo se apartó las manos de la cara y movió los hombros, solté un pequeño suspiro de alivio.

Theo giró la cabeza de inmediato y ya no pude seguir escondiéndome. Se levantó de un salto, se acercó a mí y se detuvo justo delante. Aunque no me sacaba más de una cabeza, tenía la sensación de que me miraba desde arriba. Y yo me hacía más pequeña a cada segundo que él me mantenía presa bajo su severo escrutinio. En algún momento, ya no aguanté más y abrí la boca para decir algo. Cualquier cosa. Solo quería que dejara de mirarme así. Pero justo cuando iba a disculparme, Theo se dio la vuelta. Sin mediar palabra, recogió su caja con los instrumentos de limpieza, se fue al guadarnés y apagó la luz. Entonces oí cómo la puerta al otro lado de los establos se cerraba de golpe con un fuerte estruendo.

9

Cuando me miré al espejo a la mañana siguiente, parecía que hubiera envejecido años. Suspiré, me recogí el pelo en un moño y busqué en mi neceser. No tenía mucho maquillaje, tendría que bastar con el corrector. De todos modos, hoy no tenía intención de ir a clase. Sabía que faltar el segundo día de clase no era la mejor carta de presentación de cara a mis profesores, pero no me quedaba más remedio. Tendría que compensar esta mala primera impresión sacando buenas notas.

De camino al vestíbulo, me puse la capucha de la sudadera y envié un correo desde el móvil a secretaría, informando de que no me encontraba bien y que tenía problemas de tensión. Después me dirigí a la cocina, me comí un sándwich y salí con premura.

El aire era agradablemente fresco y corrí un trecho hasta las instalaciones ecuestres. Tras el encuentro de ayer con Theo se me habían quitado las ganas de ir al edificio de Sir Archer. Solo me dirigí al box de Twister. Sin embargo, si quería tener alguna posibilidad de ganar la Carrera de Novatos, tenía que quitarme esto de encima hoy.

Por suerte, esta vez me acordé del plano y, aunque tuve que caminar bastante, no me costó encontrar el edificio de Sir Archer Remington. Al menos, eso creía yo, porque cuando aparecí frente a un edificio con la fachada cubierta de hiedra, me quedé desconcertada.

Estaba frente a un edificio de dos plantas inesperadamente

pequeño. Los muros exteriores parecían viejos, la pintura de las ventanas semicirculares de guillotina se estaba descascarillando y solo había una sencilla puerta blanca en la entrada. Sin embargo, la alargada construcción de piedra arenisca no era fes, al contrario. Con sus pequeñas buhardillas en el tejado y el invernadero anexo tenía un aire de ensueño, como de cuento de hadas. Había rosales por todas partes y, en medio del jardín, descubrí una barbacoa.

Visualicé el pomposo edificio de Haverton y la elegante Casa Belmont… en comparación, parecían castillos. Este edificio, en cambio, era… austero. Debía de haberme equivocado. Quizá en esta casa vivía el personal, los jardineros o los administradores que se ocupaban de las propiedades del Círculo Rubí.

En ese mismo momento, se abrió la puerta y un hombre canoso salió a la luz del sol. Sin advertir mi presencia, se fue hacia el invernadero con una regadera de metal rosa en una mano y una cesta de mimbre en la otra. ¿Sería el jardinero?

Para asegurarme, volví a mirar el mapa y tracé la ruta que había seguido. No parecía haberme confundido. Al recorrer el camino con el dedo, acababa justo aquí.

Alguien se rio y me sobresalté. Entonces oí una segunda voz. Instintivamente, me aparté y me escondí detrás de uno de los rosales. Justo a tiempo. La puerta se abrió de golpe otra vez y salieron dos personas. Sin duda eran de Remington: Sabia, de mi curso, y su mentor, Avery. Mierda, ¡no quería que me descubrieran aquí! Contuve la respiración y permanecí inmóvil, mientras pasaban a mi lado, charlando, con el uniforme del colegio puesto y la mochila al hombro.

Cuando estaba a punto de aventurarme de nuevo y abandonar mi

escondite, el hombre mayor salió del invernadero. Suspiró al darse cuenta de que Avery había cerrado la puerta principal. Rebuscó presuroso en el bolsillo de su chaqueta azul de tweed, sacó una llave y la abrió. Desapareció en el interior del edificio durante diez segundos y regresó con una planta colgante. Antes de salir, silbando, colocó la regadera en la rendija de la puerta. El corazón me dio un vuelco. ¿Podría tal vez…? Sí, ¿y entonces qué? ¿Y si me topaba con alguien? ¿Como con Jasper Grady en persona? Era un escenario de terror evidente, vergonzosamente elevado a la enésima potencia.

Pero, por otra parte… ¿qué alternativa me quedaba? Después de todo, ni siquiera tenía un plan para conseguir el móvil de Jasper. Vale, podría intentar ligar con él y fingir que quería guardar mi número en su móvil. O decirle que me había olvidado el móvil y preguntarle si me dejaba llamar con el suyo. Pero en ningún caso me daría tiempo a subir una publicación a su Instagram, y mucho menos delante de él. Además, Jasper y yo ni siquiera nos conocíamos.

Exacto, por eso robarle es mucho más eficiente, musitó mi voz interior. Puse los ojos en blanco. Estaba claro que este no era uno de mis mejores planes, si es que lo podía considerar así. Y sinceramente… ¿hacer novillos y entrar a hurtadillas en el cuarto de un chico solo para ganar un estúpido juego? Jamás se me habría pasado por la cabeza, si Shiya no me hubiera dado por muerta delante del mundo entero. Solo de pensarlo, se me puso la piel de gallina. Lo que estaba haciendo no me parecía correcto. Aun así no tenía otra opción. Necesitaba hablar con esa mujer, costara lo que costase.

Durante un minuto, me quedé esperando, y cuando todo se quedó

tranquilo, salí de detrás del rosal y eché un vistazo a las ventanas para asegurarme de que nadie me observaba. Entonces corrí directa hacia la entrada. Me detuve delante de la puerta y agucé el oído, pero no oí voces en el pasillo, así que me aventuré a entrar. Comprobé sorprendida que el interior de Sir Archer Remington era opuesto a la Casa Haverton: no había suelos de mármol ni techos artesonados, sino una tarima de madera de roble maciza y un colorido montón de zapatos desordenados sobre unas cuantas esteras.

Seguí avanzando hasta llegar a la sala de estar, junto a la que había una cocina abierta. Miré a mi alrededor boquiabierta. Tres paredes estaban pintadas de blanco, y en la cuarta la mampostería quedaba a la vista. Frente a mí se abría un pasillo alargado, al lado del cual ascendía una escalera que conducía a la planta superior, bajo la que había una estantería repleta de libros que cuadraban perfectamente con la medida de los escalones. Me acerqué y pasé los dedos con cuidado por los lomos de los libros, que parecían antiguos. No pude evitar sonreír. Desde fuera, la casa tenía un aire de cuento, pero, en el interior, uno tenía la clara impresión de estar en el hogar de un hada. En un estante abierto, descubrí varios botes de especias y en el alféizar de la ventana de la cocina, hierbas frescas. Como la casa estaba muy tranquila y este lugar me transmitía una cálida sensación de felicidad, di una vuelta a la isla de la cocina y me detuve a curiosearlo todo con detenimiento. Un delicioso olor a tortitas y a té flotaba en el aire, y respiré hondo.

Entonces me fijé en un cuadrante pegado en la nevera. Ponía «Servicio de cocina», seguido de los días de la semana y algunos nombres: Jasper, Theo, Avery, Colin, Sabia. Después, otra vez Jasper.

Un claro indicio de que estaba en el lugar correcto. Pero ¿por qué solo había cinco nombres en la lista? ¿Los demás se repartían para hacer otras tareas, como limpiar las habitaciones o fregar los platos? Y, por otra parte, ¿no era un poco raro? Al fin y al cabo, en la Casa Haverton, había un fantasma del servicio para prácticamente todo. Así es como llamaba yo en secreto a los miembros del personal porque, a excepción de Elise, todavía no había visto a ninguno, aunque mi cama aparecía cada día mágicamente hecha cuando llegaba a mi habitación, y el baño estaba resplandeciente. Ayer alguien incluso había colocado en fila el cepillo de dientes, el jabón y los pocos productos de cosmética que tenía.

Volví a la sala de estar, donde había dos sillones y un sofá en forma de L alrededor de una caja de madera que servía como mesa. También había una hamaca y un banco empotrado en el saliente de la ventaba que invitaba a acurrucarse en los días de lluvia a contemplar las gotas con una taza de chocolate caliente. Había cojines de colores repartidos por todas partes, y una colcha de patchwork colgada en el respaldo del sofá. En el amplio asiento había, además de dos ordenadores y una bolsa de patatas vacía, unas agujas de tejer y un calcetín a rayas. Di una vuelta sobre mí misma. Era precioso. Acogedor. Lleno de detalles encantadores…

Tierra llamando a Louisa en el país de las maravillas. ¿Se te ha ido la olla o qué?, irrumpió mi voz interior, sacándome de mi ensueño. *No estás de vacaciones. ¿Te has olvidado? Ese viejo puede volver en cualquier momento, y no sé qué va a decir cuando te vea repanchingada en una hamaca con la mirada perdida.*

¡Cierto! ¡Concentración! Sacudí la cabeza, tratando de recuperar la racionalidad. *Encontrar. Móvil. Jasper.*

Por lo que sabía de él, debía de tener más de un teléfono con el Instagram instalado. Y si solo se llevaba uno de ellos a la academia, únicamente tenía que localizar su habitación y… ¡*voilà!*

Pero ¿cómo iba a saber cuál de todas las puertas era la de Jasper? ¿Por dónde empezar a buscar?

No llegué a encontrar la respuesta a esa pregunta, porque en ese momento oí un leve traqueteo en el pasillo, justo detrás de mí. Me sobresalté y, sin pensármelo dos veces, subí escaleras arriba. Al llegar a la primera planta, me detuve un instante. Todo estaba en completo silencio. Me di la vuelta, muy despacio. Esta vez intenté no distraerme con las librerías que cubrían la pared entera, los sillones orejeros o la mesa de billar, y traté de concentrarme en lo esencial: en las escaleras que conducían al ático, y en los dos pasillos que se bifurcaban a izquierda y derecha desde la amplia sala en la que me encontraba. Conté siete puertas blancas en total.

Todas parecían idénticas, pero en una de ellas había serpentinas y un cartel de bienvenida. Debía de ser la habitación de Sabia. En diagonal, frente a mí, había una puerta entreabierta, así que decidí empezar a buscar por ahí, y eché un vistazo con cuidado. La habitación estaba vacía. No había ni una silla. Así que pasé a la siguiente. Giré el pomo de la puerta y… ¡bingo! Aquella estaba claramente ocupada. Traté de captar deprisa todo lo que veía. Cama con somier integrado. Armario. Sofá. Escritorio. Había un montón de calcetines tirados por el suelo, y una guitarra apoyada en la pared. Como no oía ningún ruido, me colé dentro y eché una ojeada. En la mesilla de noche, había un puñado de cómics y en la esquina, junto al escritorio, una maraña de cables. En la pared, encima del sofá, había un póster que rezaba: «La vida es mejor con pizza» En la otra

pared, había una foto enmarcada. Había dado en la diana. En la instantánea aparecía Jasper junto con un Golden retriever y tres chicas, todas más jóvenes que él, pero con los mismos rasgos. ¿Serían sus hermanas? Ni idea. Daba igual, yo estaba aquí por otro motivo.

Por desgracia, no vi ni un solo teléfono móvil en medio de ese caos tan encantador de tazas de café y dados mágicos, que competían en el escritorio para ver cuál formaba una torre más alta. No quería cotillear en los armarios. Eso era ir demasiado lejos, incluso en este estado de emergencia absoluta.

¡Pasos! Los escalones chirriaban, sonaba como si alguien estuviera subiéndolos de dos en dos. ¡Mierda! ¿Y si era Jasper? Los pasos se escuchaban cada vez más fuerte, la persona que estaba subiendo se acercaba, y no me quedaba tiempo para pensar. Sin pensármelo dos veces, me tiré al suelo y me escondí debajo del sofá. Unos segundos más tarde, se abrió la puerta, y un par de zapatillas negras aparecieron en mi campo de visión. Alguien dejó caer una mochila en la cama y una voz profunda tarareó una melodía suave. Contuve la respiración, el corazón me iba a mil por hora. No podía hacer ni un ruido. Moverme ni un ápice. Me maldije por mi fantástica idea. Había sido una completa estupidez, desde el principio. ¿Qué esperaba? ¿Encontrar el móvil de Jasper en una bandeja de plata?

Menuda chorrada de idea. La voz de mi cabeza sonaba cada vez más potente, mientras el chico se quitaba las Vans. Entonces oí cómo se desabrochaba un botón. Luego una cremallera. ¡Oh, no! Se bajó los pantalones hasta los tobillos y se los sacó. Al poco rato, le siguieron la camiseta, los calcetines y, por último, los calzoncillos. ¡Socorro! ¿Estaba absolutamente desnudo? ¿A apenas un metro de

mí? Esto era una completa catástrofe. ¿Qué pensaría si me descubría?

Tranquilízate, me dije a mí misma. En ningún caso podía perder los nervios. Por suerte, en ese momento sus pies desnudos se alejaron de mí, y pasaron junto al armario. Cuando oí la manilla de la puerta, seguramente del cuarto de baño anexo, me atreví a respirar otra vez. Sonó el chapoteo de la ducha y alguien empezó a cantar. Sonaba bastante bien y, de hecho, sospechosamente a Jasper.

Sí, qué bien que tengas asientos en primera fila para este concierto privado, pero ¿qué tal si te piras?

¡Gran idea! Tan rápido como pude, salí de debajo del sofá y, cuando ya estaba a punto de llegar a la puerta, mis ojos se posaron en la mochila marrón que descansaba sobre la cama. Al parecer, de la forma más inesperada posible, tenía mi objetivo al alcance de la mano. Seguro que Jasper llevaba el móvil en la mochila de la universidad. O en el bolsillo de los vaqueros, que seguían tirados en el suelo, justo delante de mí.

En dos pasos, llegué a los pies de la cama y abrí la mochila. Ahí estaba. Un smartphone nuevo y reluciente. Me sabía el PIN: estaba en el email en el que me habían informado de los detalles de mi tarea. Lo tecleé rápidamente, y la pantalla se desbloqueó de inmediato. Con dedos temblorosos, saqué mi propio móvil, activé el Bluetooth y cargué la foto y el texto de Ekatarina en el móvil de Jasper. Era una imagen de Holly Sage con un elegante vestido de noche. *This Girl*, ponía debajo, el título del nuevo single de Jasper. Vale, ahora debía actuar deprisa. Abrir Instagram, subir el post, borrar las huellas. Me cercioré de que todo funcionara. Sí, el post ya estaba recibiendo los primeros likes y los comentarios se

multiplicaban. Pobre Jasper. Seguro que no sería fácil de explicar a sus fans que todo había sido un malentendido. Por un momento, volví a tener mala conciencia. Pero traté de apartarla a un lado, guardé el móvil de Jasper en su mochila y lo coloqué todo tal y como él lo había dejado. Y ahora, tenía que largarme de aquí.

Con un paso largo llegué hasta la puerta, y, cuando estaba a punto de salir corriendo de la habitación, escuché:

—¡Jasper! —Sonaban pasos en el suelo de madera. Debían provenir de las escaleras que conducían al ático—. ¿Jasper? Tengo que hablar contigo. —La voz no sonaba en absoluto amistosa y, cuando me di cuenta de quién era, se me heló la sangre.

10

La puerta se abrió con tanto ímpetu que se estampó contra la pared. Un par de pies enfundados en calcetines negros caminaban de un lado a otro delante de mí. Esperaba con todas mis fuerzas que Theo no me oyera mientras me escondía un poco mejor debajo del sofá. Estaba atrapada. Por segunda vez. Pero en esta ocasión era muchísimo peor.

—¡Jasper!

En el baño, el agua se cortó y el canturreo cesó. Escuché a Jasper saliendo de la ducha y volviendo a la habitación.

—Tío, ¿no podías al menos esperar a que terminara de ducharme? —Para mi sorpresa, no sonaba enfadado, sino que incluso se reía—. Acabo de llegar a casa.

—Ya, lo sé. Te busqué ayer por la noche. —Theo soltó un bufido, dejando claro que no estaba de humor para bromas—. ¿Has sido tú quien me ha tirado a la nueva de Belmont al cuello?

—¿Qué quieres decir?

—Rebecca trató de seducirme ayer de forma bastante insistente. ¿Es cosa tuya?

Jasper emitió un sonido que parecía una risa contenida.

—Puedo imaginarme cosas peores que ser seducido por una chica tan guapa como Rebecca. ¿Me estás diciendo que te has puesto en plan princesa y te has hecho el remilgado?

Theo suspiró.

—Entonces, ¿realmente estás detrás de todo esto? ¿Era tu reto para Belmont?

—Vamos, tío, cálmate —respondió Jasper, todavía relajado después de la ducha caliente—. Pensaba que te estaba haciendo un favor.

—Pues has pensado mal —farfulló Theo—. Si quieres hacerme un favor, la próxima vez déjame en paz y métete en tus propios asuntos.

Él dio un par de pasos para atrás y yo cerré los ojos, concentrándome en no moverme. Los pies de Theo estaban ahora a escasos centímetros de mi cara.

—¿Cuál es tu problema? —La voz de Jasper sonó más seria—. Solo era una broma.

—Sí, y como ves me ha hecho muchísima gracia.

—¿De verdad que has…? —Se notaba que Jasper apenas se lo podía creer— ¿La has rechazado sin más?

—Ojalá hubiera sido tan fácil, pero sí. No me acuesto con chicas que no quieren acostarse conmigo.

—Oh, venga. No seas dramático. —Jasper se rio otra vez—. Nadie la ha obligado a hacer nada. Y, para que conste, el reto no decía que tuviera que acostarse contigo. Valía con morrearse un poco. ¿Qué tiene eso de malo? Aprovecha y disfruta. Además, por lo que tengo entendido, desde que estás aquí, no te has ligado a ninguna chica. Por eso pensé en echarte una mano. Solo eso.

—¿Solo eso? —la voz de Theo sonaba realmente furiosa—. Escucha, Jasper. Siempre nos hemos llevado bien. Pero, a partir de ahora, no te metas en mi vida, ¿vale? No me hace falta ese tipo de ayuda.

Sin dejar que Jasper dijera ni una palabra más, Theo salió por la

puerta. Durante un par de segundos, se hizo un silencio sepulcral y, después, Jasper murmuró:

—Este tío tiene la piel muy fina.

Tiró la toalla al suelo y regresó al baño.

Permanecí un momento oculta bajo el sofá, hasta que oí los pasos de Theo en el piso de arriba y Jasper volvió a abrir la ducha. Conté hasta tres. ¡Ahora! Tan rápido como pude, salí de mi escondite, corrí por el pasillo, bajé las escaleras, atravesé la sala de estar y llegué a la salida. Salí corriendo y respiré hondo. ¡Lo había conseguido! ¡Realmente lo había logrado!

—Buenos días —sonó una voz amistosa, sobresaltándome. Durante un momento de pánico, creí que Jasper me había seguido. Pero después descubrí al hombre mayor que venía raudo hacia mí desde el invernadero. Me percaté entonces de que vestía con un estilo muy inusual. Llevaba un sombrero gris en la cabeza y unas gafas redondas en la punta de la nariz. Se había remangado un poco los pantalones, de modo que se veían sus resplandecientes zapatos de cuero, cuyos cordones amarillos combinaban a la perfección con su pajarita. Se quitó un auricular de la oreja y me guiñó un ojo.

—Yo… eh… —tartamudeé, señalando la puerta con torpeza—. Bueno, yo…

El hombre sonrió y apuntó a un lado con la cabeza. Confundida, lo miré con gesto interrogante. Cuando repitió el movimiento, con una sonrisa en los labios, comprendí. Me estaba ofreciendo la oportunidad de desaparecer. Sin explicaciones.

—Sí… Eh… tenga un buen día —murmuré, mientras huía de la escena del crimen con la cara roja como un tomate. Tenía que salir de aquí antes de que Jasper reparara en que había subido la

exclusiva del año sin darse cuenta.

Me las arreglé para recobrar la compostura y abandonar el recinto de una manera razonablemente despreocupada. Pero en cuanto salí del alcance de las miradas de los miembros de Sir Archer Remington, eché a correr y solo aminoré el paso cuando vislumbré la Casa Haverton. Pasé el resto de la mañana en la cama, actualizando Instagram cada pocos minutos, esperando desesperadamente que el post desapareciera o que Jasper subiera una explicación a sus historias. Pero no ocurrió nada. Por el contrario, el post se compartía una y otra vez y sus fans estaban como locos. Incluso se especulaba con que iba a pedirle matrimonio a Holly en el evento en el jardín de la Casa Haverton. Mi corazón se hundía por momentos y por la tarde ya no aguanté más. Me guardé un bollo y algo de fruta de la cocina, salí a hurtadillas y me encaminé a los pastos. Como había dicho que estaba enferma para no ir la clase, claramente tampoco podría montar a caballo pero en ese momento lo único que quería era hundir la nariz en las crines de Twister y olvidarme de lo que había hecho y, sobre todo, de lo que se decía de mí. No solo había mentido a mis padres, sino que además había utilizado a una persona para conseguir mis objetivos. Algo que, hace apenas medio año, jamás se me habría pasado por la cabeza.

Suspirando, salté la valla, fui adonde estaba Twister y me senté junto él en la hierba. Sin embargo, ni siquiera la cercanía de mi caballo me ayudó a acallar la pregunta que me asaltaba sin cesar. La de si estos meses me habían cambiado. De si Shiya me había transformado.

Cuando encontré el contrato que habían firmado mi padre y ella, no hice otra cosa más que buscar información sobre ella y

preguntarme si tenía algo en común con esta persona. Todo había sido tan surrealista. Esta mujer, Shiya, una estrella de fama mundial que ganaba más de cien millones de dólares al año y tenía más éxitos entre los cinco primeros hits en Estados Unidos y en Inglaterra que todas las *boy bands* que tanto le gustaban a Kami juntas, ¿se suponía que era mi madre?

Había escuchado sus canciones y su voz durante semanas, hasta que me aprendí de memoria todas sus letras, que hablaban del amor, de la pérdida y del dolor. Había intentado averiguar qué había detrás de la fachada, detrás de sus palabras. Por qué cantaba esas cosas y a mí, en cambio, jamás me había querido en su vida. Cuando estuvo en Londres de gira, Kami y yo fuimos en secreto a uno de sus conciertos. Lexi me llamó y me reprochó más de una vez que estaba yendo demasiado lejos y que era imposible que Shiya fuera mi madre. Sin embargo, nos cubrió, y dijo que íbamos a dormir en su casa.

Por la noche, en el estadio, mientras observaba a Shiya cantando y bailando sobre el escenario, ante los vítores de sus fans, me acordé de las palabras de Lexi y me pregunté si tendría razón. Si me lo estaría imaginando todo. Esperaba sentir algún tipo de conexión con Shiya al verla por primera vez. Pero no pasó. Al contrario: me sentí completamente vacía. Decepcionada y, en cierto modo, fuera de lugar. Después, en casa, no conseguí dejar de darle vueltas al asunto. Así que intenté contactar con Shiya, y así es como empecé a cavarme mi propia tumba. Apenas un mes más tarde, mi cara estaba debajo de todos los titulares de la prensa del corazón y Lexi me había tachado de mentirosa delante de toda la clase.

No conseguí encontrar ningún parecido entre Shiya y yo. Pero

ahora, en el prado con Twister, me di cuenta de que esa mañana me había comportado exactamente igual que ella, anteponiendo mis propios intereses a los de Jasper. Y cuanto más lo pensaba, más deseaba poder retroceder en el tiempo y deshacerlo. Quizá podría acercarme a él, confesárselo todo y ofrecerme a aclarar el malentendido delante de sus fans. Sí, eso sería lo mejor.

Sin más dilación, me puse de pie y me encaminé a los terrenos de Sir Archer Remington. Pero el hombre mayor, que seguía entretenido con sus plantas, me dijo que Jasper no estaba allí. Volví corriendo a la Casa Haverton con la cabeza gacha y la conciencia pesándome como una losa.

—¡Ahí está nuestra estrella! ¡Por fin! —Atlas abrió la puerta de un tirón antes de que pusiera un pie en las escaleras. Se acercó a mí, me puso una mano en los hombros y me empujó con decisión hasta la sala común, donde Eden y Ekatarina estaban sentados en uno de los sofás. No había nadie más allí. Sin embargo, me pareció oír murmullos en las habitaciones contiguas.

—Sabía desde el principio que eras astuta. Pero no te creía capaz de esto.

Alguien entró en la sala detrás de mí. Me di la vuelta y me quedé helada. Era Jasper. Con el móvil en la mano.

—Jasper… —balbuceé—. Yo…

Entonces me fijé en que no me miraba a mí, sino a Ekatarina, que se acababa de levantar del sofá con una expresión de satisfacción. Me puso una mano en el hombro y me sonrió:

—Tienes que contarme cómo has conseguido meterte en mi cuenta y subir un post. Siempre he creído que mi contraseña era segura…

—Bueno, yo… —De nuevo, solo podía balbucear. Me sentía muy avergonzada de lo que había hecho—. Lo primero, quiero decirte que ha sido una completa estupidez por mi parte. Nunca quise…

Jasper sonrió.

—No, ha sido toda una hazaña. Cuando no tenga tiempo de estudiar y necesite las respuestas del examen, ya sé a quién acudir. Las cuentas de los profesores no deberían ser un problema para ti, ¿verdad?

Un momento… ¿acababa de hacer una broma? ¿No estaba enfadado? Quise disculparme de nuevo para estar segura, pero Ekatarina se acercó a mí, me dio dos besos en las mejillas y asintió en señal de reconocimiento.

—Enhorabuena. Sinceramente, pensaba que mi tarea sería imposible. Siempre he creído que Jasper duerme con el móvil en la mano.

Eden se rio.

—Sí, porque con Holly no duerme, eso seguro.

—Todavía —corrigió Jasper con envidiable frialdad—. Es una cuestión de tiempo.

—O más bien una cuestión de que ella juega en otra liga —dijo Ekatarina mordaz, aunque Jasper ignoró su indirecta.

—Vale, gente. Ahora que Louisa ya ha llegado y se ha proclamando como la clara ganadora de la Carrera de Novatos de este año, creo que yo me marcho. No me apetece ir a la fiesta de celebración. Y de paso… —Jasper le hizo una reverencia a Ekatarina — me llevo a la madrasta malvada de Blancanieves.

Ekatarina exhaló audiblemente y le lanzó una mirada fulminante. Sin embargo, lo siguió.

A mi cerebro le costó unos segundos procesar lo que acababa de decir. Fiesta de celebración. ¿Significaba eso que… había ganado? Automáticamente, giré la cabeza para mirar a Eden, que confirmó mi pregunta silenciosa.

—¡Damas y caballeros! —gritó—. Una vez más, declaro oficialmente… ¡que la ganadora de la Carrera de Novatos de este año es la candidata de la Casa Haverton!

El murmullo apagado que había estado oyendo todo el rato se intensificó. De pronto, sonaron voces entusiasmadas por todas partes. Mis compañeros de casa no tardaron en acudir en tropel y Eden exclamó:

—¡Traed el champán! ¡Vamos a hacer un brindis!

11

A la mañana siguiente me sentía mal. Aunque Jasper se había tomado bien mi victoria, seguía teniendo dolor de estómago debido a todo lo que había sucedido el día anterior. Eden, por el contrario, no cabía en sí de alegría y no dejó de hablar del tema en el desayuno. Al parecer había apostado la suma más alta por mí, y se había embolsado la totalidad el dinero del premio, así que iba presumiendo de mí, como si yo fuera un caballo de carreras. Al menos había algo de bueno en todo el asunto: durante la fiesta, nadie en la casa mencionó a Shiya ni habló de la entrevista. Todos estaban ansiosos por saber cómo había conseguido el móvil de Jasper. Y como no quería que hubiera rumores, conté la verdad, aunque una versión algo suavizada: dije que me había colado en su habitación aprovechando que él no estaba. Lo que no revelé fue que me había escondido debajo del sofá y que había oído la conversación con Theo, y esperé a que el revuelo se disipara un poco.

Por desgracia, mis deseos no se cumplieron. Al contrario: era la comidilla de todo el colegio, lo cual, por un lado, me trajo cantidad de felicitaciones y cumplidos, pero también murmullos y miradas sibilinas. Sin embargo, no atribuí esto último a la Carrera de Novatos, sino a la entrevista de Shiya, que se había hecho viral la noche anterior. Por primera vez, me sentí agradecida de que la academia estuviera completamente blindada, y de poder protegerme

tras sus muros de los periodistas. Aunque, por desgracia, no de los cotilleos, que corrían como la pólvora, incluso entre los profesores.

—Veo que ya se encuentra bien, señorita Bennet —me dijo mi tutor, el señor Crawley, en la tercera hora, mientras me sentaba en mi sitio y sacaba el material para la clase de inglés—. Me alegro mucho. Los problemas circulatorios son muy molestos. Lo bueno es que no se puede probar si son reales, ¿verdad?

Mi cara se puso roja como un tomate y balbuceé:

—Sí, eh… me vino de repente. No sé por qué. Probablemente por los nervios y el estrés del viaje. Pero escribí un correo disculpándome.

Él asintió. Madre mía, para ser un profesor sin una arruga en el rostro y de veintitantos años como mucho, que con su pelo rizado y sus gafas me recordaba un montón a Tom Holland, el tipo era bastante estricto.

—Sí, lo he recibido. Y también me han llegado rumores de que cierta estudiante de Haverton ganó ayer por la mañana la Carrera de Novatos. Felicidades. —Se hizo un silencio sepulcral en la habitación y se me cayó el alma a los pies—. Siento mucho comunicarle, señorita Bennet, que no todos los profesores de esta escuela venimos de la Edad de Piedra. Algunos sabemos cómo funciona un smartphone. De locos, ¿verdad?

Tragué saliva. Dios mío, estaba a punto de ponerme un parte, el primero de mi vida. Otra cosa más que tendría que confesarles a mis padres cuando por fin me decidiera a llamarlos, tal y como les había prometido. No me sentía capaz de sostenerle la mirada al señor Crawley ni un segundo más, pero, en ese momento, sus labios dibujaron una ligera sonrisa.

—De acuerdo, no quiero ser demasiado estricto. Haré la vista gorda por esta vez. Al fin y al cabo, son sus primeros días aquí, y todo puede ser un poco abrumador. Me imagino que debe ser mucha presión ser la nueva y tener que defender el honor de tu casa. Así que voy a fingir que no sé nada del asunto —me guiñó un ojo—; siempre y cuando, a partir de ahora, se comprometa a llegar a clase puntual y a ser más creativa la próxima vez que finja ponerse enferma. Ah, y… —levantó un dedo— si, al final de curso, me vota en la encuesta sobre el profesor más guay de todo Highclare. ¿Trato?

No pude más que asentir. Desconcertada. Aliviada. Perpleja.

—Maravilloso —dijo el señor Crawley. Entonces me sonrió y siguió con la clase con total normalidad, mientras la cara me ardía de vergüenza durante dos horas enteras.



El resto de la semana se me pasó volando. El horario no me dejaba ni un minuto libre. Clases, trabajos de grupo, entrenamiento y, por las noches, actividades en la sala común de la Casa Haverton. Muchos días, caía en la cama completamente agotada, pero no conseguía pegar ojo, pensando en Shiya y en la Carrera de Novatos. Sabía que había hecho todo lo posible y que la cosa ya no estaba en mi mano. Aun así, no podía dejar de darle vueltas. Le dije a Eden cuál era mi deseo en la fiesta de celebración, y le pedí que, por favor, no se lo contara a nadie. Desde entonces, no había vuelto a oír de él, y empezaba a creer, que quizá había pedido algo demasiado difícil, incluso para el Círculo Rubí. ¿Y si Eden me pedía que eligiera otra cosa? No quería nada más. Solo este encuentro.

No les había contado nada de esto a mis padres, porque me imaginaba lo que pensarían. Habíamos hablado algunas veces por teléfono, pero intentaba sonar optimista para que no se preocuparan por mí. Solo le había contado a Kami lo de la Carrera de Novatos. Como era de esperar, la noticia le pareció una pasada. Sobre todo cuando le conté que Jasper se había desnudado delante de mí. En su opinión, era una desgracia que apenas le hubiera visto los pies, así que tenía que ingeniármelas para volver a esconderme debajo de su sofá.

Aunque sabía que solo trataba de animarme, la verdad es que me arrancó una carcajada. Sin embargo, mi buen humor no duró mucho. La inquietud me carcomía, y era cada vez peor. Delante de mis compañeros, intentaba que no se me notara, pero había alguien a quien no podía engañar. Twister. Él sentía que algo no iba bien y eso lo alteraba, lo que hacía que se distrajera con facilidad. Fallábamos hasta en los saltos de entrenamiento más elementales y cuando Liz me pidió que saltáramos una serie de obstáculos el lunes, mi mente estaba en todas partes menos en el picadero y ni siquiera pude memorizar una secuencia sencilla.

—¡Louisa, concéntrate! Ahora te toca la vertical roja, no el oxer azul —me gritó Liz. Me di la vuelta. Maldición, sí. Me acababa de decir que girara a la izquierda y que saltara los dos obstáculos rojos después del muro. Con la cara encendida y brillante, volví a intentar la combinación. Esta vez toqué uno de los postes en el primer obstáculo y, cuando tiré otro al final de la ronda, estaba más que descontenta conmigo misma.

—Es mejor que des unas vueltas por la pista con las riendas largas —me dijo Liz, y aunque no sonó como una reprimenda, me sentí

igual que si me hubieran dado una bofetada en la cara—. Comprueba tus ayudas y tu asiento y presta atención a tu respiración para centrarte.

Me limité a asentir, luego dirigí a Twister hacia el exterior de la valla y lo dejé trotar a su aire. Intenté poner en práctica los consejos de Liz lo mejor que pude. Sin embargo, seguía sin conseguir implicarme del todo en el entrenamiento y, cuando por fin volvió a llamarme, Twister y yo estábamos tan confusos que nada nos salía bien. Saltó correctamente los obstáculos, pero estaba segura de que parecíamos de todo menos compenetrados. Lo frené antes del último salto y me bajé de la silla sin que Twister se hubiera detenido por completo.

—Lo siento, Liz —dije e incliné la cabeza—. Prefiero dejar el entrenamiento por hoy. No tiene sentido continuar. Tengo la mente en otra parte, y no es justo para Twister. Él percibe mis emociones y le hacen sentirse inseguro.

—De acuerdo. En ese caso, es una buena decisión.

Liz me hizo un gesto con la cabeza y yo tomé a Twister de las riendas y lo conduje hasta la puerta. Me percaté de que Theo me estaba observando. Lo miré para que se diera cuenta de que me había fijado, pero no evitó mi mirada y siguió escrutándome. Solo cuando crucé el sendero con Twister y llegué a los establos, él continuó cabalgando como si nada.

12

Estuve el resto del día dándole vueltas a la chapuza de entrenamiento que había hecho, y a la mañana siguiente, en la escuela, no podía dejar de pensar que tenía que recomponerme cuanto antes. Liz no me presionaba, pero estaba segura de que esperaba más de mí —al igual que yo— y, además, estaba deseando apartar a un lado mis pensamientos, que giraban constantemente en torno a Shiya.

Frustrada, saqué los libros de la taquilla y cerré la puerta de un portazo. Un chico que se encontraba junto a mí se sobresaltó y se dio la vuelta bruscamente. El montón de carpetas que estaba a punto de sacar de la taquilla se le escapó de las manos. Alargó el brazo y las agarró. Lo único que se cayó al suelo fue un bloc de notas y un sobre rojo.

—Lo siento —murmuré, mientras me agachaba para recoger las cosas. Solo entonces me di cuenta de que conocía al chico. Era Jeremy, el de la fiesta de bienvenida de la primera noche—. No quería asustarte.

—No pasa nada. —Volvió a guardar las carpetas en la taquilla y me dedicó un gesto despreocupado—. Tenía la mente en otra parte.

Le devolví el bloc de notas, pero se sorprendió cuando intenté entregarle el sobre rojo.

—Eso no es mío.

—¿Estás seguro? He visto que se caía de tu taquilla.

Jeremy aceptó la carta y le dio la vuelta desconcertado.

—No lleva remite.

Sin más preámbulos, rompió el sello y sacó un trozo de papel blanco, ojeó lo escrito y frunció el ceño.

—¿Qué es? —pregunté, y Jeremy me tendió el sobre y la tarjeta.

—Una especie de invitación a un nuevo juego. Si quieres participar, es tuya.

—Oh, no, gracias. —Automáticamente di un paso atrás—. Por el momento, ya he tenido bastantes juegos.

Jeremy se encogió de hombros.

—De todas formas, no dice nada realmente emocionante. «Bienvenido, jugador. Has sido elegido, bla, bla…». Y luego pone que no puedes contarle nada a nadie, y que hay una serie de tareas por las que recibes recompensas. No es lo mío.

—Tampoco es lo mío. Me espantan ese tipo de cosas.

Jeremy ladeó la cabeza.

—Vaya. Curiosas palabras viniendo de la ganadora de la Carrera de Novatos.

No había ningún tono acusatorio en su comentario, era solo una observación. Aun así, me hizo sentir mal de nuevo.

—No estaba planeado. Yo…

Me interrumpí, porque sabía que no podía contarle la verdad sin confesarle qué era lo que realmente deseaba. Y no podía hacerlo, aunque eso significara que Jeremy siguiera creyendo que yo era una intrigante trepa social sin escrúpulos a la hora de pisar a quien fuera para su propio beneficio personal. La idea me dolió y pensé en qué podría decir. Pero, justo en ese momento, el señor Crawley entró en el pasillo. Al principio se limitó a saludarnos de pasada; luego se

detuvo como si acabara de recordar algo:

—Jeremy, antes de que se me olvide. He recibido tu solicitud para el puesto de ayudante. ¿Puedes pasarte por mi despacho después de clase? Así podremos hablar de todos los detalles.

—Sí, por supuesto.

Sonrió y el Sr. Crawley le respondió con un gesto de cabeza antes de desviar la mirada hacia mí.

—Espero verte luego en clase.

No había duda de la insinuación y sentí cómo mi cara enrojecía otra vez.

—Por supuesto, señor Crawley.

Me despedí de Jeremy con rapidez y volví a las aulas.



Por la tarde, teníamos programada una clase de doma clásica con Desmond, en la que calentamos solos con los caballos y después entrenamos en parejas durante treinta minutos. Y pese a que me había propuesto concentrarme al cien por cien y darlo todo, nada me salió bien. Era como si mi cuerpo se hubiera conjurado contra mí. Porque, aunque sabía exactamente lo que tenía que hacer, y había tenido clases parecidas a esta muchísimas veces, no conseguí ejecutar correctamente ni el ejercicio más sencillo. Y cuanto más me enfadaba conmigo misma, peor me salía.

Tampoco ayudaba mucho que Bellamy formara parte de mi grupo, y que montara como si estuviera en las olimpiadas. Sus ayudas eran casi invisibles y su caballo Amatista parecía flotar sobre la arena. Cuando finalmente saqué a Twister de la pista y lo llevé de vuelta a los establos, quería que me tragara la tierra.

Pasé el resto del día sola en mi habitación, tratando de memorizar una lista de vocabulario y de escribir una redacción medianamente aceptable. Sin embargo, mi mente no dejaba de regresar a Shiya y al desastre de entrenamiento que acababa de protagonizar. Me avergonzaba no haber podido demostrar ni una sola vez de lo que era capaz. Además, me sentía mal por Twister, porque, desde mi llegada a Highclare, estaba hecha un lío y no hacía más que meter la pata.

En un momento dado, cuando ya había empezado a anochecer, apagué la tablet y me puse una sudadera y un par de deportivas. De camino a la salida, le pregunté a Bellamy si podía prestarme la bici. Me miró interrogante, pero asintió con la cabeza al explicarle que quería ir a ver a Twister.

Fuera, el aire era agradablemente cálido y, mientras me acercaba pedaleando a las instalaciones, el sol se ocultó, tiñendo el cielo de colores anaranjados. Sonreí a los trabajadores de los establos, que estaban haciendo la última ronda del día, y me dirigí al box de Twister. Asomó el hocico por encima de la puerta, emitiendo un gruñido suave, y me sentí mejor al instante. Le acaricié la crin y él bajó el cuello. Permanecimos así un rato, disfrutando de ese momento de tranquilidad, hasta que Twister se dio la vuelta y se puso a comer. Me metí con él en el box y pensé en las innumerables veces que había estado en el establo, sentada junto a Orión y Cookie. Incluso, en alguna ocasión, Kami, Lexi y yo nos habíamos quedado a dormir con los caballos. Tumbadas en la paja, viendo una película de caballos en el portátil y con un montón de sándwiches en la mochila. Suspiré hondo; anhelaba aquella época. Echaba de menos a mis amigas, el tiempo que pasábamos juntas y a la Louisa

de antes, que no tenía responsabilidades ni se preocupaba el futuro. Montaba porque me encantaba, no porque tuviera que demostrarle a nadie que era buena. Y no me importaba lo que pensaran de mí los demás. Simplemente, era yo misma. Una chica capaz de galopar de pie sobre la montura y saltar obstáculos de espaldas, que disfrutaba corriendo libre con sus caballos por los prados, con el viento agitando su pelo. Ahora tenía la sensación de que esa parte de mí había desaparecido en los últimos meses. Lo único que quería era volver a sentirme como antes.

En los entrenamientos, cuando me sentía observada, nada me salía bien. Pero si, por el contrario, estuviera sola… como ahora…

Jugué con esa idea durante un momento, y agucé el oído en mitad del silencio, por si oía pasos o voces.

No, estaba sola. Y seguro que nadie sospecharía que yo seguía aquí. Uno de los empleados había apagado la luz hacía un buen rato. Twister y yo estábamos solos, sin nadie que pudiera molestarnos.

Sin pensármelo dos veces, me levanté, le puse la cabezada y lo saqué de los establos. Sus cascos traqueteaban sobre el pavimento mientras recorríamos la gran plaza que había entre los dos picaderos. Para mi sorpresa, en uno de ellos todavía había luz, así que me encaminé al segundo. Pero en la puerta descubrí un cartel que avisaba que en los próximos tres días se estarían realizando trabajos de reparación y que, por lo tanto, no se podía utilizar. Durante un segundo pensé en volverme y dejar a Twister de nuevo en su box. Luego rechacé la idea y empujé la puerta del otro picadero. Quienquiera que estuviera montando a caballo a esa hora, seguramente terminaría pronto y entonces tendría tranquilidad. Podía esperar.

En silencio, llevé a Twister a la zona entre la puerta de entrada y la pista de equitación. Desde aquí se podía llegar tanto a la larga tribuna como al salón acristalado.

Di un paso hacia delante, eché un vistazo a la pista y descubrí a un jinete en medio de los obstáculos que había esparcidos por la arena. Montaba una yegua de pelaje rojizo y, pese a que solo lo veía por detrás y llevaba un jersey gris en lugar de negro, supe al instante que era Theo. La yegua no llevaba ni bocado ni silla; Thea lo dirigía sentado a pelo sobre él, con ayuda de una fusta corta. Sin embargo, la yegua parecía muy concentrada, tenía ambas orejas giradas hacia atrás, y estaba pendiente de cada uno de sus gestos. Aunque las dos alazanas de Theo eran muy similares a simple vista, podía diferenciarlas, y supe que era Alaska, la más vieja de las dos. Era un poco más grande, tenía la cara más angulosa y, al contrario que Coco, que tenía una estrella en la cara, Alaska solo tenía unos pelitos blancos en el remolino de su frente.

Observé fascinada cómo Theo la hacía trotar y ella erguía el cuello, sin que yo pudiera adivinar cómo lo lograba. Después de una vuelta, volvió a enderezar a la yegua y la puso al galope. Contuve la respiración para no hacer ningún ruido. Todavía me acordaba de la mirada que me había lanzado cuando me pilló observándolos a él y a Skye.

«Lárgate».

Solo de pensarlo, me recorría un escalofrío. Sin embargo, no me decidía a marcharme. Mucho menos cuando, sin creer lo que veían mis ojos, Theo se dirigió a uno de los obstáculos. Alaska lo miró fijamente y se levantó del suelo. Y Theo… Maldita sea, se mantenía sobre su lomo como si estuviera pegado con pegamento. Como si

fuera lo más natural del mundo superar un obstáculo de un metro cuarenta de altura. ¡Sin silla y sin bocado! Con los brazos cruzados detrás de la espalda, se dirigió hacia la combinación, y yo me puse de puntillas. Necesitaba verlo: iba a saltar una vertical. Hecho. Segundo obstáculo. Lo hacía a la perfección, sus saltos parecían sacados de un libro de texto. Alaska aterrizó en el suelo y reanudó la marcha. Pero un leve silbido de Theo le bastó para aminorar el paso y encontrar el instante justo para volver a alzarse. Último obstáculo. Impecable. Tenía la boca abierta, no podía dejar de mirar mientras Theo detenía a Alaska, acariciándole las crines y deslizándose por su lomo para bajarse.

No deberías estar mirando, me recordó mi vocecilla interior. Pero era incapaz de moverme del sitio. Especialmente, cuando Theo chasqueó la lengua y dejó que Alaska girara a su alrededor, como ya le había visto hacer en el picadero. Señaló con el índice uno de los obstáculos y… Alaska galopó hasta él y lo saltó. ¡Era increíble!

Apenas tocó el suelo, dio la vuelta y trotó hacia Theo. Él estaba sonriendo… y se reía. Con tanta sinceridad y corazón que el sonido me puso la piel de gallina. Alaska se detuvo y Theo le abrazó el cuello y le acarició la cara. Una cálida satisfacción me recorrió y yo…

Un caballo relinchó. No, no uno cualquiera. ¡Twister! Había dado un paso hacia delante, junto a la valla, y gruñó con suavidad cuando Alaska le respondió. La sangre me subió a la cabeza y me pregunté si aún podría escapar. Pero era demasiado tarde. Theo ya se había dado la vuelta, cruzando los brazos delante del pecho.

—Siento molestar —balbuceé—. Solo quería… entrenar un poco con Twister.

Theo levantó las cejas y observó a mi caballo, que miraba por

encilla de la valla con las orejas erguidas y, acababa de caer, llevaba solo el bocado, pero no la silla.

—Quería hacer unos ejercicios pie a tierra —añadí deprisa, lo que provocó que elevara las cejas aún más—. Pero puedo irme si…

—No, yo… ya he terminado. —La pequeña pausa que hizo me dio la impresión de que quería decir otra cosa. Quizá, que le molestaba que lo hubiera interrumpido. O que no pintaba nada ahí.

Lo cual, seguramente, era cierto.

En cambio, se guardó lo que quisiera decir para él, se dirigió con Alaska al borde de la pista y abrió la puerta. Me miró expectante y, al ver que no me movía, hizo un gesto de invitación con la mano.

—¿O querías entrenar aquí fuera?

Volvía a la carga. Aunque su tono cortante no era tan mordaz como de costumbre. No quise entrar al trapo, y conduje a Twister a la pista. Oí salir a Alaska tras de mí, se cerró la puerta y, poco a poco, el suave sonido de los cascos de la yegua se fue apagando.

13

Sacudí la cabeza y miré por encima del hombro el punto donde Theo acababa de estar. ¿Por qué le molestaba tanto que viera su trabajo con los caballos? En las clases de equitación con Liz, no parecía tener ningún problema. Por alguna razón, solo se sentía incómodo si alguien lo observaba cuando estaba entrenando libremente con ellos. *Quizá,* me dije, *porque a sus caballos le muestra una parte de sí mismo que se esfuerza por ocultarle a los demás y…*

Twister relinchó, sacándome de mis pensamientos. Cierto, había venido hasta aquí por él. Por nosotros. Y no para pensar en Happy. Además, si tenía algún problema, con toda probabilidad, no era algo personal contra mí. Al fin y al cabo, apenas nos conocíamos. Fuera lo que fuese lo que proyectaba en mí, no era asunto mío.

Con esta idea en la cabeza, le quité el bocado a Twister y lo colgué en la valla de la pista. Se alejó de inmediato de mí y buscó un lugar en el que revolcarse. Esperé a que terminara de restregarse por la arena y se sacudiera, luego me acerqué a él y le acaricié el hocico.

—Yo creo que lo que hace Happy también podemos hacerlo nosotros —le susurré—. ¿Tú que opinas?

Twister giró las orejas hacia delante, y yo chasqueé los dedos y dí un par de pasos atrás. Al principio, no entendía lo que le pedía. Pero no me rendí. Volví a acercarme a él y actué como si tirara de él hacia mí con una cuerda invisible. Esta vez sí que reaccionó y lo felicité y

acaricié cuando vino hasta mí. Twister comprendía rápido lo que le pedía, y no tardó mucho en correr detrás de mí, siguiéndome si hacía círculos o serpenteaba. Parecía estar divirtiéndose y, cuando aminoré la marcha, trotó un poco para acercarse a mí. Una leve sensación de felicidad me recorrió el cuerpo, y a cada minuto que pasaba con él, sentía cómo la tensión acumulada del día se iba disipando. Cuando me puse a correr y Twister empezó a galopar a mi lado, me eché a reír. Sin embargo, el caballo no se quedó junto a mí, sino que salió disparado y comenzó a dar unos saltos tan osados que la larga melena se le agitaba alrededor de la cara. Señalé uno de los obstáculos, tal y como había hecho Theo antes, pero Twister me ignoró y pasó a su lado resoplando ruidosamente. Vale, quizá eso había sido muy optimista para empezar, lo reconozco.

—¡Vuelve! —exclamé y, para mi sorpresa, Twister aminoró la marcha y miró en mi dirección. Sin embargo, como no hacía ningún amago de regresar, volví con él y me coloqué junto a él. Por desgracia, ahora Twister estaba demasiado emocionado como para intentarlo otra vez y, cuando corrí de todos modos y le hice otra señal para que saltara, me adelantó y siguió trotando.

—No funciona porque no estás a lo que estás.

Me sobresalté, y Twister también se detuvo, subió la cabeza y miró a su alrededor.

En uno de los asientos de la tribuna estaba Theo. No me había dado cuenta. Se puso de pie, se apoyó con las manos en la barandilla y saltó con ligereza al otro lado.

Durante un momento me quedé inmóvil sin saber cómo reaccionar. ¿Había vuelto porque quería descubrir qué hacía con Twister, sin silla y sin bocado? ¿Tendría curiosidad por mi entrenamiento pie a tierra?

O… ¿quizá pretendía darme algunos consejos?

—¿Qué quieres decir?

Theo aminoró y se detuvo a dos metros de mí.

—Tu cuerpo está aquí, pero tú estás en otra parte. Esperas que se concentre y que lea tu lenguaje corporal, pero ¿acaso tú estás haciendo lo mismo por él?

—Pues claro. —La pregunta me desconcertó—. Además… sí que estoy aquí.

—¿Segura? —Al igual que antes, Theo levantó las cejas, aunque esta vez no me pareció arrogante. Al menos no tanto. Señaló a Twister con la cabeza—: ¿Por qué crees que no está funcionando? ¿Qué necesita él para comprenderte?

—Él… —¿Qué sentido tenía esa pregunta? Resultaba evidente que su único objetivo era corregirme y así hacerme quedar como una ignorante. Estuve a punto de soltarle que no necesitaba su ayuda y que tampoco le había pedido su opinión. En lugar de eso, respiré profundamente y me pregunté si de verdad quería comportarme con él como él se habría comportado conmigo si estuviera en mi lugar—. Necesita apoyos claros, es decir, un lenguaje en el que los dos podamos estar de acuerdo y que comprendamos los dos.

Hasta ese momento, me había limitado a improvisar, con la esperanza de que Twister intuyera lo que quería de él.

Theo asintió.

—¿Y qué más?

—Y necesita mi atención total. Pero él ya la tiene. Ni siquiera me había dado cuenta de que estabas mirando.

Crucé los brazos delante del pecho y Theo se encogió de hombros, impasible.

—No he dicho lo contrario.

—Claro que sí. Acabas de decir que…

—He dicho que no estabas aquí, sí. —Theo puso la mano en el cuello de Twister y le acarició el lomo despacio—. Pero no me refería solo a tus pensamientos, me refería también a tus sentimientos y a tu conciencia corporal. ¿Estás segura de todo lo que estabas transmitiendo al exterior? ¿Y de cómo lo estaba percibiendo Twister?

—No.

La respuesta salió de mis labios antes de que tuviera tiempo de pensar y, para mi sorpresa, Theo no hizo ni un comentario mordaz ni ningún gesto de superioridad. Se limitó a mirarme. Pasaron algunos segundos y, por fin, me preguntó:

—¿Me dejas que te ayude?

Mi corazón se aceleró, no sabía por qué, pero mi cabeza asintió automáticamente.

—Genial. —Theo me sonrió.

Me había sonreído. A mí.

—Entonces, escucha a tu interior. ¿Cómo es tu postura? ¿Estás en equilibrio? ¿O puedes modificar algo para encontrar un mejor centro de gravedad?

Me situé de nuevo junto a Twister, me tomé un momento y dejé que mi percepción recorriera todo mi cuerpo.

—Así está bien —oí decir a Theo a mi lado—. Relaja la mandíbula y suelta los hombros, pero encuentra una tensión positiva en el centro de tu cuerpo. Antes de empezar a caminar, inspira, desplaza el peso hacia delante y señala con la mano en la dirección en la que quieres ir.

Su voz sonaba muy tranquila e inusualmente agradable. Y, cuando

hice lo que me dijo, Twister se puso en marcha de inmediato. Theo asintió con reconocimiento.

—Si te detienes ahora, exhala claramente y desplaza tu centro de gravedad hacia atrás. Si le ayuda, también puedes levantar la mano o ponerla delante de su pecho y… —Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando lo probé y Twister se limitó a seguir corriendo—. Inténtalo de nuevo. Pero ahora no lo hagas de cualquier manera: piensa de antemano en lo que quieres conseguir. ¿Quieres que se detenga rápido? Pues exhala con rapidez y muévete de la misma forma. ¿Quieres reducir lentamente el ritmo? Exhala durante más tiempo y frena con más fluidez. Es muy fácil, como montar en bicicleta.

No tenía punto de comparación. Lo miré desconcertada y Theo frunció los labios.

—¡Vamos!

Muy bien. Repetí el ejercicio e inhalé conscientemente antes de soltar el aire de forma audible, levantar la mano y clavar los talones en el suelo. Twister se detuvo. No estaba justo a mi lado, pero sí a unos pasos.

—Mucho mejor —dijo Theo. Me hizo repetir el ejercicio un par de veces más y me enseñó cómo apartarme y lo que tenía que hacer para que Twister se quedara junto a mí.

—Asegúrate de que tenga las orejas en tu dirección todo el tiempo. Si las desvía, puedes hablarle o ponerle una mano en el cuello para que vuelva a concentrarse en ti. Quizá notes que cambia algo entre vosotros. Vuestra… energía. Eso significa que vuestra conexión está fallando. —Hizo una pausa, para asegurarse de que lo seguía—: Pero solo vas a percibir estas señales tan sutiles si estás

contigo misma en cuerpo y alma. Así que no dejes de examinarte.

Asentí para demostrar que lo había entendido y le indiqué a Twister uno de los obstáculos. Realicé conscientemente hasta el más pequeño movimiento. Y entonces… lo sentí. Sentí lo que Theo había querido decir. Mi conexión con Twister. Delicada. Todavía frágil. Pero estaba ahí. Un momento apenas en el que pude leer sus pensamientos, un instante de lucidad, un suave aleteo en mi centro de gravedad.

—Muy bien —me elogió Theo, acercándose a mí—. Vamos a probar una cosa.

Vi por el rabillo del ojo cómo extendía una mano en mi dirección. Pero, justo antes de que tocara mi omóplato, se detuvo, la retiró y se la pasó por el pelo. Durante un momento, no dijo nada, y luego se aclaró la garganta.

—¿Te parece bien que te toque para… enseñarte una cosa?

—Sí. —Mi voz sonó más áspera que de costumbre y tragué saliva al sentir sus dedos cálidos a través del jersey. Cuidadoso. Interrogante. Increíblemente excitante.

Theo se colocó detrás de mí. Una de sus manos subió por mi hombro, la otra la posó en mi brazo, deslizándola hasta que sus dedos me sujetaron la muñeca. Mi cuerpo entero se estremeció y, cuando me di cuenta de lo cerca que estaba de mí, se sentí muy acalorada.

—¿Estás bien? —me preguntó y yo asentí, aunque mi cuerpo se estaba volviendo completamente loco.

—Vale, entonces veamos si Twister se queda contigo cuando le dejes dar vueltas a tu alrededor.

A cámara lenta, Theo me giró los hombros hasta que quedé con el

estómago mirando a Twister.

—Tu mano izquierda sigue mostrándole la dirección en la que debe correr, la derecha puede darle un marco. Y ahora… gira con él. —Lo dijo en voz baja y, sin embargo, me pareció percibir su aliento en mi oído—. Mantente en el momento presente, y sé consciente de ti misma. Observa la velocidad de tu respiración.

Demasiado rápido.

—¿A qué velocidad late tu corazón?

Demasiado rápido.

—¿Y qué sientes?

Definitivamente más de lo que debería.

Sentía como si mi piel estuviera ardiendo. Su tacto era anormalmente intenso y la sangre palpitaba por todo mi cuerpo.

Twister se dio la vuelta, trotando en círculo a nuestro alrededor.

Funciona de verdad, pensé. *Puedo hacerlo*.

Pero de repente noté que algo cambiaba. La energía. Tal y como Theo me había advertido. Twister se estaba alejando de mí. Al principio fue solo una sensación; luego giró las orejas a un lado y miró hacia la entrada del picadero. Maldición, me había distraído con Theo. Por su proximidad. Y por el efecto que provocaba en mí.

Concéntrate.

Quería hablar con Twister, traerlo de vuelta a mí con un giro de mi cuerpo. Pero entonces lo oí. El sonido de la puerta. Había alguien más con nosotros.

Una sombra apareció en la barandilla. Theo también se tensó.

—Louisa, aquí estás. Te he buscado por todas partes. Has…

Era Atlas. Se quedó quieto, mirándonos fijamente. La burbuja se rompió en un abrir y cerrar de ojos. Theo apartó las manos como si

se hubiera quemado. Dio un paso atrás. Twister perdió la concentración y se alejó trotando. Nuestra conexión se había roto. Me giré hacia Theo y lo miré a la cara. Pasó un momento. Otro más. Luego tragó saliva y cerró los ojos un instante, como si necesitara serenarse; cuando volvió a abrirlos, no había en ellos más que la expresión indiferente y carente de emoción que tan bien conocía yo. El calor que acababa de recorrer mi cuerpo se enfrió de repente, estremeciéndome con un escalofrío.

Muy despacio, me volví hacia Atlas.

—¿Qué haces aquí?

Me di cuenta de lo estúpida que sonaba la pregunta; después de todo, él acababa de decir que me había estado buscando. Pero; por otra parte, nunca lo había visto en los establos.

—Tengo buenas noticias y quería contártelas en persona. Bellamy me ha dicho dónde estabas. —Su voz sonaba desconocida, en cierto modo áspera, y me escrutó brevemente antes de levantar la mano y sostener en el aire un pequeño objeto que no pude reconocer a distancia—. Creo que esto te hará muy feliz.

Atlas abrió la puerta del picadero, se acercó a nosotros y me entregó un reluciente sobre plateado.

—¿Qué es esto?

—Tu entrada para la Conteville Art Night, una gala en Londres. Se celebra este fin de semana. —Atlas hizo una pausa muy elocuente antes de continuar—. Eden me ha puesto al corriente porque tengo contactos en el museo, y hemos podido arreglarlo todo. Ella también estará allí.

Ella. ¿Se refería a…?

Atlas asintió, como si hubiese formulado la pregunta en voz alta, y

sentí de inmediato que me fallaban las piernas. Shiya. Podría encontrarme con ella. Eden había cumplido su palabra. Había funcionado.

—¿En serio?

—Sí. —Atlas me puso una mano en la cintura y sonrió. Theo bufó. Su miraba viajó de la mano de Atlas en mi cintura a mi rostro. La expresión de sus ojos hizo que me sonrojara.

—Al parecer, te tenía calada desde el principio. —dijo con un tono de voz que me hizo sentir que había cometido un error. Pero no entendía qué quería decir. ¿Quizá al principio me había considerado una superficial? ¿Y después ya no? Y ahora… ¿había vuelto a cambiar de opinión? ¿Y todo por Atlas? ¿O por Shiya? ¿Podría haber adivinado a quién se refería Atlas?

No lo sabía, y antes de que pudiera abrir la boca, Theo asintió, como si acabara de darse cuenta de algo.

—Cuídate, Chica Haverton —dijo mirándome directamente a los ojos por un instante. Después se dio la vuelta y se fue.

14

Quedaban tres días para la gala. Tres días para encontrarme cara a cara con Shiya. Definitivamente, no era tiempo suficiente para prepararme como debía. Quería tener un plan perfecto y practicar las frases exactas que le diría. Pero cada vez que intentaba pensar en ello, mis pensamientos se aceleraban y corrían tan rápido que todo a mi alrededor empezaba a dar vueltas. Esta inquietud interna me paralizaba cuando montaba y, como era consciente de ello, traté de centrarme en los básicos con Twister, no exigirnos demasiado a ninguno de los dos y recordar la sensación que había tenido entrenando con él el día anterior. Superamos la lección razonablemente bien, sin bajar peldaños. Lo único que me molestaba era que Theo volvía a ignorarme por completo y se comportaba como si el entrenamiento juntos no hubiera pasado

Traté de no tomármelo como algo personal, pero me costaba, sobre todo teniendo en cuenta las palabras que me había dicho:

«Al parecer, te tenía calada desde el principio».

Esa afirmación me había molestado muchísimo. No debería importarme lo que Theo pensara de mí. Y menos ahora que debía concentrarme al cien por cien en mi encuentro con Shiya. Pero, maldita sea, sí que me importaba. Theo no me daba igual. Y eso era lo que más me enfadaba de todo.

Para distraerme, busqué en Google el museo en el que se celebraba la exposición, y cuando Atlas se ofreció a ayudarme a

preparar el encuentro, acepté agradecida.

Quedamos en mi habitación.

Además de un mapa del museo y la lista impresa de los invitados, trajo una bandeja con un plato de pasta gratinada y un pequeño cuenco de postre.

—No te he visto en la cena —dijo, dejando la bandeja sobre la mesa y dejándose caer en el sofá—. Te he traído algo de comer.

—Muchas gracias —sonreí. Mientras comía, eché un vistazo rápido a la lista de invitados y me entraron sudores fríos. El primer ministro estaría allí, así como actores y músicos de primer nivel del mundo entero. Tenía que ser una broma.

Atlas notó mi expresión.

—Si quieres que vaya contigo, no tienes más que pedírmelo.

Se inclinó hacia delante y me miró expectante. Pero negué con la cabeza. Por muy insegura que estuviera, debía superar esto sola.

—De acuerdo. —Atlas asintió, aunque era evidente que esa no era la respuesta que esperaba—. Si cambias de opinión…

—Te lo haré saber, te lo prometo —dije completando su frase. Atlas suspiró, cediendo.

Pasamos las dos horas siguientes hablando de cómo se desarrollaría la gala y, cuando se despidió y me abrazó, la cabeza me daba vueltas. Me sentía más segura que antes porque ahora sabía más o menos lo que me esperaba. Pero aún me embargaba un último resquicio de miedo. Miedo a que algo saliera mal, a que me reconocieran, a acabar de nuevo en la prensa, o peor aún: a que alguien del Círculo se enterara de lo que tenía entre manos y avisara a Shiya. Atlas me había asegurado que podía confiar en Eden y que, de hecho, solo le había hablado del tema a él porque era mi mentor

y además tenía los contactos necesarios; no obstante, aun así me preocupaba que algo se filtrara. Al fin y al cabo, hacía días que se especulaba sobre qué deseo había pedido después de ganar la Carrera de Novatos y sobre por qué lo había mantenido en secreto.



Pero precisamente el viernes, un día antes de la gala, nada más entrar en la academia percibí que algo iba mal. Atlas me había llevado al colegio y en el aparcamiento, mientras metía la bolsa de natación en el maletero de su coche, me fijé en un grupo de chicas que estaban juntas en círculo, inclinadas sobre algo. ¿Un teléfono móvil? Tal vez. No logré verlo con claridad. Al cruzar el patio y caminar por una de las columnatas hacia mi clase, sentí como si de todas partes llegaran murmullos silenciosos. La academia zumbaba como una colmena y, cuanto más avanzábamos, mayor se hacía el nudo de mi estómago. Atlas, por otra parte, no pareció notar el cambio en absoluto.

—Te espero después de clase —dijo con una sonrisa cuando llegamos a las escaleras que llevaban a las aulas de los universitarios. Como Liz tenía una cita, la clase de equitación se había cancelado hoy, así que había aceptado la oferta de Atlas de acompañarle a la piscina para entrenar. Él juraba que media hora en el agua era la manera perfecta de despejarse, y yo estaba lo bastante desesperada como para intentarlo.

—De acuerdo, hasta luego.

Con los libros bajo el brazo, me dirigí a mi clase y me preparé para lo peor: que todo el instituto supiera lo que planeaba hacer mañana.

Pero, al cabo de unos minutos, me di cuenta de que el alboroto

general no tenía nada que ver conmigo ni con Shiya. De hecho, todo el mundo estaba reunido en torno a Haru, que se encontraba recostado en su silla con una gran sonrisa dibujada en la cara.

—Olvidadlo, os voy a decir lo mismo que le he dicho a los demás. Es decir, nada de nada. El asunto es supersecreto. Si hablo del tema con alguien, estoy fuera. No voy a correr ese riesgo.

Al principio, no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Pero cuando sacó un sobre rojo de su mochila y se lo enseñó al resto dándose importancia, me acordé: se trataba del nuevo juego que había relevado a la Carrera de Novatos, y al que también habían invitado a Jeremy hacía unos días.

Por las conversaciones de los demás, me enteré de que esta vez el número de participantes no estaba restringido y que, desde el pasado fin de semana, habían ido apareciendo cada vez más de aquellos ominosos sobres, la mayor parte de ellos hoy. Nadie sabía de dónde venían (el juego no había sido anunciado oficialmente) y, aunque todo el mundo intuía que los presidentes de las tres casas estaban implicados, nadie lo aseguraba con certeza. Porque los sobres rojos no se entregaban en persona, sino que simplemente aparecían: en las taquillas, en los asientos o en los vestuarios después de la clase de Educación Física. Además, el sello con el que estaban selladas todas las cartas tenía una M grabada que nadie lograba identificar. Y, por lo que parecía, solo los jugadores conocían las reglas. Y ellos lo llevaban con tanto secretismo que la gente ya les había puesto un nombre: Círculo Interno.



Conforme avanzaba el día, iban apareciendo más y más cartas, una

de ellas en la clase de Historia del profesor Wescott, otra en el comedor de la academia.

—Alguien dejó esto para ti hace un rato —le dijo una de las empleadas a la hora del almuerzo a un chico que estaba delante de mí en la fila del comedor, mientras le tendía su plato junto a un sobre rojo.

—Eh… ¿quién?

—Un chico de tu edad. Su cara no me sonaba pero… —Le dio un golpecito al sobre—. Quería que te lo entregara a ti y solo a ti.

El chico abrió los ojos de par en par, aceptó la carta rápidamente y desapareció. Poco después, una chica de segundo se encontró otro sobre en un libro que acababa de sacar de la biblioteca. Cuando lo vio, montó un auténtico numerito, chillando como una histérica e hiperventilando. Madre mía.

Me alegraba mucho de haberme equivocado y de que aquel alboroto no tuviera nada que ver con Shiya, pero todo el rollo del juego me estaba empezando a cansar.

Al sentarme en mi sitio para la última clase del día, todo el mundo hablaba de quién había recibido una carta y quién no, y, cuando el señor Crawley entró en el aula, mis compañeros ni siquiera se dieron cuenta. El profesor tuvo que carraspear para llamar nuestra atención y poder empezar la clase. Nos hizo repasar los ejercicios que nos había mandado hacer en casa, y yo miré mi cuaderno, esperando que no me escogiera a mí porque la noche anterior apenas había podido concentrarme en la tarea, y había hecho los deberes de aquella manera.

—Recordad que la semana que viene hay examen —nos recordó el profesor Crawley—. Así que aprovechad para preguntar todo lo que

necesitéis. Miró en mi dirección—: ¿Quién quiere resolver el próximo ejercicio? ¿Louisa?

Sentí cómo la sangre me subía a las mejillas, y temí ser incapaz de resolver el ejercicio desde cero en la pizarra. Por suerte, en ese momento, se abrió la puerta y Milou entró pavoneándose como si estuviera en una pasarela de moda. En la mano, llevaba un sobre rojo, a la vista de todo el mundo.

—Espero que tenga una buena razón para llegar tarde a clase, señorita Charlier. —El profesor Crawley lanzó un bolígrafo al aire y lo volvió a atrapar.

Milou sonrió. La situación no parecía preocuparle ni lo más mínimo. Todo lo contrario. Se sentó tranquilamente en su asiento, dejó el sobre delante de ella, encima de la mesa, y miró a su alrededor, como si tratara de asegurarse de que nadie estaba prestando atención al ejercicio de la pizarra. Se volvió al profesor Crawley y dijo:

—Pues sí, la verdad es que tengo un buen motivo. Porque esto de aquí… —mostró triunfante el sobre— es mi segunda carta. —Nuestro profesor enarcó las cejas, pero Milou esbozó una sonrisa encantadora—. Vamos, no se enfade, solo han sido un par de minutos. Era muy importante que todo el mundo supiera que he sido la primera en recibir la segunda carta. Quién sabe, es posible que aparezcan más sobres después de clase, y entonces ya nadie sabrá quién…

—Sí, entiendo la gravedad de la situación —suspiró el profesor Crawley—. Está claro que se trata de un problema de proporciones globales.

—Completamente —replicó Milou con inocencia—. Al final de curso

le votaré como el profesor más guay de la academia, se lo prometo.

—Es lo menos que puede hacer —repuso el profesor Crawley muy tranquilo—. Sin embargo, me gustaría seguir con la clase, si no le importa. A no ser que quiera desvelarnos el contenido de ese sobre tan interesante y darme algún material para contar en la sala de profesores. Entonces quizá me olvide del parte que pensaba ponerle por el retraso.

Milou sonrió. Sin responder, rompió el sello y abrió la carta. Sumi se inclinó hacia adelante con curiosidad, pero Milou se dio la vuelta rápidamente. Desde mi sitio, lo único que pude ver es cómo sacaba un papel blanco del sobre. Con los ojos brillantes, leyó el contenido y… se quedó de piedra. Las comisuras de su boca se torcieron hacia abajo y su rostro se puso pálido.

—¿Qué pone? —quiso saber Tyler, tamborileando impaciente sobre la mesa. Pero Milou no le prestaba atención. Volvió a leer la nota, y después metió la hoja en el sobre precipitadamente. Volvió a mirar a su alrededor; esta vez, con un atisbo de pánico en los ojos.

—Milou, ¿qué te pasa? —le pregunté. No reaccionó. Se llevó la mano al estómago, como si estuviera a punto de vomitar. Con los labios apretados, se colgó el bolso del hombro y se levantó. Farfullando una excusa, empujó al profesor Crawley y abrió la puerta de un tirón. Todo lo que oímos fue el repiqueteo de sus tacones en el pasillo y un sollozo desconsolado.



Tal y como me había prometido, Atlas me estaba esperando después de clase, apoyado en la pared con las mangas de la camisa remangadas. Cuando me vio, se acercó a mí.

De camino al aparcamiento, le pregunté si sabía algo sobre el nuevo juego y le conté el extraño comportamiento de Milou en la clase del profesor Crawley.

Atlas, sin embargo, se limitó a sonreír.

—Ese tipo de cosas no son inusuales aquí. El año pasado, hubo un juego muy similar. Un grupo de antiguos alumnos envió cartas. No es nada importante, pronto te acostumbrarás. Seguramente, a Milou le han puesto un reto en el que tiene que hacer el ridículo. Qué sé yo, quizá tenga que cantar delante de todo el colegio, o besar a su mejor amigo en la próxima fiesta.

Lo miré aturdida y Atlas se rio.

—Oye, no soy yo el que asigna las tareas. Lo que quiero decir es que no tienes que darle tantas vueltas. Seguro que, cuando la veamos después en Haverton, se comporta con normalidad otra vez.

—¿Estás seguro?

Atlas asintió, accionó la llave del coche y me abrió la puerta.

—Al cien por cien. No te preocupes, de verdad.

15

La piscina deportiva era uno de los pocos edificios modernos de la academia, y contrastaba mucho con el resto de las edificaciones históricas del campus. Todo el diseño era de un blanco impoluto, lo que conseguía que la piscina iluminada resaltara aún más. Las amplias cristaleras ofrecían vistas al parque, con una hilera de tumbonas delante.

Atlas debía de estar todavía en el vestuario, no lo veía por ninguna parte. Pero no estaba sola. Había dos chicos haciendo sus largos en el agua y una chica que no conocía estaba extendiendo la toalla en una de las tumbonas. Saludé al grupo y, cuando uno de los chicos levantó la cabeza, reconocí a Jeremy y levanté la mano. Él me devolvió el gesto, pero siguió nadando cuando el otro chico, que parecía su mentor, pasó por su lado y le dio un codazo.

Al llegar a las tumbonas para dejar la toalla, me di cuenta de que la chica tensaba los hombros, posando como si estuviera en una sesión fotográfica en traje de baño. Al principio me quedé completamente desconcertada, pero luego me di la vuelta y vi a Atlas saliendo del vestuario con otro chico y caminando en mi dirección. El chico también era de Haverton, lo había visto un par de veces con Atlas. Su pelo rubio casi blanco y sus brillantes ojos verdes me habían llamado de inmediato la atención. Estaba segura de que tenía a muchas chicas suspirando por él. Después de todo, era atlético y su extraordinario rostro parecía pensado para

protagonizar una película de vampiros.

Aunque, a bote pronto, Atlas parecía aún más entrenado. Y sí, los dos eran más que atractivos. Sin embargo, ni en sueños se me habría ocurrido montar semejante numerito solo porque dos chicos pasaran por delante de mí. La chica se pasó los dedos por el pelo, mirándolos a los dos con descaro. Cuando el vampiro la miró y sonrió, ella apartó la mirada rápidamente, caminó hasta el borde de la piscina y se metió en el agua.

—Hola, soy Grayson —me saludó—. Qué guay que hayas venido a nadar con nosotros.

—Yo soy Louisa —respondí sonriendo, mientras Atlas extendía su toalla junto a la mía.

—¿Estás lista?

—Estoy impaciente por comprobar los efectos meditativos de la natación. Si lo que dices es cierto, tendré que venir a la piscina todos los días antes del desayuno.

—Créeme, en cuanto hayas hecho un par de largos, te sentirás como pez en el agua.

Eso, o apreciaría aún más las delicias de vaguear encima de un colchón. Estaba segura de que sería incapaz de seguirle a Atlas el ritmo y, aunque tenía buena resistencia, sabía que esto sería un entrenamiento como Dios manda y no una sesión de relax.

Jeremy había empezado a jadear. Su rostro estaba tenso, tenía los labios fruncidos. Hizo una breve pausa a un lado de la piscina, apoyándose en el borde. Pero bastó una mirada de su mentor para que se pusiera en marcha de nuevo. No me gustaba la manera en que lo miraba. Despectivamente, con un atisbo de ira en los ojos.

—¿Quién es ese? —pregunté en voz baja, observando con disimulo

al chico más mayor, con la esperanza de que Atlas supiera a quién me refería.

—Cedric Peterson, de Belmont. Es muy bueno en el triatlón. Su familia es dueña de Peterson Residential.

Nunca había oído hablar de eso.

—Es una empresa inmobiliaria.

—Ah, vale.

No dije nada más, pero, en lo más hondo de mi ser, ya sabía que no me llevaría bien con él.



Mientras calentábamos y hacíamos los primeros largos, intenté no mirar mucho a Jeremy. Aunque no era culpa mía, las miradas de Cedric me recordaban demasiado a las que yo misma había recibido las últimas semanas en mi colegio, e intuí que algo iba mal.

Como era de esperar, no era tan rápida como los demás: tanto Greyson como la chica que había visto antes me adelantaban sin esfuerzo. Atlas, por el contrario, se quedó conmigo todo el rato, aunque sospechaba que de costumbre él entrenaba tan duro como los demás.

Me preguntó por Twister y me contó que había empezado a nadar con trece años y que ya había participado en muchísimas competiciones.

Después de unos minutos, dos chicas más entraron en la piscina, una muy pálida con el pelo rubio recogido en un mono, y la otra muy bronceada, con una trenza oscura.

—Hola, Celestine. Hola, Fernanda.

Grayson se detuvo en el borde de la piscina, se puso a hablar con

ellas y luego se acercó a nosotros.

—Las chicas han propuesto hacer una pequeña competición. Belmont contra Haverton. Somos los mismos. ¿Os apuntáis?

—¡Claro! —respondió Atlas entusiasmado. Sin embargo, yo vacilé.

—Sinceramente, creo que os iría mejor sin mí. Al fin y al cabo, yo no soy experta en natación.

Grayson hizo un gesto con la mano.

—Tonterías. Solo es para divertirnos. No hay más que hablar.

Se acercó nadando a toda velocidad a Jeremy y a su mentor, y apenas cinco minutos después, estábamos todos en el lado más estrecho de la piscina. Grayson nos explicó las reglas:

—Carrera de relevos. Cuatro rondas de cien metros. El que acabe primero gana.

Miró al grupo, todos asentimos y nos preparamos para la carrera. Jeremy era el único que no parecía contento. Seguía respirando con dificultad. Vi cómo le decía algo a Cedric, pero él se limitó a resoplar:

—No seas pesado. Lo vas a conseguir.

Automáticamente, apreté los puños, obligándome a no intervenir.

Entonces Celestine dio el pistoletazo de salida y Grayson y Cedric saltaron al agua al mismo tiempo. Eran increíblemente rápidos. Llegaron al final de la piscina en un santiamén y, mientras se daban la vuelta, miré a Jeremy, aunque él apartó la mirada y fingió estar pendiente de los nadadores. Al instante, Grayson nos había alcanzado. Me chocó la mano y salí tan rápido como pude. No tenía ninguna posibilidad contra Fernanda, pero Grayson me animaba de todas maneras, y vitoreó cuando llegué a la meta y salí del agua. Después de mí, era el turno de Atlas y, en el otro equipo, le tocaba a

Jeremy. También era más lento que los demás, pero, a diferencia de mí, sus compañeros no lo animaron. Por el contrario, Cedric lo siguió por el bordillo, como si tratara de meterle prisa, y, cuando Jeremy se agarró al bordillo después del primer largo, maldijo:

—¿Qué mierdas te pasa?

Me puse tensa.

—No puedo más. Llevamos mucho rato entrenando, yo…

—Es una maldita carrera, así que más te vale esforzarte. No tengo ganas de perder por tu culpa.

Cedric se puso en cuclillas, extendió la mano, y hundió la cabeza de Jeremy bajo el agua. Unos segundos más tarde, volvió a la superficie, jadeando:

—¿Estás loco, Ced?

Miré a mi alrededor para ver si los demás se habían dado cuenta. Pero los miembros de Belmont contemplaban la escena como si tal cosa, y Celestine y Grayson solo le prestaban atención a Atlas.

Apreté los dientes mientras Jeremy se impulsaba desde el borde y seguía avanzando como a cámara lenta. Cedric volvió a decir algo, aunque esta vez tan bajo que no pude entenderlo. Jeremy no respondió, se limitó a mirar al frente estoicamente y, de repente… Cedric se tiró al agua. Solo necesitó un par de brazadas para alcanzar a Jeremy. Ahora, todos se fijaron en él, pero nadie reaccionó.

—No puedo respirar, Ced, me estoy mareando.

Jeremy sonaba impotente y casi sin aliento.

Eso bastó para sacarme de mi estupor. Di un par de pasos en su dirección. Quizá los demás estaban acostumbrados al comportamiento de Cedrid y lo habían normalizado. Pero aquello no

era para nada normal. Era bulling. No podía ni imaginarme lo que estaba pasando por la cabeza de Jeremy. Después de todo, yo sabía muy bien lo que se sentía cuando te persiguen de camino al colegio y no dejan de provocarte. Pa se había empeñado en enseñarme técnicas de defensa personal y, hasta entonces, me sentía fuerte y capaz de defenderme. Pero en esos momentos, sola con aquellos compañeros que de pronto se habían vuelto completos extraños para mí, entendí lo que significa que el miedo te paralice. Me había sentido a merced de los demás. Arrinconada.

Exactamente como Jeremy ahora.

—¿No puedes más? ¡Mentira! —gritó Cedric—. No quieres seguir. Eso es todo. Podrías nadar diez largos más sin problema. Pero haces lo mismo de siempre. Rendirte.

—Ced, no… no puedo respirar.

—Solo te dices eso a ti mismo. Pero todavía tienes fuerzas. ¿Quieres que te lo demuestre?

No esperó a que Jeremy le diera una respuesta, y el corazón me dio un vuelco cuando el musculoso brazo de Cedric se precipitó hacia adelante, agarró a Jeremy de la cabeza y lo hundió en el agua otra vez. Esta vez no lo dejó salir a la superficie.

—¡Basta! —me oí gritar. Sin embargo, Cedric no parecía escucharme. Los segundos pasaron muy deprisa, y Jeremy empezó a patalear como un loco en la superficie. Por fin, Grayson reaccionó y fue corriendo por el borde de la piscina hasta donde ellos estaban.

—Cedric, ¿qué demonios estás haciendo? —preguntó, pero el muy idiota no hizo nada para liberar a Jeremy—. ¡Suéltalo! —Grayson sonaba increíblemente tranquilo, mientras que yo, por el contrario, sentía que el corazón se me iba a salir del pecho.

—Tú no te metas, Deverell —replicó Cedric. Grayson abrió la boca para contestar, pero…

—¡Maldito cabrón! —intervine. Por primera vez, el chico me miró directamente. Pero yo ya había saltado al agua. Alcancé a Cedric en pocos segundos, le aparté la mano y saqué a Jeremy a la superficie. Escupía agua y jadeaba. Por un instante, pareció desorientado. Tenía una expresión de auténtico pánico en la cara y corría el riesgo de hundirse de nuevo. Lo sujeté con todas mis fuerzas y lo arrastré hasta el bordillo, donde Grayson me ayudó a sacarlo de la piscina. En ese momento, solo quería darme la vuelta y enfrentarme a Cedric, pero entonces sentí una mano agarrándome del brazo, tan fuerte que hacía daño.

—¡Quítale las manos de encima! —dijo Atlas con voz cortante. Al ver que se acercaba nadando hacia nosotros, Cedric me soltó y puso distancia entre los dos. Sin decir nada más, Atlas me ayudó a salir del agua. Apenas podía sostenerme en pie, me temblaban las piernas. Solo ahora me daba cuenta de lo que acababa de pasar.

Atlas me rodeó con el brazo.

—¡Traedle una toalla! —le gritó a alguien, aunque no pude distinguir a quién porque tenía la mirada fija en Jeremy, que estaba acurrucado en una de las tumbonas, respirando con dificultad. Me zafé del brazo de Atlas y fui corriendo hasta él.

Cuando me agaché a su lado, levantó la cabeza. Tenía lágrimas en los ojos. Le toqué el brazo con cuidado. En ese momento, vino Grayson con mi toalla. Me la tendió, y yo la tomé y se la puse a Jeremy sobre los hombros.

—¿Hay una enfermería o algo así por aquí? ¿Un médico? ¿Quieres que te llevemos? —Aunque intentaba mantenerme serena, se me

quebraba la voz y me castañeteaban los dientes—. O… al director Lowell. Deberíamos informarle de lo que ha pasado.

Jeremy negó con la cabeza.

—No, de ningún modo.

—Pero…

—No pasa nada, de verdad. —Se levantó despacio, como tratando de demostrarme que no necesitaba ayuda—. Estoy bien… me encuentro bien.

Pero su postura, ahí parado, con los brazos alrededor del cuerpo, revelaba que nada estaba más lejos de la verdad.

—¡Pero ese tío no puede salirse con la suya! Hay que informar a sus padres o a la policía o…

Jeremy me miró desconcertado.

—¿A sus padres? Ced es mi hermano.

—¿Qué? —solté. Entonces recordé y comprendí. Cedric *Peterson*. Peterson Residential. Había conocido a tantas personas nuevas que no había registrado el apellido de Jeremy.

—De verdad… Estoy bien. Ya lo solucionaré. —La mirada de Jeremy se deslizó brevemente hacia la piscina. Después respiró hondo—. Por favor, no le comentes nada a nadie de lo de hoy.

Aquello fue el colmo. ¿Cómo podía dejar que lo trataran así? Y encima su propio hermano.

Quería preguntarle a Jeremy si Cedric le daba miedo, si se sentía amenazado, si podía ayudarlo de alguna manera. Pero entonces me devolvió la toalla, sus labios esbozaron una sonrisa que, en el mejor de los casos, solo podía describirse como lastimera, y dio un paso atrás. Después se dio la vuelta y desapareció cabizbajo en dirección a los vestuarios. Quise seguirle, pero Atlas me detuvo.

—Déjalo estar.

¿Perdona? No podíamos dejar solo a Jeremy, no después de lo que acababa de pasar. Y, sobre todo, esto debía tener alguna consecuencia para Cedric.

—Louisa. —Los ojos de Atlas me miraban con insistencia—. Es un asunto de familia. No nos incumbe.

—¿Que no nos incumbe? —susurré con voz ronca. Ahora que mi miedo por Jeremy se había apaciguado, sentía cómo mi ira aumentaba. Ira hacia Cedric. Ira hacia todos los que estaban ahí y no habían hecho nada. Ira hacia mí, por no haber reaccionado antes, y hacia Atlas por no entender lo que estaba pasando—. Claro que me incumbe si uno de mis compañeros ha estado a punto de ahogarse. Nos incumbe a todos, maldita sea. Y a ti también.

—No iba a dejar que se ahogara.

Atlas sonaba completamente impasible y eso fue lo que me hizo estallar.

—¿Tienes idea de cómo se está sintiendo Jeremy? —Mi voz temblaba, pero cada vez era más potente. Después de los últimos seis meses, conocía la sensación de no poder respirar, aunque nunca me hubieran hecho una aguadilla—. ¿Alguna vez en tu vida has estado en una situación como esa? —Me separé de Atlas, y esperé a ver su reacción en su cara—. No, ¿verdad? Entonces no me digas lo que tengo que hacer.

Me acababa de dar cuenta de que todos me estaban observando. Me dio igual. Les lancé una breve mirada al resto del grupo y me fui en dirección a las duchas.

—Louisa —me llamó Atlas. Me había seguido e intentó agarrarme de la mano, pero me zafé de él—. Tranquilízate.

—¡No! ¡No me quiero tranquilizar! —Me apoyé en la pared helada del pasillo—. No tienes ni idea de lo que se siente cuando las personas que creías que siempre te apoyarían se vuelven en tu contra.

La cara de Lexi se me apareció frente a los ojos, nublándome la vista. Jamás olvidaría que había sido ella la que había hurgado en mi bolsa durante el descanso y había escrito «Mentirosa» en mi camiseta de deporte con un rotulador rojo grueso. Solo de recordarlo volvía a sentir náuseas. No tenía allí más ropa y durante todo el camino me obligué a no llorar. Pero en cuanto llegué a casa y cerré la puerta, me derrumbé.

—Deseaba que alguien me defendiera. Pero, en vez de eso, todos se reían y sacaban sus móviles de mierda para grabarme….

No llegué a terminar la última frase porque Atlas se adelantó y me abrazó con tanta fuerza que, por un momento, sentí que me iba a partir en dos. Quise apartarlo, pero él no cedió y nos quedamos allí de pie durante unos instantes. Mis emociones aún estaban a flor de piel y los últimos minutos se reproducían como una película en mi mente. Jeremy agitándose bajo la superficie del agua, los angustiosos segundos en los que me había quedado paralizada. Segundos que a él debieron de parecerle una eternidad.

—No pasa nada, ya está —susurré al darme cuenta de lo cerca que estaba de Atlas y de que podía sentir su piel húmeda en la mía e incluso el latido de su corazón.

Sin embargo, Atlas actuó como si no me hubiera oído. No me soltó, sino que me estrechó aún más fuerte, hasta que dejé de tiritar y volví a respirar con normalidad.

—¿Quieres hablar de ello? ¿De lo que pasó? —preguntó en voz

baja. Yo respondí negando con la cabeza.

—No, simplemente no quiero hacer como si no hubiera pasado nada.

—Pero eso es lo que te ha pedido Jeremy, ¿no? —Atlas retrocedió un poco para mirarme a la cara—. Creo que deberíamos respetarlo. No sabemos lo que hay detrás, ni si al intervenir podríamos complicar aún más las cosas. Al fin y al cabo, todos aquí tenemos una parte de nosotros mismos que elegimos no mostrar al mundo. Y cada cual tiene sus razones.

«¿Todos aquí? ¿Tú también?», quise preguntarle, pero entonces oí a alguien resoplar y vi a Cedric pasando a nuestro lado de camino a las duchas de los chicos. Su mirada de superioridad se posó sobre mí y después se detuvo en Atlas.

—Un intento bastante patético de llenar tu vacío, Corentin. —Los músculos de Atlas se tensaron. Su cara se paralizó y abrió la boca para replicar. Pero Cedrid siguió su camino, se puso la toalla sobre los hombros y desapareció de nuestra vista. Lo miré desconcertada y, después, volví los ojos a Atlas.

—¿Qué ha querido decir con eso?

Atlas apretó la mandíbula. No me contestó de inmediato. Me dio la sensación de que estaba calibrando en su mente todas las posibles respuestas.

Entonces dijo sin más:

—No tengo ni idea.

16

Antes de salir de la piscina, le pedí a Atlas que esperáramos un poco. Pero, tras un cuarto de hora, no vimos a Jeremy salir del edificio, así que di por hecho que se había marchado antes que nosotros. Estuve callada la mayor parte del tiempo en el viaje de vuelta y después, cuando, ya en la Casa Haverton, Grayson y Celestine se pusieron a hablar de la próxima competición, me pregunté si ya se habrían olvidado del incidente.

Atlas me propuso pasar un rato más juntos en la sala común, pero le dije que no. Al llegar a mi habitación, dejé la bolsa de deporte en el suelo, me desvestí y me di una ducha caliente. En la piscina solo me había aclarado un poco para salir rápido, con la esperanza de alcanzar a Jeremy. Me encantaba disfrutar del agua deslizándose por mi cuerpo y quitándome la tensión. Sin embargo, las imágenes no se me iban de la cabeza, y despertaban recuerdos y sentimientos que había reprimido con celo, porque dolían demasiado.

Puse el agua más caliente todavía, hasta que me quemó la piel, pero al ver que tampoco eso funcionaba, salí de la ducha, me sequé y fui al vestidor para ponerme un jersey grueso. Elegí una sudadera, unos leggins y unos calcetines tejidos a mano por mi abuela. Estaba a punto de meterme en la cama cuando mi mirada se posó sobre una caja granate que había en la mesa delante del sofá. Aunque esta vez no llevaba el logo de Corentin, supe de inmediato qué era: un vestido para la gala del día siguiente.

Maldición, desde el incidente de la piscina no había vuelto a pensar en eso. Mañana por la noche llegaría el momento. Mañana estaría cara a cara frente a ella. Frente a Shiya.

Con un nudo en el estómago, quité la tapa y leí la tarjeta sobre la tela color azul noche.

«Tu casa está contigo», decía. Nada más, lo que probablemente significaba que el vestido no era de Atlas. Eso me alivió, me habría parecido raro que volviera a regalarme un vestido para que me lo pusiera. Era un obsequio de la casa, como premio por haber ganado la Carrera de Novatos. Era diferente. Un poco raro, sí, pero mejor.

Al menos, hasta que me di cuenta de que Eden y Atlas eran los únicos que estaban al corriente de todo y, por tanto, había tenido que elegir el vestido uno de los dos.

Pero… ¿qué iba a ponerme si no? ¿El mismo vestido que había llevado a la fiesta de bienvenida? ¿El que había recorrido internet y con el que me reconocerían de inmediato? ¿O el vestido que me había traído de casa y que había comprado en una tiendecita de un callejón londinense? Ni hablar. Con eso llamaría la atención sin duda, aunque por otros motivos.

Ese traje solo probaba que Atlas y Eden habían pensado bien las cosas. *Al contrario que tú,* replicó con sarcasmo mi voz interior. Suspiré, saqué el vestido de la caja y me lo puse encima del cuerpo frente al espejo. Era largo hasta los pies, de tirantes finos y pequeñas piedras brillantes en el escote. Maravilloso, aún más bonito que el anterior. Sin embargo, la desagradable sensación que sentía en el estómago se intensificó ante la idea de tener que llevarlo mañana. Todo el plan era una auténtica locura. ¿En qué estaría pensando?

Llamaron a la puerta. Pensé que sería Atlas, para preguntarme si me gustaba el vestido. Pero para mi sorpresa no era él, sino Jeremy, el que estaba frente a mi puerta.

—Hola —dijo en voz baja. Después carraspeó y se alisó el polo azul—. ¿Tienes un momento?

—Sí, claro.

Dejé el vestido encima de la mesa y lo invité a sentarse en el sofá. Jeremy sonrió aliviado, se dejó caer y esperó a que me sentara en la butaca de enfrente.

—Siento mucho que hayas tenido que presenciar eso —se disculpó pasándose la mano por el pelo—. Ha sido muy desagradable. Y por eso…

Negué con la cabeza con vehemencia.

—No tienes nada que sentir. Es tu hermano el que se han comportado como un imbécil. —Solo volver a pensar en Cedric me ponía furiosa—. Y si por mi fuera, lo habría denunciado.

—Pero no lo has hecho, ¿verdad? —preguntó Jeremy abriendo mucho los ojos.

—No, pero me habría gustado. Ahora pensará que puede salirse con la suya y que no pasa nada por agredir físicamente a los demás. Y a su propio hermano. Es realmente…

Paré de hablar, porque Jeremy había bajado la cabeza y estaba apretando los labios, y aunque hubiera preferido decir más y desahogar toda mi frustración por aquella injusticia, respiré profundamente un par de veces y me tranquilicé.

—¿Necesitas ayuda?

Jeremy vaciló, pero después negó con la cabeza, casi imperceptiblemente.

—No, gracias. Estaré bien. —Se calló un momento, intentando recomponerse, y continuó—: Ced… a veces pierde los papeles. Pero en realidad es un buen chico. Tiene mucha presión encima.

¿Un buen chico? Ese tipo era un monstruo. Y la presión a la que estuviera sometido no justificaba ni lo más mínimo lo que había hecho.

—Sé lo que estás pensando —dijo Jeremy con una sonrisa triste en los labios—. Te estás preguntando por qué permito que me trate así, por qué lo defiendo incluso. Y sí, yo mismo me he hecho esa pregunta muchas veces. Pero… digamos que en las actuales circunstancias no me queda otra opción. Tengo mis motivos… y me compensa. —Se deslizó hacia adelante, como si estuviera pensando si ponerse de pie y zanjar la conversación. Al final, se quedó sentado, mordiéndose el labio—. Ced prefería que estudiara en otra parte, pero ahora estoy aquí y creo que, de algún modo, se siente responsable de mí.

Si eso era verdad, tenía una forma muy curiosa de demostrarlo.

—Es su manera de protegerme de papá. Y quizá de protegerse a sí mismo también. —Jeremy se encogió de hombros y miró el suelo fijamente, como si las palabras que iba a pronunciar a continuación estuvieran escritas sobre la alfombra—. Por eso te he pedido que no le digas nada a nadie. Solo lo empeoraría. Tengo que pasar por ello y ya está. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Sí, lo entendía. No el comportamiento de Cedric, pero sí lo que Jeremy estaba insinuando. Conocía suficientes historias del trabajo de Pa para rellenar los huecos en el discurso de Jeremy con imágenes muy vívidas.

—¿Lo que ha sucedido hoy pasa con mucha frecuencia?

—No… no así. Era la primera vez que iba a nadar.

Cerré un momento los ojos y me tragué las palabras que tenía en la punta de la lengua: que alguien debía denunciar a su hermano. En lugar de eso, dije:

—No se lo diré a nadie. Te lo prometo. Pero si necesitas ayuda, dímelo, ¿vale? Mi padre es policía y sabe… de este tipo de cosas.

—Gracias —respondió Jeremy, aunque en su sonrisa podía leer que no aceptaría mi oferta. Se secó las palmas de las manos en los pantalones—. También por defenderme hoy.

—Era lo que había que hacer.

—Bueno, eso no está tan claro. Al menos, no en nuestras casas. —Jeremy sonrió ladeando la cabeza y yo lo miré interrogante. ¿A qué se refería?—. Muchos en el Círculo Rubí tienen una reputación que mantener —continuó Jeremy—. Y no lo juzgo, porque no conozco las circunstancias de cada uno. Lo único que digo es que, con los miembros de nuestras casas, hay que pensar con cuidado en quién se confía y qué se cuenta. La gente se puede volver en tu contra rápidamente. Y si se encuentran en la disyuntiva de enfrentarse a mi hermano o hacer la vista gorda, a la mayoría de ellos no les resultará difícil tomar la decisión.

Apreté los puños, pero los relajé al darme cuenta de que Jeremy se había fijado en mi gesto. Carraspeó:

—No pretendía deprimirte. Seguro que tu experiencia es completamente distinta. Al fin y al cabo, te codeas con los más populares de la Casa Haverton y has ganado la Carrera de Novatos. Probablemente ahora eres una estrella.

No lo dijo en tono crítico o despreciativo. De todos modos, sus palabras me afectaron. ¿Esa era la impresión que causaba en los

demás? ¿La de una chica superficial que solo quería llegar hasta lo más alto?

Me quedé pensativa y, como no decía nada, Jeremy se puso de pie por fin.

—Debería marcharme ya. Gracias por tu tiempo y… por todo.

Dio un paso hacia la puerta.

—Jeremy, espera. —Yo también me levanté y dudé un momento. Pero enseguida me sobrepuse—: Si gané la Carrera de Novatos no fue por un afán de protagonismo. Participé porque era la única oportunidad que tenía de conocer a mi madre.

La sorpresa se dibujó en su rostro. Ni yo misma podía creerme lo que acababa de confesar. Al fin y al cabo, un comentario irreflexivo a la persona equivocada era suficiente para echar por tierra todo el plan. Y además, Jeremy acababa de advertirme que tuviera cuidado con aquellos en los que confiaba. Sin embargo, en ese momento era importante para mí que supiera la verdad y que no me viera como la mayoría. Que me entendiera.

—Se niega a hablar conmigo y en los últimos meses se ha dedicado a difundir rumores horribles sobre mí. Y quiero… mirarla a la cara una única vez y preguntarle por qué.

Inspiré hondo. De repente, las palabras empezaron a brotar de mí. Seguí hablando sin parar y, al final, le conté todo a Jeremy: el acuerdo entre Shiya y papá, mis intentos de ponerme en contacto con mi madre, el infierno por el que había tenido que pasar y mi ingreso en Highclare. Y, para terminar, la gala de mañana y mi conflicto interno sobre si debía o no asistir.

Jeremy se limitó a escucharme, se volvió a sentar en el sofá y no me interrumpió ni una sola vez. Cuando paré de hablar por fin y me

quedé callada durante unos momentos, se inclinó un poco hacia delante.

—Guau. Vale. Debo confesar que eso no me lo esperaba. Sinceramente, creía que tú…

Parecía que intentaba encontrar las palabras adecuadas, así que terminé la frase por él.

—¿Que era una chica superficial?

Jeremy sonrió con sarcasmo.

—Yo lo hubiera expresado de un modo un poco más delicado, pero sí. Justo eso.

—¿Y qué piensas ahora?

De nuevo, volvió a tomarse su tiempo para responder. Entonces me miró directamente a los ojos y me dijo:

—Ahora creo que eres muy valiente. No solo por lo que has hecho hoy por mí, sino también por lo que vas a hacer mañana.

—Entonces, ¿crees que debería ir?

Jeremy asintió:

—Sin lugar a duda.

—¿Y si no quiere hablar conmigo?

Tenía que contar con esa posibilidad. Al fin y al cabo, me había dado por muerta delante del mundo entero. Difícilmente podía rechazarme de forma más directa.

—Hablará contigo —afirmó Jeremy con convencimiento—. A lo mejor parece un poco ingenuo por mi parte. Pero me parece que, si eres tú misma y le dices cómo te sientes con sinceridad, te escuchará.

—Gracias.

Quería creerlo.

—Gracias a ti por la confianza. Tu secreto está a salvo conmigo. —Jeremy sonrió y yo le devolví la sonrisa.

—El tuyo también.

Hablamos un buen rato más, pedimos algo para comer en la habitación y charlamos sobre nuestra experiencia en Highclare hasta el momento, sobre nuestras clases y sobre las diferencias entre nuestras casas. Me contó que las reglas en la Casa Belmont eran bastante más estrictas y que la rutina diaria allí estaba planificada al milímetro. Tenían sesiones de estudio y deporte conjuntas varias veces a la semana y cada uno de los miembros de la casa tenía un plan de entrenamiento y alimentación individualizado que se ajustaba periódicamente. Cuando le conté a Jeremy que en Haverton teníamos dulces, galletas y chocolate disponibles en la cocina a cualquier hora, hizo una mueca melancólica.

—¿Por qué tengo la impresión de que me han puesto en la casa equivocada?

Me eché a reír y Jeremy se unió a mi risa. Charlamos hasta que oscureció y, mientras él se dirigía a su casa, caminando por el largo camino de la entrada, lo miré por la ventana, pensando que, quizá, solo quizá, acababa de encontrar un aliado… o incluso un amigo.

Me acurruqué en la cama y recordé las palabras de Jeremy: que era valiente, que lo conseguiría. Y por primera vez en todo el día, sentí algo parecido a la confianza. Puede que nunca se me volviera a presentar una oportunidad como la de mañana.

Estaba decidida.

Había hecho todo lo que estaba en mi mano para conocer a Shiya.

No iba a rendirme ahora.

17

El museo en el que se celebraba la gala era un edificio clasicista con una entrada con columnas. Tan solo verlo habría bastado para dejarme boquiabierta. Pero eso no era nada en comparación con la alfombra roja y la ingente cantidad de curiosos, fotógrafos y paparazzi que me encontré al bajar de la limusina que Eden había pedido para mí. Aunque tenía los cristales tintados, me encogí en mi asiento, deseando haber aceptado el insistente ofrecimiento de Atlas de acompañarme a la gala. Por la mañana, en el desayuno, me había pedido que reconsiderara mi decisión. Pero le había repetido que quería enfrentarme a Shiya yo sola. Así que sí: la culpa era solo mía.

Gracias a Eden y a su planificación, al menos no tuve que encontrarme con ningún periodista. Me recibió una empleada del museo que me acompañó al interior del edificio por la puerta trasera. Sin embargo, cuando me bajé y seguí a la mujer, atravesando la puerta, numerosos pasillos y un corredor que parecía eterno, me temblaban las piernas. La gala se celebraba con ocasión de la inauguración de una exposición especial de obras de arte procedentes de las colecciones privadas personales de estrellas internacionales. La exposición estaría abierta al público durante seis meses y el cien por cien de los beneficios se destinaría a una organización benéfica de ayuda a la infancia. Según me había contado Atlas, la noche sería una mezcla de discursos, comida, baile,

arte y conversaciones privadas. Si lo que me había dicho era cierto, al principio de la gala, solo habría prensa en el exterior del edificio, pero después de la cena dejarían pasar a algunos reporteros para hacer fotos de la fiesta. Debía tener mucho cuidado con ellos. Con un poco de suerte, nadie se fijaría en mí. Al fin y al cabo, según la lista de invitados, asistían numerosos diseñadores de moda y actores de Hollywood. Se rumoreaba incluso que la princesa planeaba hacer los honores, junto con el mejor amigo de su hermano, con quien, si lo que decía la prensa sensacionalista era cierto, había iniciado recientemente una relación. De ser así, todos los ojos estarían puestos en ella. Bien por mí.

—Por aquí.

La empleada del museo abrió una puerta y me dejó pasar. Contuve la respiración. Me había llevado a una de las salas de exposiciones. Enormes obras de arte colgaban de paredes altas y luminosas. Voces, risas estridentes y música llegaban hasta mis oídos y, por un momento, tuve que reprimir el impulso de dar un paso atrás y pedirle a la mujer que me llevara de vuelta al coche. El aire de la sala hormigueaba como el champán. Aunque era imposible que estuvieran ya todos los invitados (según la lista, se esperaban varios centenares), me sentí sobrecogida por el ambiente y las deslumbrantes miradas de los presentes. La mayoría estaban juntos en pequeños grupos, con esmoquin o vestidos de noche. Pero algunos de ellos parecían intentar competir con las coloridas obras de arte de las paredes. Incluso desde lejos, me llamó la atención un hombre con una larga capa dorada, como las que llevaban los reyes en la Edad Media. Una mujer muy alta se pavoneaba a mi lado con una armadura rosa brillante, y un chico que debía tener pocos años

más que yo atraía todas las miradas con su ceñido body de cuerpo entero, tachonado por completo de piedras brillantes. Apenas tuve tiempo de admirarlo, porque la empleada del museo iba tan deprisa que me costaba seguirle el ritmo. Me condujo por las distintas salas hasta llegar a un vestíbulo con una enorme fachada de cristal a un lado y una especie de isla en el centro. Estaba rodeada por un pequeño foso de agua y la ingeniosa iluminación lograba que pareciera que toda la zona, incluidos el escenario y algunas mesas dispersas aquí y allá, estaba flotando.

La mujer me guio por una delicada pasarela y se detuvo frente a una de las mesas, en la que había una tarjetita con mi nombre. Le di las gracias y se despidió antes de que pudiera preguntarle qué estaba previsto a continuación. Así que me senté en mi silla y miré a mi alrededor. Hasta el momento solo se habían sentado unos pocos invitados y mi mesa seguía vacía. La mayoría se pavoneaban, se abrazaban y brindaban. Entre ellos había una elfa con el pelo castaño claro y un vestido de una tela muy fina de color rosa pálido, con la cara radiante. La reconocí de inmediato. Era Holly Sage Stafford. ¡Mierda! Sabía que estaría en la gala, pero esperaba no encontrármela. Si me descubría, confirmaría su impresión de que yo era una acosadora loca y, por supuesto, informaría a Shiya. Me di la vuelta tan bruscamente que tropecé con la mesa y tiré una copa de vino que tenía delante. En un instante, una mano se deslizó junto a mí y la agarró.

—Cuidado, no querrás llamar la atención, ¿verdad? Al menos, no todavía.

Sorprendida, levanté la vista. Parpadeé. Me quedé inmóvil.

Theo estaba delante de mí.

Precisamente Theo, con quien no había hablado desde nuestra sesión de entrenamiento con Twister, pero cuya presencia aún hacía que sintiera un hormigueo en el estómago. Sobre todo ahora que había cambiado los vaqueros y la camisa por un traje negro y se había peinado como es debido.

—¿Qué… haces aquí? —me esforcé por decir.

—El museo es mío, ¿no lo sabías?

¿Perdón? Tenía que haberlo oído mal. Lo observé estupefacta y Theo me miró con una expresión como si no pudiera creer que de verdad me lo hubiera tragado.

—No, claro que no. Es una broma. He venido con mi madre. Ha cedido dos de sus cuadros para la exposición especial. Y como papá no ha podido venir hoy…

Se encogió de hombros y en ese momento una mujer se puso a su lado. Tenía el pelo largo y oscuro, ojos azules cristalinos y una sonrisa que reconocí por películas, premios de la Academia y carteles publicitarios. Era Deliah Vanderton, una actriz famosa que se había convertido en uno de los ídolos de Kami y también mío por su defensa de los derechos de las mujeres.

¿Deliah Vanderton es tu madre? Estás de coña, ¿verdad?

Las palabras casi se me escaparon de los labios, pero logré controlarme.

¿Por qué nadie me había contado esto? Atlas me había advertido de al menos veinte personas a las que debía evitar esta noche y me había preparado para la mayoría de los famosos. Sin embargo, había olvidado un punto importante. Que Theo también estaría aquí. Y que era el hijo de Deliah Vanderton. Rebusqué en mis pensamientos y recordé vagamente haber leído una vez que tenía un hijo, pero no

había indagado más.

—Hola. —Deliah me tendió la mano, se la acepté con cuidado y me presenté. Me sonrió, se sentó en mi mesa y puso una mano en el brazo de Theo—. Ahora entiendo por qué de repente has insistido en acompañarme. —Volviéndose hacia mí, añadió—: Normalmente, solo consigo arrastrarlo a esta clase de sitios bajo amenazas.

—Mamá…

La voz de Theo sonaba molesta, aunque Deliah fingió no darse cuenta. Se limitó a sonreír y a señalar la silla que estaba a mi lado, que Theo apartó para tomar asiento.

—¿De qué os conocéis?

Deliah me sonrió y le agradecí esa pregunta tan sencilla, porque mi cerebro aún estaba tratando de procesar que Theo era su hijo. Hasta entonces no había pensado en él como uno de los miembros superricos del Círculo Rubí. Más bien como una persona normal y corriente, incluso un becario, como yo.

—De Highclare. Yo soy de la Casa Haverton, pero Theo está en mi grupo de equitación.

—Anda, ¿tú también montas? —Los ojos de Deliah se iluminaron —. ¡Eso es fantástico! Entonces debéis tener muchas cosas en común. —Le lanzó a Theo una mirada que no supe interpretar y él gruñó e hizo un gesto a una camarera para pedir un vaso de agua. Yo opté por una Coca-Cola y Deliah por una copa de vino tinto.

—Enhorabuena por ser de Haverton —me dijo—. Una elección perfecta. Aún me duele un poco el corazón porque Theo quisiera ir a la casa de los Remington. Yo soy una Haverton de los pies a la cabeza.

—¿También eres miembro del Círculo?

Solté la pregunta sin pensar, lo que provocó una carcajada de Deliah.

—Sí, desde luego que lo soy. Recuerdo muy bien mi época de estudiante, sobre todo las fiestas a medianoche junto a la piscina. Eran legendarias. Todavía me reúno con mi pandilla de Haverton de vez en cuando. Créeme: las amistades que se hacen en la Academia Highclare son para toda la vida.

Deliah sonrió como si los recuerdos pasaran por delante de sus ojos. Luego habló de su amor de aquella época, un chico de la Casa Belmont, y del año en que fue elegida reina del baile.

Me gustaba escucharla porque me ayudaba a no sentirme tan nerviosa y, además, así no tenía que hablar de mí. Ni de por qué estaba en aquella gala.

Las mesas se fueron llenando poco a poco y se nos unieron tres mujeres más y dos parejas que debían de tener más o menos la misma edad que mis padres. Unos minutos más tarde, las luces se atenuaron y un foco iluminó el escenario. Todas las cabezas se volvieron hacia el frente, donde, ante mi atónita mirada, Dolores Umbridge en persona se subió al estrado. Era una mujer menuda, con el pelo ensortijado hasta la barbilla, un vestido de tweed rosa con un lazo en el cuello y un sombrero a juego. Se presentó como la directora del museo y nos dio las gracias por venir, especialmente a aquellos que tan generosamente habían prestado algunas de sus preciadas obras de arte para la exposición. No podía concentrarme en sus palabras porque, ahora que todos los invitados estaban sentados, no podía evitar preguntarme dónde estaría sentada Shiya. Giré la cabeza con disimulo, pero no pude distinguirla. Muchas de las mujeres allí presentes tenían el pelo rubio, todas llevaban vestidos

de fiesta y algunas estaban sentadas demasiado lejos o de espaldas a nosotros. ¿Dónde estaría?

—Mesa cuatro —oí en voz baja la voz de Theo junto a mi oído—. Al otro lado de la sala, la segunda desde delante. La mujer del vestido blanco. Por eso estás aquí, ¿no?

Hizo un gesto con la cabeza, señalando en la dirección que me había indicado, y allí… la vi. Shiya estaba sentada de perfil, pero cuando inclinó la cabeza hacia la persona sentada a su lado, ya no tuve ninguna duda. Estaba realmente aquí. A escasos metros de mí.

Su aspecto era muy distinto al de sus conciertos. Sin ropa brillante, sin pintalabios chillón. Pero reconocí sus ojos negros azabache. Estaba guapísima con ese vestido sencillo y elegante y el pelo ondulado; de alguna manera… parecía normal. Accesible incluso. Una mujer de treinta y muchos que fácilmente podía aparentar diez años menos. Imaginé cómo sería encontrármela así por la calle, en una cafetería o en un acontecimiento deportivo. No a Shiya, la superestrella que hacía gritar a cientos de miles de fans en cada concierto, sino a Karenetta.

Se me aceleró el corazón al pensarlo y me clavé las uñas en las palmas de las manos bajo la mesa para calmarme. Porque entonces me di cuenta de que lo había conseguido. Shiya estaba aquí, en carne y hueso, y por fin tendría la oportunidad de hablar con ella. La perspectiva se iba haciendo cada vez más real y empecé a sentirme mareada y emocionada al mismo tiempo.

Cuando la directora del museo abandonó el escenario entre estruendosos aplausos y trajeron la comida, no probé bocado. Me dediqué a sumergir la cuchara en la sopa y a removerla hasta que reparé en que Theo me estaba observando. Lo miré

inquisitivamente, casi esperando que hiciera algún comentario estúpido. Pero se limitó a apartar la mirada y clavarla en las llamas de las velas de la mesa. Pasaron los segundos sin que se moviera. Lo observé de reojo —sus facciones serias, la suave curva de sus labios— y justo cuando estaba a punto de volver a clavar los ojos en mi sopa intacta e ignorarlo, exhaló audiblemente y se inclinó hacia mí como si quisiera susurrarme un secreto al oído.

—No sé qué es lo que tienes pensado exactamente. Pero estoy bastante seguro de que no vas a conseguir lo que te propones.

Eh… espera un momento.

—¿Qué quieres decir?

Theo señaló el pasillo.

—Echa un vistazo a tu alrededor. Todo el mundo en esta sala está sometido a una enorme presión y solo desea una cosa: dar una buena impresión y salir bien en las fotos. ¿De verdad creías que accedería a hablar contigo en un sitio como este?

Maldita sea, me había descubierto. Apreté los labios y pensé en lo que debía responder. Sus palabras, pronunciadas tan a la ligera, me enfurecieron. Siendo el hijo de Deliah Vanderton, Theo tenía abiertas todas las puertas y, desde luego, no necesitaba colarse en los eventos para que lo tomaran en serio.

Estuba a punto de susurrárselo y decirle que no se metiera en mis asuntos. Pero él sacudió la cabeza con desprecio.

—No me puedo creer que Corentin te haya dejado venir. Es una irresponsabilidad.

Se me escapó un bufido.

—Puede que no te hayas dado cuenta —le siseé en voz baja—, pero es posible que esta gala sea la única oportunidad que tenga en

toda mi vida de hacerme valer. Es lo único que quiero.

Odiaba cuando Theo levantaba las cejas y ponía esa expresión ligeramente arrogante. Y ahora, me molestaba más que nunca.

—Puede que no te hayas dado cuenta —repitió mis palabras, haciéndome enfadar aún más—, pero, si quieres hacerte valer, deberías buscar la solución dentro de ti, no fuera.

Me reí a carcajadas.

—¿Dónde has leído eso? ¿En un azucarillo? Muy sabio, Theo. De verdad… muy sabio.

Dios mío, ¿cómo había podido sentir algo más que desprecio por él, aunque fuera por un instante? Era tan engreído, tan arrogante, tan increíblemente…

—Solo digo que no deberías dejar que tu valía dependa del juicio de esa mujer. —Dudó un momento; sin embargo, después se acercó un poco más a mí y, cuando me habló, su aliento me acarició la piel y sentí un ligero escalofrío—. Sé que no nos conocemos mucho, pero, cuando entrenamos juntos a Twister, tuve la impresión de que… —Se pasó la mano por el pelo e hizo una pausa, como si estuviera sopesando sus palabras. Como si acabara de recordar que, una vez las pronunciase, no habría vuelta atrás—. De que eres mucho más que la típica chica de Haverton que se codea con los más populares de la casa y que ha ganado la Carrera de Novatos. Aquella tarde, de algún modo, fuiste… diferente. Más auténtica. Quizá simplemente fuiste tú misma. No lo sé. Solo puedo decirte que esa versión de ti me gusta bastante más.

Esas palabras salieron de su boca mucho más rápido que las anteriores y no sabía si se había arrepentido nada más terminar de decirlas. Por un segundo, vi destellar en sus ojos un montón de

emociones distintas. Pero luego sus labios se endurecieron y volvió a poner su cara de póker habitual.

Yo podría decirte lo mismo, pensé; no se lo dije, porque sus palabras aún resonaban en mi interior y, con cada uno de los latidos de mi corazón, era más y más consciente de su profundidad. Theo también lo había sentido.

—Solo quería… —empezó a decir de nuevo, antes de sacudir la cabeza—. Bueno, es igual. Haz lo que tengas que hacer. Realmente, no es asunto mío. Pero piénsate muy bien quién serás a partir de mañana si te expones así y la prensa se entera.

Aunque lo dijo con total indiferencia, entendí a qué se refería. Si mi plan fracasaba, si Shiya hacía una escena, en lugar de hablar conmigo tranquilamente… me convertiría a los ojos de todos en la persona que los medios habían hecho de mí. Confirmaría sus presunciones y no podría librarme jamás de esa reputación. Una parte de mí, la despreocupada chica de Silvermore, la que Theo había conocido en la pista de equitación, se rompería para siempre.

—Tienes que decidir quién quieres ser, y si te merece la pena.

Con estas palabras, Theo volvió a distanciarse de mí y siguió comiendo. Sin embargo, yo no podía moverme. Era como si la temperatura de la habitación hubiera descendido varios grados.

Sabía que Theo tenía razón. Mi plan era una completa locura. Imprudente, quizá ingenuo. Y sí, en el fondo, podría haberme levantado, abandonar la gala y olvidarme de Shiya para siempre. Pero eso ya no era posible. No después de todas las mentiras que había difundido sobre mí. Si me iba ahora, no volvería a disfrutar de una vida normal jamás. Ni en Highclare ni en ningún otro sitio. Y tendría que vivir sabiendo que había dejado pasar la única

oportunidad que tenía de aclarar las cosas.

Me aferré a ese pensamiento, literalmente, mientras seguía comiendo. Tras el postre, un hombre se subió al escenario para dar un discurso. A continuación subió otro, acompañado de una mujer. Todos hablaban de sus proyectos de beneficencia y, después de lo que me pareció una eternidad, la directora del museo dio por terminada la parte oficial de la velada y una banda de jazz empezó a tocar. Los invitados se levantaron, empezaron a caminar y a charlar entre ellos y, por un instante, perdí a Shiya de vista.

Me levanté, seguramente demasiado rápido, pues Deliah me miró interrogante, y después miró a su hijo con suspicacia.

—Voy a refrescarme un poco —anuncié, con la esperanza de que mi media sonrisa fuera convincente—. Y después iré a echarle un vistazo a la exposición.

—Oh —dijo Delia, poniéndole a su hijo una mano sobre el hombro —. Theo podría…

—No —replicó él—. No podría. —Luego levantó la cabeza y me miró directamente a los ojos—. Tú decides, chica Haverton.

18

Las salas destinadas a la exposición estaban bien iluminadas, tenían los techos altos, y anchos pasillos rectangulares que las unían entre sí.

Me sentí insignificante mientras caminaba delante de los cuadros y las esculturas en busca de la mujer del vestido blanco. Al mismo tiempo, miraba las obras sin prestarles demasiada atención. Algunas eran antiguas, otras, un remolino de colores, y unas cuantas eran tan grandes que no podían entrar por la puerta. Justo cuando pasaba frente a un retrato abstracto de una mujer que tenía una corona de espuma en lugar de cabello, la oí de repente.

La voz de Shiya.

La reconocí al instante. Estaba muy cerca. En la sala de exposición contigua.

Sentí la adrenalina corriéndome por las venas, tenía la sensación de estar vibrando por dentro. *Respira*, me recordé a mí misma. *Tranquila y regularmente.* Si perdía los nervios ahora, sería incapaz de decir ni una sola frase coherente. Eché los hombros hacia atrás y me tomé un momento para recomponerme. Entonces escuché en la distancia a Shiya riéndose a carcajadas y el recuerdo de la entrevista que había dado por televisión me invadió tan repentinamente que tuve que llevarme la mano al pecho.

«Sí, estuve embarazada. Pero mi hija está muerta».

¿Cómo podía decir ese tipo de cosas delante del mundo entero y

estar aquí ahora, como si nada, y… ser feliz?

En los cuentos siempre se describe el momento en que una madre sostiene a su bebé por primera vez en sus brazos como el más feliz de su vida. Si eso era cierto, ¿por qué mi madre me había entregado así, sin más? ¿Por qué había puesto a todo el mundo en mi contra sin pensar en las consecuencias que eso tendría para mí? ¿Qué le había hecho para que me odiara tanto?

Los tacones de sus zapatos resonaban en el suelo de piedra cada vez más cerca. Volví a oír la voz de Shiya. Tan solo un instante más tarde entró en la habitación acompañada de otras tres personas que no reconocí. Incapaz de decir nada, me quedé ahí parada, mirándola. Por un momento, creí que no advertiría en mi presencia. Entonces, nuestras miradas se encontraron y un estremecimiento recorrió su cuerpo. Shiya abrió la boca, pero no dijo nada. Nos miramos durante varios segundos, hasta que ella se dio la vuelta y se marchó, sin más. Sus acompañantes la siguieron hasta un cuadro que mostraba unas líneas doradas cruzadas sobre un fondo claro. Oí cómo se reía de nuevo y todo mi ser se contrajo.

¡Me había reconocido, maldita sea! Y aun así se había comportado como si fuera transparente.

Las lágrimas anegaron mis ojos, a pesar de mis esfuerzos por contenerlas, y esperé a que Shiya se volviera hacia mí. A que me mirara. A que me viera de verdad. Pero no sucedió nada. Pasaron los minutos, y el grupo avanzó hasta la siguiente sala. Como si yo solo fuera una más entre cientos de invitados.

Pero no había ganado esa maldita competición para contentarme con haber conseguido llamar su atención por una fracción de segundo. Había venido aquí para hablar con ella. Para decirle cómo

me había sentido estos últimos meses. Y nada me impediría hacerlo. Mi madre tendría que escucharme. Por una vez en su vida, tanto si le gustaba como si no.

Me enderecé lo máximo que pude. Después respiré hondo, desterré las palabras de Theo al rincón más remoto de mi conciencia y me acerqué a Shiya.

«Es tu decisión, chica Haverton».

Sí, exacto. Y yo ya me había decidido.



Puse un pie detrás del otro con determinación. Mi madre y sus acompañantes estaban delante de una escultura que recordaba a un torbellino y que llegaba hasta la claraboya del techo. Cuando Shiya se dio cuenta de que me dirigía directamente hacia ella, entrecerró los ojos, a modo de advertencia silenciosa. Sin embargo, la ignoré.

Estoy viva. Soy tu hija. Y vas a escucharme.

—¿Señora Sterman? —Me aclaré la garganta—.¿Ka… Karenetta?

Ahora sus acompañantes también se volvieron hacia mí. La confusión se dibujó en sus rostros, pero no les hice caso y seguí mirándola a ella. Shiya palideció. Los músculos de su mandíbula se tensaron, sus labios se convirtieron en una línea exangüe. Eso tampoco me intimidó. Esta mujer había tratado de acabar conmigo de todas las formas imaginables, me había atribuido las peores intenciones y había puesto mi vida patas arriba, sin molestarse en escuchar ni una sola vez lo que tenía que decir. Hasta ahora… porque, hiciera lo que hiciese, no conseguiría que bajara la mirada ni que huyera. Shiya pareció darse cuenta, porque se dirigió a su séquito.

—Disculpen un momento, por favor. —Se acercó un paso y me agarró de la muñeca—. ¿Qué te crees que estás haciendo? —susurró y me arrastró detrás de ella, fuera de la sala y por un largo pasillo hasta que se detuvo frente a una puerta de cristal que daba a un patio interior oscuro. Con un movimiento de cabeza me indicó que pasara y yo me estremecí al salir a la luz de la luna—. Parece que te he subestimado —dijo Shiya. Su voz sonaba tranquila, pero afilada como un cuchillo—. ¿Cómo has entrado aquí?

—Un amigo mío me dio una invitación…

—¿Has usado la entrada principal?

—No, he entrado por una puerta lateral. Soy…

—Entonces, ¿los fotógrafos no te han visto? —Negué con la cabeza, y Shiya respiró aliviada—. Bien, pues vas a irte por donde has venido. En silencio y sin que te vea nadie.

—No.

—¿Cómo que no? —La voz de Shiya se hizo más alta, pero enseguida recuperó el control y siseó—: Escucha, no te lo estoy pidiendo. Si no te vas ahora, me encargaré de que te echen de aquí.

—No me voy a ir —insistí—. No hasta que usted… hasta que tú… me hayas escuchado.

Shiya cruzó los brazos sobre el pecho y emitió un sonido que se parecía mucho a una risa helada.

—Si vas a llorar, mejor ahórratelo. Ese tipo de trucos no te van a funcionar conmigo. Mis socios me están esperando en la exposición y volveré en cinco minutos como muy tarde. Y entonces no quiero volver a verte. Ni en el museo ni en ningún otro sitio. ¿Lo has entendido?

Sentí un escalofrío aún mayor.

—No he venido para averiguar cómo sería tener una madre, por si eso es lo que estás pensando —respondí con la misma brusquedad —. Quizá al principio sí, pero ya no. Has sido muy clara respecto a ese tema y yo…

Shiya levantó la mano y me hizo callar.

—Por favor, no me apetece seguir perdiendo el tiempo. Así que dime cuánto quieres.

—¿Qué?

—Estoy hablando de dinero.

¿Dinero? ¿Qué dinero? ¡Quería respuestas! Quería que me prometiera que iba a dejar de atacarme y quería que se disculpara por presentarse a sí misma como la víctima y a mí como la mentirosa. Pero no pude articular ni una palabra. En mi cabeza solo daba vueltas un pensamiento: *no me está tomando en serio.*

No, mucho peor. Era la primera vez que nos encontrábamos frente a frente, la primera vez que veía a su hija cara a cara. Y en sus ojos no vi ni rastro de arrepentimiento. Ni una chispa, nada que indicara que se sentía tan confundida como yo. Por el contrario, estaba deseando librarse de mí.

—No pongas esa cara de sorpresa —dijo Shiya con una mirada que no podía ser más desdeñosa—. ¿Qué esperabas? ¿Que cambiara de repente de opinión por tenerte delante? ¿Lágrimas? ¿Alguna historia desgarradora? Lo siento mucho, pero no puedo ofrecerte nada de eso. ¿Quieres la verdad? Tu padre y yo estábamos en la fiesta de uno de mis amigos de la universidad y los dos habíamos bebido mucho. Ni siquiera nos conocíamos demasiado; aun así, de algún modo, sucedió. —Agitó la cabeza, como si, echando la vista atrás, apenas pudiera creérselo—. Fuiste solo un estúpido desliz. Un desliz

que estuvo a punto de costarme mi futuro.

Empecé a marearme. Por un momento, mi cabeza se quedó en blanco, pero luego sus palabras penetraron mi conciencia y mi corazón comenzó a latir muy deprisa.

«Fuiste solo un estúpido desliz».

Era la primera vez que lo decía. Porque, aunque el contrato entre mi padre y ella era prueba más que suficiente, ella siempre había negado ser mi madre, incluso a través de sus abogados.

—Creo que cien mil es una suma más que adecuada por tu silencio. Mañana temprano llamaré a mi abogada y le pediré que redacte un documento. Mañana se pondrá en contacto contigo.

Mi cerebro todavía no había terminado de procesar los últimos segundos. Quería decir algo, pero era incapaz de pronunciar una sola palabra.

Entonces Shiya se dio la vuelta y se encaminó a la puerta.

—Espera aquí. Enviaré a alguien para que te recoja y te acompañe fuera.

Cuando se marchó, cerrando la puerta de cristal tras de sí, sentí como si una fuerza invisible me diera un puñetazo en el estómago. Las lágrimas me inundaron los ojos y esta vez no pude hacer nada para detenerlas.

Necesitaba sentarme. Agarrarme a algo. Llorar. Pero lo único que pude hacer fue mirar a Shiya. Su silueta, cada vez más pequeña, se alejaba a pasos rápidos y se dirigía hacia la luz de las salas de exposición.

Al quedarnos a solas, lo había admitido. No había intentado negar ni una vez que era mi madre. Y aunque en todos los años que había pasado sin ella no me había faltado nunca de nada, ahora me sentía

como si el dolor y la rabia me abrasaran por dentro.

Crucé los brazos, sin conseguir detener los temblores.

Cien mil.

Sentía la piel como si estuviera cubierta por una fina capa de hielo. Entonces, algo empezó a bullir en mi interior.

¿Qué se había creído? ¿Que lo que me importaba era su dinero? ¿Que podía silenciarme y decirme lo que tenía que hacer mientras seguía soltando mentiras sobre mí? ¿Que pensaba quedarme aquí esperando a que me sacaran como a una delincuente? ¿Que me llevarían a escondidas por la puerta de atrás para que nadie me viera? ¿Para no poner en peligro su reputación?

Cien mil.

¿Tanto valía para ella que me volviera invisible? Que actuara como si estuviera muerta, tal y como había afirmado.

Me entraron náuseas.

Si me iba ahora, la vida de Shiya seguiría como de costumbre. Pero la mía continuaría hundiéndose en el caos, la gente nunca volvería a verme como nada más que una impostora.

Enfurecida, apreté los puños y me obligué a respirar más tranquila. Luego me dirigí hacia la puerta de cristal. Había venido aquí para poner punto final a todo aquello. Pero si ahora dejaba que Shiya me alejara tan fácilmente, todo seguiría como antes, y no estaba dispuesta a permitirlo. Abrí la puerta. Oí voces desde muy lejos. Risas aisladas. El suave tintineo de las copas al chocar entre sí. Impulsada por los sentimientos que bullían en mi interior, atravesé el pasillo que conducía de vuelta a la exposición especial. A mitad de camino, un empleado del museo se acercó a mí.

—Va usted en la dirección equivocada, señorita Bennet —me dijo

en tono amable—. Venga, le llamo un taxi.

Pero no le respondí y simplemente pasé de largo. Quizá Shiya pensaba que me dejaría intimidar por ella y que, al igual que mi padre, haría lo que me ordenara. Sin embargo, no iba a permitir que me impidiera volver a la fiesta. No permitiría que me impidiera hacer nada. Hacía diecisiete años que había perdido ese derecho.

19

Encontré a Shiya en el vestíbulo del museo, donde había una fuente de chocolate y un *candy bar* con todo tipo de pasteles y dulces. Estaba con un hombre de traje y dos mujeres. Reconocí a una de ellas, de pelo largo y negro y llamativa figura de reloj de arena, por la televisión, pero no me acordaba de su nombre. Solo tenía un objetivo.

Tenía que solucionar este asunto.

Ahora. De una vez por todas.

Así que me limité a permanecer junto al grupo, ignoré la mirada de sorpresa de Shiya y dije con voz firme:

—Aún no hemos terminado.

Al principio pensé que iba a alucinar, pero en el último momento se contuvo y se limitó a fruncir los labios.

—Pensaba que había sido lo bastante clara. Deberías…

—Salir de aquí. Por cien mil libras —asentí—. Por desgracia, no me interesa tu dinero. Ese nunca ha sido mi objetivo. Lo único que quiero es que digas la verdad.

De nuevo, el color desapareció del rostro cuidadosamente maquillado de Shiya.

—¿Te das cuenta de lo que estás haciendo?

Miró a su alrededor, como para asegurarse de que no estábamos llamando la atención. Yo también giré ligeramente la cabeza. Pero los invitados estaban absortos en sus propias conversaciones. Solo la

mujer con la silueta de reloj de arena y los otros dos acompañantes nos miraron interrogantes, hasta que el hombre se dio cuenta de repente.

—Es ella, ¿verdad, Karenetta? ¿Tu acosadora?

—Su hija —corregí sin mirarlo.

—Deberíamos llamar a la policía de inmediato.

Shiya levantó la mano en tono apaciguador.

—Con eso solo conseguiríamos montar un escándalo. Y la verdad es que no me apetece tener que repetir la misma historia otra vez. Todo este tema ya es lo bastante duro.

¿Lo bastante duro? ¿Para ella? Sí, por supuesto.

—¿Tienes idea de cómo me siento yo al respecto? —pregunté, elevando cada vez más la voz, a pesar de mis intentos por mantener la calma. Pero cuando empezó a interpretar su numerito de siempre, ya no pude contenerme.

—Desde el principio, no te he pedido nada. No quería nada de ti. Solo una reunión. Una llamada me habría valido. Tenía preguntas y quería entender tus motivos. Nada más. Ni dinero, ni atención mediática. No es culpa mía que las cosas hayan escalado hasta este punto, y lo sabes.

—Shhh. —Shiya volvió a mirar por encima del hombro. Me di cuenta de que varias caras se giraban hacia nosotras. Me dio igual. Que miraran todos. Medio mundo ya pensaba que era una mentirosa, así que ¿a quién le importaban unas cuantas personas más?

—Nada de esto tendría que haber llegado tan lejos.

—¡Cállate! —Shiya me agarró del brazo y me fulminó con la mirada —. Te vas a largar de aquí ahora mismo. ¿Está claro?

Intenté quitármela de encima, pero me sujetaba con mucha fuerza. Luego se dio la vuelta, como si buscara a alguien, e hizo una señal a un hombre vestido de negro que estaba en un rincón de la sala. No me había fijado en él antes. Se despegó de la pared y se acercó a nosotras. Seguridad, por supuesto.

—Esta chica es una fan mía y se ha colado en el evento —explicó escuetamente Shiya—. Les ruego que la acompañen a la salida. Cuanto antes mejor.

El guardia de seguridad me puso una mano en el omóplato, pero yo me aparté.

—Tengo una invitación y no voy a irme a ningún sitio. Me quedaré todo el tiempo que quiera. Y charlaré con quien me plazca. —Hice un gesto exagerado señalando a todas aquellas personas que no conocía, pero que, con toda seguridad, se contaban entre los socios y los amigos de Shiya. Luego volví a mirarla—. O si lo prefieres… podemos hablar. Como personas razonables.

Acababa de darme cuenta de que la había amenazado abiertamente y de que era probable que estuviera jugando con fuego. Sin embargo, estaba tan enfadada y dolida que ya no me importaba.

Shiya siseó:

—¿Por qué sigue ahí parado? —le espetó al hombre de seguridad — Asegúrese de que esta chica desaparezca. Ahora mismo.

Una enorme zarpa se cerró al instante alrededor de mi brazo y el hombre gruñó:

—Tiene prohibida la entrada al lugar. Si desobedece y vuelve a acercarse a la señora Sterman, habrá consecuencias.

¿Consecuencias? Me reí e intenté zafarme de su agarre, pero fue

inútil.

—Tengo el mismo derecho a estar aquí que la señora Sterman. Que ella desee negando mi existencia no significa que vaya a desvanecerme.

Shiya le hizo un gesto al guardia.

—¡Llévese de aquí a esta psicópata!

—No, yo…

No pude decir nada más, porque el hombre me agarró del otro brazo y me empujó lejos de Shiya. Solo faltaba que me esposara.

—¡Suélteme! Tengo una invitación.

Actuó como si no me hubiera oído, tirando de mí sin inmutarse. Consideré brevemente clavar los pies en el suelo y resistirme. Pero entonces, con toda seguridad, aquel hombre que parecía un armario me habría levantado y me habría sacado de allí en volandas. Y ya era bastante humillante que me sacaran del museo delante de todas aquellas personas, que tenían los ojos fijos en mí. Louisa, la acosadora. *Fan loca. Chantajista. Estafadora. Psicópata*.

Una mirada a las caras en torno a mí fue suficiente para darme cuenta de que estaban pensando exactamente eso. Había perdido. Todo había sido en vano. Como a través de un velo, me percaté de cómo se formaba una multitud a nuestro alrededor. El murmullo se hizo tan fuerte que ahogó la música del salón de baile. Los dedos me señalaban, algunos invitados cuchicheaban y…

—¡Aquí estás! Te he estado buscando por todas partes. —Una sombra se movió en mi campo de visión y tardé unos segundos en reconocer quién era. Era Theo, interponiéndose en nuestro camino —. Te pierdo de vista un minuto y te encuentro escoltada por un guardia de seguridad. ¿Debería preocuparme?

«Ja, ja. Divertidísimo. Imbécil», pronuncié sin emitir sonido alguno. Estaba segura de que había podido leerme los labios. Pero… ¿desde cuándo Theo intentaba hacerse el gracioso?

—Señor —dijo Theo volviéndose hacia el guardia con una sonrisa fría—. Siento mucho decepcionarle, pero no va a ser posible. La señorita es mía. Y no me gusta compartirla.

La presión alrededor de mis brazos se aflojó y un zumbido confuso sonó junto a mi oído. El tipo se estaría preguntando si había entendido mal. ¿En serio Theo acababa de llamarme señorita? Tal vez Shiya tenía razón después de todo y yo había perdido la cabeza.

—Me han ordenado que acompañe a la chica a la salida —dijo el gigante detrás de mí—. Se ha colado en las instalaciones y ha acosado a la señora Sterman.

—Debe de tratarse de algún error —explicó Theo con calma, pero en un tono que no admitía discusión—. La señorita Bennet ha venido conmigo. —Su sonrisa se volvió un poco más fría—. ¿Le dice algo el apellido Vanderton?

—Sí, por supuesto. —El hombre me soltó bruscamente—. Debe de tratarse de un malentendido. No me había dado cuenta de que usted…

—No pasa nada —volvió a interrumpirlo Theo—. Supongo que ha actuado en conciencia. Pero que no vuelva a suceder.

Me tendió la mano y, todavía confusa, la acepté y dejé que me atrajera hacia él y me rodeara con el brazo. Luego se dirigió al guardia de nuevo.

—Como sabrá, mi familia aprecia mucho este museo. Así que sería una pena que la velada nos dejara un mal recuerdo por culpa de este incidente. Espero que explique la situación a la prensa y se

asegure de que no llegue a los titulares.

El hombre asintió.

—Por supuesto. Me ocuparé de ello de inmediato. Por favor, discúlpeme, señorita.

Theo le hizo un gesto con la cabeza. Luego se inclinó hacia mí. Sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja y desde fuera debió parecer que me estaba susurrando algo insinuante.

—Sugiero que nos vayamos ahora. Antes de que la cosa se ponga peor y…

—¿Qué demonios está haciendo? —sonó de repente una voz furiosa a mi espalda—. ¡Quiero que esta loca desaparezca ahora mismo!

Alguien le respondió, pero en voz tan baja que no pude entenderlo.

—Vámonos.

Theo quiso arrastrarme con él. Yo volví a mirar a mi alrededor. El rostro de Shiya ya no era pálido, sino que ardía de pura furia. Me señaló e intercambió unas palabras airadas con el guardia de seguridad. Hablaba cada vez más alto.

—Esta loca se dedica a perseguirme y amenazarme. ¿Qué más tiene que pasar para que alguien intervenga?

¿Perdón? No podía hablar en serio. Lo único que le faltaba era decir delante de las cámaras que no se atrevía a salir de casa por mi culpa.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —le respondí, ignorando a Theo, que intentaba apartarme—. ¿Y has pensado alguna vez en las consecuencias que eso tiene para mí? ¿En el daño que me estás haciendo con toda esta mierda? —Toda la rabia

acumulada de las últimas semanas se estaba amontonando como una ola imbatible que se hacía cada vez más grande—. ¡No, probablemente no! —grité—. Porque estás demasiado ocupada intentando mantener tu imagen perfecta. ¿Acaso sabes quién eres? ¿Y tus amigos, tu familia? ¿Te han visto de verdad o solo han visto tu fachada? ¿Les mientes también a ellos?

El rostro de Shiya se petrificó, tan solo las aletas de su nariz temblaban.

—¡Maldita psicópata! —me espetó tan fuerte que hasta la última persona de la habitación la oyó—. ¡Déjame en paz! ¿Cuándo te vas a enterar? No quiero saber nada de ti, no quiero hablar contigo, no tengo ningún interés en ti. Eres el peor error de toda mi vida. ¡A veces me arrepiento de no haberte asfixiado con una almohada!

Silencio.

Mi corazón latía furioso contra mi pecho. Parecía como si sus palabras siguieran resonando en la sala. En los rostros de los presentes se dibujó una mezcla de asombro y horror. Cada vez más personas se giraban para mirarnos. Necesité un momento para comprender lo que acababa de pasar. Lo había admitido. En público. Que yo existía. Y que deseaba haberme matado cuando tuvo la oportunidad. Es posible que lo hubiera dicho sin pensar, como consecuencia de todo aquel cúmulo de emociones a flor de piel. Pero lo había dicho. Alto y claro.

Y todos lo habían oído.

Nos miramos fijamente. A Shiya le temblaban los párpados, como si ella también acabara de darse cuenta de lo que implicaban sus palabras. Pasaron los segundos, que parecían alargarse cada vez más. Hasta que aquel momento detenido en el tiempo terminó

abruptamente. Se oyó un alboroto de luces, los flashes de las cámaras relampagueaban.

Y entonces se desató el infierno.



Lo último que percibí conscientemente fueron los reporteros que se acercaban deprisa hacia Shiya, poniéndole micrófonos delante de la cara. Los guardias de seguridad, que tenían las manos ocupadas manteniéndolos a distancia, y preguntas que me llovían de todas partes.

—¿Qué tiene que decir de todo esto?

—¿Es usted realmente la hija de Shiya?

—¿Puede explicarnos la situación?

—Señor Vanderton, ¿esta chica es su novia?

Theo maldijo en voz alta, me atrajo con brusquedad y me obligó a seguirlo. Yo me limité a obedecer.

—No digas ni una palabra hasta que salgamos —me susurró, con la mano firmemente apoyada en mi cintura—. Levanta la cabeza y sigue caminando. ¿Entendido?

Asentí, rígida, en señal de que lo había escuchado. Por un momento, me pregunté cómo íbamos a salir de allí. Había gente por todas partes. Cuando uno se apartaba, otro se interponía en su camino, los reporteros nos acosaban como moscas.

—¿Hemos oído bien? ¿Shiya ha admitido ser su madre?

—Louisa, ¿considera lo que acaba de suceder como una victoria?

Al oír esa pregunta, no pude evitar girar la cabeza y mirar atónita a la mujer que la había formulado. Las cámaras volvieron a encenderse de inmediato y Theo musitó:

—Sin comentarios.

Me hizo seguir adelante y, de repente, me percaté de la presencia del enorme guardia de seguridad, que ahora estaba a mi lado y que antes había intentado echarme del edificio.

—Sígame —fue todo lo que dijo antes de abrirse paso entre la multitud como un rompehielos.

Todo lo que sucedió después lo percibí como en estado de trance. Deliah, nerviosa, corriendo hacia nosotros para saber qué había pasado. Theo, explicándole la situación en pocas palabras, y las profundas arrugas que se formaron en la frente de su madre. El camino a través de pasillos interminables mientras Deliah hablaba por teléfono. El susurro cuando Theo se quitó la chaqueta y, sin mediar palabra, me la puso sobre los hombros. Una puerta. Aire frío. Los ruidos de las calles de Londres. Un perro ladrando, una sirena. Luego un coche negro que se detuvo frente a nosotros en la calle.

Me zumbaba la cabeza y, cuando por fin nos pusimos en marcha y apoyé la sien en el cristal helado, las imágenes de la noche pasaron tan rápido por mi cabeza que tuve que cerrar los ojos.

El momento en el que había visto a Shiya en su mesa, la conversación en el patio, su expresión al dirigirme a ella de nuevo y, por último, el instante en el que comprendió que acababa de hacer estallar una bomba.

«A veces me arrepiento de no haberte asfixiado con una almohada».

La frase no debería haberme afectado. Shiya no significaba nada para mí. No era nadie cercano y lo que pensara de mí no me podía importar menos. Pero esa declaración fue tan fría, tan increíblemente cruel, que me afectó profundamente. Theo no había

abierto la boca desde que subimos al coche. Al igual que yo, mantenía la mirada fija en la ventana. Deliah, sentada entre nosotros, había estado un rato tecleando en el móvil. Entonces lo guardó y puso una mano sobre la mía.

—Todo irá bien —prometió, y yo intenté sonreír. No pude. Porque en el fondo sabía que no era cierto. Todo lo contrario. Theo tenía razón. Lo único que había hecho era empeorar las cosas.

20

No dije ni una palabra durante todo el viaje. Primero dejamos a Deliah en Londres, que me dio un apretón de manos a modo de despedida y me aseguró que podía contactar con ella siempre que necesitara ayuda. Le di las gracias con una sonrisa muda. O algo que se le acercaba. Entonces me quedé a solas con Theo en el asiento trasero y, aunque no hablábamos, noté que de vez en cuando me echaba una mirada. Probablemente pensaba que todo lo que había pasado no habría ocurrido si le hubiera hecho caso. Pero al menos fue lo suficientemente sensible como para no decirlo. Y así nos quedamos en silencio hasta que el muro que separaba el recinto de Highclare del mundo exterior apareció ante nosotros y yo me hundí en el asiento. No quería llegar todavía. No quería entrar en el vestíbulo de la Casa Haverton, ni encontrarme con Eden ni con Atlas, que probablemente aún estarían despiertos y me preguntarían cómo había ido la noche. Y, desde luego, no quería estar sola en mi habitación. Era demasiado.

—¿Puedo… ir contigo a Sir Archer? —le pregunté cuando atravesamos la puerta de entrada, mientras nos acercábamos cada vez más a la finca de Haverton. Theo me miró y en su rostro se dibujó una mezcla de asombro y escepticismo. Pero entonces, para mi sorpresa, asintió y le dio las instrucciones pertinentes a nuestro chófer. Cuando paramos, se bajó, rodeó el coche y me ayudó a salir sin decir palabra. Le dio las gracias brevemente a nuestro conductor,

se dirigió a la puerta principal y la abrió.

—Deberíamos no hacer ruido, seguro que los demás ya están en la cama —dijo Theo señalando mis zapatos. Ah, sí, claro. Los tacones. Me los quité deprisa, los sujeté en la mano y seguí a Theo por las escaleras hasta la última planta. Se dirigió a una de las puertas, la abrió y encendió la luz. La habitación del ático en la que vivía recordaba a un loft moderno. Las paredes estaban pintadas de blanco, y la frontal era de ladrillo visto. Delante había una cama con la base en tono gris sobre una alfombra oscura. Los muebles de Theo eran en su mayoría de color antracita: un escritorio, un sofá y una burra de metal oscuro donde colgaba su ropa. Del techo pendían multitud de bombillas individuales colocadas a diferentes alturas. Además de las ventanas tradicionales que había a uno de los lados de la habitación, había una claraboya mucho más moderna situada en el otro extremo. El suelo era de tablones de madera y frente al sofá había un viejo baúl que hacía las veces de mesa. Pero lo que más me llamó la atención fueron unos dibujos al carboncillo que estaban sujetos con imanes a una larga barra de metal. Bocetos de sus caballos, estudios de diferentes movimientos. Un salto, un piaffe y apoyos.

—Aquí —dijo Theo y yo di media vuelta. Se detuvo frente a mí y me entregó una camiseta y unos pantalones deportivos oscuros.

—¿Qué…?

—Ropa para dormir.

—Ah, vale. Gracias.

Me hizo un gesto con la cabeza y dio un paso atrás.

—Yo dormiré abajo en la sala de estar, te dejo la habitación para ti sola. El baño está por ahí. —Theo señaló una puerta en la pared—. Y

si necesitas algo…

—No hace falta que me dejes tu habitación —protesté—. Puedo dormir en otro sitio. No hay problema.

Él sacudió la cabeza.

—Las habitaciones vacías no están en condiciones y te garantizo que no te voy a dejar dormir en el sofá.

—Pero yo…

—Olvídalo, Louisa.

Theo alcanzó unos pantalones de chándal y una camiseta que estaban colgados del respaldo de la silla de su escritorio y se fue hacia la puerta. Lo observé sin decir palabra mientras salía de la habitación. Sus pasos se perdieron en las escaleras y, lentamente, me quité el vestido, me puse la ropa que me había dado y me arrastré hasta la cama. Me tumbé boca arriba, clavé la mirada en el techo y esperé a que las lágrimas asomaran a mis ojos. Pero, aunque notaba que la presión acumulada en mi interior buscaba desesperadamente una salida, me sentía incapaz de llorar. Tenía la sensación de que en cualquier momento me iba a estallar la cabeza. Sentía el agotamiento en cada fibra de mi cuerpo, solo quería rendirme al dolor y luego caer en un sueño profundo que me hiciera olvidarlo todo. Sin embargo, cada vez que cerraba los ojos, volvía a ver los flashes de las cámaras frente a mí e imaginaba cómo sería el mundo mañana. Cuando todos supieran lo que Shiya había dicho en un momento de descuido.

La pregunta de la reportera volvió a mi mente.

«Considera lo que acaba de suceder como una victoria».

Así debería haber sido. Al fin y al cabo, los titulares que se publicarían mañana, por muy duros que fueran teniendo en cuenta

las declaraciones de Shiya, por fin me harían justicia. La justicia que tanto había deseado. Todos sabrían la verdad. Y eso era lo que había estado buscando desde el principio. Pero entonces… ¿por qué… no me sentía aliviada? ¿Y por qué notaba un nudo en el estómago cuando pensaba en volver mañana a Haverton y a la escuela el lunes?

La sensación se intensificó aún más al recordar a mis padres y me imaginé sus caras de decepción cuando la vecina o los periodistas, que sin duda se abalanzarían sobre ellos de forma aún más intrusiva, les preguntaran por mi aparición en la gala. Lo peor sería la llamada telefónica en la que tendría que explicarles lo que había pasado esa noche. Por qué no les había contado nada, por qué había abierto otra vez la caja de Pandora y había provocado que todo empezara de nuevo.

Me di la vuelta con un gemido, me cubrí la cara con la colcha y hundí la nariz en ella.

Vamos, duérmete ya, me dije a mí misma y respiré profundamente el agradable olor de la suave tela. Pero al cabo de unos segundos me giré y suspiré. Por un lado, porque sentía mi cuerpo demasiado pesado y no podía calmar mis pensamientos. Por otro, porque sabía a qué olía la manta y todo lo demás. A Theo. ¡Mierda!

Y el hecho de que me gustara el olor no mejoraba las cosas. Todo lo contrario.

Así que me quité la manta e intenté no reparar en la sensación de su cercanía aquella tarde en el picadero. O en cómo, del modo más inesperado, había estado ahí para mí esa noche y me había ayudado a salir de aquella inevitable situación con el guardia de seguridad. No pensé en su aliento sobre mi piel cuando me susurró al oído, y

desde luego tampoco en el roce de su mano en mi cintura.

Dormir, querías dormir, recordé y apreté los párpados con fuerza, como si eso sirviera de algo. Los minutos pasaban y pasaban y cada vez que mis pensamientos se dispersaban por fin, ralentizándose poco a poco, de repente mi corazón empezaba a latir a toda velocidad. Tenía un nudo en la garganta y respiraba demasiado rápido. Al final no pude aguantarme más, encendí la luz, me levanté y fui hacia la puerta. No sabía exactamente lo que quería, pero no podía quedarme ahí tumbada.

Así que bajé sigilosamente las escaleras, pasé por delante de la habitación de Jasper y seguí hasta la sala de estar, donde todavía había luz, aunque muy tenue. Theo estaba sentado en el sofá, tapado con una manta, y viendo vídeos sin llegar a ver ninguno de verdad. Cuando el suelo de madera crujió bajo mis pies, levantó la vista y me miró.

—Ey, ¿todo bien?

No. Nada está bien.

—Creo que… no quiero estar sola ahora mismo.

Descendí el resto de los escalones y Theo dejó el móvil a un lado. Como ya había hecho en el taxi, me observó en silencio durante un largo rato, luego sacó los pies de la parte más ancha del sofá, se echó a un lado y dio unos golpecitos sobre el asiento. Con la mente repentinamente vacía de preocupaciones, me acomodé a su lado.

Volvimos a quedarnos en silencio un rato hasta que Theo se levantó y se dirigió a la cocina. Le oí sacar algo de uno de los armarios y, acto seguido, regresó con dos vasos llenos de un líquido dorado. Lo miré indecisa. Theo había llenado los vasos hasta arriba. Madre mía, yo casi nunca bebía alcohol…

—Melocotón con limón.

—¿Cómo?

—Té helado —aclaró mientras me tendía un vaso—. Es lo único que tenemos en la nevera. Y supongo que a estas horas no querrás beberte una de las bebidas energéticas de Jasper.

—Oh —dije aceptando el vaso que me ofrecía—. Pensaba que era… —*Sí, ¿qué pensaba que era exactamente?*— …algo más fuerte.

Theo levantó las cejas, luego señaló con la cabeza una estantería en la pared donde había una fila de botellas

—Sírvete, pero yo no bebo. Y tampoco emborracho a las chicas, si es eso lo que estás pensando.

Pronunció esa última frase muy molesto y yo entorné los ojos sorprendida.

—No, no pretendía insinuar nada. Lo siento. No quería decir…

—No pasa nada.

Theo apretó la mandíbula y bebió un sorbo de su té helado. Lo oí inspirar y expirar profundamente. Después, otra vez.

—¿Quieres hablarme de todo esto? —preguntó—. De ella, quiero decir.

Su voz sonaba más áspera de lo habitual. De algún modo, más oscura. Pero también percibí que no era una simple forma de hablar. Theo iba en serio. Sin embargo, negué con la cabeza. No porque creyera que no le concernía —al fin y al cabo, había estado en la gala—, sino porque yo misma no tenía palabras para explicar lo que acababa de ocurrir esa noche y no sabía cómo debía sentirme realmente.

Así que nos quedamos sentados, uno al lado del otro, bebiendo té helado y mirando fijamente el borde de la mesa de café, como si eso

pudiera ayudar a disipar el silencio entre nosotros. Después de unos minutos, Theo se reclinó en el respaldo y se aclaró la garganta en voz baja.

—A veces me pregunto por qué tanta gente hace que su propio valor dependa de otras personas, especialmente de aquellas que no las valoran. A mí también me pasa más a menudo de lo que me gustaría. —Giró la cabeza hacia mí y una leve sonrisa se dibujó en sus labios—. Pero siempre me ayuda recordar que el comportamiento de estas personas no dice nada en absoluto de mí, tan solo sobre ellas mismas.

Silencio otra vez. Solo se oía nuestra respiración. Entonces dijo:

—Mi padre… —Theo frunció la boca brevemente, como si tuviera un sabor amargo en los labios— …es una persona realmente desagradable. No hay palabras para describir su comportamiento. Pero… siempre intento recordar que yo puedo ser distinto y tomar decisiones diferentes a las suyas. —Aunque el rostro de Theo estaba en la sombra, vislumbré cómo se dibujaba en él una expresión melancólica—. Y entiendo que esperaras respuestas. De verdad, conozco ese tipo de preguntas insistentes que probablemente te gustaría hacerle a esa mujer y la rabia que te quita el sueño por las noches. Aun así… a veces es mejor aceptar las cosas tal y como son. No puedes cambiar el pasado, ni tampoco a otras personas. Pero sí que puedes decidir si vas a dejar que te arrastren y te influyan. Cada día tienes la oportunidad de elegir de nuevo.

Contuve la respiración, apenas me atreví a moverme por miedo a interrumpirlo. No sabría decir por qué, pero las palabras de Theo me afectaron, me hicieron sentir comprendida por alguien que de verdad sabía lo que estaba pasando dentro de mí en lugar de

imaginárselo. Y que me diera la oportunidad de echar un vistazo a una parte tan privada de él con tanta confianza fue inesperado y mucho más valioso que todas las frases de consuelo que podría haberme ofrecido.

—Desde fuera la relación de tus padres parece muy… armoniosa.

Si veías a Deliah y a su marido en las alfombras rojas, daban la impresión de estar tan enamorados como el primer día. Nunca habían tenido ningún escándalo matrimonial, ni aventuras, ni nada que indicara que algo no iba bien. Anthony Vanderton siempre ofrecía una imagen muy simpática en las entrevistas.

—Y así es. Pero mi padre… —Theo vaciló un momento, pero luego terminó la frase—. No es mi padre biológico.

Theo vació el vaso y lo dejó ruidosamente sobre la mesa. Esperé un segundo antes de preguntar:

—¿Tienes… contacto con él?

—No. —La respuesta fue rápida y Theo hizo un sonido de disgusto —. Y lo prefiero así. Pero hubo un tiempo en el que yo también quería respuestas, igual que tú.

—Y… —No sabía hasta dónde podía llegar sin traspasar un límite—. ¿Las conseguiste?

—Podría decirse que sí. —Theo soltó una risa fría—. Aunque no las que esperaba. —Entonces volvió a mirarme y el pálido resplandor de la lámpara de pie brilló en sus ojos—. Hay cosas en la vida que no se pueden elegir. Y sí, duelen. Lo sé. Están todo el día en tu cabeza y a veces incluso en tus sueños. Es como…

—Un peso del que no te puedes deshacer —terminé su frase.

—Sí, exacto —asintió Theo—. Puede que eso te ayude ahora mismo. Pero estos sentimientos se irán debilitando con el tiempo.

Por supuesto, siempre habrá momentos en los que te sentirás fatal y en los que se te venga el mundo encima. Pero será más fácil volver a levantarse.

—Gracias —respondí dedicándole una pequeña sonrisa.

Aunque seguramente él no lo sintiera así, me estaba ayudando más de lo que creía. Tan solo con el hecho de estar ahí, conmigo, comprendiéndome y pronunciando las palabras adecuadas para lo que yo misma aún no podía entender del todo. No esperaba encontrarme con alguien que pudiera empatizar con lo que estaba sintiendo. Y mucho menos aquí, mucho menos ahora, mucho menos él. Y, sin embargo, en ese momento se creó una extraña conexión entre nosotros.

—Al principio creí que me sentiría mejor si hablaba con mi madre y me desahogaba con ella. —Me sorprendí a mí misma al oír mi voz, pero seguí hablando, porque de alguna manera me sentaba bien—. Y luego pensé que sería bueno que la verdad saliera a la luz. Así por lo menos habría justicia.

Suspiré y me mordí el labio inferior.

—Pero no ha sido así, ¿verdad?

—No. —Bajé la mirada y me cubrí con la manta de punto que estaba tirada a mi lado en el sofá—. Todo ha empeorado. Y no entiendo por qué. La verdad ha salido a la luz, todos sabrán que no mentía. Limpiaré mi reputación. Debería sentir que he ganado, debería… —¿Qué? ¿Ser feliz de nuevo? ¿Sentirme victoriosa?—. Puede que esto parezca una locura, pero de alguna manera esperaba que el dolor y —me puse las manos en el pecho, justo donde sentía que estaba la fuente de mis sentimientos— ...la rabia desaparecieran por fin cuando se aclarara el asunto.

—¿Y ha sido así? —preguntó Theo. La respuesta se posó sobre mi lengua pesada como una roca. Aun así, le respondí:

—No, no ha sido así.

Él asintió despacio.

—Lo que te dijo fue muy fuerte. Se pasó de la raya. Es normal que ahora te sientas mal por ello.

«A veces me arrepiento de no haberte asfixiado con una almohada».

Apreté la manta con los puños. Con esta frase, Shiya nos había mostrado a mí y a todos los demás cómo se sentía por dentro, y con ello había aclarado las cosas entre nosotras de una vez por todas.

La escena volvió a reproducirse en mi mente y no pude hacer más que observarme las rodillas fijamente, incapaz de mirar a Theo a los ojos. Me dio tiempo y, después de unos minutos, preguntó:

—¿Cres que habría sido diferente para ti si ella te hubiera abrazado y te hubiera presentado oficialmente al mundo como su hija? ¿Habrías tenido entonces la sensación de haber llegado a una conclusión?

Su voz sonaba tranquila, como si no esperara ninguna reacción en concreto. Como si estuviera bien que yo guardara silencio.

—Sí. Si hubiera sido así, entonces…

«Todo estaría bien», quise decir. No, es más, si Shiya me hubiera dejado hablar desde el principio, si me hubiera reconocido como su hija y tal vez incluso si se hubiera disculpado, podría haberle perdonado todo, ¿no es así?

No. De repente me di cuenta de ello. Porque, por mucho cariño que me hubiera mostrado, no habría dejado de preguntarme por qué me había abandonado y por qué no se había puesto en contacto

conmigo en todos estos años. Por qué yo no valía nada para ella. Por qué había obligado a mis padres a mentirme. Independientemente de cuál hubiera sido la respuesta a estas preguntas, no me habría bastado.

E independientemente de lo que hubiera respondido a todas estas preguntas, no habría sido suficiente para mí. Aquella revelación me pilló desprevenida y apreté las palmas de las manos contra el pecho, tratando de respirar más despacio.

—No habría cambiado nada —susurré, advirtiendo cómo se me acumulaban las lágrimas en los ojos. Parpadeé, tragué saliva e intenté calmarme de nuevo. Sin embargo, al mismo tiempo sentía que algo comenzaba a hervir en mi interior. Con sus preguntas, Theo había despertado un volcán dormido. El calor empezó a brotar dentro de mí y sentí que la lava fundida, todas las emociones que se habían convertido en piedra con el paso del tiempo, salían de repente.

—¿Qué habrías necesitado entonces?

Su voz era muy tranquila, pero me estremeció y me provocó una punzada de pánico. No quería responder a esa pregunta. Ni a él ni a mí misma. No sabía si estaba preparada para ello. Si podría soportarlo. ¿Qué habría necesitado? La pregunta rondaba mi mente una y otra vez y, aunque intentaba con todas mis ganas bloquearla, se introducía a la fuerza en mi conciencia.

«¿Qué habrías necesitado?».

—Ni idea, no lo sé —confesé con los dientes apretados. Nunca había necesitado una madre, ni de niña ni ahora. Mis padres me habían dado la mejor infancia posible y jamás me había faltado nada. Lo que realmente necesitaba era algo completamente

diferente. Algo que… llenara el vacío que sentía desde que había descubierto la verdad. Algo que ayudara a esa parte agazapada dentro mí que se había estado preguntando desde entonces por qué no era lo bastante buena. Qué había de malo en mí. Había estado buscando la pieza que faltaba en el rompecabezas que me hiciera sentirme de nuevo completa. Que aliviara la soledad que se había instalado en mi interior, a pesar de tener todo lo que se podía desear. Me había sentido culpable por sentirme así, nunca había hablado con nadie de ello y había enterrado esta verdad en lo más profundo, ocultándola incluso de mí misma. Pero Theo la había visto.

Y ahora me daba cuenta de que Shiya no podía ayudarme. Hiciera lo que hiciese o dijera lo que dijese, no conseguiría que volviera a sentirme completa.

Se me escapó un sollozo silencioso y me tapé la boca con la mano. De repente, fue como si el dique que había estado conteniendo todas esas emociones en mi interior reventara. No podía aguantarlas más.

—Lo… siento, yo… —balbuceé mientras me limpiaba la cara. Lo último que quería era llorar delante de Theo.

—¿Has encontrado la respuesta? —preguntó. Moqueé, asentí y sentí como si me sacudieran por dentro.

—No es… Shiya quien me hace sentir… que me falta algo. Soy yo… yo misma.

En los últimos meses, había proyectado tantas cosas en ella que me había convencido de que todo dependía de ella. Que lo único que importaba era que me aceptara. Pero, en realidad, había estado persiguiendo mi propia sombra. Porque el problema nunca había sido Shiya. Se trataba de mí. De mis sentimientos. De cómo me

había afectado saber que ella era mi madre y que, desde el día en que nací, jamás me quiso. Desde entonces me había sentido rechazada y, de alguna manera, menos querida.

Miré a Theo y vi que una leve sonrisa se dibujaba en sus labios. Pero enseguida volvió a ponerse serio y me miró pensativo. Por un momento, pareció inseguro sobre cómo tratarme. Respiró hondo y se pasó la mano por la barbilla. Luego, con cuidado, se acercó un poco más, estiró el brazo inquisitivamente y lo mantuvo en el aire por encima de mi hombro.

—¿Te parece bien que te abrace? Si no…

—Claro que sí —susurré antes de que terminara la frase. Lo que más necesitaba ahora era un abrazo y, cuando su cálida mano me rodeó el hombro y lo acarició suavemente, me apreté contra él sin pensarlo. Se puso rígido durante una fracción de segundo. Pero entonces sus brazos me rodearon, uno alrededor de mi cintura, otro alrededor de mis hombros. Enterré la cara en el pliegue del cuello de Theo, sintiendo el movimiento de su pecho con cada respiración. Por fin, me permití llorar. De repente, ya no me sentía incómoda, sino realmente aliviada. Como si me hubiera quitado de encima una pesada carga que había tenido de soportar durante demasiado tiempo. Theo no dijo nada, tan solo me abrazó con fuerza. Sus dedos recorrieron mi omóplato, subieron hasta mi cabeza y me acariciaron el pelo con delicadeza. Me hizo sentir que todo estaba bien. Que no había nada de malo en dejar salir mis emociones, que no tenía nada de lo que avergonzarme.

Nos quedamos así sentados mucho rato, tal vez minutos, tal vez horas, hasta que sentí que algo en mi interior se aligeraba y mis pensamientos se volvían más lúcidos. En ese momento, me di

cuenta de lo cerca que estaba su cara de la mía, de que su mejilla me rozaba la frente. Podía notar los latidos de su corazón, cada respiración, hasta el último movimiento que hacía. Sentí un ligero cosquilleo en el estómago y, cuando me rozó la oreja con las yemas de los dedos, se me puso la piel de gallina. Me incorporé, solo un poco, sin soltarlo.

—¿Cómo sabías que…? —Tuve que aclararme la garganta porque mi voz sonaba muy ronca—. ¿Cómo sabías exactamente… qué preguntas hacerme?

Theo me miró. ¿Era mi imaginación o sus pupilas parecían más oscuras de lo habitual? Expulsó el aire y sonrió dolorosamente.

—Es más fácil buscar el problema fuera que dentro de uno mismo. Y es aún más difícil aceptarte a ti mismo, y todo lo que has hecho o dejado de hacer. En fin… ¿qué te voy a contar? Yo también tengo mis propias dificultades con este punto.

—¿Con perdonarte a ti mismo y aceptarte tal y como eres?

Él asintió y, de repente, su corazón empezó a latir aún más rápido bajo mi mano.

—Y seguir adelante. Seguir adelante a pesar de todo.

Las palabras sonaron casi como un suspiro. Theo colocó una mano sobre la mía y, a partir de ese momento, una corriente de sentimientos cálidos se apoderó de mi cuerpo. Nos miramos durante mucho tiempo, hasta que empecé a marearme y me descubrí recorriéndole el cuello con los dedos, bajando por sus hombros y cruzando su pecho, como si mis movimientos estuvieran teledirigidos.

Theo se estremeció y respiró hondo.

—Louisa, yo… —susurró mientras me inclinaba lentamente hacia

delante, milímetro a milímetro, sin saber exactamente lo que estaba haciendo. Solo sabía que deseaba volver a estar tan cerca de él como antes. No, más cerca todavía.

Sentí que el cuerpo Theo se tensaba bajo mis dedos y pensé que iba a detenerme. Pero mis labios ya estaban sobre los suyos. Se puso rígido un segundo y me dio la impresión de que estaba luchando consigo mismo. Sin embargo, finalmente se rindió, y me puso a horcajadas sobre su regazo. Solté un jadeo ahogado. Me apreté contra él y le rodeé el cuello con los brazos. Theo enterró una mano en mi pelo, mientras con la otra me acariciaba la espalda. Sentía mi cuerpo en llamas. Nuestros labios se encontraron. Una y otra vez. Cada vez más calientes, más insaciables. Un instante después, estaba tumbada boca arriba sobre el sofá y Theo estaba encima de mí, con los brazos apoyados a los lados. Suspiré y dejé que mis dedos se deslizaran bajo su camiseta, por encima de sus músculos y hasta la cintura de su pantalón de chándal. Entonces, emitió un sonido ahogado y… maldición. Su forma de moverse conmigo estaba despertando en mí un anhelo desconocido. Lo rodeé con las piernas y lo atraje hacia mí hasta que sentí cada centímetro de su cuerpo contra el mío. Su lengua jugaba con la mía y, en el frenesí de emociones que aún bullían en mi interior, solo quería una cosa. Liberar mi mente. Ahora. Con él.

—Theo —susurré—. Por favor, yo…

Theo se paralizó de repente, como si el sonido de mi voz hubiera accionado un interruptor en él. De un segundo a otro. Cada músculo de su cuerpo se endureció. Me miró. Aún respiraba con dificultad. Parpadeó. Abrió los labios. Maldijo.

—¡Joder! Lo… lo siento.

—No, yo…

Se incorporó de golpe, con el shock de lo que acababa de pasar entre nosotros escrito en su cara.

—Esto no debería haber pasado.

¿Qué? Pero… No entendía nada. ¿Había hecho algo mal?

—Soy un imbécil. Tú estás mal y voy yo y…

Retiró la mirada, como si ya no pudiera mirarme a los ojos. Quise incorporarme, tenderle la mano. Pero él se levantó de un salto y retrocedió un paso. Luego otro, como si de pronto tuviera miedo de tocarme. La distancia entre nosotros me hizo temblar, como si, en apenas un instante, hubiera levantado un muro de hielo entre los dos.

—Theo, ¿qué…?

¿Qué era exactamente lo que sentía? ¿Haberme besado? ¿Por qué? Yo había tomado la iniciativa y él me había devuelto el beso.

No llegué a terminar la pregunta. Theo se dio la vuelta, soltando tacos en voz baja, y cruzó a toda prisa la habitación hacia la puerta que daba al pasillo contiguo. Oí un crujido y después unos zapatos que caían al suelo. Silencio. Pasos. Un suave tintineo metálico, como de llaves.

Por favor, no, pensé, sintiendo que el corazón se me iba a salir del pecho. *Por favor, no me dejes sola ahora*. Entonces, la puerta principal se cerró de golpe.

21

A la mañana siguiente me despertó el sonido de una cafetera y el olor a té y tortitas. Alguien tarareaba una melodía suave. Abrí los ojos, parpadeé y tardé un momento en recordar dónde estaba.

La gala. Sir Archer. La sala de estar… y Theo. Miré a un lado, pero no había más que cojines desparramados caóticamente y la manta de punto arrugada. Levanté la cabeza, me di la vuelta y eché un vistazo por encima del respaldo del sofá.

—¿Qué te había dicho? ¡Sigue viva! —gritó alguien, echándose a reír. Pero no era Theo, era… Jasper.

Estaba apoyado en la encimera, con una taza entre las manos. A su lado, en la cocina, estaba el anciano que había conocido en mi primera visita.

El chico pelirrojo en silla de ruedas que había visto en la fiesta de bienvenida también estaba con ellos. Se encogió de hombros.

—Bueno, no estaba tan claro. Después de todo, no se despertó cuando bajaste las escaleras.

Se volvió hacia mí con una sonrisa.

—Cuéntanos… ¿viniste aquí con Theo anoche?

—Sí… después de la gala.

Los chicos intercambiaron una mirada muy significativa y chocaron los cinco. No tenía ni idea de a qué venía todo eso. Mi cabeza todavía no estaba del todo despierta y me di cuenta demasiado

tarde de que acababa de revelarles que había estado en el evento. Aunque, por otro lado… ¿a quién le importaba? Al fin y al cabo, cualquiera podía buscarlo en el móvil con unos pocos clics. Al pensarlo, estuve a punto de soltar un suspiro y volver a hundirme entre los cojines. Pero entonces el chico pelirrojo se acercó a mí con una taza de café en las manos.

—Creo que esto te vendrá bien, Bella Durmiente —me dijo, y acepté agradecida la taza. Me fijé en la inscripción estampada con gruesas letras azules. *Sé lo que hiciste anoche.*

Cuando levanté la vista de nuevo, el tipo me guiñó un ojo. Era obvio que estaba pensando en una dirección que no podía alejarse más de la realidad en lo que se refería a la noche anterior.

Al menos en su mayor parte.

—Soy Colin, por cierto —se presentó y luego señaló a los otros dos —. Ya conoces a Jas, o más bien su teléfono móvil. Y el maestro cocinero se llama Gary. Es nuestro jefe oficial de la casa, además de miembro honorífico, paño de lágrimas y el mejor consejero del mundo cuando las cosas se ponen feas.

El anciano se volvió hacia mí agitando alegremente una espátula. Al igual que la última vez que nos vimos, hoy llevaba chaqueta, solo que esta vez con un delantal de flores rosas por encima.

—Y ahora también soy un contrincante muy competente en la PlayStation, consejero de citas y videógrafo para reels de Instagram —añadió con una cálida sonrisa—. Por lo demás, he enseñado a todos y cada uno de los miembros de esta pandilla de mimados a usar la lavadora y a que entiendan que un invento tan práctico como el aspirador está para utilizarlo.

¿Aspirador? La cabeza me daba vueltas, aún seguía medio

dormida.

—¿Qué hora es?

—Poco más de las diez —contestó Jasper, bostezando teatralmente como si fuera demasiado temprano para él.

—Y… ¿está Theo?

Miré a mi alrededor, esperando que saliera de la despensa de un momento a otro, con un cartón de leche y una caja de cereales. Pero una voz tranquila en mi interior me dijo que ya sabía la respuesta a esa pregunta.

—Sí, bueno… —empezó Colin, mirando a Jasper de reojo. Luego se aclaró la garganta y se pasó los dedos por los rizos de color rojo cobrizo—. Él… necesitaba salir un momento. Volverá en un minuto. ¿Verdad, Jas?

—Por supuesto —confirmó Jasper—. Theo solo… ¡ay!

Jasper se sobresaltó cuando Gary se dio la vuelta y le lanzó algo. Jasper lo atrapó en el aire y lo miró desconcertado.

—¿Qué haces? ¿Por qué me lanzas… una fresa? —dijo mientras se la comía de un solo bocado—. No se lo merece, está demasiado rica.

—Y Theo no se merece que vosotros dos le cubráis —gruñó Gary —. No está bien invitar a una chica a tu casa y luego dejarla sola. No hay excusa para eso. Puede que otros chicos de vuestra edad se comporten así, pero vosotros no.

Miró severamente a Jasper y después a Colin antes de volver a dirigirse a mí.

—Lo siento, Theo no ha aparecido hoy. Si quieres hablar con él, seguro que lo encuentras en el establo. Y si no quieres, cosa que comprendería perfectamente, puedes estar segura de que charlaré con él más tarde. Esa no es manera de comportarse. Especialmente

después de una cita.

—Oh no, no ha sido así —dije levantando las manos como gesto de defensa—. No era una cita, Theo solo estaba…

—Créeme, sabemos lo que fue y lo que hicisteis Theo y tú. Pero, por favor, ahórranos los detalles. Si no, no podré volver a sentarme en este sofá sin que me vengan imágenes a la cabeza. —Jasper me sonrió por encima del borde de su taza de café y literalmente sentí que la sangre se me subía a las mejillas.

Gary me dedicó una sonrisa.

—¿Quieres tortitas para desayunar? La primera está casi lista.

—Oye, creía que la primera era para mí —protestó Jasper, retrocediendo mientras Gary volvía a meter la mano en el cuenco de fresas.

—En otra ocasión, pero gracias —respondí—. Creo que debería regresar ya a Haverton.

Atlas se preguntaría si estaba bien si no me veía en el comedor por la mañana después de la noche anterior. Además, me parecía extraño quedarme aquí si Theo no estaba. A estas alturas me sentía más que avergonzada por haberle forzado ayer y me hubiera gustado decírselo y hablar del tema con él. No era la clase de chica que se lanza a por alguien tan de repente. Al contrario. Ya había besado a un chico una vez. Pero no había significado nada y no habíamos ido más allá. Anoche, sin embargo —aún no podía explicármelo—, se me había ido la olla por completo. Quizá porque me sentía desbordada. Aun así, eso no mejoraba la situación y quería disculparme por lo menos. Theo había estado ahí para mí… y no se me había ocurrido nada mejor que besarle y meterme en sus pantalones. No me extrañaba que hubiera frenado en seco y

desaparecido. Dios mío, ¡qué vergüenza!

Me levanté, me peiné con los dedos y volví a colocar los cojines y la manta en el sofá de forma razonablemente ordenada. Luego subí las escaleras para buscar el vestido y el bolso. Como no me apetecía ir andando hasta Haverton vestida de esa guisa, me dejé puesta la ropa de Theo y le tomé prestadas unas zapatillas que me quedaban grandes. Aun así, era mejor que atravesar los terrenos en tacones.

Me despedí de Gary y de los chicos con una sonrisa que intenté que pareciera despreocupada. Pero sus miradas de condescendencia revelaron que mis dotes interpretativas no eran ni la mitad de buenas de lo que esperaba.

—Si no quieres llamar un coche, puedes coger mi bici —me ofreció Jasper cuando ya estaba en el pasillo—. Está apoyada en la pared de fuera. Tráemela en los próximos días.

Una vez más, me pregunté por qué seguía siendo tan amable conmigo después de la novatada. Habría tenido todo el derecho a no volver a dirigirme la palabra. Sin embargo, no parecía darle importancia. En cuanto tuviera la oportunidad de hacerlo, debía explicarle el verdadero motivo por el que le había robado el móvil. Por el momento, me limité a aceptar agradecida su ofrecimiento. Solo tardé unos minutos en llegar a Haverton en la bicicleta de montaña de Jasper y, por suerte, no me encontré con nadie.

Cuando abrí la puerta principal, oí el bullicio alborotado procedente del comedor. Tan silenciosamente como pude, me escabullí a mi habitación. Cerré de una patada, respiré aliviada y colgué el vestido en una percha. Justo cuando estaba guardando los zapatos de tacón en el armario, llamaron a la puerta. No tuve tiempo de decir nada, porque al momento la abrieron de un empujón y Atlas entró

precipitadamente.

—Menos mal que estás aquí. ¿Dónde te habías metido? Te habré llamado unas veinte veces esta mañana… —Atlas dejó de hablar de repente y me miró como si estuviera viendo un fantasma. Su rostro se ensombreció—. ¿De quién son esas cosas?

—¿Qué cosas?

Atlas apretó los labios y entendí que se refería a mi ropa. La ropa de Theo. Respiré hondo. Esperaba poder estar un rato a solas antes de tener que contárselo todo a Atlas y revivir la gala en mi mente. Pero estaba segura de que internet ya se habría llenado de titulares sensacionalistas sobre Shiya y sobre mí. Sabía que Atlas y Eden serían los primeros en sacarme el tema. No tenía sentido evitarlo: debía lidiar con ello. Así que inspiré profundamente y me senté en el sofá.

—Siento que estuvieras preocupado por mí. No era mi intención. Anoche estaba desbordada y no miré el móvil. Puede que lo hayas leído en internet: mi madre me dijo…

—¿Dondé has dormido?

Levanté la vista sorprendida. Por una parte, porque la pregunta me pilló desprevenida, pero también porque de repente Atlas sonaba muy enfadado.

—Todo pasó rápido ayer. Tuve que salir corriendo de la gala y Theo me llevó a Sir Archer.

—¿Vanderton también estaba allí? —Atlas parecía desconcertado. Luego soltó un bufido—. Pues claro que estaba. Ese cabrón. ¿Te puso la mano encima?

No entendía nada de lo que estaba pasando.

—No digas tonterías. Theo y yo no…

—¿Te ha puesto la mano encima? —repitió Atlas, elevando tanto la voz que me sobresalté. Por un momento se quedó en silencio. Solo se oía su respiración furiosa y los latidos de mi corazón. Entonces Atlas suspiró, dio un paso atrás y negó con la cabeza, antes de empezar a pasearse inquieto arriba y abajo por mi habitación. Yo seguía completamente desconcertada. ¿Qué le estaba pasando?

—Atlas, no sé qué mosca te ha picado. Pero no es asunto tuyo.

Se detuvo y se giró para mirarme.

—Tú no conoces a Vanderton —farfulló—. No es bueno para ti.

—Me parece que eso puedo decidirlo por mí misma.

Mi voz sonaba tranquila y serena, pero Atlas se comportaba como si le hubiera dado un puñetazo en la cara.

—Louisa, ese tipo no es quien tú crees. Solo intento protegerte.

—No tienes por qué hacerlo. Tal vez tengas un problema con Theo, pero yo no.

Cuando mencioné su nombre, los ojos de Atlas se entrecerraron.

—No tienes ni idea de lo que él…

—Basta —respondí levantando la mano. Se había pasado de la raya. Pensaba que Atlas vendría a verme para hablar de Shiya y ayudarme a afrontar la situación. Desde luego, no esperaba que me hiciera reproches y actuara como un novio celoso.

—No quiero hablar contigo de Theo —le dije con firmeza—. No nos va a llevar a ningún lado.

Atlas apretó los labios. Por su expresión supe que quería decir algo más, pero no le dejé.

—No pasa nada si no te gusta Theo. Seguro que tienes tus razones. Pero yo prefiero formarme mi propia opinión de las personas y tomar mis propias decisiones, aunque no las compartas.

—Respiré hondo—. Y eso significa que paso tiempo con quien quiero. Duermo con quien quiero. Y también me acuesto con quien quiero. —Atlas tragó saliva y me pareció que quería decir algo más. En cambio, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Estás cometiendo un error —dijo antes de salir al pasillo y desaparecer.

22

Estás cometiendo un error». No podía sacarme esas palabras de la cabeza. Me preguntaba qué había querido decir Atlas. ¿Estaba cometiendo un error por confiar en Theo? ¿O por negarme a escuchar lo que opinaba de él? No tenía ni idea. Ya no entendía nada. Aunque solo habían pasado dos semanas desde mi llegada a Highclare, creía que en ese tiempo había llegado a conocer bastante bien a Atlas. Pero nunca lo había visto así. Ni siquiera me había preguntado por Shiya ni me dejó hablar cuando le quise contar cómo había ido la gala. Le dio completamente igual. Lo único que le interesaba era Theo. Y lo que, según su imaginación, habíamos hecho juntos.

Si no hubiera estado tan alterada, tal vez habría intentado hablar con él de nuevo, preguntarle por qué había reaccionado así y tratar de aclarar las cosas. Pero en ese momento no tenía ninguna gana de retomar nuestra conversación, así que me senté delante de la tablet. Era hora de afrontar lo inevitable…

Abrí el navegador, dejé que mis dedos flotaran sobre teclado y… me quedé inmóvil. Durante minutos. No conseguía decidirme a escribir el nombre de Shiya y enfrentarme al escándalo que había provocado anoche.

Suspiré, aparté la tablet y alcancé mi teléfono móvil. Kami contestó mi llamada apenas marcar su número. Me saludó con un aluvión de palabras, muy agitaba, y se ofreció a llamar al colegio para decir que

estaba enferma y a venir a buscarme. No tenía ninguna duda de que estaba dispuesta a cumplir su oferta de inmediato y le estaba infinitamente agradecida por ser mi mejor amiga. Pero al final la convencí para que se quedara en casa. No quería que Kami se metiera en problemas por mi culpa. Ya me ayudaba bastante manteniendo a raya la situación en Silvermore y estando pendiente de los medios de comunicación.

—¿Puedes resumirme lo más importante? —le pregunté. Kami asintió, luego la oí teclear. Tal y como temía, internet estaba lleno de noticias sobre Shiya y sobre mí desde la noche anterior y los titulares se sucedían uno detrás de otro: «Escandalosa revelación en gala benéfica». «Louisa Bennet, todo sobre la hija de Shiya». «La oscura verdad sobre Shiya, una estrella mundial sin corazón».

Según los artículos, Shiya se había marchado de la gala nada más hacerlo nosotros. Los paparazzi que la habían estado acechando frente a su hotel la habían fotografiado mientras se marchaba de madrugada y la llevaban al aeropuerto. Aunque hasta entonces no había hecho ninguna declaración, cada hora aparecían más noticias sobre ella y los fans de Shiya se estaban volviendo locos. Algunos decían que no querían volver a escuchar su música y la tachaban de hipócrita. Otros la apoyaban y estaban convencidos de que todo se aclararía a su favor. También habían aparecido varias cuentas falsas con mi nombre, que subían publicaciones que no hacían más que causar aún más confusión. Oh, Dios, todo esto era demasiado para mí y no tenía ni idea de cómo manejarlo. ¿Debía hacer una declaración oficial o era mejor que me mantuviera al margen e ignorara todo el asunto? Necesitaba hablar con mis padres.

Después de colgar a Kami, marqué su número. Me temblaba la

mano mientras esperaba a que contestara alguien, y cuando Pa se puso al teléfono, no pude contenerme más y rompí a llorar de inmediato. Para mi sorpresa, Pa, la gran roca inquebrantable de la familia, también estaba llorando. Me puso en altavoz para que mi padre también pudiera oírme, y entre lágrimas les confesé lo que había hecho. Me escucharon y no me interrumpieron. Cuando terminé, y después de disculparme innumerables veces, mi padre me preguntó:

—¿Quieres volver a casa?

Su pregunta me sorprendió un poco, esperaba que estuviera decepcionado conmigo y me preguntara qué diablos se me había pasado por la cabeza. En lugar de eso, me dijo que me quería, que juntos podríamos afrontar cualquier cosa y que, si quería que me recogieran, estaría subido en el coche en menos de cinco minutos. Su reacción me tranquilizó y me hizo llorar de nuevo. Por un momento, pensé en irme a casa. La idea era increíblemente tentadora. Pero luego pensé en Theo, en lo que había pasado entre nosotros y en que tenía que hablar con él. Me daba miedo tener esa conversación. No obstante, también sabía que posponerla no haría que las cosas fueran más fáciles. Hablamos un rato sobre qué haríamos a continuación: mis padres querían reunirse con su abogado, y hasta entonces yo no debía hacer nada. Después dije:

—Me quedo. Aquí en la academia estoy a salvo, no pueden entrar periodistas. Además… tengo que aclarar algo urgentemente.

Por la tarde fui al establo con la bicicleta de montaña de Jasper. Pero Theo no estaba allí. Sus yeguas estaban pastando en uno de los prados. Así que me fui a Sir Archer Remington con la esperanza de encontrarlo allí. Si no, lo vería al día siguiente en la academia.

Aunque allí, delante de todos mis compañeros, no me atrevería a hablar con él. Además, ya tendría suficiente con enfrentarme a las preguntas sobre Shiya que sin duda me estarían esperando en cuanto dejara de esconderme en mi habitación.

Pedaleé y dejé atrás el picadero, rechinando los dientes. Recorrí el camino que bordeaba el lago y, cuando llegué al bosque adyacente, oí la música de una guitarra. Conforme me acercaba a Sir Archer, más fuerte se oía, mezclándose con voces aisladas y una risa potente y cautivadora.

—Vamos, Jas, toca una canción de *Frozen* —suplicó alguien. Estaba casi segura de que era Colin.

En efecto: al rodear los setos y girar hacia la entrada de la finca, él me sonrió desde el césped y me hizo señas:

—¡Vaya, si es nuestra dormilona! Llegas justo a tiempo. Estamos celebrando el cumpleaños de Sabia.

Frené, me bajé de la bici y no pude evitar quedarme boquiabierta un momento. El jardín de Sir Archer estaba precioso. Y no solo por las numerosas rosas que ya me habían llamado la atención al entrar.

Alrededor del brasero, sobre el que había una parrilla, había sillas, farolillos de colores colgados de los árboles y un columpio envuelto en guirnaldas de luces. Bajo la suave luz rojiza del sol poniente no relucían demasiado, pero la vista me provocó una calidez confortable en el estómago. Parecía una escena sacada de una película especialmente cursi en la que, sin embargo, me encantaría participar y olvidarme de por qué había venido. Al menos por un momento. O incluso por un milisegundo.

—Louisa —me llamó otra voz familiar. Una que realmente no esperaba encontrar aquí.

—¿Jeremy?

Estaba sentado en el césped, con una limonada en la mano. Cuando nuestras miradas se cruzaron, se levantó y se acercó a mí.

—Hola… ¿estás bien? —Se acarició el cuello de la camisa con vergüenza—. Eh… bueno… me he enterado de lo que ha pasado. Pero no sabía si querías ver a alguien. De haberlo sabido, habría ido a recogerte y…

Mientras él buscaba las palabras adecuadas, le dediqué una sonrisa torcida y le di un abrazo.

—Ya me las apañaré.

—Esa frase es mía, ¿te acuerdas? Aunque, por experiencia, no suele ser verdad. —Jeremy hizo una mueca y añadió en voz más baja—: Si alguna vez necesitas a alguien con quien hablar o… con quien estar en silencio, cuenta conmigo.

—Gracias.

Sus palabras me conmovieron. Me hubiera encantado decirle lo mismo, pero entonces alguien puso un brazo sobre el hombro de Jeremy por detrás y me sonrió.

—¿Otra invitada? ¡Genial! —Sabia se rio, sus cabellos oscuros y ondulados bailaban alrededor de su rostro—. Eres Louisa, ¿verdad?

Asentí.

—Exacto, eh… feliz cumpleaños. Lo siento mucho, no era mi intención colarme en vuestra fiesta. En realidad… solo quería devolverle algo a Theo.

—¿A Theo? —Sus cejas se levantaron de golpe, pero entonces vio el montón de ropa en el portaequipajes de la bici de Jasper. Sus ojos se iluminaron—. Ah, entiendo.

—¿Quieres ver a Theo? Yo que tú me lo pensaría dos veces. —

Avery, el mentor de Sabia, entró en el jardín con un cuenco de ensalada en las manos—. Desde que ha llegado, no ha dejado de aporrear el violín.

¿El violín? Mi expresión lo decía todo, porque Avery se echó a reír.

—Eso significa que está de mal humor. Acaba de tocar *Seven Nation Army*.

—¿*Seven Nation Army*? —Colin gimió—. Vale, entonces sí que está mal.

Levanté la cabeza y miré hacia la casa. Hasta ahora había pensado que la música que se oía de fondo junto con el sonido de la guitarra salía de un altavoz.

—Una razón más para posponer un poco más tu visita —intervino Sabia. Se acercó a una carretilla repleta de cubitos de hielo, sacó una botella de limonada y me la tendió—. Quédate a celebrar con nosotros. —Chocó su propia botella contra la mía—. Y ni se te ocurra negarte. Hoy es mi cumpleaños y con tanto chico me vendría muy bien tu apoyo.

—¡Yo tampoco acepto un no por respuesta, Haverton! —gritó alguien. Era Jasper, que estaba tumbado en un enorme puf junto con su guitarra. Me señaló con el dedo—. Que quede claro: no te vas a ir de aquí hasta que no me cuentes cómo superaste el reto de la Carrera de Novatos. No me creo la versión que les has contado a los demás. Nunca dejo mis cosas tiradas, y mucho menos mi móvil.

Dio un golpecito en el cojín que tenía al lado para que me sentara junto a él, pero, como no reaccioné de inmediato, apartó su guitarra, se levantó de un salto y rápidamente me echó sobre su hombro. Grité y, al instante, aterricé en el puf. Con cara de enfado fingido, Jasper se puso delante de mí.

—Ahora tienes dos opciones, pequeña hacker de Instagram —me dijo—. O confiesas o me pondré a cantar *My Heart Will Go On* sin parar hasta que cambies de opinión. Y, como te puedes imaginar, se me da de muerte imitar a Celine.

Avery y Sabia abrieron los ojos de par en par al mismo tiempo. Solo Colin aplaudió con entusiasmo.

—¡Sí, *Titanic*!

—¡Ni hablar! —protestó Sabia, y Avery se cubrió la cabeza con las manos como si temiera que fuera a desatarse una tormenta.

—¡Por favor, cuéntaselo todo! —suplicó él—. ¡Dile lo que quiera saber!



—¿Te escondiste debajo del sofá mientras me duchaba? ¿En serio? —Jasper no podía dejar de reírse—. Mierda, no me di ni cuenta. ¿Te lo puedes creer?

Sabia puso los ojos en blanco y se dejó caer en una silla junto al fuego

—Tampoco te habrías dado cuenta si se hubiera tumbado en tu sofá.

Jasper le mostró el dedo corazón, aunque sonrió. Luego me hizo una gran reverencia.

—Bueno, qué quieres que te diga: la historia es genial. Te has ganado todo mi respeto. Pero te lo advierto: nunca más voy a dejar que me pase algo así.

Acto seguido, recogió su guitarra y empezó a tocar de nuevo, lo bastante bajo para poder mantener una conversación. Éramos siete: Jasper, Colin, Avery, Sabia, Jeremy, yo y Gary, que, como siempre,

era el mejor vestido de todos. Mientras los demás cambiábamos el uniforme de la academia por pantalones cortos y camisetas, él llevaba una camisa blanca con un chaleco a cuadros azules y una pajarita rosa. Por los bajos remangados de sus pantalones asomaban unos calcetines de colores a juego.

—¿Dónde están los demás miembros de vuestra casa? —pregunté, mirando a mi alrededor. Colin pareció desconcertado por un momento, pero luego sonrió.

—Bueno, Rapunzel está en su torre. Como siempre, a no ser que esté en el establo.

—¿Rapunzel?

—Se refiere a Theo —explicó Jasper—. Es el único que vive en una de las habitaciones del ático y no solemos verlo muy a menudo. De ahí el apodo.

—Hablando del rey de Roma… —dijo Avery levantándose—. Voy a ir a buscarlo. Ya se ha pasado bastante tiempo deprimido. Además, la cena estará lista enseguida.

—Dile que deje de ser una *drama queen* —refunfuñó Colin. Gary se aclaró la garganta, y el anterior puso los ojos en blanco y levantó las manos en señal de paz—. Está bien, está bien. Lo sé: somos sus amigos.

—Aunque él no quiera —dijo Jasper sonriéndome y guiñándome un ojo—. Aquí no tenemos piedad. El juramento de nuestra casa nos obliga a ello. —Se llevó una mano al pecho y adoptó una postura solemne—. Juro actuar siempre de acuerdo con los valores de la casa Sir Archer Remington, apoyar a mis hermanos y hermanas, fortalecer los lazos de amistad y compartir mis talentos con la comunidad.

—Desde hoy y para siempre —concluyeron Sabia, Gary y Colin al unísono, riendo. Mientras tanto, yo miré a Avery, que acababa de desaparecer por la puerta.

Automáticamente, levanté la vista hacia la buhardilla y mi corazón empezó a latir más deprisa. ¿Cómo iba a comportarme cuando Theo bajara? Aunque había pensado de antemano lo que quería decirle cuando le devolviera sus cosas, me había imaginado que estaríamos los dos solos. Ahora, en medio de los demás, me sentía nerviosa. Mis manos estaban sudorosas y me costaba permanecer quieta. Quizá fuera porque las imágenes de la noche anterior no dejaban de aparecer en mi mente: el cuerpo de Theo pegado al mío, su mano en mi pelo, tan reales que, por un momento, fantaseé que volvía a sentir sus labios en los míos.

—¿Solo sois seis? —pregunté rápidamente antes de que nadie pudiera advertir qué dirección habían tomado mis pensamientos.

—En realidad, somos cinco —respondió Colin—. Gary vive en el pueblo de al lado y viene todos los días en bicicleta. Y Jeremy es de Belmont.

—Aunque, si fuera por mí, eso debería cambiar —dijo Sabia chocando su limonada con la de Jeremy—; encajarías muy bien con nosotros.

—Es su héroe personal —explicó Jasper, advirtiendo mi expresión interrogante.

—Jeremy me salvó la vida la semana pasada. Estaba desesperada con una redacción. —Sabia sonrió—. Pero, gracias a él, mi trabajo estuvo entre los mejores de la clase. ¿Qué te parece?

—Pero, entonces… —No me lo podía creer. Al fin y al cabo, en Haverton vivían unas noventa personas y en Belmont incluso más—.

¿Sir Archer solo tiene cinco miembros? Pero vuestra casa…. —mi mirada se desvió hacia la fachada cubierta de hiedra y me obligué a no volver a mirar más arriba, donde se encontraba la habitación de Theo— …no es tan pequeña.

—Por desgracia, no tenemos nuestro propio spa, ni gimnasio, ni los recursos financieros de los antiguos alumnos para organizar una fiesta cada semana —dijo Jasper encogiéndose de hombros—. Ah, y tampoco tenemos personal de limpieza, así que cada uno tiene que sacar sus propios pelos del desagüe de la ducha.

—Esperábamos que vinieras tú —intervino Colin—. Pero, por alguna razón, Haverton te quería a toda costa y te arrebató de nuestros brazos. En fin, al menos no nos hemos quedado con las manos vacías. Sabia también está bastante bien. La mayoría de las veces. Cuando está dormida. O cuando no tiene hambre.

—¡Idiota! —Sabia se puso las manos en las caderas.

—Pero tú no eres becaria, ¿verdad? —le pregunté. Ella negó con la cabeza y Colin se echó a reír.

—Qué va, su padre podría enviar sin problemas a cinco hijos a Belmont o a Haverton. ¿Qué quieres que te diga? Se ha dado cuenta de que nosotros somos los más guays.

—¡Con diferencia! —confirmó Jasper, mientras se levantaba para chocar los cinco con los miembros de su casa.

Me acordé de lo despectivamente que Nat y Flora habían hablado de Sir Archer el primer día, y de que Atlas me había contado que la mayoría de los becarios iban a Sir Archer para que las plazas más codiciadas en Haverton y Belmont House quedaran libres para los hijos de los padres que pagaban. ¡Qué absurdo! No lo entendía. Al fin y al cabo, la vieja y retorcida mansión era muy acogedora y yo

habría dado cualquier cosa por poder pasar un día de lluvia en el alféizar de la ventana. Además, de alguna manera, aquí la gente era más despreocupada. Parecía que a todos se les aceptaba tal y como eran y nadie tenía que fingir nada. Yo tampoco. Hasta ahora, nadie, aparte de Jeremy, me había preguntado por los acontecimientos de ayer y por el escándalo con Shiya, aunque estaba segura de que todos ellos debían de estar al corriente desde hacía tiempo. Aun así, me trataron con total normalidad, por lo que les estaba infinitamente agradecida. Me sentía como si estuviera en una burbuja en la que no existía el ayer ni el mañana.

Al menos hasta que Avery regresó y, encogiéndose de hombros, nos dijo que Theo no iba a bajar. Entonces me acordé de por qué había venido hasta aquí, y, por un momento, no supe si sentirme aliviada o decepcionada. Aliviada porque no tenía que enfrentarme a la reacción de Theo delante de todos los demás. Decepcionada porque me preguntaba si se había mantenido a distancia a propósito. ¿Me habría visto sentada allí abajo y por eso había decidido que era mejor no bajar a celebrar con el resto?

Me mordí el interior del carrillo y decidí esperar hasta después de cenar para subir a verlo. Tenía que aclarar las cosas y disculparme; quizá así pudiéramos volver a tratarnos con cierta normalidad. Probablemente ya no podría ir a las clases de equitación y mirar a Theo sin rememorar la sensación de su lengua… ¡No, ya basta! Tenía que dejar de pensar en él con urgencia.

Para distraerme, me puse a charlar con Jeremy y Sabia y observé a Jasper mientras rondaba alrededor de la parrilla para asegurarse de que nadie le pusiera brócoli a la comida que había reservado. Cuando Colin empezó a bromear, tocó por accidente su champiñón

con la verdura enemiga y a Jasper casi le dio un ataque.

—¡Eh, ten cuidado!

Sabia se dio cuenta de mi mirada y sonrió.

—Sí, siempre es tan infantil. Un asco, ¿verdad?

—¡El brócoli sí que es un asco! —exclamó Jasper, apartando las verduras de Colin hacia el borde de la parrilla para que su champiñón estuviera fuera de peligro—. Ya es bastante malo que me hayan obligado a ser vegetariano en esta casa. —Se dirigió a Jeremy y a mí con una expresión de sufrimiento exagerado—. Soy el único que no es vegetariano de esta casa. Y creedme, no es nada agradable. Gracias a los documentales de Netflix, ya no me siento igual cuando veo un filetón. Pero… tengo la sensación de que ahora les caigo un poco mejor a las gallinas.

—¿Tenéis gallinas? —le pregunté con curiosidad. Los ojos de Jasper brillaron.

—Sí, seis. Les hemos puesto nombres de princesas, porque no tenemos gallo. —Sonrió y empezó a enumerarlas—. Lianna, Tris, Isabelle, Elisabeth y Luciana. La nueva se llama Greta.

Jasper me contó que todas ponían huevos a diario, sin excusa, pero que, cuando bajaba en pijama para encerrarlas por la noche, nunca se iban a la cama por las buenas. Después empezó a correr por el jardín, fingiendo que las gallinas se habían escapado y revoloteaban salvajemente delante de él, y todos nos reímos a carcajadas.

—Pero desde que solo como verdura, se acercan a mí por voluntad propia e incluso comen de mi mano —concluyó—. Es como si lo supieran, es rarísimo.

Luego se acercó a la parrilla, pinchó con un gesto teatral el

champiñón que había en el centro y lo puso en su plato.

—¡Yo diría que la comida ya está lista!

—¿Nunca te han dicho que primero hay que ofrecer a los invitados? —Sabia puso los ojos en blanco y Jasper la miró con expresión de incomprensión.

—Pero yo también tengo hambre. Además, soy el jefe de la casa. De algo tendrá que valerme.

—Eres un caso perdido —gimoteó ella, mientras Avery se inclinaba hacia mí y murmuraba en voz deliberadamente alta:

—En realidad, el único motivo por el que él es el jefe es porque ninguno de nosotros quiere tener que lidiar con Ekatarina. Pero le hacemos creer que es especial para que siga haciendo bien su trabajo. Por eso… —Se aclaró la garganta, miró a Jasper y sonrió—: ¡Dale caña, tío!

Jasper murmuró algo que nadie entendió, porque tenía la boca llena del enorme champiñón que, al parecer, estaba demasiado caliente. Me pareció entender algo así como «imbécil».

Poco a poco, los demás nos acercamos también a la barbacoa y llenamos nuestros platos con ensalada, queso, pan y verduras frescas, la mayoría de ellas procedentes del invernadero de Gary, tal y como él me contó con orgullo. Todos comían con gusto y bebían a sorbos sus limonadas, el ambiente estaba animado y la noche era cálida. A pesar de todo lo que había sucedido en los últimos días, me sentía bien. Empezaba a volver a la normalidad. Hasta que, de repente, se me puso la piel de gallina. Miré a mi alrededor sorprendida, pero no pude identificar qué era lo que había cambiado. Sin embargo, mi corazón latía más rápido, y mi cuerpo se tensaba por momentos. Algo no iba bien. Era una sensación, un

presentimiento… entonces se abrió la puerta de la casa detrás de mí. Se oyeron pasos.

Y me di cuenta de repente de lo que mi subconsciente había notado hacía un buen rato. El violín había dejado de sonar.

23

Vaya, vaya… ¡el hijo pródigo! —bromeó Colin frotándose los ojos exageradamente. Theo lo ignoró, pasó junto a él y se sentó con Sabia en la única silla que quedaba libre. Su mirada se desvió hacia mí, lo cual bastó para que mi corazón se acelerara y mi cerebro se paralizara. Quería decir algo, cualquier cosa, pero no podía articular palabra. Así que me limité a devolverle la mirada. Durante mucho tiempo. Demasiado.

Pareces una loca.

¡Mierda!

Bajé la vista rápidamente a mi plato y me quedé mirando el pimiento relleno de queso que tenía encima, sin probar ni un solo bocado. Por suerte, nadie parecía haberse fijado en mí. Colin se había enfrascado en una conversación con Jasper, y Gary se había levantado para coger más ensalada. Jeremy me observó con una expresión inquisitiva, pero, cuando le dirigí una sonrisa lacónica, no insistió más.

Finalmente, Avery se puso a hablar con nosotros y le agradecí que me distrajera de Theo, que de todos modos no me estaba prestando atención. Si le sorprendió verme allí, no lo demostró. Tampoco dejó traslucir sus sentimientos ni lo que pensaba de esa noche, de la noche anterior o de mí.

Dejé que mis ojos vagaran por el jardín, por los farolillos de colores, por el rostro radiante de Sabia, hasta que, al final, volví a

Theo, que miraba el fuego absorto en sus propios pensamientos.

—¿Louisa?

La voz de Avery me sobresaltó. Jeremy y él me estaban mirando con atención. Al principio no entendí por qué, pero luego me di cuenta de que uno de ellos me había hecho una pregunta. Abrí la boca. Y la cerré inmediatamente después.

—Creo que se alegra de no tener que participar esta vez —dijo Jeremy, salvándome—, Porque de momento no has recibido ningún sobre rojo, ¿verdad?

Ah, vale. Estaban hablando del juego nuevo.

—No, por suerte. —Le dediqué a Jeremy una sonrisa que quería decir gracias. «Un placer», me respondió él sin pronunciar palabra—. A partir de ahora, prefiero mantenerme al margen de todos los juegos —confirmé. Avery sonrió.

—Qué pena, pensaba que podrías proporcionarme información de primera mano.

Levanté las cejas con incredulidad.

—Pregúntale a Jasper.

Al fin y al cabo, él era el jefe de Sir Archer y, teniendo en cuenta que Avery era uno de sus mejores amigos, era de esperar que le contara algo. Para mi sorpresa, negó con la cabeza.

—Jasper no sabe nada. Al parecer se trata de un asunto interno entre Haverton y Belmont. —Se encogió de hombros—. Probablemente no les interesamos lo suficiente para incluirnos en este tipo de cosas. Ninguno de los nuestros daría mucho juego si fuera elegido para participar.

Avery se dio una palmada en la frente.

—Pues alegraos de haber podido libraros hasta ahora —dijo

Jeremy mientras mordía un trozo de pan—. Yo ya estoy en la segunda ronda. Y no tengo ningún interés.

—¿Has recibido otra carta? —pregunté, pensando automáticamente en la reacción de Milou cuando recibió el segundo sobre. Él asintió.

—Sí, bastante más tarde que los demás. Por lo que parece, no todos los jugadores empiezan al mismo tiempo. Así que todavía no podéis contar con que os hayáis librado. Siento tener que decíroslo.

—¿Y qué ponía en la segunda carta? —Avery formuló en voz alta la pregunta que también yo tenía en la punta de la lengua. Jeremy puso los ojos en blanco.

—Era una tarea. Instalar una cámara oculta en el vestíbulo de la Casa Belmont. Una tontería. No lo hice, por supuesto.

¿Una cámara? ¿En serio? A quienquiera que se le hubiera ocurrido eso le faltaba un tornillo.

—¿Y ahora qué?

—Ni idea. Seguramente no pasaré a la siguiente ronda. Por mí, genial. En realidad, ya debería estar eliminado por habéroslo contado. Todo es… —dibujó unas comillas en el aire— …ultrasecreto.

—Sí, todo este asunto es un poco extraño.

Avery se rio y nos contó que hacía solo unos días se había enterado de que un chico se había colado en el despacho de un profesor durante el recreo y que, un minuto después, había salido con la cara colorada. Y una chica de Belmont había escondido una cajita pequeña en un arbusto cerca de la biblioteca. Cuando estaba a punto de preguntarle si estaba seguro de que el chico no tenía una tutoría con el profesor en cuestión, vi que Theo se levantaba y se encaminaba de vuelta a la casa. Por un segundo pensé en seguirlo y

hablar con él, pero dudé demasiado. La puerta se cerró detrás de él. Mierda. Me froté las manos y lo miré alejarse. Sin embargo, mientras yo me enfadaba conmigo misma y trataba de encontrar el valor para levantarme de una vez y enfrentarme a aquella maldita conversación, la puerta se volvió a abrir y Theo regresó con el estuche de su violín debajo del brazo. Colin lo miró sorprendido.

—No, por favor, más arrebatos musicales no —bromeó.

—¡Cállate, Colin! —exclamó Sabia—. He convencido a Theo para que toque algo para nosotros. Por mi cumpleaños.

—¿En serio? ¡Eso es genial! —Jasper se levantó de un salto y alzó la mano para chocar los cinco con Theo. Acto seguido, colocó la silla de Theo junto a la suya y cogió su guitarra—. Siéntate conmigo, *bro.*

—¡Pero tocad algo alegre! —les recordó Colin otra vez cuando Theo accedió a la petición de Jasper, sacó el violín de la funda y se lo puso sobre el hombro.

—¡Una canción de Disney! —sugirió Gary y Colin aplaudió con entusiasmo.

—Sí, por favor, *Frozen.* Eso es. Theo Vanderton conoce a Anna y a Elsa.

Jasper sonrió y empezó a cantar con entusiasmo:

—Hazme un muñeco de nieve…

—Ni hablar, no voy a tocar eso —refunfuñó Theo, mientras ponía el arco sobre las cuerdas. Sin darle tiempo a Jasper a replicar, empezó a tocar otra canción. Al principio no sabía cuál era, pero enseguida reconocí la melodía.

—¡*Despacito*! ¡Genial!

Sabia levantó el pulgar y sacó a Jeremy a bailar. Jasper se balanceó un par de compases al ritmo de la música y luego lo siguió

con la guitarra. Colin también salió a bailar, moviendo los hombros y vitoreando cuando Gary se puso en pie y empezó a hacer unos pasos de salsa. Yo era la única incapaz de levantarse del asiento. Me quedé sentada, como si estuviera hipnotizada, observando cómo Theo pasaba el arco por las cuerdas con los ojos cerrados. Al igual que cuando trabajaba con los caballos, parecía sumergirse por completo en lo que hacía. Y, madre mía… ¡era bueno! Más que bueno. Yo no tenía ni idea de música y nunca había tocado ningún instrumento. En realidad, apenas podía juzgar si se trataba de una pieza difícil ni si la estaba tocando sin errores.

Pero eso no importaba.

Mientras tocaba, sentía como si los sonidos fluyeran a través de mi cuerpo y resonaran en mí. Me sentía electrizada, como la noche anterior, y cuando finalmente abrió los ojos y me miró directamente a los ojos, una oleada de calor se extendió por mi cuerpo. Como si supiera exactamente lo que estaba pasando en mi interior, Theo dejó que su mirada vagara por mi rostro, haciéndome sentir de nuevo ese anhelo que ya había experimentado ayer. Uno que no creía posible que existiera en mí. Pero ahí estaba yo, con el corazón a punto de salirse del pecho y un deseo profundo de que él me mirara otra vez como lo había hecho anoche. A solas, sin todos los demás a nuestro alrededor. ¡Mierda! No sabía en qué momento mi corazón había desarrollado un humor tan retorcido. Tenía el presentimiento de que, si no dejaba de jugar con fuego, acabaría quemándome los dedos. Theo apartó la mirada. No podía dejarme más claro lo que sentía respecto a nuestro beso. Tenía que disculparme y acabar con todo.

Una mano se interpuso en mi campo de visión, justo delante de la

cara de Theo, y entrecerré los ojos. Era Avery.

—Ven, vamos a bailar —me dijo. Me levanté y lo seguí, con las rodillas temblando todavía, hasta el trozo de césped libre bajo las guirnaldas de luces. Me dio un par de vueltas y luego me enseñó unas figuras geniales. Era evidente que había recibido clases de danza. Cuando Jasper y Theo empezaron a cantar otra canción latinoamericana, todos formamos un círculo alrededor de Sabia, bailando y aplaudiendo mientras ella se agarraba a Avery, haciendo unos pasos de baile mucho mejores que los míos. Pero no me molestó. Aquí nadie me hacía sentir que tuviera que estar a la altura de las expectativas. Por primera vez en mucho tiempo podía dejarme llevar y ser yo misma, sin preguntarme qué pensarían los demás de mí. O casi. Porque cada vez que me reía y giraba al ritmo de la música, sentía los ojos de Theo clavados en mí. Como una mano cálida que me acariciaba la espalda o una suave brisa en mi pelo. Pero siempre que me volvía para mirarlo, él los mantenía cerrados o fijaba la vista en un punto en la distancia.

Jasper y él tocaron varias canciones más. En algunas cantaban, en otras la música funcionaba por sí sola y, después de un rato, todos nos reunimos alrededor de la hoguera. Para entonces ya se había hecho de noche. Había perdido la noción del tiempo. Hablamos de la escuela, de nuestras aficiones y de los lugares donde habíamos crecido. Incluso Theo hablaba en voz baja con Jasper y bromeaba con Jeremy y Colin. Pero cuando nuestras miradas se cruzaban, su sonrisa se congelaba y se tensaba. Cada vez que eso sucedía, un escalofrío me recorría el cuerpo, y me frotaba los brazos como si así pudiera ahuyentar el frío. Pero este seguía ahí.



Era ya muy tarde y, en un momento dado, Theo se levantó y se dirigió a la casa sin mediar palabra. Lo miré mientras se alejaba, me incorporé y respiré hondo. Ahora o nunca. Con la excusa de tener que ir al baño, me levanté y corrí tras él. Me detuve frente a la entrada de la casa, que estaba entreabierta, y me recompuse. Subiría, tocaría a su puerta y le explicaría en pocas palabras que lamentaba lo que había pasado la noche anterior. Que no era mi intención forzarle a nada y que le agradecería que lo olvidáramos todo y pudiéramos volver a tratarnos con normalidad. Así de simple. Con determinación, puse la mano en el picaporte… Pero entonces la puerta se abrió. Theo salió y me quedé congelada.

—Yo…

«…tengo que ir al baño». *¡No, no te eches atrás ahora!*

—Yo… eh… te he traído tus cosas. No sé si te has dado cuenta de que también me llevé un par de zapatos prestados. Espero que no fueran tus favoritos y los hayas echado de menos… —Me interrumpí, porque me di cuenta de lo estúpidas que estaban sonando mis palabras. Traté de reunir todo mi valor—: ¿Podemos hablar?

Vale, ya estaba dicho. Al menos la primera frase. Pero ya era algo. Theo no dijo nada y miró a los demás.

—¿Ahora? —preguntó con escepticismo.

—Bueno… es tarde y yo… tengo que irme a casa pronto…

Dios mío, ¿qué demonios estaba diciendo? Theo parecía estar pensando lo mismo, porque detuvo mis vergonzosos esfuerzos tendiéndome una sudadera con capucha cuidadosamente doblada.

—Toma. Estás helada.

—Oh… vaya.

¿Se había dado cuenta de que tenía frío?

¿Lo había notado? Lo miré fijamente, perpleja, sin saber si lo había oído mal.

—Es solo un jersey, Louisa —dijo Theo, al ver que no hacía ningún ademán de aceptarlo—. ¿Lo quieres o no?

—Claro, gracias.

Agarré la sudadera y me la metí por la cabeza. La tela era suave, y su aroma familiar hizo que los recuerdos del cuerpo de Theo sobre el mío se volvieran más vívidos de lo que hubiera deseado. Respiré hondo, tras lo cual quise que me tragara la tierra.

—Si quieres irte, avísame y te acompañaré a casa. Y después… —carraspeó—, hablaremos. Aquí no.

Un momento… ¿Quería acompañarme a Haverton? Si aceptaba su ofrecimiento, estaríamos a solas durante todo el camino. La mera idea bastaba para acelerarme el pulso. No obstante, me oí a mí misma decir:

—De acuerdo. Voy a despedirme de los demás.

24

Reinaba tal silencio a nuestro alrededor, que me parecía que hasta el más mínimo sonido sonaba el doble de fuerte: el crujido de las suelas de nuestros zapatos en la calle, el leve susurro de la tela cuando Theo se metía las manos en los bolsillos del pantalón y las volvía a sacar al instante. Theo inspiró profundamente, y su respiración sonó como si, al igual que yo, tuviera la cabeza llena de pensamientos confusos, aunque ninguno de ellos era adecuado para iniciar una conversación. Me restregué las manos y me tiré de las mangas del jersey que Theo me había prestado hasta la punta de los dedos.

—Siento mucho mi comportamiento de anoche —dijo de repente en voz baja, casi como para sí mismo, mientras le daba una patada a una piedra que tenía delante—. No estuvo bien y no tengo excusa.

—No pasa nada —murmuré sorprendida—. ¿Por qué desapareciste?

Que pregunta tan estúpida. Nada más hacerla, quise retractarme de inmediato. Ya sabía por qué.

Theo resopló y negó con la cabeza. Luego dijo:

—He cruzado una línea contigo y… me sentí desbordado por la situación.

Me quedé sin habla. Un momento… ¿Creía que *él* había cruzado una línea? ¿Por qué? Claramente, había sido yo quien le había besado.

—Quería darte espacio y no….

Dejó de hablar y buscó las palabras adecuadas. Esta vez yo fui más rápida.

—Visto así, yo debería haberme ido antes.

—¿Qué? ¿Por qué? —Por primera vez desde que habíamos salido de la casa, Theo me miró de verdad. Estaba desconcertado, pero también se notaba que se preguntaba si los dos habíamos vivido lo mismo la noche anterior.

—Bueno… —Me retorcí las mangas del jersey—. Anoche te presioné bastante. Primero, pidiéndote que me llevaras a Sir Archer, y después, cuando…

Cuando te empapé la camisa de lágrimas. Dios mío, no quería ni pensar en cuántas veces lo había olfateado… ¡Ayuda!

Por suerte ya había oscurecido y esperaba que, bajo la tenue luz de las farolas, no se diera cuenta de que me estaban saliendo manchas rojas de estrés en la cara.

—Cuando te avasallé con mis problemas —terminé la frase rápidamente—. Me da mucha vergüenza.

Theo me miró muy serio.

—No estabas bien, Louisa. No hay nada de lo que tengas que avergonzarte. —Bueno, en realidad se me ocurrían bastantes cosas. Empezando por haberle besado—. Tenías mucho que procesar. Es normal —continuó, lo que me hizo poner una mueca.

—No sé qué me pasó. Normalmente, con estas cosas… no soy tan rápida. —*Normalmente no me lanzo a por los chicos y no voy directamente a tocarles la entrepierna*—. Ni siquiera te di la oportunidad de negarte.

A Theo se le dibujó una pequeña sonrisa en los labios, pero

enseguida se desvaneció y se transformó en una expresión de disgusto.

—Créeme, podría haberme negado en cualquier momento. Pero, en lugar de eso, tonteé contigo y eso no estuvo nada bien. No era lo que necesitabas en ese instante.

Si tú supieras.

Aparté la mirada para que no pudiera leer mis pensamientos en mi rostro.

—Estuvo bien, de verdad. Yo empecé y, además, tambiénpodría haber dicho que no en cualquier momento. Igual que tú.

—Eso es diferente —replicó Theo—. Estabas emocionalmente alterada y…

—Yo quería.

¡Ups! Las palabras salieron solas de mi boca. En voz alta y clara. Por un segundo creí ver algo en la mirada de Theo, aunque luego me volvió a mirar con total tranquilidad.

—Quizá lo sentiste así en ese momento. Pero estoy seguro de que no tuvo nada que ver con nosotros, ni tampoco conmigo como persona. Lo que pasó ayer entre nosotros no significa nada. —Theo tragó saliva—. Y da igual lo que hubiera pasado, hoy te habrías arrepentido. Y yo también.

Volví a oír el ruido de una piedra rodando por el suelo. Ninguno de los dos dijo nada y yo me quedé pensando en las palabras de Theo, preguntándome si tenía razón. Bueno, casi veinticuatro horas después, desde un punto de vista puramente racional, así debería haber sido. Estaba hecha un lío y necesitaba apoyo, eso era cierto. Y también era cierto que había actuado de forma impulsiva. Nunca antes me había comportado de forma tan irracional. Al fin y al cabo,

no tenía experiencia en ese tipo de cosas y… bueno, no sé. Desde la primera vez que lo vi, me había sentido fascinada por Theo. Quizá fuera su manera de relacionarse con los caballos, los escasos momentos en los que me mostraba lo que se escondía en su corazón. No podía decirlo con exactitud. Lo único que tenía claro era que nunca había sentido algo así y que no me daba igual con quién había compartido aquel momento.

Sin embargo, no estaba tan loca como para decírselo. Así que me guardé mis pensamientos y seguí caminando con la mirada fija en el suelo hasta que el silencio entre nosotros se prolongó demasiado.

Tenía que decir algo. Cualquier cosa, lo que fuera. Ahora.

—¿Quizá… podríamos olvidar lo que ha pasado?

¿Qué? No. ¿Qué estoy diciendo?

Pero ya era tarde. Theo levantó la cabeza. En su rostro se reflejaba una sensación de alivio. Aunque también algo más, algo más profundo. Algo que hizo que sus ojos se quedaran demasiado tiempo fijos en mis labios, provocándome un suave cosquilleo en la piel. Luego asintió.

—Sería lo mejor.

—Sí, sería lo mejor —repetí sin pensar, sintiéndome completamente estúpida.

—Genial —dijo Theo.

Genial. Sí, genial. Apreté los dientes y seguí caminando mientras el contorno de la Casa Haverton aparecía lentamente en la oscuridad. Con cada paso que daba, el corazón me pesaba más y más y, cuando al fin llegamos ante la puerta de la casa, lo único que quería era dar media vuelta. Podía imaginarme lo que me estaría esperando cuando entrara. En Sir Archer, a nadie le importaba la gala, Shiya o

los últimos cotilleos. Pero en Haverton no podría seguir escondiéndome de ello.

—¿Todo bien?

Cuando Theo me lanzó una mirada inquisitiva, me di cuenta de que me había quedado inmóvil. Rápidamente me puse en marcha de nuevo, aunque me sentía como si tuviera unas pesas en los zapatos. Nos detuvimos frente a la puerta de entrada de Haverton y me volví hacia Theo.

—Bueno… gracias. Por acompañarme a casa —le dije, y Theo se aclaró la garganta.

—Claro, no hay problema. Me alegro de que hayamos podido aclararlo.

—Por supuesto. Yo también… me alegro.

Sí, claro. Qué estúpida. ¿Por qué no había sido capaz de decir lo que pensaba de verdad?

—Bueno, entonces… —Theo se pasó la mano por la barbilla— …me voy ya.

—Vale —asentí; él dio un paso atrás.

—Hasta mañana.

Me miró directamente a los ojos durante un segundo y sentí que mi corazón se aceleraba. Luego levantó la mano en señal de despedida y se alejó sin volver la vista atrás.

25

Aunque me había prohibido consultar constantemente en internet si había nuevas noticias sobre Shiya, la semana siguiente fue terrible para mí. Mis padres habían contactado con su abogado, pero a pesar de que trataban de animarme por teléfono, se notaba en sus voces lo mucho que les estaba afectando todo el asunto y lo agotados que se encontraban. Intentaban apoyarme y no transmitirme su preocupación. Pero el mero hecho de que no me hubieran vuelto a ofrecer ir a casa me dejaba intuir cómo se encontraban en realidad. Seguramente nuestra casa estaba llena de paparazzi otra vez y no podían salir sin que los acosaran un montón de micrófonos y cámaras.

Me sentía fatal por haberlos puesto en esa situación, y la cosa empeoró cuando Kami me dijo que habían decidido pasar unos días con la abuela y que solo se pasarían por casa para cuidar de los caballos. Mi antiguo colegio también estaba lleno de periodistas y Kami se había enfadado, porque algunas de las compañeras que me habían puesto a caldo ahora se comportaban como si fuéramos mejores amigas.

La prensa también había contactado con Kami, pero se había negado a conceder ninguna entrevista. Estaba preocupada por ella, pese a que me aseguró que lo tenía todo bajo control y que no iba a dejar que unos cuantos periodistas de pacotilla la intimidaran.

—¡Tú preocúpate mejor por ti y por el lío que te traes con ese tal

Theo! —me dijo por teléfono. Le había contado que nos habíamos besado y opinaba que tenía que hablar con él otra vez. Sin embargo, yo no sabía de qué más había que hablar. Theo había sido muy claro. Lo que había pasado entre nosotros no había significado nada para él.

Y yo no pensaba ponerme en ridículo voluntariamente. Lo único de lo que tenía que hablar con él eran las numerosas fotos que circulaban por internet desde la gala. Theo poniéndome el brazo alrededor de la cintura y sacándome del museo a escondidas. Yo apretada contra él, con la mirada puesta en los fotógrafos, presa del pánico.

Sin embargo, lo que de verdad me sacaba de mis casillas eran los titulares de los artículos en los que se especulaba sobre cuándo habíamos empezado a salir Theo y yo.

«¿Louisa Bennet es la novia del heredero multimillonario?».

«El próximo golpe de Louisa Bennet: ¿es Theo Vanderton su billete de entrada a la liga de los superricos?».

«El hijo adoptivo de Anthony Vanderton ha vivido apartado de los focos hasta hoy, ¿lo veremos ahora más a menudo?».

Los titulares me habían dejado completamente desconcertada. En todas partes se especulaba sobre si mi intención era utilizar a Theo como mi próximo trampolín hasta la fama. Sí, vale, su madre era Deliah Vanderton. Era lógico que la prensa pensara ese tipo de cosas. Pero… ¿heredero millonario?

Sin pensármelo dos veces, escribí el nombre de Theo en el buscador. Estuve a punto de desmayarme. Theo no solo era el hijo de una conocida actriz de Hollywood y, por tanto, uno de los estudiantes más ricos de la academia. ¡Era probablemente el

estudiante más rico! ¡Y por mucho! Madre mía. ¡Y yo que pensaba que era un becario! ¡Nada que ver!

Theodore Christopher Vanderton se había convertido, a los doce años, en el nieto adoptivo de Clive Vanderton, fundador de Vanderton Group, una de las mayores empresas de servicios financieros del mundo, gracias a la adopción de su padrastro Anthony Vanderton. El patrimonio privado de su familia se estimaba en casi cien mil millones de dólares. La cifra me dejó aturdida. Cerré el navegador y respiré hondo.

Sabía que los alumnos y estudiantes del Círculo Rubí provenían de familias adineradas y a veces célebres. Pero ¿esto? Cien mil millones de dólares. Tenía sentimientos encontrados. Había montones de razones por las que nunca podría haber nada entre Theo y yo.



El viernes por la mañana vi a Theo en las escaleras del Salón Southerin y me acerqué a él. Sin embargo, cuando le pregunté si creía que teníamos que aclarar lo de las fotos a la prensa, frunció el ceño y dijo con un resoplido desdeñoso:

—Me has buscado en Google.

—Eh… sí. Pero ¿cómo…?

—Lo sé por la forma en que me miras —continuó, como si mi cara fuera un libro abierto—. No lo hagas más, ¿vale?

—¿Mirarte? —Theo negó con la cabeza.

—Leer noticias sobre mí en internet. La mayoría de la gente me trata diferente por culpa de eso.

—Ah… vale —respondí mirándolo con sorpresa—. En realidad, solo quería asegurarme de no haberte causado problemas. No sé cómo

lleváis ese tipo de cosas…

—Esa clase de titulares no me interesan —me interrumpió Theo—. Esas situaciones se resuelven solas.

—¿Entonces es mejor que no digamos nada?

—Exacto. —Asintió y se levantó—. Esas cosas no tienen importancia para mi familia.

Para su familia, claro. Se me había olvidado. Cuando tienes tantos ceros en tu cuenta bancaria, acabas por acostumbrarse a que hablen de ti de vez en cuando.

—Pues… —volví a intentarlo, pero Theo no me dejó hablar.

—Pues tema zanjado —repuso mientras se colgaba la mochila—. No tienes por qué darle tantas vueltas. Ni a las fotos de internet ni… ni a mí.



«Ni a mí». Durante las siguientes horas de clase me pregunté qué había querido decir Theo con eso. ¿Que lo dejara en paz? ¿O que dejara de investigar sobre él y su familia? No tenía ni idea. Como no podía sacármelo de la cabeza, cuando la señora Denvey, mi profesora de francés, me llamó inesperadamente, respondí incoherencias. Ella se dio cuenta, arqueó una ceja y anotó algo en su cuaderno, y, al concluir la clase a la hora del almuerzo, me enfadé conmigo misma. Antes de llegar a Highclare, era buena estudiante. Siempre participaba en clase y mis excelentes notas habían sido una de las razones por las que me aceptaron. Pero desde mi llegada todo había sido un caos. Primero la Carrera de Novatos, luego el encuentro con Shiya y ahora… Theo.

Compungida, me dirigí al comedor de la academia, un majestuoso

salón con cuadros antiguos en las paredes revestidas de madera y techo abovedado. Jeremy ya me estaba esperando en una de las mesas largas y, cuando lo vi, le sonreí. En los últimos días, había pasado mucho más tiempo con él que con Atlas, que desde nuestra última conversación se había mantenido bastante distante. Aunque todavía me llevaba a la escuela y se comportaba educadamente conmigo, ya no era tan encantador como en las primeras semanas. Pero yo estaba conforme.

Con Jeremy, en cambio, me llevaba cada vez mejor. Nos veíamos todos los días para comer y por las noches me gustaba chatear con él cuando los pensamientos recurrentes sobre Shiya, la seguridad de Kami y mis padres y las noticias en internet me impedían dormir.

También hoy consiguió animarme. Mientras devorábamos nuestros platos de risotto, me contó que había solicitado participar en uno de los proyectos sociales financiados por los mecenas de la academia. Había varios proyectos tutorizados por diferentes profesores, y Jeremy había acabado en el equipo del señor Crawley, junto con un alumno de mi curso que se dedicaba a construir refugios ecológicos para personas sin hogar.

—Podemos colaborar en el diseño y estamos planeando un programa para ayudar a las personas que viven en la calle a rehacer sus vidas. —Los ojos de Jeremy brillaban y me dejé contagiar por su entusiasmo y su energía.



Pero mi buen humor no duró mucho. En concreto, hasta la siguiente clase, cuando el señor Crawley nos puso un folio delante de la mesa y nos deseó suerte. ¡Oh, no! Me había olvidado por completo del

examen de matemáticas. Una ola de calor se me subió a la cabeza mientras repasaba los ejercicios y tecleaba números en mi calculadora. Cuando lo entregué, ya sabía que no había resuelto ni la mitad correctamente, y la mirada con la que el señor Crawley me examinó al revisar mis garabatos desesperados sobre el papel terminó por desanimarme.

Sentía que se me venía el mundo encima. Recogí la mochila con rapidez, salí de la clase y me dirigí a toda prisa al baño de chicas. Cerré la puerta con pestillo, me senté en la tapa del retrete y me quedé mirando la puerta. No podía seguir así. Sí, mi mundo estaba patas arriba. ¡Pero tenía que recuperar el control de alguna manera!

Me puse las manos en las sienes y, justo cuando estaba a punto de gritar de frustración, se abrió de golpe la puerta del baño. Alguien entró tambaleándose en el cubículo al lado. Oí una respiración ahogada y el sonido de un cuerpo que se deslizaba hacia abajo con la espalda contra la pared. Inmediatamente después oí un sollozo tan furioso e impotente que me estremecí. Luego, el ruido de un bolso y algo cayéndose al suelo. A través del estrecho hueco bajo la pared divisoria lo reconocí: era uno de los sobres rojos. Escuché una tela crujir y a una chica llorando. Como no sabía qué hacer, me quedé inmóvil. Pero al final me armé de valor, abrí la puerta y salí. Durante un segundo reinó el silencio, como si la chica que estaba en el cubículo acabara de darse cuenta de mi presencia y se hubiera quedado paralizada de miedo.

Me aclaré la garganta.

—Oye, ¿puedo ayudarte en algo?

Silencio. Me pareció que había pasado una eternidad. Entonces ella dijo al fin:

—Déjame en paz.

Conocía esa voz. Era…

—¿Milou?

—¡Lárgate!

Sí, era ella sin duda. Ahora estaba segura. Puse una mano en la puerta del cubículo.

—¿Quieres que llame a alguien? ¿A tu hermana o a alguna amiga? —De nuevo, no hubo respuesta—. Por favor, di algo. Estoy preocupada por ti.

Milou respiraba con dificultad. Parecía como si le faltaba el aire, pero se quedó en silencio en cuanto me arrodillé e intenté mirar por debajo de la puerta del baño. En un abrir y cerrar de ojos, agarró el sobre que tenía a su lado, lo sacó de mi campo de visión y se lo metió en el bolsillo. Esperé, sin saber qué hacer. No quería dejarla sola en ese estado.

—No tienes por qué hablar conmigo si no quieres —le dije en voz baja, esforzándome por sonar tranquila—. Pero me quedaré aquí hasta que te sientas mejor, ¿vale? Y si necesitas algo, solo tienes que decírmelo…

Me interrumpí porque Milou se incorporó de repente. Quitó el cerrojo y mi corazón dio un salto de alivio. Sin embargo, me quedé paralizada al instante. Las mejillas de Milou, normalmente sonrosadas, se veían pálidas, y el pelo, perfectamente alisado, estaba hecho un desastre. El delineador corrido le había dejado manchas negras alrededor de los ojos y le temblaban ligeramente las manos.

—Ey.

Quería acercarme a ella. Pero entonces su rostro se endureció. Me

miró fijamente y le temblaron las aletas de la nariz cuando me gritó:

—¡He dicho que te largues! No necesito tu ayuda.

Tragó saliva con dificultad. Estaba haciendo un esfuerzo evidente para no perder los estribos delante de mí. Mi mirada se desvió un instante hacia su bolso, todavía en el suelo, del que asomaba una esquina del sobre rojo. Por un instante, Milou me miró con extrañeza, pero luego se recompuso y sus ojos se estrecharon en dos rendijas.

—Vete. Ahora. —Su voz sonaba tan fría de repente que di un paso atrás instintivamente—. Y olvídate de que me has visto aquí, ¿entendido? Si lo cuentas, a alguien de Haverton o a quien sea, acabaré contigo. Puedes estar segura.

Y con esta promesa, me cerró la puerta en las narices y no volvió a abrirla.

26

Al acabar las clases, me desvié hacia las habitaciones de los universitarios y busqué a Eden para hablarle de los sobres rojos. Tardé un buen rato en encontrarlo, estaba en una de las salas de estudio históricas que estaban a disposición de todos los alumnos de la academia. Sin embargo, no pudo ayudarme mucho porque, según me contó, lo había organizado Belmont y él no sabía nada al respecto. Así que salí del edificio de la escuela sin descubrir nada nuevo y, para colmo, llegué tarde al entrenamiento de equitación. Por suerte, los demás aún no habían empezado, sino que estaban de pie en círculo alrededor de Nat, que estaba presentando a su nuevo caballo y contaba con orgullo que lo había elegido con ayuda de Bellamy en la yeguada de la familia real. ¿Dónde si no?

Me puse junto a Holly Sage y sonreí a Liz en señal de disculpa. Ella le daba mucha importancia a la puntualidad y, cuando comprobó brevemente su reloj de pulsera, no me cupo ninguna duda de lo que estaba pensando.

—Bien, ahora que por fin estamos todos, podemos empezar —dijo, indicándonos que nos subiéramos a los caballos y empezáramos a calentar.

Nada más subir a la silla, Twister trotó hacia Coco con un suave gruñido. En cambio, Theo se dio la vuelta y siguió cabalgando en dirección contraria. Aunque podía ser una coincidencia —no me había mirado—, me sentí dolida. Sí, había hablado conmigo antes en

la escuela. Pero apenas unas palabras muy escuetas y solo porque yo había ido a buscarlo. Por lo demás, me había estado evitando desde la fiesta de cumpleaños de Sabia, y no precisamente de forma sutil. Siempre llegaba el último a los entrenamientos, a veces ni siquiera aparecía y, cuando yo entraba en los establos, él se escabullía en el guadarnés. Y eso a pesar de que habíamos acordado que todo estaba bien entre nosotros y que queríamos seguir como hasta ahora. Sin embargo, para Theo eso significaba volver al punto en el que él hablaba conmigo solo lo justo y necesario y yo lo llamaba Happy.

—¡Louisa, deja libre la pista! ¡Tienes que tener más cuidado! —gritó una chica. Entonces me di cuenta de que Nat venía hacia mí y de que estaba obstaculizándole el paso—. Despierta de una vez —me espetó mientras pasaba de largo.

Puse los ojos en blanco porque su comportamiento me pareció exagerado y ridículo, pero me esforcé por no distraerme. Sin embargo, volví a perder la concentración cuando Liz me llamó para que empezara el recorrido y Holly Sage se inclinó hacia Bellamy y le susurró algo. Ambos me miraron y yo me puse rígida. Twister reaccionó de inmediato, se puso firme y saltó hacia un lado, pasando directamente por el primer obstáculo. Perdí el equilibrio y me caí hacia delante, aunque logré reaccionar a tiempo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Liz—. La distancia estaba bien.

—Yo… no lo sé —mentí y bajé la mirada. *Lo siento, Liz, ahora mismo estoy completamente desbordada y me estoy volviendo un poco paranoica.* Seguro que eso no es lo que una entrenadora quiere oír de una becaria que lleva poco tiempo en el equipo. Liz me miró. Me examinó durante tanto rato que empecé a sentirme cada

vez más pequeña.

—Tienes el cuerpo demasiado tenso —dijo después de lo que me pareció una eternidad—. Da unas cuantas vueltas sentada y asegúrate de que las articulaciones se mueven con el caballo. Y no te olvides de respirar.

Salí de la pista y troté con el caballo haciendo grandes círculos. Pero al cabo de unas cuantas vueltas me di cuenta de que no estaba mejorando. El caballo ladeaba la cabeza y masticaba inquieto el bocado. Sus movimientos eran bruscos, y, cuando Liz me volvió a llamar para que saltara los obstáculos, supe antes de empezar que acabaría en desastre. No nos sincronizábamos, estábamos muy lejos de estar compenetrados, y al final terminamos el recorrido con cuatro derribos. Liz suspiró, dio por finalizado el entrenamiento y me hizo una seña para que me acercara. Me preparé internamente para que me echara una bronca por todo lo que había hecho mal en la clase. Sin embargo, Liz se limitó a mirarme con atención, casi como si esperara que yo fuera la primera en decir algo. Los segundos pasaban y, finalmente, no pude aguantar más.

—Lo siento, Liz. Me he tomado muy en serio tus consejos y he intentado ponerlos en práctica. Pero por algún motivo… no sé. Es que ahora mismo todo me sobrepasa. Y no es por Twister, que es genial y se esfuerza muchísimo. Es culpa mía… no sé qué me pasa.

Me puso una mano en el brazo.

—Bueno, la verdad es que creo que lo sabes muy bien. Y tampoco tenemos que hablar de que ahora mismo tu situación es complicada. Porque eso lo tienes claro y sé que cualquier cosa que yo pueda decirte no va a hacer más que estresarte. Pero sí que me gustaría ofrecerte mi ayuda. —Liz hizo una pausa para acentuar aún más sus

palabras—. Este equipo es importante para mí y, al igual que todos los demás, puedes contar conmigo si algo te preocupa. Así que, si quieres hablar de lo que sea, la puerta de mi despacho está siempre abierta para ti.

—Gracias —susurré. No pude decir nada más, me daba demasiada vergüenza—. Creo que… ya me las arreglaré. Solo necesito un poco de tiempo para retomar el control. Lo solucionaré. Muy pronto. Te lo prometo.

Liz asintió pensativa, aunque no parecía en absoluto satisfecha con mi respuesta. Se pasó la mano por el pelo rubio y corto.

—Te creo. Pero recuerda que dentro de dos semanas vendrán a verte los directores del programa de becas.

¡Mierda, es verdad! La fecha de revisión para evaluar y documentar los progresos de todos los becarios.

—Por supuesto, nadie espera que montes a la perfección en esta primera evaluación. Twister y tú no lleváis mucho tiempo juntos y ya te dije al principio que te lo tomases con calma. Aun así… —*Pero lo que estoy haciendo en los entrenamientos es una vergüenza en todos los sentidos*. *Ya lo sé, lo capto*— …Sería bueno que ese día hicieras un recorrido sólido —concluyó Liz—. Nada espectacular, solo estructurado y sin errores. El comité es muy estricto y los miembros quieren ver resultados. Seguro que puedo interceder por ti, pero mi opinión no es decisiva.

Sonrió con pesar y, aunque no siguió hablando, las palabras no dichas se quedaron flotando en el aire. Entendí lo que quería decirme. Si no me recomponía poco a poco y no hacía el recorrido sin errores ante el presidente del programa, perdería la beca. Mis padres no podrían pagar la matrícula y yo tendría que dejar la

academia. Asentí. De repente sentía un enorme vacío en mi interior. Tenía miedo. Miedo a tener que volver a ir a un colegio público. Miedo a que los periodistas me persiguieran de nuevo. Y miedo a perder a Twister. Aunque en las últimas tres semanas había habido pocos momentos en los que me hubiera sentido realmente como en casa en aquel lugar, me había encariñado mucho con el caballo. No podía ni imaginarme dejar el colegio y separarme de él.

—También he hablado con tus profesores, porque tus resultados en el colegio también influyen en la evaluación —continuó Liz—. Por desgracia…

—Sí, lo sé. —No hizo falta que siguiera hablando—. Lo siento mucho. —Liz me dio una palmadita en el hombro.

—Soy consciente de que has pasado por muchas cosas en los últimos días y también en los meses antes de que llegaras a la academia. No obstante, como instructora, tengo que juzgarte sin prejuicios y dar una respuesta honesta al presidente del programa de becas.

Tragué saliva.

—Lo entiendo.

—En tus vídeos de solicitud de beca vi a una chica joven que no solo tenía talento, sino que además disfrutaba muchísimo montando a caballo. Eso es lo que me gustó de ti. No estabas tan obstinada y tan seria como ahora. A ver si puedes encontrar a esa Louisa que llevas dentro. —Liz me dedicó una sonrisa que pretendía ser alentadora, pero que no me sirvió de nada—. Y pregúntales a tus compañeros si alguien podría entrenar contigo y poner otro caballo a tu disposición. Bellamy, por ejemplo. Conoce muy bien a Twister y, por lo que sé, también entrena con Natalia los días libres.

Asentí, aunque supe inmediatamente que no se lo pediría. Bellamy era muy perfeccionista. Por nada del mundo me dejaría montar uno de sus increíbles caballos. Y la verdad es que no podía culparlo por ello. Tal y como estaba montando en ese momento, yo habría tomado la misma decisión.

—Vale… lo haré —murmuré de todos modos y Liz volvió a sonreírme.

—Nos vemos mañana en clase.

—Sí.

No pude decir nada más. Me di la vuelta rápidamente, y me dirigí a la puerta con Twister. Entonces me di cuenta de que todos me miraban. Bellamy, que estaba desabrochando la cincha de su caballo blanco, se giró para observarme, Nat y Flora intercambiaron una mirada de lo más elocuente y Theo me examinó con insistencia. Contuve la respiración, fijé la vista en un punto en la distancia y caminé hacia él. Así conseguí salir del picadero con la cabeza bien alta. Cuando estuve segura de que estaba lo suficientemente lejos me permití dar rienda suelta a mis sentimientos. Di una vuelta más larga de lo habitual por el recinto para asegurarme de que todos habían terminado de ocuparse de sus caballos y habían salido ya del establo, y solo entonces llevé a Twister a las cuadras, lo desensillé y me senté con él en el box, con la espalda apoyada en la pared. El caballo acercó la nariz a mí y me sopló su cálido aliento en la cara. Le acaricié las crines y puse la mejilla contra la suya.



Solo teníamos dos semanas. ¿Cómo íbamos a conseguirlo? ¿En tan poco tiempo? No podía chasquear los dedos y deshacerme del caos

mental que me perseguía a diario. Sin embargo, tenía que hacerlo de alguna manera si no quería confesarle a mi padre y a Lucinda que no había logrado sobrevivir en Highclare más de un mes. Debía apañármelas para organizarme mejor los días. Y desconectar la cabeza para no estar constantemente pensando en Shiya. En ella y… en Theo.

Pero era muy fácil decirlo. Suspiré, Twister levantó la cabeza y miró hacia la puerta. Al principio no le di importancia. Entonces oí pisadas en el pasillo del establo que se acercaban, disminuían la velocidad y finalmente se detenían justo delante de la puerta de la cuadra de Twister. Las ignoré, suponiendo que quienquiera que fuese pasaría de largo y me dejaría tranquila. Por el contrario, se detuvo y me miró en silencio.

—Mañana por la mañana a las cinco en el picadero.

Esa voz. El corazón me dio un vuelco y levanté la vista. Por supuesto. Era Theo. Tenía los brazos apoyados en la puerta y me miraba fijamente.

—¿Qué? —pregunté, desconcertada.

—Vamos a entrenar juntos —respondió—. Mañana. A las cinco. En el picadero. Si quieres, claro. No hace falta que traigas a Twister.

Mi cabeza empezó a dar vueltas. ¿Lo había entendido bien? ¿Acaso Theo había oído lo que Liz me había dicho? ¿Y ahora quería ayudarme y quedar conmigo? A las…

—¿A las cinco… de la mañana? —Theo enarcó una ceja. Apenas perceptible, aunque suficiente—. Perdona, es que no entiendo… —balbuceé, pero Theo ya había salido por la puerta del establo y caminaba hacia la salida. Sus pasos sonaban cada vez más lejos, y justo antes de salir me dijo:

—Sé puntual, ¿vale? No me gusta esperar.

27

Llovía y el viento me azotaba los oídos mientras caminaba por el patio. Me calé la capucha hasta la frente. Las cinco de la mañana. Qué locura. ¿Quién entrenaba a estas horas? Cuando sonó el despertador y saqué un dedo del pie de debajo de la manta, maldije a Theo y consideré la posibilidad de que solo estuviera poniéndome a prueba y no pensara presentarse. Pero la verdad es que eso no le pegaba nada. Mientras me dirigía al picadero en plena oscuridad, completamente empapada y muerta de sueño, vi una luz encendida en el interior. Empujé la puerta y fui hasta la caseta, donde me escurrí el pelo. Theo ya estaba dándole cuerda a una de sus yeguas castañas por la pista. O eso creía yo. Al principio pensé que era Coco o Alaska. Al fijarme mejor, reconocí la pequeña estrella en la frente del caballo y las finas marcas de sus fosas nasales. Era Skye, la yegua de Nat.

Me senté en silencio y lo observé un momento. Me gustara o no, la nueva información que tenía sobre Theo me inquietaba. Era evidente que a nadie se le notaba si era rico o no a primera vista. Al menos, si no trataba de demostrarlo a propósito. Pero, además, Theo nunca se había comportado como si fuera parte de la élite más exclusiva de la academia. Y al verlo aquí con Skye, me resultaba muy fácil olvidar que veníamos de mundos opuestos.

Theo acababa de hacer que su yegua pasara del trote al galope con un gesto de la mano. Recorrieron juntos el lado largo de la pista

antes de que él aminorara la marcha de nuevo, dirigiéndola con ayudas casi invisibles. Skye se detuvo, retrocedió y volvió a salir al galope. Todo en cuestión de segundos. Finalmente, trotó alrededor de Theo con el cuello bajo, con una oreja girada en su dirección, pendiente hasta de la más mínima señal de su lenguaje corporal.

Nunca había visto a la yegua así. Atenta, relajada y llena de entusiasmo. Con Nat, siempre corría con la cabeza alta, los ojos muy abiertos y los orificios nasales hinchados. Con Theo, en cambio, parecía un caballo completamente distinto. Cuando la detuvo y la invitó a ir con él al centro de la pista, no dudó ni un segundo, bajó la cabeza y dejó que le acariciara la frente. Se quedaron juntos así un momento, luego Theo puso un brazo sobre el lomo de la yegua y se balanceó sobre las puntas de los pies. Al principio no entendía de qué iba todo aquello, pero luego me di cuenta de que estaba intentando acostumbrarla a tener de nuevo un jinete encima de su lomo. Como Skye seguía tranquila, saltó un poco más alto. Una vez, dos veces, hasta que se levantó del suelo y se balanceó sin esfuerzo sobre ella. Skye solo agitó las orejas, sin moverse. Theo sonrió y le acarició el cuello. Observé hipnotizada cómo agitaba las piernas hacia adelante y hacia atrás; a continuación, se tumbó sobre el lomo de Skye y permaneció así hasta que su respiración se volvió más regular y comenzó a masticar, señal de que se estaba tranquilizando. Finalmente, se enderezó de nuevo, le pasó una pierna por encima del cuello y se deslizó por su costado. Volvió a acariciarla entre los ojos y Skye recostó la cabeza contra el pecho de Theo con total confianza. Apenas me atrevía a respirar por miedo a estropear el momento. Pensaba que no se había percatado todavía de que estaba allí. Pero entonces Theo me miró.

—Si te quedas más rato en las gradas, nos vamos a quedar sin tiempo —dijo.

—No quería interrumpir. Ha sido increíble.

En lugar de responder, Theo señaló el borde del picadero.

—Trae ese casco de ahí y pasa para que podamos empezar.

—Claro que sí, Happy —murmuré, sin poder evitar poner los ojos en blanco. Una parte de mí quería decirle que el modo en que se había comportado conmigo desde nuestra última conversación me había sentado fatal y que estaba actuando como el típico niñato rico y pretencioso. Pero tampoco quería arriesgarme a que Theo cambiara de opinión y no quisiera ayudarme con el entrenamiento.

Así que me tragué los comentarios e hice lo que me pedía. Cuando llegué al centro de la arena frente a él, asintió satisfecho.

Me di cuenta de que también tenía el pelo mojado por la lluvia. Se le pegaba a la frente, rizándose ligeramente en las puntas. Le hacía parecer más joven, menos serio y…

Theo carraspeó y yo volví a mirarlo a la cara de inmediato, lo cual no era necesariamente mejor. Porque, estando tan cerca de él, podía ver incluso las motas marrones de sus ojos azul hielo, lo que despertaba el recuerdo de su forma de mirarme la noche de la gala.

—¿Pasa algo?

Sacudí la cabeza con rapidez y me aclaré la garganta.

—No. Solo me estaba preguntando por qué has querido ayudarme.

—¿Y por qué no iba a querer? —respondió.

Porque llevas días evitándome como si tuviera la peste y comportándote como un completo idiota. Como ahora, por ejemplo.

Por un segundo, consideré la posibilidad de decir estas palabras en voz alta. Simplemente era incapaz de entenderlo. Theo era… No

tenía ni idea. Me estaba volviendo loca.

—Bueno… —dije por fin, reuniendo todo mi coraje—. Me da la impresión de que has estado evitándome desde que nos besamos.

Muy bien. Ya estaba dicho. Ahora le tocaba a él responder. Pero, en lugar de hacerlo de inmediato, Theo se limitó a mirarme.

—Te ayudo porque creo que eres una buena jinete. Me parece que tienes más talento que la mayoría aquí en la academia y, lo que es más importante, tienes buena mano con los caballos. Y también creo… —Se interrumpió y, por un momento, pensé que se me paraba el corazón. Theo parecía estar sopesando con cuidado sus palabras—. Creo que Twister no podría tener mejor jinete. Sí, quizá estés un poco más torpe. Pero es algo que se puede trabajar. No hay motivo para que pierdas la beca.

Vaya. De acuerdo. Asentí mientras una sensación de debilidad se extendía por mi cuerpo. No solo porque, al parecer, Theo había escuchado toda mi conversación con Liz, lo cual me hacía preguntarme si el resto del grupo también lo habría hecho. Sino también porque, una vez más, había conseguido evitar mi pregunta y no me atrevía a insistir más.

—Lo más importante es que empecemos poco a poco. Si no, estaremos perdiendo el tiempo.

Theo me quitó el casco de la mano, abrió el cierre y me lo puso en la cabeza. Para mi sorpresa, era de mi talla. Me preguntaba para qué lo necesitaba. Al fin y al cabo, se suponía que no tenía que traer a Twister.

—¿Vienes? —Theo se puso en marcha con Skye sin decirme qué pretendía hacer. La llevó hasta la barandilla, justo al lado de escalera, y me indicó que me subiera a la yegua. Espera, ¿quería

que montara a Skye? Ni siquiera llevaba silla ni bocado, tan solo una cabezada con una cuerda. Y además…

—No creo que a Nat le parezca bien.

Estaba segura de que no me soportaba. Y Theo tal vez la odiaba aún más.

—No tengo que preguntarle a Nat —respondió—. Y menos aún cuando se trata de mis caballos.

Pero Skye era…

Theo sacudió la cabeza como si me hubiera leído el pensamiento.

—Me la regaló delante de todo el mundo, ¿no te acuerdas?

Sí, lo recordaba. Aunque no creía que lo hubiera dicho en serio.

—Y para hacerlo oficial, le extendí un cheque después de clase y le pedí que me diera los papeles.

—¿Has comprado a Skye? —Theo asintió.

—Sé perfectamente que hay que andarse con mucho ojo con los regalos de Natalia. Así que le pagué una cantidad ridícula por la yegua y ella se rio de mí y me dijo que era aún más estúpido de lo que pensaba.

Se encogió de hombros y le acarició el cuello a Skye. Luego señaló la escalera. Subí los escalones, pero no me atreví a montarme a lomos de Skye.

—¿Estás seguro? —Theo no me contestó—. Solo te lo pregunto porque sé lo sensible que es. No quiero agobiarla. ¿Y si no le gusta que la monte? —Sabía lo difícil que podía ser ganarse la confianza de un caballo que había tenido malas experiencias—. No quiero estropear el trabajo que has hecho con ella.

—Entonces ten cuidado.

Theo esbozó una ligera sonrisa y de repente… allí estaba de

nuevo, un delator escalofrío recorriéndome la espalda. Maldita sea, ¿por qué tenía que gustarme tanto?

—Venga, vamos —dijo—. No te dejaría subir a un caballo mío si no confiara en ti.

—Vale, de acuerdo.

Me subí muy despacio al lomo de Skye. La yegua se quedó muy quieta, con las orejas hacia mí. Le acaricié las crines y, cuando Theo se puso en marcha, ella lo siguió. Aún no sabía qué tenía Theo en mente, pero, cuando le indicó a Skye que caminara en círculos a su alrededor, tuve una corazonada.

—¿Vamos a dar una clase de equitación para niños?

Theo sonrió.

—Me temo que esta yegua no sería muy adecuada para eso.

—Ya sabes lo que quiero decir. —Dibujé un círculo en el aire con la mano y lo miré interrogante, pero él fingió no entenderme.

—Tú relájate, siente sus movimientos y concéntrate en tu propio cuerpo. ¿Estás sentada recta? ¿Tienes los hombros firmes? ¿Los movimientos de Skye pueden fluir a través de ti o tienes algún bloqueo?

Ah, ya. Ahora me daba cuenta de lo que pretendía. Theo quería que me dejara llevar, que me centrara en los detalles y que trabajara en mi asiento y mi equilibrio. Todo muy importante, sin duda. Pero… precisamente en este momento, cuando mi beca dependía de que Twister y yo hiciéramos el recorrido sin fallos… ¿Realmente teníamos tiempo para esto?

—Respira, Louisa —me reprendió Theo—. No con el pecho, sino con el diafragma. Suaviza la mirada, relaja la cara y deja de pensar que me quieres matar. Ya habrá tiempo para eso después del

entrenamiento. Lo único que vas a conseguir ahora es irritar a Skye.

Pillada. Respiré hondo. Vale… Theo había decidido ayudarme, y si él creía que necesitaba sentirme de nuevo como niña de tres años montando en poni por primera vez, le seguiría la corriente. Solo por esta vez. O al menos durante unos minutos.

Skye levantó la cabeza y noté cómo arqueaba la espalda debajo de mí.

—Estás conteniendo la respiración otra vez.

Maldita sea, ¿cómo lo sabía? Theo sonrió.

—He elegido a Skye para esta lección por una razón. Es perfecta porque refleja cómo estás tú y te alerta inmediatamente cuando no estás relajada o tu mente divaga. Twister también es muy sensible, pero es demasiado bonachón para el trabajo que tenemos que hacer hoy. Pasaría por alto muchos errores. Skye, en cambio, te muestra hasta la más mínima tensión de tu cuerpo.

Se acercó a mí, detuvo la yegua y se puso a mi lado. Extendió una mano hacia mi rodilla, pero se detuvo antes de rozarme.

—¿Puedo? —preguntó en voz baja y recordé nuestro entrenamiento con Twister. En esa ocasión también me había pedido permiso para tocarme. Era bastante insólito, teniendo en cuenta la facilidad con que la gente suele acercarse, abrazarte o darte palmaditas en el hombro sin que nadie se lo pida.

—Sí, claro —asentí yo y, aunque estaba preparada para su contacto, me estremecí cuando Theo colocó suavemente una mano bajo mi rodilla, agarrándome la espinilla con la otra. Me miró como para asegurarse de que no estaba incómoda. Entonces, empezó a moverme la pierna con un movimiento apenas perceptible y esbozó una sonrisa ligera cuando perdí el equilibrio.

—Relájate —murmuró. El sonido de su voz, profunda y grave, me puso la piel de gallina—. Permite el movimiento, no intentes controlarlo.

Theo dibujó círculos con mi pierna suavemente, me movió la rodilla y el tobillo y luego repitió el proceso en el otro lado. Para terminar, me pidió que sacudiera los brazos y colocara los dedos entre los suyos para que pudiera aflojarme la muñeca.

Cuando me agarró las manos y sentí su piel sobre la mía, contuve la respiración. El calor que emanaba de las manos de Theo me recorrió todo el brazo, bullendo por mi torrente sanguíneo y precipitándose hasta la punta de mis pies.

—Respira —susurró; sin embargo, por el movimiento de su pecho me di cuenta de que a él también le costaba hacerlo con normalidad. Nos miramos a los ojos, durante tres o cuatro segundos. Pero, de repente, dio un paso atrás. Sus manos se separaron de las mías, se atusó la chaqueta y retrocedió otro paso. Durante unos segundos no paso nada. Cuando Theo por fin dijo algo, su voz sonaba áspera e inexpresiva.

—Ahora que has relajado los músculos y has trabajado la movilidad, deberías sentir las piernas más largas y pesadas. ¿Lo notas?

Asentí con la cabeza. Sí, sentía muchas cosas. El cosquilleo entre los dedos, justo donde acababa de estar su mano. Y la decepción de que hubiera vuelto a poner kilómetros de distancia entre los dos con una sola frase.

—Vale, genial. Sigamos entonces.

Rápidamente, Theo volvió a indicarle a Skye que caminara en círculos. Parecía que le faltaba tiempo para alejarse de mí lo máximo

posible.

Nos quedamos callados durante unas cuantas vueltas, hasta que él relajó los hombros, inspirando y espirando profundamente un par de veces. Yo, en cambio, tardé un poco más en recomponerme, así que Skye sacudió la cola, reflejando con claridad el torbellino que se agitaba en mi interior. Solo conseguí concentrarme cuando Theo empezó a hablarme de nuevo y poco a poco volví a concentrarme en mi cuerpo y en su voz, tranquila y cálida, que guiaba mi atención primero a las piernas, luego a la columna vertebral hasta, finalmente, llegar a la cabeza y a los brazos.

—Muy bien —dijo en algún momento. Hacía un buen rato que había perdido la noción del tiempo y mi mundo consistía solo en sus palabras, el balanceo de Skye y el suave sonido de sus pezuñas en la arena. Con un giro de su cuerpo, le indicó a la yegua que volviera al centro, desenganchó la cuerda y sacó unas riendas de cuero, que enganchó a la cabezada y colocó en el cuello de Skye.

—Solo para asegurarnos —añadió—. Sigue montando única y exclusivamente sobre tu asiento. Si quieres parar, espira; si quieres cabalgar, inspira.

Theo me dejó paso y guie a Skye hasta el borde de la pista. Esta vez me resultó más fácil relajarme, así que Skye resopló e inclinó el cuello. Theo me hizo un gesto con la cabeza.

—Y ahora imagina que hay un hilo invisible que conecta tus caderas con las patas traseras de Skye, y que puedes utilizarlo para tirar de ella hacia delante. Alarga su zancada en los lados largos de la pista y acórtala de nuevo en los lados cortos. Pero no lo hagas activamente, tan solo piénsalo, ¿de acuerdo?

No respondí, sino que me limité a hacer lo que decía. Para mi

sorpresa, Skye empezó a avanzar con más diligencia. Aquello era… ¡una locura! Entusiasmada por los resultados, volví a intentarlo, alternando zancadas largas con zancadas cortas, mientras mi sonrisa se ensanchaba cada vez más. Cuando Theo me indicó que acelerara un poco el paso y Skye empezó a trotar por la pista completamente relajada y con las orejas giradas hacia mí, atenta a todas mis señales y deteniéndose incluso cuando yo exhalaba, ya no me pude aguantar más. Me bajé de su lomo, me eché a reír y abracé a la yegua por el cuello. Me costaba creer que fuera la misma que hacía apenas unos días había cruzado el picadero y se había estrellado contra el obstáculo con Nat subida a su lomo.

—¡Increíble! —exclamé volviéndome hacia Theo—. Es una pasada lo que has hecho con ella. Eres un mago.

Sonrió.

—Estrictamente hablando, la maga eres tú. Después de todo, tú la estabas montando. Yo me he limitado a quedarme en el centro de la pista y a darte algunos consejos.

—Bueno —lo interrumpí—, has estado entrenando con ella. Ya habíais practicado juntos todos estos ejercicios.

—No del todo. —En la comisura de sus labios se dibujó una sonrisa y Theo se metió las manos en los bolsillos del pantalón—. He trabajado con ella pie a tierra y sí, me he subido a su lomo alguna vez, pero no la había montado todavía, ni al paso ni al trote. Pensaba que aún no estaba preparada.

—¿En serio? —Era consciente de la enorme muestra de confianza que eso suponía. Quizá para otros, montar a Skye al trote con las riendas largas no habría sido gran cosa. Pero para mí sí lo era. Porque, al dejarme hacerlo, Theo estaba diciéndome muchas cosas,

y me estaba haciendo un regalo que de verdad significaba mucho para él.

—Gracias. —Lo miré sorprendida y él añadió sonriendo—: Ha estado muy bien, ¿no crees?

—Sí, ha estado genial —respondí con voz ronca. Una sensación de calidez invadió mi cuerpo. Le quité rápidamente las riendas del cuello a Skye, la llevé afuera y, mientras lo hacía, no pude evitar lamentarme. Porque con Theo siempre me sentía así. Increíblemente bien. Como si todo estuviera donde debía estar. Pero, al mismo tiempo, sabía que sería mi perdición.

28

A partir de ese día, Theo y yo empezamos a quedar a diario. A las cinco de la mañana, sin importar si era fin de semana, si tenía un examen o si había tanta niebla que era imposible distinguir tu propio dedo delante de la cara.

—Por las tardes tengo que estudiar —me dijo cuando le pregunté por qué no podíamos vernos después de clase—. Además, a las cinco nunca hay nadie. No me apetece discutir con personas que no tienen ni idea de cómo trabajamos, dispuestas a darme su opinión sin que se la haya pedido.

Traté de replicar, pero él respondió: «mi entrenamiento, mis reglas», y con eso dio el tema por zanjado. Así que no me quedó más remedio que seguir madrugando, a pesar de mis ganas de estampar el despertador, obligarme a salir de debajo de la manta y preguntarme, todavía dormida y tiritando, si valía la pena. Porque aún no estaba segura. Aunque, tras el quinto día consecutivo, ya no me costaba tanto levantarme ni me sentía tan atontada cuando salía por la puerta en completa oscuridad. Aun así, todo era muy frustrante. Sentía una gran admiración por Theo y por su forma de trabajar con los caballos. Pero estaba empezando a impacientarme y, no podía evitar sentir que me estaba quedando sin tiempo mientras Theo y yo trabajábamos en perfeccionar mi asiento en lugar de practicar el recorrido de obstáculos.

El segundo día que quedamos, Theo me pidió que trajera a Twister

y yo esperaba que por fin empezáramos a montar en serio. En cambio, nos limitamos a repetir el mismo programa de entrenamiento, incorporando los ejercicios al galope y añadiendo los pasos laterales. El último día, me había dejado montar con silla por primera vez, asegurándose de que no volviera a caer en mis viejos patrones y de que no acumulara tensión innecesaria en las piernas. Y sí, entendía por qué lo hacíamos, y era fascinante ver lo fácil que se había vuelto nuestra conexión, cómo Twister se movía con más libertad y cómo parecía buscar el contacto con las riendas él solo. Pero también sabía que no iba a impresionar a los responsables del programa de becas montando en círculos con ayudas invisibles y alargando las zancadas de Twister con solo pensarlo. Todo eso era genial, sin duda. Pero en este momento necesitaba algo diferente. Tenía que practicar los saltos si no quería suspender el examen de la semana siguiente.

Aunque Liz me había elogiado en las últimas clases de equitación y había notado que tenía mejor equilibrio en general, eso no cambiaba el hecho de que todavía no montaba al nivel al que estaba acostumbrada en casa con Orión y al que se esperaba de mí en la academia. Mi trabajo solo se podía calificar de aceptable, como mucho. No de sobresaliente. Y mucho menos como merecedor de una beca.

Sin embargo, Theo no parecía preocupado al respecto. Insistía en que sabía saltar y en que mi problema estaba en otra parte. En mi cabeza, para ser más exactos, en mi inquietud interior y en mi nivel de autoexigencia. Ignoraba por completo mis protestas y, cuando notaba mis dudas, se cruzaba de brazos y levantaba una ceja: era su forma de decirme que podía dejarlo en cualquier momento si no

confiaba en él.

Durante el día, me mantenía despierta a base de café, y caía exhausta en la cama por la noche, mientras los demás seguían de juerga en la piscina, veían series o jugaban al billar. Por lo menos, no tenía novedades de Shiya. Kami me informaba a diario de las noticias importantes. Pero, para mi sorpresa, mi madre no presentó batalla. Hasta entonces, no había concedido ni una sola entrevista y se había atrincherado tras los muros de su mansión de Malibú, probablemente para planear con su equipo directivo los próximos pasos que debía dar.

Y, en este momento de mi vida, agradecía cada día que pasaba sin que ella moviera ficha. Ya tenía suficientes problemas.

De vez en cuando me daba cuenta de que Atlas me observaba de reojo en el comedor. No decía nada, pero me hacía saber con la mirada que no le pasaban desapercibidos mis frecuentes bostezos y mis ojeras. Sin embargo, a juzgar por el rictus de sus labios, debía de imaginarse que mi falta de sueño tenía otros motivos. A principios de semana me había abordado como si nada para preguntarme si quería ir a nadar con él otra vez. Rechacé su oferta. En cuanto pasara la reunión con el comité de becas, volvería a hablar con él y le preguntaría qué mosca le había picado la mañana después de la gala. Quería acabar con el mal rollo que había entre nosotros. Pero en ese momento necesitaba cada minuto libre para entrenar con Twister y estudiar.

Atlas asintió, aunque vi en su mirada que no le gustaba mi respuesta. Sin embargo, me dejó espacio. Nadie más me preguntó por qué salía de casa tan temprano por las mañanas. En especial porque todo el mundo estaba pendiente de una sola cosa: los sobres

rojos.

Había aparecido otro de ellos en Haverton. Estaba en el vestíbulo, tirado en el suelo de mármol como una mancha rojo sangre. Si no había entendido mal, se trataba de una invitación a una misteriosa fiesta que tendría lugar el fin de semana siguiente, en una ubicación desconocida. Ni siquiera Eden parecía saber de qué se trataba, lo cual le molestaba visiblemente. Al menos una vez al día nos recordaba a cada uno de nosotros que teníamos que organizar con urgencia nuestra propia y aún más ingeniosa campaña para derrocar a Belmont, y que esperaba que esa noche hiciéramos la aparición más glamurosa de nuestras vidas para eclipsar a Ekaterina.

Aquello no podía interesarme menos. No quería saber qué tenía que ver todo esto con las cartas anteriores, ni qué llevaría quién en la fiesta, ni si debíamos ir todos del mismo color o con complementos idénticos. ¿Lentejuelas o mejor un pin? Me daba exactamente igual.

Tenía que concentrarme en algo mucho más importante. De lo contrario, el día de la fiesta estaría en mi casa, encerrada en mi habitación de Silvermore, escondiéndome de los paparazzi detrás de las cortinas. A mis padres, que seguían durmiendo en casa de la abuela, todavía no se lo había contado y rezaba para que no llegara el momento. Sin embargo, siendo realista, sabía que las cosas no pintaban nada bien para mí. Mi beca pendía de un hilo.

El viernes, apenas una semana después del examen de matemáticas, el profesor Crawley nos devolvió los exámenes corregidos y me pidió que me quedara a hablar con él al terminar la clase. Ni siquiera miré la nota y metí el examen en una carpeta sin prestarle atención. Estaba claro qué quería decirme. Así que al final

de la clase esperé a que todos se fueran y me acerqué a él con los hombros caídos.

—Louisa, he pensado que podríamos hablar —empezó él y me preguntó cómo me iba en la academia, si me encontraba bien y qué tal me sentía tras lo sucedido en la gala. Respondí escuetamente, porque era evidente a qué venían sus preguntas. Al final, como era de esperar, el profesor Crawley suspiró.

—Estoy preocupado por ti —dijo mirándome con seriedad—. He estado ojeando tu solicitud y tu expediente y tengo que decir que tus resultados son notables. Pero…

—Lo sé —murmuré. No hizo falta que terminara la frase.

El profesor Crawley asintió.

—No sé si lo sabes, pero también soy el orientador de la escuela. Así que si alguna vez quieres hablar de algo…

—Vale, gracias.

Tragué saliva. Ya había tenido esta conversación con Liz y sabía que, al igual que ella, tenía buena intención. Solo que ahora no me sentía capaz de hablar de mis sentimientos. Así que asentí y contuve las lágrimas, repitiéndome sin cesar que no podía derrumbarme. No delante de mi profesor, por muy simpático que fuera el señor Crawley.

De camino a la salida, saqué el móvil para mandarle un mensaje a Theo.

«Se me está acabando el tiempo. Tenemos que cambiar nuestro entrenamiento de una vez o me echarán del colegio».

Dudé un momento, pero después le escribí también que había suspendido el examen de matemáticas y que las cosas se estaban poniendo realmente feas para mí. Tenía que entender la gravedad de

la situación. Antes de que pudiera cambiar de opinión, pulsé enviar. Recibí su respuesta casi de inmediato.

«Ven esta tarde a las cuatro al picadero. Tengo una propuesta para ti».

29

Por fin llegas —me saludó Theo, aunque había llegado a la pista antes de la hora acordada. En uno de los picaderos, el resto del equipo ya estaba entrenando. Liz no estaba, pero Bellamy se había ofrecido a sustituirla, y yo esperaba que no me guardara rencor por haberme escaqueado para entrenar con Theo… *Un momento. ¿Qué diablos…?* Miré atónita la pista mientras mi cerebro procesaba todo en cuestión de segundos: Theo, montado en su yegua Alaska sin silla, con la ayuda de un simple anillo en el cuello del animal, cabalgaba llevando a Twister, ya ensillado y sujeto con una cuerda. Había varios bidones colocados en triángulo en el centro, algunos sombreros de colores y unas barras en forma de L. El picadero parecía decorado para una fiesta infantil, y no pude evitar sentir que en cualquier momento entraría un grupo de niños de seis años montados en ponis.

—Pareces desconcertada —dijo Theo y yo asentí. Desconcertada no era la palabra.

—¿Qué es todo esto?

Theo se acercó con los caballos hacia mí y se detuvo frente a la tribuna.

—Has pedido un recorrido y aquí lo tienes.

¡No podía ser!

—No veo ningún obstáculo —le reproché sin poder reprimir mi creciente enfado—. Al menos no obstáculos como es debido.

Los diminutos obstáculos que había distribuido por la pista eran lo bastante bajos como para que pudiera sortearlos sin esfuerzo y sin caballo. Justo al lado descubrí también un bidón con una barra y una banderita. ¡Theo estaba alucinando! No sabía cómo este circuito iba a ayudarme a conseguir mi objetivo. ¿Qué se proponía haciéndome perder el tiempo de esa manera?

—Es una broma, ¿verdad? ¿Qué es esto? ¿El escenario de un cumpleaños infantil?

—Equitación de trabajo.

—¿Qué?

—Se llama equitación de trabajo —repitió—. Es una disciplina de competición, y en la categoría superior se hacen, entre otras cosas, apoyos al galope, piruetas y cambios de pie, todo con una sola mano y principalmente con ayuda del peso y de los muslos.

Vale, muy bien. ¿Y qué? En este momento, no me interesaba nada de eso. Me crucé de brazos. La posibilidad de perder la beca, mi miedo al fracaso y la frustración de los últimos días se me habían acumulado en el estómago y querían salir a la superficie con fuerzas redobladas.

—¿Tienes idea de cómo me siento ahora mismo? —solté apretando los dientes—. Mi futuro entero está en juego y tú te estás burlando de mí.

Hice un gesto con la mano sobre la arena, esforzándome por no gritar, llorar o tener un maldito ataque de nervios.

—No recuerdo haberme reído de ti en ningún momento —dijo Theo, completamente tranquilo—. Y tal vez deberías escuchar primero lo que he pensado.

Se me escapó un resoplido mientras una voz en mi interior me

recordaba que no tenía ningún derecho a enfadarme con Theo. Llevaba días sacrificando su tiempo libre por mí sin que tuviera ninguna obligación de ayudarme. Pero en ese momento estaba furiosa, tanto que fui incapaz de responder. Solo podía apretar los dientes.

—Crees que mi forma de entrenar no te está ayudando —continuó Theo con calma—. Y quieres saltar. Lo entiendo, en serio. Pero sigo creyendo que los obstáculos no son el problema de verdad. Así que te propongo un trato. ¿Qué te parece si los dos —hizo una pausa dramática— …echamos una carrera? En este recorrido. Y a contrarreloj. Si ganas, de ahora en adelante, entrenaremos como tú creas conveniente. En cambio, si gano yo, harás lo que yo te diga sin rechistar.

—¿Y vas montar así? —Observé con escepticismo el anillo con el que sujetaba a su yegua sin ensillar y Theo asintió.

—Sí. No quería dejarte fuera de juego desde el principio.

Menudo imbécil. ¡Como si necesitara ventajas para ganarle! Pero, solo por esta vez, no insistiría en montar también sin silla solo para competir en igualdad de condiciones. Al fin y al cabo, mi permanencia en Highclare estaba en juego.

—Si te gano, ¿no me echarás en cara luego que no ha sido justo?

—De ningún modo. Te felicitaré y a partir de mañana haremos lo que tú digas. —Una leve sonrisa apareció en los labios de Theo, tan solo por un segundo—. Al menos durante el entrenamiento.

Vale. Asentí despacio con la cabeza, preguntándome cuál era el truco.

—Trato hecho. Pero déjame dar primero un par de vueltas para despejarme.

No podía subirme al caballo en el estado de agitación en el que me encontraba. Primero necesitaba calmarme o de lo contrario no tendría ninguna posibilidad, por mucho que yo montara con silla y con riendas.

—De acuerdo. —Theo sonrió y volvió a subirse al caballo—. Yo voy a calentar con los caballos mientras tanto. Date todas las vueltas que necesites. Te espero.

Sin decir nada, bajé los escalones de la tribuna y salí por la puerta. Hacía calor: era uno de esos raros días a principios de octubre en los que la temperatura superaba los veinte grados, y el sol de la tarde me ayudó a liberarme de mis turbulentas emociones. Con cada paso que daba alrededor del picadero, sentía la cabeza más despejada, y la tormenta que bullía dentro de mí se aplacaba poco a poco. Bueno, si Theo insistía en competir conmigo, yo no iba a replicar. Él no tenía por qué saber cuántas veces había participado con Kami en torneos de salto y carrera, en pruebas de habilidad o en *rallies* ecuestres. Si había algo que se me daba bien era este tipo de recorridos. Podría hacerlo con los ojos vendados. Una media sonrisa se dibujó en mis labios y, cuando volví a entrar en la sala, ya no quedaba ni una pizca de furia dentro de mí. Solo sentía determinación. Theo no tenía ni idea de dónde se había metido. ¡Mañana empezaríamos con los saltos!



Twister aguzó el oído cuando nos colocamos junto a Alaska para repasar con Theo el orden en que atravesaríamos los obstáculos. Comenzaríamos desde lados opuestos para no cruzarnos. Yo empezaría pasando por la serie de conos en zigzag. A continuación,

tenía que rodear cada uno de los bidones, atrapar la bandera y llevarla lo más rápido posible a otro bidón que estaba un poco más lejos, en una de las esquinas del picadero. Después, seguían los pasos laterales sobre una barra colocada en el suelo, dos pequeños saltos, una L invertida y, por último, una diagonal hasta la línea de meta.

Nos colocamos en posición, Theo me lanzó una mirada inquisitiva y, cuando asentí, empezó la cuenta atrás. Cuando llegó al cero, ambos salimos al galope desde la línea de salida. Antes de llegar a la serie de conos, reduje la velocidad para no cometer errores. Twister estaba muy concentrado, atento a cada una de mis señales. Nada más dejar atrás los conos, salió disparado directo hacia los bidones. Mientras los rodeábamos, me sentí como una amazona de carreras de barriles. En una ocasión, Twister giró tan bruscamente que por un momento perdí el equilibrio, pero enseguida lo recuperé. Le eché una mirada de soslayo a Theo, que acababa de recorrer hábilmente con Alaska la L invertida, haciéndola girar sobre sus cuartos traseros. No pude seguir observándolo, porque ya estábamos llegando al siguiente obstáculo. Agarré la bandera y animé a Twister. Mi caballo pío reaccionó con rapidez. Parecía saber exactamente lo que teníamos que hacer, y cuando pasamos volando junto al siguiente bidón y logré hundir la bandera en él con precisión, di un grito de júbilo. Sin embargo, al llegar a la barra del suelo perdimos unos segundos, ya que solo pude hacer que Twister la esquivara al paso. A pesar de todo, superamos los obstáculos bajos en un abrir y cerrar de ojos. Ahora solo nos quedaba la L invertida. No fue tan fácil: Twister estaba demasiado entusiasmado y no podía correr lo bastante rápido. Se movía nervioso hacia atrás y yo tenía que

empujarlo hacia delante para que no cruzara la barra por accidente. Pero en el segundo intento lo conseguimos y, como si fuera consciente de que cada segundo era crucial, Twister giró y salió al galope, directo hacia la línea de meta. Al otro lado, Theo y Alaska también habían salido disparados.

—¡Vamos, Twis! —grité, inclinándome hacia delante con las riendas largas. Twister aceleró y cruzamos la meta… un par de metros por detrás de Theo. Dejé que Twister galopara unos metros más y, cuando aminoró la marcha y se puso al paso, resopló satisfecho. Meneó las orejas y las giró hacia atrás, como si esperara mi orden para empezar la segunda vuelta. Inmediatamente después, se puso a escarbar el suelo con los cascos. Miré a Theo.

—Twister quiere la revancha. —Theo sonrió.

—Por mí vale. Pero eso no cambia el hecho de que te he ganado.

—Sí, sí, está bien —contesté poniendo los ojos en blanco. Sin darle tiempo a decir nada más, animé a Twister e iniciamos de nuevo el circuito.

—¡Eh! —oí a Theo gritar detrás de mí, pero, apenas un segundo después, me alcanzó en el recorrido. Esta vez fue aún mejor. Twister se soltó de verdad. Por primera vez desde que estábamos juntos, sentí su entusiasmo y su afán por entender y poner en práctica cada una de mis indicaciones en cuestión de segundos. Me dio la sensación de que en esta ocasión quería ganar a toda costa, y cuando llegamos a la meta galopando los primeros, levanté el brazo y felicité a Twister efusivamente. Theo también sonrió, se bajó de la yegua y se acercó a mí.

—Si siempre montaras así, no tendríais ningún problema —dijo cuando bajé de la montura—. De verdad, ha sido una carrera

estupenda. —Theo me sonrió—. Ha sido divertido, ¿verdad?

Le devolví la mirada intentando mantener la compostura, pero no pude evitar que las comisuras de mis labios se elevaran.

—Venga ya… —Theo me rodeó con el brazo—. No te va a pasar nada por reconocer que tengo razón.

—Olvídalo —repuse riendo—. ¡Nunca admitiré que tengas razón en nada!

Él resopló, aunque enseguida volvió a sonreír y me apretó un poco más fuerte contra él, lo que no hizo más que aumentar la sensación de felicidad que me invadía después de la carrera con Twister.

—¡Aquí estáis! —gritó alguien. Me sobresalté y supuse que Theo quitaría la mano de inmediato de mi hombro. Para mi sorpresa, no lo hizo.

—¿Acaso pensabas que Theo estaría en otro sitio? —replicó riendo una segunda voz. Acto seguido, Sabia y Avery aparecieron en la tribuna.

—Oye, tío, ¿alguna vez miras el grupo de Whatsapp de Sir Archer? ¿O el Instagram?

Theo negó con la cabeza.

—No, ¿por qué?

Avery se dio una palmada en la frente.

—Porque has estado a punto de perderte el evento del año.

—¡Sí, menos mal que nos tienes a nosotros! —exclamó Sabia—. Puedes agradecérnoslo encargándote de uno de mis turnos de limpieza. ¡Pero ahora tenéis que daros prisa!

—Pero ¿por qué?

Theo seguía tan confundido como yo. Sabia y Avery intercambiaron una mirada que probablemente significaba algo así

como: «Increíble, realmente no tiene ni idea de qué le estamos hablando».

—Jasper va a dar una fiesta sorpresa hoy y va a presentar su nueva canción. Envió las invitaciones hace una semana y lo anunció ayer por la noche en sus redes sociales. Si no hubieras estado escondido en tu habitación todo el tiempo, te habrías enterado.

Sabia sacudió la cabeza, como si no se creyera que alguien pudiera vivir tan aislado.

—Y lo mejor de todo es que va a interpretar su single exactamente tal y como tú… —Avery me señaló con el dedo —lo anunciaste en el post que colgaste a traición en su cuenta.

¿En el post…? Espera, pero en aquel post ponía que Jasper cantaría su single en el jardín de Haverton, vestido tan solo con una bandera y…

—Estás de coña, ¿verdad? —Avery golpeó con ambas manos la barandilla del picadero.

—No. Es tal cual te lo cuento. Y vosotros dos deberíais daros prisa si no queréis perdéroslo. Bellamy y las chicas ya han dejado los caballos pastando en el prado y están en camino. Sois los últimos.

—¿Una fiesta en Haverton? —preguntó Theo, y Sabia asintió.

—Y antes de que digas que no va contigo, Gary nos ha advertido que los que no vayan a la fiesta tendrán que encargarse de cocinar durante un mes. Sin ayuda.

Theo frunció el ceño.

—Además, nosotros somos de Remington —añadió Avery—. Nos mantenemos unidos y nos apoyamos mutuamente. —Theo suspiró, pero su amigo no le dejó alternativa—. Te propongo que Sabia y yo nos encarguemos de recoger vuestro… —miró a su alrededor— …

parque infantil…

—Es un circuito de equitación de trabajo —replicó Theo refunfuñando.

—…y vosotros, mientras tanto, os encargáis de llevar a los caballos a las cuadras.

—Sí, y rapidito —gritó Sabia—. No os entretengáis dándoos el lote en el establo.

Theo arqueó las cejas a punto de replicar algo. En cambio, se tragó las palabras, le quitó las riendas a Twister y me hizo un gesto para que lo siguiera. No lo dudé ni un segundo. Si Jasper iba en serio, ¡no podíamos perdérnoslo bajo ningún concepto!

30

Jasper está como una cabra —fue lo primero que dije cuando entramos en el majestuoso jardín de Haverton.

—¿Y te das cuenta ahora? —murmuró Theo detrás de mí. Sin embargo, él también se quedó atónito—. ¿Cuándo ha montado todo esto?

—Ni idea.

Por la mañana, al salir de la casa antes de las clases, todo parecía normal. Después de la última hora, me había ido directamente al establo y me había cambiado de ropa allí. Al parecer, alguien, aunque no sabía quién, había aprovechado ese tiempo para convertir el jardín en un auténtico paraíso para cualquier *influencer*. Al igual que Theo, yo tampoco me había enterado del evento y ahora, al ver el jardín decorado delante mí, me daba cuenta de lo aislada que había estado en los últimos días.

Me puse a dar vueltas, completamente abrumada, sin saber a dónde mirar primero: si a los globos dorados que ondeaban sobre los setos formando el nombre de Jasper y el de su canción *This Girl* o a los enormes flamencos hinchables que flotaban en la piscina exterior climatizada, sobre los cuales Eden estaba tumbado, acompañado de dos chicas que no había visto nunca. Pero… espera… ¿no era esa la ganadora de ese programa de modelos?

Avery captó mi mirada.

—Es muy raro ver caras desconocidas por aquí, ¿verdad? Jasper

ha conseguido un permiso especial. También para poder subir contenido a redes sociales, lo cual significa que tenemos permiso para hacer fotos y grabar todo lo que queramos esta noche. Es una ocasión sin precedentes.

—¡Vamos, moveos! —Sabia nos empujó, pasando por delante de decenas de invitados, que con toda seguridad no eran alumnos de Highclare. Reconocí a una cantante y algunas otras caras me resultaron vagamente conocidas. Quizá eran estrellas de internet que Kami me había enseñado en alguna ocasión. En medio del césped descubrí al profesor Crawley, que estaba hablando con Jeremy, con una chica de Belmont y con una profesora cuyo nombre no conocía. Cuando mi profesor se dio cuenta de que lo estaba mirando, me hizo un gesto con el cupcake que sostenía en la mano y yo, vacilante, se lo devolví para saludarlo. ¿Qué era esto? ¿Una especie de estrambótico mundo paralelo? El jardín estaba repleto de gente con copas de champán o móviles en la mano, que reían demasiado alto y se hacían selfis.

Coraline y Haru también estaban allí, y me quedé estupefacta al ver cómo ella se colocaba junto a una figura de cartón de Jasper a tamaño real y le daba un beso en la mejilla levantando el pie. Haru le enseñó la foto, pero tuvieron que irse corriendo, porque los siguientes ya estaban esperando para dejar la huella de su pintalabios en la imitación de cartón de Jasper.

Sacudí la cabeza. Esas chicas normalmente pasaban de Jasper y… Espera, ¿era una rosa lo que sostenía en la mano el Jasper falso? ¿Como si fuera el protagonista de la nueva temporada de *The Bachelor*? No podía ser verdad ¡A Jasper se le había ido la olla! Aunque, si a alguien le pegaba hacer algo así, era a él. Theo se

inclinó hacia mí.

—Sí, yo también me estoy preguntando cuándo nos hemos caído en la madriguera del conejo y, sobre todo, cómo vamos a salir de aquí.

Me reí de la ocurrencia.

—¿No tuvo que derrotar Alicia a la Reina de Corazones para conseguirlo?

—No exactamente, creo. Pero podemos intentarlo de todos modos. Ahí está. —dijo sonriendo y señalando a Ekatarina, que caminaba entre la multitud con un vestido de cóctel ajustado y brillante y una chaqueta blanca como la nieve. Todo el mundo le estaba sacando fotos con el móvil, y me di cuenta de que yo todavía llevaba puesta la ropa de montar, mientras que los demás parecían listos para salir en las páginas de una revista de moda. Theo y yo nos habíamos quitado las botas y nos habíamos puesto unas zapatillas, pero eso no mejoraba mucho las cosas.

—Deberíamos habernos cambiado —murmuré antes de percibir por el rabillo del ojo cómo uno de los móviles se dirigía hacia nosotros. Desvié la mirada de inmediato. Aunque seguramente llevaba varios días apareciendo en multitud de historias de Instagram. De repente, empecé a sentirme sofocada. Lo último que necesitaba en este momento, a escasos días de la reunión con el comité de becas, era más atención mediática.

—No te olvides de respirar —me susurró Theo. Me rodeó con cuidado con el brazo y, aunque su cálido contacto hizo que me estremeciera, también me ayudó a calmarme.

—Si no estás a gusto, nos vamos. —Me miró y por un momento pensé en ignorar la insistente mirada de Sabia y marcharme de

verdad. Pero entonces se oyó un murmullo. Todos se giraron y la chica que me estaba enfocando con el móvil estiró el cuello y se volvió en dirección a la Casa Haverton: Holly Sage y Celestine acababan de salir al porche.

—No, tranquilo —dije, intentando sonreír—. Seguro que Jasper se decepcionaría mucho si nos perdiéramos su gran actuación.

—Sí, es verdad. —Theo me devolvió la sonrisa y luego frunció el ceño—. Además, no tengo ninguna duda de que Gary va en serio con lo de obligarnos a cocinar un mes entero.

Seguimos paseando y, para mi sorpresa, no me soltó. Una pequeña e ilusa parte de mí estaba entusiasmada, pero me distraía la impresión de que todo el mundo me observaba. Miré por encima del hombro y, por un momento, pensé que esa sensación solo estaba en mi cabeza. Justo entonces mis ojos se encontraron con un rostro, el de una persona con camisa negra que estaba al margen de lo que ocurría y me miraba con ojos tormentosos. Atlas. No se movió, ni siquiera cuando nuestras miradas se cruzaron. Se quedó allí de pie como una estatua y me miró —*nos* miró— hasta que empecé a sentir que la mano de Theo empezaba a quemarme en la espalda.

Parpadeé un par de veces y giré un momento la cabeza hacia Theo para comprobar si él también se había dado cuenta de la presencia de Atlas. Pero él siguió caminando sin inmutarse, y cuando me volví hacia el lugar donde acababa de ver a Atlas, solo había una chica con un vestido rosa chillón que sostenía un cupcake dorado frente a la cámara.

—¿Todo bien? —preguntó Theo con cierta preocupación en la voz.

Cuando estaba a punto de responderle que sí Colin nos gritó:

—¡Pensaba que no llegaríais a tiempo!

Se había acomodado al lado de Gary junto al pabellón redondo y elevado que había en el centro del jardín, en el cual se había instalado un soporte de micrófono y varias cajas de gran tamaño. Cuando llegamos hasta ellos, Colin miró a Theo y se frotó los ojos exageradamente.

—Sabia, no me lo puedo creer. ¿De verdad has conseguido traer a Rapunzel? Y lo que es más fuerte todavía… —añadió mirando nuestra ropa—. ¿Lo has bajado del caballo? ¿Y sigues viva?

—Cállate, Mérida —gruñó Theo. Por un segundo, nadie dijo nada, pero luego todos estallaron en una carcajada. Colin se inclinó hacia delante en su silla de ruedas y le mostró el puño a Theo. Él respondió al gesto y yo no pude evitar sonreír también. En ese momento me di cuenta de que Twister, mis padres y Lucinda no eran la única razón por la que quería quedarme aquí. Cuando llegué a la academia, no esperaba hacer amigos que me aceptaran tal como era. Pero me equivocaba.

—¡En formación! —gritó Gary. Como siempre, iba perfectamente vestido, listo para tomar el té en la casa real—. Le hemos prometido a Jasper que lo grabaríamos todo. Avery, tú ibas a hacer un directo.

—Estoy preparado. —Avery esbozó una amplia sonrisa, se colocó junto al pabellón y empezó a grabar. Justo en el momento adecuado. Se oyó un murmullo entre los invitados, seguido de gritos de entusiasmo y un aplauso atronador. Sabia se puso de puntillas, pero, al igual que yo, era demasiado bajita para ver algo entre las cabezas de los demás. Cuando la multitud se echó atrás formando un pasillo, conseguí ver a Jasper. Me llevé la mano a la boca para no gritar. ¡Lo había hecho de verdad! Jasper se rio, saludó y, con la guitarra en la

mano, se fue directo al pabellón. Tal como anunciaba mi post falso, no llevaba nada más que una enorme bandera con el emblema de Haverton alrededor de la cintura. Cuando me descubrió, sonrió de par en par y dio una vuelta sobre sí mismo como queriendo decirme: *Esto no te lo esperabas, ¿verdad?*

No, la verdad es que no. Pero me quitaba el sombrero. Aplaudí lo más fuerte que pude y lancé un silbido. Jasper se subió al pabellón, hizo una reverencia y agarró el micrófono.

—¡Hola, gente! —gritó y los aplausos se suavizaron ligeramente—. La gente dice que no me achanto ante nada. Pero, para ser sincero, esta actuación me ha costado un poco. —Se oyeron algunas risas aisladas, y Jasper continuó—: Para todos aquellos que aún no lo saben: este increíble espectáculo de hoy se lo debo a mi amiga Louisa Bennet y a la encantadora Ekatarina Romanova, que fue la que lo ideó todo.

Explicó brevemente el contexto para todos los que no estaban al tanto, pero no mencionó la Carrera de Novatos, sino que lo presentó como si Ekatarina y yo le hubiéramos gastado una broma.

—Es evidente que uno no se puede retractar de un anuncio como este sin decepcionar a cientos de miles de personas. —Jasper les guiñó un ojo a los numerosos móviles que lo estaban enfocando y extendió los brazos—. Así que he pensado que, puestos a convertirme en un hito de la historia de Haverton, porque estoy seguro de que le hablaréis de esta actuación a vuestros nietos, ¿por qué no hacerlo con una fiesta por todo lo alto? Así que solo me queda deciros que ¡me alegro de que estéis todos aquí!

La multitud volvió a estallar en aplausos y Jasper anunció que más tarde habría un bufé. Además, después de su actuación, un conocido

DJ se encargaría de pinchar música para bailar.

—Y ahora… estoy deseando presentaros mi nuevo single. A mí me flipa y espero que a vosotros también. Ah… y aunque probablemente ya lo habéis leído en mi post, quiero decirlo de todos modos. —Sonrió, luego señaló al público y añadió con un tono casi ronco—: ¡Holly, esta canción es para ti!

Todas las cabezas se giraron, se escucharon exclamaciones de sorpresa y algunos invitados vitorearon. Entonces Jasper empezó a tocar la guitarra. La canción me gustó desde los primeros acordes. Jasper cantaba que estaba enamorado de una chica desde la primera vez que la vio: una *it girl*, una princesa que ni siquiera sabía su nombre. Cuando se encontraban, ella no le hacía caso, por mucho que él se esforzara. No pude evitar sonreír, porque la historia encajaba bastante bien con él y con Holly Sage, aunque me costaba creer que le hubiera dedicado la canción si yo no hubiera mandado el post. Un día reunió todo su valor y le pidió una cita, pero ella lo rechazó con frialdad y le dijo que nunca pasaría nada entre ellos. El estribillo decía que él le prometió que no se rendiría y que algún día ella se enamoraría de él.

Cuando las últimas notas se desvanecieron, estalló un aplauso atronador. Avery vitoreó tan fuerte que los espectadores de su directo debieron de sufrir daños auditivos, y Colin levantó un brazo con entusiasmo. Incluso Theo sonrió, aplaudió y asintió con admiración. Jasper estaba radiante. Se inclinó de nuevo y se puso el micrófono delante de los labios.

—¡Gracias! Os lo agradezco de todo corazón. Podéis subir y compartir *This Girl* en vuestras redes sociales y espero que aprovechéis los próximos minutos para hacerlo. Ahora voy a

cambiarme de ropa antes de que pase cualquier cosa y termine enseñando más de lo que os había prometido —dijo sonriendo y provocando las risas del público. Luego bajó los escalones del pabellón, cruzó el jardín y desapareció en el interior de la Casa Haverton. Volvió pocos minutos después, con unos chinos, una camisa y zapatos de cuero color coñac. Sus amigos lo abrazaron y él le preguntó a Avery cómo había ido el directo. Él sonrió.

—Todo el mundo estaba como loco, tío. Creo que has batido tu récord personal. —Le pasó el móvil a Jasper, que lo desbloqueó rápidamente. De repente, sus ojos se abrieron de par en par y se quedó boquiabierto

—*What the f…?* —exclamó y acto seguido soltó un grito de júbilo —. ¿Esto va en serio? —Jasper empezó a dar brincos de alegría. Abrazó de nuevo a Avery y después a Theo, que estaba más que desconcertado—. Gracias por venir, *bro*. Significa mucho para mí.

Luego se acercó a mí, me puso un brazo alrededor del hombro y me dio un beso en la mejilla.

—Bueno, si Holly ve esto… —bromeó Colin, pero Jasper soltó una carcajada y me miró—. Pequeña hacker, puede que me hayas hecho el mejor regalo de mi vida. Mi cuenta de Instagram está que arde. Y, sinceramente, a mí nunca se me hubiera ocurrido una idea tan loca.

Sabia carraspeó.

—Bueno, contigo nunca se sabe.

—A lo mejor también tendría que darle un beso a Ekatarina. —Jasper puso una mueca pensativa y se rascó la barbilla—. Aunque, pensándolo bien… me gusta mi vida. Prefiero no arriesgarme.

Seguimos bromeando un rato, y luego Jasper se dedicó a atender al resto de sus invitados. El DJ se colocó en su puesto en el pabellón

y, cuando sonó la primera canción, Gary empezó a balancearse alegremente de un lado a otro.

—No sé qué os parecerá a vosotros, pero yo quiero probar uno de esos cupcakes tan apetitosos y bailar un poco.

Con estas palabras, se encaminó al bufé bailando salsa y Colin lo siguió. Avery cogió a Sabia de la mano para bailar con ella. Los que estaban alrededor también empezaron a moverse al ritmo de la música. Tan solo Theo y yo nos quedamos ahí de pie, igual que dos pasmarotes, como si estuviéramos representando una obra de teatro y nos hubiéramos olvidado del texto. Cada vez me sentía más fuera de lugar. Justo cuando iba a preguntarle si quería acompañarme a echar un vistazo al puesto de golosinas, Theo me ofreció la mano. Por un momento no entendí lo que quería y, al ver que yo no reaccionaba, frunció el ceño divertido.

—¿Me estás dando calabazas?

—¿Tú… quieres bailar? —le pregunté incrédula.

—No, en realidad te preguntaba si quieres venir conmigo a buscar al Sombrerero Loco.

—Pero… todavía llevamos la ropa de montar.

Además, después de quitarme el casco debía de tener el pelo hecho un desastre.

—¿Y qué? —repuso Theo encogiéndose de hombros.

—¿Y si alguien sube una foto nuestra a internet vestidos así?

Me miró en silencio durante un par segundos y me pareció que sus pupilas se oscurecían aún más.

—Pues entonces, millones de personas sabrán que me da completamente igual lo que piensen de mí. Créeme, Louisa —se aclaró la garganta— …estás muy guapa.

Abrí la boca, dispuesta a decir algo inteligente. Algo para desviar la atención del hecho de que mi cerebro se había transformado de repente en algodón de azúcar y mi temperatura corporal había subido varios grados.

Por una milésima de segundo recordé todo lo que había leído sobre Theo y su familia en internet. No solo el tema del dinero, sino lo demás. El estilo de vida que llevaban, el enorme imperio que había construido su familia. Pero en ese momento decidí que no me importaba. Porque Theo era Theo. Y eso era más importante que cualquier otra cosa.

—Vale —dije—. Siempre he querido conocer al Sombrerero Loco.

Theo sonrió y, antes de que pudiera ordenar mis pensamientos, me agarró de las manos y me dio una vuelta. Acababan de poner una canción latinoamericana que conocía de la radio. Aunque había escuchado la canción cientos de veces, era incapaz de recordar de quién era ni cómo se llamaba.

Estás muy guapa.

Sus palabras seguían haciéndome cosquillas y tuve que concentrarme para moverme al ritmo de la música. En comparación con Theo, que bailaba sorprendentemente bien, seguro de sí mismo y con una facilidad increíble, yo no podía parecer más torpe. Cuando acabó la canción y pusieron un tema pop, la niebla en mi cabeza se despejó un poco y pude relajarme y sonreír a Sabia, que estaba detrás de Theo señalándolo con incredulidad. Rompió a reír, levantó el pulgar y volvió a poner los brazos alrededor de Avery.

Dejé que Theo me diera otra vuelta, me armé de valor y le rodeé el cuello con los brazos. Por un segundo me dio la impresión de que lo había desconcentrado. Sentí cómo se tensaban sus músculos bajo

mis dedos. Pero entonces sus brazos se cerraron alrededor de mi cuerpo, sus cálidas manos me acariciaron la columna vertebral y, por un momento, me olvidé de respirar. Era como si, a nuestro alrededor, el jardín se volviera más difuso. El resto de las personas dejaron de existir y, cuando empezó una nueva canción, mucho más pausada y tranquila, solo quedábamos nosotros. Nosotros y el salvaje latido de mi corazón.

—¿Louisa? —Alguien me dio un golpecito en el hombro y me sobresalté. Detrás de mí estaba Haru, sonriendo con inocencia, inconsciente de haber arruinado el momento y de provocar que Theo estuviera de nuevo a medio metro de mí.

—¿Qué pasa? —pregunté con una voz mucho más aguda lo que pretendía.

—Brenda te está buscando. Alguien ha llamado preguntando por ti.

¿Por mí? ¿En el teléfono de la secretaría de la casa? Fruncí el ceño.

—¿Te ha dicho quién?

Haru se encogió de hombros.

—Ni idea. Tu familia tal vez. No me lo ha dicho. Solo que es urgente y que te pongas en contacto con ella.

—Vale.

Mi mente tardó un buen rato en ponerse en funcionamiento. Pero, mientras iba recuperando mi capacidad de pensar racionalmente, empecé a sentirme más y más nerviosa. Era improbable que mi familia me hubiera llamado al teléfono de Haverton. Eché un vistazo rápido a mi móvil para confirmarlo. No tenía llamadas ni mensajes. Pero ¿y si alguno de los miembros del equipo de Shiya hubiera intentado ponerse en contacto conmigo?

—Tengo que… —balbuceé, pero Theo ya me había soltado y asintió.

—Claro, vete tranquila. Es importante.

—Lo siento mucho —murmuré. A continuación, me alejé de él y corrí hacia la casa. Mientras atravesaba a toda prisa la sala común, que también estaba llena de invitados, reproduje en mi mente todos los escenarios posibles.

Si Shiya tenía la intención de conceder una nueva entrevista, seguramente no me lo haría saber de antemano. Así que la llamada solo podía significar que su equipo quería ponerse de acuerdo conmigo sobre algo. Probablemente habían estado deliberando durante los últimos días y habían elaborado un plan para sacar a Shiya del apuro. Pero el plan no funcionaría si yo no cooperaba, y necesitaban que respaldara sus declaraciones. ¡Pues podían olvidarse! La pregunta era qué pasaría si me negaba. ¿Me volverían a ofrecer dinero, más incluso que la vez anterior?

Corrí cada vez más rápido por el comedor, el vestíbulo y los pasillos de las habitaciones. Pero Brenda había desaparecido de la faz de la tierra. Ni siquiera la encontré cuando volví a registrar todas y cada una de las estancias de la casa. La busqué incluso en la piscina, en el gimnasio y en la cocina del sótano, preguntándole a todo el mundo si la habían visto. Pero los empleados, que trabajaban frenéticamente, me miraban como si fuera una extraterrestre. Al final, uno de los cocineros se compadeció de mí.

—Brenda no está esta semana, está de vacaciones.

¿De vacaciones?

—Pero si me acaban de decir… —empecé, pero en ese momento me di cuenta. Haru me la había jugado. No había recibido ninguna

llamada. Al principio me sentí aliviada. Luego comencé a preguntarme por qué me había mentido. ¿Le parecía divertido asustarme? ¿Se trataba solo de una broma pesada o quizá lo había hecho… porque me había acercado demasiado a Theo? Enseguida pensé en Atlas y en su gélida mirada… ¡No, tonterías! Era completamente absurdo. Aun así, no podía dejar de darle vueltas… Cuando volví a bajar las escaleras, me encontré a Haru en la sala común y lo agarré del brazo.

—¿A qué venía eso? —le espeté—. Brenda ni siquiera está en el edificio. No va a venir en toda la semana.

Haru se zafó de mí.

—Me habré equivocado —dijo, sonriendo con indiferencia, mientras desaparecía en la cocina para rellenarse el vaso. Pensé en seguirlo, pero decidí no hacerlo. En lugar de eso, salí y busqué a Atlas.

De hecho, solo tardé unos segundos en encontrarlo. Estaba con Eden, Grayson y Bella en el borde del porche y con el brazo alrededor de una chica que no conocía. Justo en ese instante, pasó un dedo por la cobertura de su cupcake y se lo metió en la boca a Atlas.

Por un momento no supe si sentirme enfadada o aliviada. Atlas no parecía muy pendiente de lo que yo estuviera haciendo en la fiesta. Al contrario. De inmediato me invadió una oleada de vergüenza y me cabreé por haber pensado así de él. Sí, aquella vez se había comportado como un novio celoso y sí, no podía soportar a Theo. Pero eso no significaba que me la hubiera jugado. Sacudí la cabeza y, todavía enfadada conmigo misma, me puse a buscar a Theo.

Sin embargo, no lo vi por ningún lado en el jardín y estaba segura

de que tampoco lo había visto dentro de la casa. Al final encontré a Sabia, junto con el resto de los chicos de Sir Archer, que por fin tenían el muñeco de cartón de Jasper solo para ellos y estaban haciéndose fotos fingiendo pelearse por la rosa.

—Theo se acaba de ir —dijo ella encogiéndose de hombros—. Nos dijo que habías recibido una llamada importante y que no iba a quedarse en la fiesta solo por nosotros… —Me guiñó un ojo con complicidad—. Desde que vive con nosotros, no le van mucho las fiestas. Me ha extrañado bastante que viniera. Ha debido de hacerlo por ti. Por cierto, creo que hacéis muy buena pareja.

—Ah, bueno, solo somos… —*¿Amigos?*

—Sí, claro, ya lo sé —dijo Sabia en un tono que en realidad significaba otra cosa—. Ven, queremos hacernos una foto en la piscina. Gary ha tenido una idea muy divertida.

—Vale, yo… ahora voy.

Sabia asintió y se adelantó. Yo me quedé ahí parada, y volví a mirar a mi alrededor una vez más, aunque sabía que era inútil. Theo ya no estaba allí. En ese momento, otra persona se cruzó con mi mirada. Atlas, que todavía tenía a su conquista bajo el brazo, miró en mi dirección. Sus ojos me encontraron con precisión entre la multitud, como si supiera exactamente dónde me encontraba.

Son imaginaciones tuyas, pensé. Pero entonces me miró directamente a los ojos.

Y sonrió.

31

Como Theo se iba a pasar el fin de semana con sus padres, tuvimos que cancelar el entrenamiento de equitación del sábado y del domingo. Se me hacía raro, de alguna manera me había acostumbrado a nuestras sesiones matutinas, al tiempo que pasábamos juntos cuando los demás aún dormían… a él. Por eso me alegré tanto cuando el domingo por la tarde me llegó un mensaje de Theo diciéndome que ya estaba de vuelta y preguntándome si quería quedar con él en los establos. «Ya estoy de camino», respondí, sintiendo mariposas en el estómago. Pero entonces leí: «Trae tu carpeta de matemáticas».

Este último mensaje aplacó un poco mi euforia, aunque solo hasta que llegué a los establos y vi a Theo sentado en uno de los prados. Salté la valla y, cuando me dejé caer al suelo junto a él, me saludó con una sonrisa. Durante un momento, nos limitamos a observar a los caballos —Twister, las yeguas de Theo y Trinity, el caballo gris de Holly Sage—, que pastaban a lo lejos. El aire olía a fresco, los rayos del sol me hacían cosquillas en la piel y los pájaros cantaban en los árboles.

—¿Estás bien? —preguntó Theo rompiendo el silencio, mirándome a la cara—. Lo digo por la llamada en la fiesta del otro día.

—No había ninguna llamada, alguien quería tomarme el pelo.

—¿Qué quieres decir? —Theo arqueó las cejas. Hice un gesto, quitándole importancia.

—No pasa nada. A Haru le habrá parecido divertido.

Theo resopló.

—Sí, superdivertido hacerle creer a alguien que ha pasado algo en su familia. Alucino.

Durante un momento, consideré la posibilidad de contarle mis sospechas y hablarle de cómo me había mirado Atlas. Al final decidí no hacerlo y saqué mi carpeta de matemáticas. Probablemente Atlas me había mirado por casualidad. Además, no quería alimentar su antipatía innecesariamente.



Pasamos la siguiente hora repasando mis deberes. Theo me corrigió los cálculos, explicándome con calma cada uno de los pasos y enseñándome cómo comprobar rápido el resultado y reconocer los errores por mí misma. Cuando por fin fui capaz de resolver todas las tareas correctamente e incluso a una velocidad récord, asintió con satisfacción.

—Muy bien, creo que estás preparada para sacar un sobresaliente mañana. Ahora pasemos a la segunda parte del plan.

—¿Segunda parte? —pregunté enarcando las cejas. Theo sonrió.

—Sí, al fin y al cabo, todavía tenemos que afianzar el recorrido que tendrás que hacer delante del comité. Y como yo gané la carrera del otro día y tú prometiste obedecer en todo sin rechistar, se me ha ocurrido algo especial. —Extendió los brazos—. Por algo he elegido el prado como lugar de encuentro.

Hice una mueca y me desplomé sobre la hierba.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer hoy? ¿Análisis de comunicación? ¿Perfeccionar el lenguaje corporal?

¿O alguna otra cosa que no me sirva de nada para mejorar el salto de obstáculos?

—No, hoy vamos a sentirnos parte de la manada. Nos mezclaremos con los caballos y nos comportaremos igual que ellos. Trotaremos, galoparemos, reclamaremos nuestra zona de pasto, nos rasparemos los cascos… arrancaremos hierba…

—¡Estás loco! —Volví a dejarme caer sobre la hierba y Theo se echó a reír. Entonces me di cuenta de que estaba bromeando. Theo Vanderton me había gastado una broma.

—¡Oye! —Intenté darle un golpecito en las costillas, pero, en lugar de defenderse como yo esperaba, me esquivó y se cayó de espaldas. Perdí el equilibrio, caí de espaldas yo también y apenas conseguí evitar hacerlo encima de él. Ay, madre… Me incorporé rápidamente y me alisé el pelo—. No pienso arrancar hierba, olvídate —afirmé con determinación.

—Es una verdadera lástima. Por un momento he pensado que ibas a hacerlo.

Volvió a reírse y me sentí como si él supiera que eso bastaba para que mi corazón latiera más deprisa. Me aclaré la garganta.

—Sigue soñando, Theo. Venga, cuéntame de una vez qué es lo que te traes entre manos.

Inspirar. Contar hasta cuatro. Aguantar la respiración durante siete segundos. Exhalar durante ocho segundos. Inspirar de nuevo. Quería dejarme llevar. De verdad. Pero me parecía absurdo. Antinatural. Demasiado lento. En realidad, quería respirar más rápido. Ir más deprisa en general: moverme, hacer algo… algo

productivo. Algo que me hiciera avanzar en el entrenamiento con Twister. Porque, independientemente de lo que pensara Theo al respecto, este ejercicio no tenía nada que ver con los caballos.

—Vas demasiado rápido —dijo mientras yo le echaba una mirada furtiva. Estaba sentado justo enfrente de mí, con las piernas cruzadas y tan cerca que nuestras rodillas casi se tocaban. Tenía los ojos cerrados y parecía completamente relajado. Lo observé un momento. Un ligero soplo de viento acariciaba su cabello oscuro, mientras su pecho se elevaba y bajaba despacio.

—Respira desde el diafragma y siente cómo el aire entra y sale de tus pulmones.

Al oír su voz, volví a cerrar los ojos con rapidez. No quería que se diera cuenta de que lo estaba mirando fijamente.

—Y ahora imagina que, con cada respiración, te relajas más y más. Deja que toda la tensión salga de ti con cada respiración. Relaja la mandíbula, separa los dientes.

¿Cómo podía saber que los estaba apretando? Entreabrí los ojos un momento para mirarlo, pero Theo seguía con los suyos cerrados. Qué locura. ¿Cómo lo hacía? Y ¿qué sentido tenía todo eso? ¿Qué pretendía? ¿Cómo se suponía que iban a ayudarme estos ejercicios para la cita con el comité de la fundación? Tenía la prueba el viernes, dentro de cinco días. Y aquí estaba yo, sentada en el césped con Theo y… ¡respirando!

Maldita sea. Volví a cerrar los ojos. Sin embargo, la urgencia de moverme, de levantarme o de cambiar de posición al menos era cada vez más intensa. Me froté las rodillas con las manos, inquieta. Pero entonces mi movimiento se detuvo de repente. Unos dedos cálidos se cerraron alrededor de los míos. Tragué saliva.

—Sé que esto es difícil para ti —dijo Theo—. Estás pasando una época de mucha tensión.

Sí, eso de la tensión me venía como anillo al dedo. Pero no por el estrés, como él pensaba, sino porque mi cuerpo reaccionaba automáticamente a su contacto. Al más leve roce de sus manos.

—Te entiendo perfectamente: con todo el tema de la beca, estás bajo una presión enorme. Pero a veces no sirve de nada ir más rápido. En ocasiones, lo mejor es dar un paso atrás.

Respiró hondo varias veces, dejándome tiempo para que sopesase sus palabras.

—La meditación siempre me ayuda a reencontrarme conmigo mismo. Y a reflexionar sobre lo que realmente siento.

¿Y qué es lo que sientes?, me habría gustado preguntar, pero me contuve. *Desconecta tu mente,* me dije. *Desconecta el corazón*. *Simplemente bloquea todos esos absurdos sentimientos que no vienen a cuento ahora mismo…*

—Ahora vamos a hacer algo que se llama entrenamiento mental —me explicó—. Esta técnica la utilizan muchos deportistas profesionales para prepararse de cara a una competición. Nos entrenamos, pero solo en nuestra mente.

—Ajá. ¿Y eso para qué sirve?

—Para muchas cosas. Hay estudios que demuestran que los músculos trabajan cuando reciben la señal correspondiente del cerebro. Y eso ocurre incluso si nos imaginamos el movimiento.

—¿Estudias Ciencias del Deporte? —bromeé, aunque sabía perfectamente que no se ofertaba esa carrera en la academia. Se quedó un momento de silencio, aunque su respiración me reveló que estaba sonriendo.

—No, Economía. Pero no te distraigas. Relájate y concéntrate en tu interior.

—Sinceramente, no sé si puedo hacer eso ahora mismo. Creo que estas prácticas no funcionan conmigo.

—Inténtalo —respondió Theo—. No puedes saber si algo funciona o no si no lo pruebas. A veces, hay que… —Se detuvo para pensar —. A veces simplemente hay que saltar.

—¿Saltar?

Theo asintió.

—Sí. Enfrentarse a las cosas sin saber lo que vendrá después. Confiar en que… pueden salir bien. Así que… —Theo me acarició el dorso de la mano con los dedos y por un segundo creí que me iba a derretir—. ¿Qué te parece?

—Bien —susurré y él respondió aumentando un poco la presión de sus caricias.

—Bien. —Escuché la sonrisa en su voz—. Entonces, ahora intenta imaginarte el ejercicio con los miembros del comité lo más exactamente posible.

Me hizo repetir el ejercicio de relajación y esta vez me esforcé por no pensar en nada más, aunque me costó. Luego, Theo empezó a narrar cómo se desarrollaría el día, cómo calentaría a Twister mientras los miembros del comité se colocaban en el borde de la pista y me observaban. Me describió con todo detalle lo que vería, oiría y sentiría.

—Es normal que al principio te sientas tensa. Intenta localizar qué partes de tu cuerpo están más rígidas y qué provoca esa tensión en ti. Y luego empieza a respirar. Inspira y espira y con cada respiración desconecta cada más de tu entorno.

Me dio algo de tiempo para visualizar sus palabras y, poco a poco, empecé a notar cómo disminuía la tensión que tenía acumulada en el pecho. Theo me describió los obstáculos uno por uno, recordándome en qué tenía que concentrarme y señalando cada pequeño movimiento que mi cuerpo haría para completar el recorrido sin errores y con facilidad. Y de repente pude imaginármelo todo con precisión. Era absolutamente increíble. En mi mente, estaba cabalgando de verdad. Sentía cómo se movía Twister al galope, cómo sus cascos tocaban el suelo y volvían a despegar. Y, mientras, la voz de Theo me guiaba a través del recorrido, me iba sumergiendo más y más en sus palabras. Una zancada, otra y… ¡Salto! Cambiar el peso, manos adelante, acelerar. Captar el ritmo del caballo, una curva cerrada, y luego la combinación doble. En mi imaginación, Twister y yo volábamos sobre la arena. Mantener el equilibrio, aterrizar y avanzar a toda velocidad hasta la línea de meta. ¡Conseguido!

No pude evitar sonreír y, cuando Theo me pidió que abriera los ojos, me dio la sensación de que acababa de despertarme de un sueño.

—¿Y bien? —me preguntó con curiosidad. Yo sonreí.

—Una ronda sin errores. En tiempo récord.

—Excelente. —Theo se levantó y me tendió la mano para ayudarme a ponerme en pie—. Ahora vamos a practicar con Twister.



Había doce obstáculos repartidos por el picadero, entre ellos una combinación doble, una barra triple y varios saltos que parecían bastante exigentes. Primero calenté con Twister haciendo

transiciones y cambios de ritmo, y luego Theo me gritó:

—¡Venga, vamos a hacerlo tal y como hemos hablado! Hazlo exactamente como antes. Presta atención a tu respiración, desconecta de todo, sigue los movimientos.

Inspiré y espiré profundamente. Y entonces empecé. Twister aguzó el oído y se dirigió hacia el primer obstáculo. Saltó en el momento exacto y siguió galopando. *Respira. Concéntrate. Céntrate solo en ti misma.* Las palabras de Theo me atravesaban el cerebro como un mantra y, de hecho, sentí como si todo a mi alrededor desvaneciera por un instante. La conexión entre Twister y yo era ligera como una pluma, tal y como me la había imaginado, y él parecía saber exactamente en qué dirección ir, cuándo aminorar la marcha y cuándo acelerar. Sobrevolamos los siguientes obstáculos. Cuatro más. Una curva cerrada, luego un salto vertical, la combinación y un óxer azul para terminar. Puse las riendas en el cuello de Twister y descargué el peso, igual que aquel día en el que galopamos alrededor de los barriles. Para mi sorpresa, el caballo saltó de inmediato, levantando las orejas. En cuestión de segundos habíamos llegado al salto vertical. Sin errores. Ahora tocaba la combinación. Contaba los pasos de galope mentalmente. *Dos, tres, cuatro. Salto. Aterrizaje.* Twister salió disparado. Intenté frenarlo, la distancia no era la mejor. *Vamos a tirar la barra,* pensé. Pero justo después rectifiqué: *No, si no lo bloqueas ahora.* Siguiendo el impulso del caballo, abrí los dedos. Twister saltó. Y en ese momento lo percibí todo como a cámara lenta. La fuerza con la que se elevó en el aire. Mi propio cuerpo, que sabía por sí mismo lo que tenía que hacer.

Cuando aterrizamos en la arena, el tiempo volvió a su cauce

normal. Pero no oí nada. No escuché el estruendo que inevitablemente sigue a la caída de una barra al suelo. Ni siquiera la habíamos tocado. De repente, me eché a reír. El nudo se había roto. Y aunque todavía me faltaba un obstáculo, ya me sentía como una campeona. Ese era el momento que tanto había estado esperando. El momento en el que Twister y yo nos convertimos en un solo ser. Cuando llegamos al último obstáculo, solté las riendas de su cuello y extendí los brazos. Me sentía libre, repleta de endorfinas. Solo existía el aquí y ahora. Twister y yo. La sensación de ser yo misma. Aterrizamos en el suelo demasiado rápido y dejé que Twister galopara unos metros más, mientras le acariciaba el cuello y lo elogiaba efusivamente. Al oír los aplausos de Theo, volví lentamente a la realidad.

Theo se acercó a nosotros y yo frené a Twister y me detuve junto a él.

—Esta ha sido, con diferencia, la mejor ronda que te he visto hacer hasta ahora.

—Te lo debo a ti —dije riendo—. En el futuro, nunca volveré a decir nada en contra de los juegos para ponis o de los ejercicios de meditación.

—Se llama equitación de trabajo. —Theo sonrió y dio un paso atrás para que pudiera pasar la pierna por encima del cuello de Twister y bajarme.

—Ha sido una pasada. Simplemente genial. ¡Gracias! —Sin pensármelo dos veces, le rodeé el cuello con los brazos—. ¿Has visto cómo ha girado Twister? Y después el segundo salto de la combinación… Al principio pensé que no iba a salir bien. Pero, luego, fue superraro: de alguna manera supe que podíamos lograrlo si…

Me interrumpí, porque Theo estaba recorriendo todo mi rostro con la mirada, desde los ojos hasta detenerse en mis labios. De pronto, me quedé en blanco, no sabía qué era lo que estaba diciendo. Theo se acercó un poco más, extendió una mano hacia mí y me tocó la mejilla. Tan suave como si fuera de cristal. Me estremecí, sin atreverme siquiera a parpadear. Mi corazón empezó a latir con fuerza cuando su pulgar se acercó a mis labios, recorrió sus contornos y finalmente se detuvo en la comisura de mi boca. Y entonces… me besó. Con delicadeza. Pero bastó para hacerme arder por dentro.

—Louisa —susurró Theo a escasos centímetros de mi boca. Su voz sonaba atormentada. Como si aún se estuviera conteniendo.

—Theo. —Tragó saliva. Yo también. Y entonces me oí susurrar—: A veces hay que saltar.

32

Esta vez Theo me atrajo hacia sí y me abrazó. Me puso una mano en la nuca y me acarició el cuello, y con la otra me recorrió la cintura. Entonces me besó. Despacio. Muy despacio. Lo suficiente para volverme loca. Cada movimiento era como a cámara lenta. Sus labios sobre los míos, sus dedos en mi pelo. Me acerqué a él, acaricié sus hombros y suspiré suavemente cuando nuestras lenguas se tocaron. Antes de besar a Theo por primera vez, no sabía que fuera posible sentir algo así: ternura y, al mismo tiempo, pasión. Cada movimiento, por pequeño que fuera, desbordaba deseo. Cada respiración. Cada jadeo. Sus manos sobre mi cuerpo. Mi nombre susurrado en mitad del silencio. Ligera y, sin embargo, llena de energía. Como si pudiera disolverme y desintegrarme de un momento a otro.

Me soltó demasiado rápido y, de vuelta al establo, mi cabeza estaba a mil por hora: quería decir muchas cosas y, sin, embargo, era incapaz de articular ni una sola palabra. Theo también se quedó en silencio, lo cual no me pareció mal. Pero, mientras desensillaba a Twister y lo llevaba al prado, noté que estaba cada vez más ausente y que la energía que había entre los dos estaba cambiando. El aire era más fresco y había una sensación desagradable en el ambiente que prefería ignorar.

Cuando volví a su lado, Theo esquivó mi mirada y se pasó la mano por el pelo.

—Siento lo de antes. Yo… nosotros… no deberíamos… —Hizo un movimiento señalando al prado que no supe interpretar—. Esto no debería haber pasado.

Un momento… había sido él quien me había besado. Y lo deseaba tanto como yo. Lo había notado. ¡Uno no besa así si no está seguro de que lo desea!

—Soy un idiota, no quería… lo siento de verdad.

Theo seguía buscando las palabras, luego sacudió la cabeza y dio un paso atrás.

—Pero…

Yo tampoco sabía qué decir. Quería que me explicara de una vez qué era lo que le pasaba. Por qué se cerraba en banda cada vez que nos acercábamos. Debía de haber activado algo en él, eso estaba claro. Se comportaba igual que la noche de la gala, cuando simplemente desapareció después de que nos besáramos. Y su actitud me demostraba claramente que ahora también estaba pensando en huir de nuevo. Se me ocurrían varias formas de manejar mejor la situación: darnos espacio, calmarnos, hablar de ello. Todo eso me habría ayudado a entender lo que le estaba pasando. Pero Theo optó por la única opción incorrecta. Lo único que realmente lo convertía en un completo idiota. Se fue alejando cada vez más de mí y, finalmente, se aclaró la garganta.

—Esto no debería volver a pasar. Es mejor así.



Abrí los ojos sobresaltada. Por un momento no sabía dónde estaba. Manta. Oscuridad. Una estrecha franja de luz que caía sobre el suelo a través de las cortinas. Mi habitación en Haverton. Estaba soñando.

Con Theo. Con nuestro beso de ayer en el picadero.

Mi corazón latía demasiado deprisa y tuve que respirar hondo varias veces para tranquilizarme. Busqué a tientas mi móvil en la oscuridad y comprobé si Theo me había escrito. Quizá una disculpa. O… algo. De hecho, sí que me había llegado un mensaje, pero no de él, sino de… un número desconocido. Lo había recibido hacía dos horas, justo a medianoche.

«Quedan seis días. Prepárate».

Sacudí la cabeza. ¿A qué venía eso? ¿Quién me había escrito ese mensaje? Dentro de seis días era sábado, aunque… Ah. Sí, claro, la fiesta de Belmont. El juego de los sobres rojos. Ya ni siquiera me acordaba. Pero… ¿cómo sabía Belmont mi número de móvil? ¿Por Jeremy? ¿O quizá había una lista de distribución general con los datos de contacto de todos los alumnos de la academia a la que alguien conseguido acceder?

Bueno, en realidad daba igual. Si todo el mundo recibía este mensaje, el ambiente se caldearía todavía más y la intriga aumentaría al máximo: era una jugada inteligente. Aunque, en mi caso, el simple hecho de que el mensaje no fuera de Theo provocó que el nudo que sentía dentro de mí se apretara aún más. Me había vuelto a invadir una oleada de tristeza.

Sí, me había quedado claro que había algo en él, alguna clase de miedo profundamente arraigado, que le impedía acercarse. Algo que probablemente no tenía nada que ver conmigo. Aun así, no tenía ganas de que me mareara, de que sintiera que podía darme esperanzas y rechazarme inmediatamente después.

—¿Va en serio? —le había gritado ayer—. ¿Te largas en lugar de hablar conmigo? ¿Otra vez?

Pero Theo no se dio la vuelta. Se marchó sin más. Literalmente, salió corriendo.

De repente, oí un ruido en el pasillo. Sonaba como si algo se estuviera arrastrando por el suelo, seguido por un murmullo de voces. Me incorporé y agucé el oído. ¿Quién estaba merodeando por la casa a estas horas de la noche? Salí de la manta rápidamente, me acerqué sigilosa a la puerta y la abrí con el mayor silencio posible. Las voces sonaban todavía más bajas. Escuché unos pasos y luego el ruido de las puertas del ascensor. Me mordí el labio de los nervios. ¿Y si Belmont estaba tramando algo otra vez? ¿Era eso posible?

Me puse una chaqueta y, cuando estaba a punto de meterme las zapatillas de deporte, oí un sonido de repente, pero esta vez fuera, frente a la casa. Sonaba amortiguado a través de los cristales. Se trataba del motor de un coche. Seguro. Inmediatamente después, el zumbido se apagó. Se abrió una puerta y se volvió a cerrar. Me acerqué a la ventana y descorrí un poco las cortinas.

Efectivamente: frente a la entrada principal, en diagonal bajo mi ventaba, había aparcado un todoterreno negro. Las luces estaban apagadas, así que solo pude ver la silueta de un hombre que daba vueltas alrededor del vehículo. Al momento aparecieron dos figuras más en mi campo de visión, ambas cargadas con maletas y bolsas de viaje.

Mis dedos buscaron la ventana con mucho cuidado y la abrieron. Se oyeron crujidos y el ruido de la maleta arrastrándose por la superficie pavimentada frente a la casa.

—No armes tanto escándalo —siseó una de las sombras—. Vas a despertar a todo el mundo.

Conocía esa voz. Era Milou. Pero… ¿qué estaba haciendo ahí fuera

en plena noche?

—Me da igual —gruñó la segunda sombra, dejando caer su bolsa de viaje al suelo haciendo ruido deliberadamente. Milou se dio la vuelta y pude imaginarme la mirada que le estaba echando a la otra persona. Posiblemente sería Margaux, su hermana.

—Si no nos hubieras metido en este lío, no tendríamos que irnos —protestó ella mientras observaba cómo el conductor del coche abría el maletero y cargaba sus cosas. Milou resopló.

—Sube y cállate. No quiero que nadie nos vea y tengamos que dar explicaciones.

—Las explicaciones las tendrías que dar tú, ¿no te parece? —respondió Margaux con brusquedad.

—Si se descubre todo esto, también te salpicará a ti. Y lo sabes muy bien. Además, te podría haber tocado a ti.

Esta vez Margaux no respondió, y se limitó a abrir la puerta trasera del coche. Pero antes de subir, se dio la vuelta una vez más y recorrió el edificio con la mirada. Retrocedí rápidamente para que no me viera.

—Me hubiera gustado por lo menos despedirme de mis amigos.

La voz de Margaux sonaba amarga y me pregunté de nuevo qué diablos habría pasado para que las gemelas tuvieran que irse en mitad de la noche. En secreto y sin avisar a nadie. Con cuidado, me arriesgué a echar otro vistazo, pero Margaux ya había desaparecido en el interior coche y el conductor estaba guardando la última maleta.

—Señorita Charlier, ¿está lista? —preguntó dirigiéndose a Milou, y cuando ella entró sin decir palabra, el chófer cerró la puerta, dio la vuelta al coche y también desapareció en el interior del todoterreno.

Apenas un segundo después arrancó el motor y los tres se pusieron en marcha. Sin decir palabra, los seguí con la mirada mientras rodaban por la rampa de acceso y desaparecían en la oscuridad.



A la mañana siguiente Theo no apareció para entrenar conmigo. Genial. Frustrada y enfadada, emprendí el camino de vuelta a Haverton, donde se estaba sirviendo el desayuno. Me puse a la cola de la máquina de café y miré a mi alrededor. Mis compañeros estaban sentados en los grupos de siempre y hablaban sin parar. Y, por lo que parecía, todas las conversaciones trataban del tema del día: el mensaje de la noche anterior.

Así que mis suposiciones eran correctas. Todo el mundo en la casa lo había recibido. El plan de Ekatarina había funcionado. Todos estaban increíblemente emocionados. Tanto que ni siquiera se dieron cuenta de que faltaban Milou y Margaux. Cuando se lo mencioné a Eden y le conté que las dos se habían marchado en mitad de la noche, frunció el ceño y prometió preguntar por ellas al personal de la casa.

Al llegar a clase, la gente ya había empezado a hablar de su repentina desaparición. Al parecer, las gemelas no respondían a los mensajes y, cuando una de sus amigas intentó llamarlas durante el recreo, primero rechazaron la llamada y luego la bloquearon. Sin embargo, yo tan solo presencié una parte del drama, porque no podía dejar de comprobar el móvil cada dos por tres con la esperanza de que Theo me enviara un mensaje. Pero esperé en vano. Después de una mañana que se me había hecho eterna, me dirigí malhumorada al ala de los universitarios para recoger a Jeremy

y almorzar juntos. Lo vi a lo lejos, acercándose por el pasillo en mi dirección; sin embargo, pasó de largo sin siquiera mirarme. Sorprendida, lo seguí y le toqué el hombro.

—¡Oye! —Jeremy se sobresaltó y se volvió hacia mí. Estaba blanco como la pared—. ¿No te encuentras bien? —Qué pregunta tan estúpida. Era evidente que no—. ¿Te ha pasado algo? —me corregí, y por un momento Jeremy me miró como si no hubiera entendido mis palabras. Luego negó con la cabeza.

—Todo bien. Es solo que ahora mismo tengo mucha prisa.

—¿Estás seguro? Te noto raro…

—Louisa, déjame tranquilo, ¿vale?

Sus palabras me sorprendieron. Jeremy nunca me había hablado con tanta brusquedad. Ni a mí ni a nadie, que yo recordara. Algunos de sus compañeros de clase se dieron la vuelta para mirarnos desconcertados. Jeremy ni siquiera se fijó. Estaba en su mundo. Tenía la mirada perdida, como ausente, y por un segundo me pareció que iba a darse la vuelta y a dejarme allí plantada. Pero de repente sus rasgos se suavizaron.

—Lo siento —dijo bajando la voz, casi susurrando—. No quería… bueno… esto… no tiene nada que ver contigo.

—Sí, pero ¿qué…?

Jeremy negó con la cabeza antes de que pudiera decir una frase entera.

—Hablamos más tarde, ¿vale? De verdad, ahora… tengo que irme.

Se puso en marcha y, tras unos pasos, echó a correr por el pasillo a toda velocidad, como si temiera que fuera a ignorar lo que me había pedido y a seguirlo de todos modos.



Se me había quitado el apetito. No podía entender el extraño comportamiento de Jeremy. ¿Por qué huía de mí? ¿Había hecho algo mal? No, no tenía sentido. Apenas nos habíamos visto en los dos últimos días y antes de eso todo había ido bien. Además, él me había dicho que no tenía nada que ver conmigo. Aun así, primero lo de Milou y Margaux y ahora Jeremy… Claramente, estaba pasando algo.

Decidí volver a hablar con él más tarde. Quizá para entonces se hubiera calmado un poco y podríamos encontrar juntos una solución a lo que fuera que le preocupaba.

Me sentía confusa y con el estómago revuelto, y estaba segura de que no podría tragar ni un solo bocado, así que me decanté por dar un paseo al aire libre y comer después en Haverton. Me encaminé a la puerta doble que conducía al patio interior. Pero antes de llegar a ella, se abrió, y Jasper y Colin entraron en el edificio. Me saludaron y, cuando me disponía a pasar junto a ellos, Colin preguntó:

—No irás a salir ahora, ¿verdad? Yo en tu lugar no lo haría.

—¿Por qué?

Suspiró.

—Porque Theo y Atlas están poniéndose en plan Edward contra Jacob delante de la puerta. ¿Qué quieres que te diga? Cuando esos dos se juntan, son tóxicos. Hemos salido vivos por los pelos.

Se me abrieron los ojos como platos. ¿Theo estaba hablando con Atlas?

—Lo mejor será que evitemos a Theo durante los próximos días —aconsejó Jasper, y Colin asintió con entusiasmo—. Sabemos por experiencia que después de este tipo de enfrentamientos está de un humor de perros durante tres días por lo menos.

—¿Sabéis por qué se están peleando?

Colin miró a Jasper y luego a mí.

—Bueno, supongo que por ti.

—Sí, bueno… pero podría ser por otra cosa —intervino Jasper rápidamente, echándole a Colin una mirada de advertencia que no me pasó desapercibida—. A lo mejor Atlas quería regalarnos los oídos con otro de los conciertos de Theo y por eso se ha dedicado a provocarlo. Hacía mucho tiempo que no escuchábamos *El fin del mundo, volumen tres*, en la versión para violín solo.

Me invadió una sensación de malestar.

—¿Habéis dicho que están frente a la puerta?

—Sí, pero… —Jasper se interrumpió, porque yo ya me había adelantado a toda prisa. Lo oí suspirar detrás de mí—. Odio tener que decirlo, pero no deberíamos dejar a Bella sola ahora.

—No —confirmó Colin—. No deberíamos.



Abrí la puerta y vi a Atlas y a Theo de inmediato. Estaban parados en medio del camino que conducía al Salón Southerin y, a primera vista, se diría que solo estaban comentando su última clase. Sin embargo, aunque ninguno de los dos hablaba en voz alta, sentí que la tensión entre ellos se podía cortar con un cuchillo. Los dos estaban demasiado cerca el uno del otro, peligrosamente cerca, mirándose fijamente a los ojos. Theo tenía los labios apretados, todo su cuerpo revelaba que estaba a punto de explotar.

—No te metas en lo que no te importa —gruñó, pero Atlas permaneció impasible.

—Me encantaría no tener que meterme en nada en lo que tú

andes envuelto, Vanderton. Por desgracia, no se trata solo de ti, sino también de ella. Y no voy a permitir que tú… —cuando se dio cuenta de que yo estaba allí, se detuvo. Theo también me miró y, por un segundo, la expresión de sus ojos cambió. Entonces Atlas siseó—: … le arruines la vida a Louisa. Así que mantente alejado de ella.

Un momento… ¿qué? ¿Arruinarme la vida? Theo resopló.

—¿Ya has terminado?

Quiso apartarse, pero Atlas le agarró el brazo y lo retuvo.

—Tú y yo no hemos terminado. No hasta que me prometas que no volverás a ponerle la mano encima.

Theo miró la mano de Atlas.

—Quítame tú las manos de encima. —Su voz era suave, pero atravesó el aire como una flecha—. Además, creo que me he expresado con suficiente claridad.

—Sí, yo también —respondió Atlas—. Y si piensas que vas a volver a enrollarte con ella en el picadero…

—¡Ya basta! —lo interrumpí. Mi cabeza iba a mil por hora—. Estoy aquí, por si no os habíais dado cuenta. Y, además, ¿cómo te has enterado tú de eso?

Atlas me miró brevemente.

—Holly os vio juntos ayer en el establo. —Sus ojos, que brillaban con frialdad, se desviaron a Theo—. Créeme, esta vez no me voy a quedar de brazos cruzados. No permitiré que le hagas a Louisa lo mismo que le hiciste a Annie. ¿Está claro?

¿*Annie*? ¿Quién era Annie? Estaba segura de que nadie en la academia había mencionado nunca ese nombre. ¿Qué significaba todo esto?

—Mierda, ¿tenía que sacar ese tema precisamente? —murmuró

Jasper a mi lado. Entonces me di cuenta de que Colin y él me habían seguido. Jasper se adelantó, se acercó a Theo y le puso una mano en el hombro—. Déjalo estar, *bro*. Vámonos a casa, ¿vale?

Pero Theo ni siquiera parpadeó. Cerró los puños y siguió mirando fijamente a Atlas.

—Esto no tiene nada que ver con Annie.

Atlas se rio con amargura.

—Todo este asunto ha sido por Annie, desde el primer momento.

—Para ti quizá. Pero no fui yo quien montó todo aquel espectáculo.

¿Espectáculo? ¿De qué estaba hablando?

—Theo, vamos. No merece la pena —intentó mediar Jasper de nuevo. Sin embargo, Theo se sacudió la mano de Jasper del hombro y se zafó de Atlas.

—No metas a Louisa en esto.

Atlas se cruzó de brazos.

—¿Por qué no te dejas de rollos y le cuentas la verdad? Cuéntale lo que le pasó a Annie. Lo que le pasó *de verdad*. Sí, cuéntanoslo a todos, joder. Aquí y ahora.

Theo se encogió como si Atlas le hubiera dado una bofetada. Su cuerpo se tensó y apretó los labios con fuerza hasta que se convirtieron en una fina rendija. Por una fracción de segundo, su mirada se posó en mí y, aunque intentó disimularlo, reconocí un atisbo de pánico en sus ojos. Fuera lo que fuese lo que estaba pasando, Atlas conocía los demonios de Theo. Y había puesto el dedo en la llaga.

—¿Qué pasa? —preguntó Atlas con una sonrisa fría. Theo no dijo nada. Solo me miró y, por un momento, creí que diría algo más. Pero se limitó a farfullar:

—Que te jodan, Corentin.

Con estas palabras, se dio la vuelta y se alejó a paso ligero.

—Cómo no. Vas a salir corriendo —le gritó Atlas con desprecio, sacudiendo la cabeza. Yo, por el contrario, solo pude quedarme allí de pie, incapaz de comprender lo que acababa de suceder. Cuando Theo desapareció tras los pórticos, me recompuse un poco.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunté—. ¿De qué estabais hablando? ¿Y quién es Annie?

Atlas se dio la vuelta para mirarme. Parecía tranquilo de nuevo, pero sus ojos ardían de furia.

—Ya te advertí que te alejaras de él. Theo Vanderton no es quien finge ser.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué ha hecho?

—Es mejor que se lo preguntes tú misma. —El rostro de Atlas adoptó una expresión de dolor—. Pregúntale qué le hizo a Annie.

33

Tenía preguntas. Cientos. Miles. Pero Theo me estaba evitando de nuevo. Ni siquiera apareció en el entrenamiento de equitación por la tarde. Liz sacudió la cabeza cuando vio que no había venido y yo deseé poder ignorar su ausencia. Sin embargo, mientras calentábamos y superábamos una combinación de barras de suelo y *cavalletis* bajos, no podía evitar que mi mente volviera al incidente con Atlas. ¿Qué significaba todo eso? ¿Y quién demonios era Annie?

Estuve cavilando hasta que me di cuenta de que Twister estaba tenso debajo de mí y masticaba inquieto el bocado. Intenté relajarme de nuevo. Twister no se merecía que, una vez más, le prestara tan poca atención. Se estaba esforzando muchísimo y se merecía que yo estuviera concentrada durante al menos sesenta minutos. La reunión con el comité de becas era dentro de cuatro días. ¡Cuatro días hasta la prueba en la que se decidiría mi futuro en la academia! Era increíble que Theo me dejara colgada justo ahora y no tuviera siquiera el valor de mirarme a la cara en la clase de hoy. Primero nuestro beso, luego la escenita de antes en el patio y ahora esto… Ya no sabía qué pensar de él.

Maldiciendo por dentro, hice un giro de trescientos sesenta grados en el borde de la pista y cerré los ojos un momento para recomponerme. Entonces, tomé una decisión: durante el tiempo que durara el entrenamiento de equitación, me centraría tan solo en

montar y no pensaría en nada. Más. Pero en cuanto dejara a Twister en los establos, no esperaría a que Theo viniera a mí y me diera respuestas. Le haría frente. Después de todo lo que había pasado, me debía una conversación.



—Bien hecho, Louisa —me dijo Liz cuando saqué a Twister del picadero al final de la clase—. Al principio estabais un poco desconcentrados, pero la última ronda ha sido realmente buena. Seguid así.

—Gracias —respondí sonriendo antes de seguir a los demás hasta el establo. Desensillé a Twister y lo llevé al prado. Después me encaminé a los terrenos de Sir Archer Remington. Mientras pasaba por el lago y continuaba a través de la pequeña zona boscosa, recordé lo que había sucedido esa misma mañana, justo antes de la discusión entre Theo y Atlas. Me sentía un poco culpable, lo había olvidado por completo. Así que saqué el móvil y traté de localizar a Jeremy. Lo intenté varias veces, pero saltaba el buzón de voz. Le escribí un mensaje y le pedí que me llamara cuando quisiera. Después guardé el móvil.

Cuanto más me acercaba al viejo caserón, más me rugía el estómago. Al llegar a la entrada, vacilé indecisa; finalmente me armé de valor y llamé a la puerta. No tardó mucho en abrirme alguien. Pero no era Theo, sino Colin.

—¡Oh… hola! —me saludó, con inusual timidez—. Llegas justo a tiempo. Gary nos está enseñando a Ave, a Jas y a mí a preparar su legendario pastel de manzana. Es una oportunidad única para que aprendas la receta.

Sin esperar a que le dijera por qué había venido, dio media vuelta y desapareció por la puerta que daba a la sala de estar tan rápido que me hizo sospechar si ya se imaginaba la razón por la que me encontraba allí. Efectivamente, en la cocina estaban los chicos y Gary, que llevaba un delantal de cocinero con la inscripción *Cakefluencer*. En otras circunstancias, me habría costado mucho reprimir la sonrisa. Pero, dado mi estado de ánimo, me limité a preguntar:

—¿Está Theo? —Jasper cerró la nevera, negó con la cabeza y me lanzó una mirada compasiva.

—No, supongo que hoy tampoco va a volver.

—¿A qué te refieres? —Se rascó la cabeza y miró a los demás en busca de ayuda. Pero Avery y Colin parecían de repente completamente fascinados con el bulto de masa que había en la encimera de la cocina. Genial.

—Theo estuvo aquí hace un rato —se compadeció Gary cuando estaba a punto de perder la esperanza—. Metió unas cuantas cosas en el coche y se fue. Quizá a casa de sus padres, aunque no lo sabemos con seguridad.

Un momento, ¿Theo ya no estaba en la academia?

—¿A mitad de semana? ¿Y qué pasa con sus clases?

Avery se encogió de hombros.

—Últimamente, a Theo no parece importarle mucho la asistencia obligatoria.

—Vale… gracias de todos modos —murmuré. Ya me disponía a dar media vuelta, pero entonces cambié de opinión—. ¿Podéis decirme quién es Annie?

Todos se quedaron paralizados, y Gary estuvo a punto de tirar el

cuchillo de cocina al suelo. Lo dejó a un lado y susurró algo. Me pareció entender las palabras «madre mía». Suspiró profundamente.

—Escucha, no me parece nada bien cómo se está comportando Theo contigo, y entendería perfectamente si te hartaras de él. Pero… este no es un tema del que debas hablar con nosotros.

Me sonrió en señal de disculpa. Colin, Jasper y Avery parecían realmente abatidos.

—Todo aquello no fue nada fácil para él y… —Jasper se aclaró la garganta—. Bueno, ya conoces a Theo, a veces es… un poco complicado. Quizá deberías darle algo más de tiempo.

¿Tiempo? ¿Más? Resoplé y sacudí la cabeza. Sinceramente, ya había esperado suficiente. Sin embargo, los chicos no se ablandaron. Por el balbuceo desesperado de Colin deduje que Bethany Lawrence, el verdadero nombre de Annie, también era de Haverton. Por desgracia, había dejado la academia hacía más de un año. No me dijeron nada más, así que me rendí y me despedí, frustrada y decepcionada a la vez.

—¡Lo siento de verdad, Louisa! —me gritó Colin—. ¿No quieres quedarte para probar el pastel?

Pero yo ya estaba prácticamente en la entrada.



Al día siguiente, le pedí a Kami que investigara a Annie, y mi mejor amiga se puso manos a la obra de inmediato; se le daba de miedo indagar en internet. Para nuestra sorpresa, no encontró nada sobre Bethany Lawrence en la red.

—No hay nada, ni en redes sociales ni en Google —anunció Kami al cabo de unos minutos—. He encontrado algunas fotos, pero son

de mujeres demasiado mayores. Mmm… —Volví a oírla deslizando los dedos por el teclado—. Voy a seguir intentándolo, no me voy a rendir tan fácilmente.

Seguimos hablando por teléfono hasta altas horas de la noche sobre la prueba con el comité de becas y sobre Shiya. Su equipo continuaba sin hacer declaraciones, lo cual era asombroso: no había indicios de que hubiera accedido a conceder una entrevista, por lo que el número de publicaciones y artículos sobre mi madre y sobre mí había ido disminuyendo en los últimos días. Tampoco se había puesto nadie en contacto con mis padres, que habían vuelto a nuestra casa de Silvermore, lo que me tranquilizó enormemente. No dudaba de que llegaría el momento en que Shiya se pronunciaría públicamente sobre el incidente de la gala, pero tenía la esperanza de que esperara al menos hasta el fin de semana.

—¿Qué tal Jeremy? —preguntó Kami cerca de la medianoche.

—No lo sé. —Al pensar en mi amigo, volví a preocuparme de inmediato—. Ha leído mis mensajes, pero hasta ahora no me ha respondido. No es propio de él. Y cuando pasé por Belmont, me dijeron que estaba enfermo y que necesitaba descansar.

—Mmm —dijo Kami—. A lo mejor realmente está en cama y por eso todavía no te ha contestado. A lo mejor necesita dormir.

Negué con la cabeza, aunque ella no podía verme.

—No sé, Kami. Tengo la corazonada de que hay otro motivo. Deberías haberlo visto ayer. Estaba tan… turbado. Creo que algo no va bien.

Tenía razón. Me di cuenta al día siguiente, cuando Jeremy pasó corriendo junto a mí después de la segunda hora, con una bolsa de deporte al hombro, los ojos enrojecidos y la cara tan pálida que

parecía que su sistema circulatorio fuera a colapsar en cualquier momento. Atravesó el pasillo sin aliento y, por un segundo, me quedé mirándolo sin saber cómo reaccionar. Grité su nombre y corrí tras él. Sin embargo, no se detuvo, giró en un pasillo adyacente y desapareció en el patio interior. A través de una de las ventanas, vi que se dirigía a la entrada principal de la academia. Pero antes de que me diera tiempo a alcanzar la puerta, se oyó un chasquido en uno de los altavoces del techo y el director Lowell anunció con seriedad que todos los alumnos y estudiantes debíamos reunirnos en el Salón de Southerin.

—Espero que acudan allí directamente y de inmediato —concluyó. Miré a mi alrededor desconcertada, pero todos los que me rodeaban parecían tan perdidos como yo. Decidí ignorar el aviso, abrí la puerta del patio y busqué a Jeremy. Ya casi había llegado a la entrada principal. Volví a llamarlo por su nombre y aceleré el paso. Pero cuando ya había cruzado la mitad del patio me detuvieron la señora Denvey y otro profesor, pidiéndole a todos los presentes que se dirigieran inmediatamente al salón. No servía de nada discutir, no nos quedó más remedio que obedecer. Al mirar de nuevo por encima de mi hombro, Jeremy ya no estaba.



Un murmullo de voces me recibió desde el gran salón de actos. No se había anunciado ninguna asamblea para hoy y nadie sabía qué era lo que ocurría. La mitad de los asientos ya estaban ocupados, y me senté en una de las filas centrales, junto a Bellamy y Celestine. Esperamos casi un cuarto de hora, y justo antes de que se cerraran las puertas vi que un profesor empujaba a un grupo de estudiantes

que se sentaron al final del salón. Entre ellos estaba Jeremy. Le hice una señal con la mano, pero en ese momento el murmullo a mi alrededor se apagó y el rector Lowell se colocó detrás del atril. Su expresión era seria, la sonrisa amistosa del primer día de clase había desaparecido.

—Desde su fundación, la academia Highclare ha sido sinónimo de una educación de primer nivel. Nuestros graduados se encuentran entre las personalidades más exitosas y respetadas del país: personas que cambian el mundo cada día. Todos ustedes aquí sentados tienen una responsabilidad. Se espera de ustedes un comportamiento ejemplar. Y en todos estos años en los que he tenido el honor de ser director de Highclare, nunca me han decepcionado. Hasta hoy.

Hizo una pausa y encendió el proyector. A su espalda, apareció la imagen de una pared pintada con grafitis. Las palabras «72 horas» estaban escritas en rojo en una fachada gris arena.

—Esta inscripción ha aparecido hoy en la pared exterior del ala oeste. Se pilló al autor *in fraganti*, pero ha podido escapar. Se trata de un chico que llevaba una sudadera con capucha y una gorra de béisbol. No sabemos más. —Volvió a hacer una breve pausa—. No sé qué significa la inscripción ni qué motivación hay detrás. Solo puedo decirles que estoy muy enfadado. Todos ustedes saben que me interesa formar personas que cuestionen las cosas, que sean asertivas y que defiendan sus valores con valentía. En esta escuela, todo el mundo tiene el derecho de desarrollarse libremente y expresar su opinión. ¡Pero no así! —exclamó mientras señalaba la imagen del grafiti detrás de él.

No era ninguna obra de arte, solo letras escritas apresuradamente,

con trazos sucios. Como si quien lo hubiera pintado tuviera prisa y estuviera deseando desaparecer de la escena del delito. Nadie dijo nada. No me atreví a mirar a Bellamy o a Celestine para comprobar si estaban tan conmocionados y confundidos como yo. ¡Increíble! ¡La fiesta de Belmont estaba completamente fuera de control!

—Que uno de ustedes haya mancillado estos muros históricos no solo es aterrador, sino también una ofensa para todos aquellos que valoran esta institución. —El rector Lowell hizo otra pausa y por un segundo me pareció que nos miraba a cada uno de nosotros directamente a los ojos—. Espero que el responsable se presente en mi oficina hoy mismo y dé explicaciones. Si no lo hace, el consejo de administración y yo iniciaremos una investigación a fondo y el culpable será amonestado.

En el Salón Southerin se hizo un silencio sepulcral. Parecía que todos estuviéramos conteniendo la respiración. Cuando el director Lowell abandonó el estrado, se reanudaron los murmullos, la gente se puso de pie y todos se dirigieron a las puertas. Yo también me levanté y me dejé llevar por la corriente, mientras oía las primeras conjeturas sobre quién podría ser el responsable del mensaje en la pared. La mayoría, como yo, apuntaban a Ekatarina o a alguien de Belmont. Sin embargo, de algún lugar, oí que alguien mencionaba mi nombre y automáticamente apreté el paso.

A la salida, busqué a Jeremy, pero al principio no lo reconocí entre la multitud de estudiantes excitados. Entonces vi a un chico de pelo castaño que se abría camino hacia una de las galerías laterales. ¡Tenía que ser él!

—¡Jeremy, espera! —le grité y lo seguí. No me oyó. Empecé a correr tras él, pasé por la secretaría y seguí hacia mi aula. Lo perdí

de vista. Seguí dando vueltas hasta llegar al pasillo donde estaban los despachos de los profesores. Me detuve de golpe.

¡Ahí estaba! Jeremy se encontraba en medio del pasillo, junto con el profesor Crawley, mostrándole algo en su bolsa de deporte. El profesor se quedó perplejo, sacudió la cabeza y dijo algo que no entendí. Entonces advirtió mi presencia y levantó la vista. Jeremy se volvió hacia mí, retiró rápidamente la bolsa y tiró de la cremallera. En su mirada se reflejaba el pánico.

—Jeremy… —No pude decir nada más, aunque hubiera querido decir muchas cosas.

—Louisa… ahora no.

Parecía estar esforzándose por controlar la voz y sentí un nudo en la garganta. Haciendo caso omiso de su petición, di unos pasos hacia él.

—¿Qué te pasa? —insistí, pero él sacudió la cabeza.

—Aléjate de mí, es mejor así.

Estaba completamente conmocionado. ¡No podía decirlo en serio!

«Lo siento», articuló con los labios sin emitir sonido alguno, aferrándose aún más fuerte a las asas de la bolsa de deporte. La manga de su uniforme escolar se deslizó un poco hacia arriba y me quedé paralizada. Bajó apresuradamente la mano y puso la manga en su lugar. Demasiado tarde. Ya lo había visto. El color rojo en su muñeca. Color rojo rubí. Como si hubiera…

—No puede ser. ¿Tú has…? —La pregunta se me quedó atascada en la garganta cuando vi lo que sobresalía de su bolsa de deporte. La capucha de una sudadera y una pieza de plástico rojo. La tapa de un bote de spray. Jeremy parpadeó y de repente se le llenaron los ojos de lágrimas. El señor Crawley le puso una mano en el hombro.

—Vamos a hablar en mi despacho. Luego iremos a ver al director Lowell.

Tragué saliva. Así que era cierto. Jeremy había pintado el grafiti en el edificio. Pero ¿por qué? ¿Acaso Ekatarina lo había incitado a hacerlo? ¿Tenía algo que ver con el juego de Belmont? No, no podía imaginarlo, lo conocía demasiado bien. Jeremy jamás haría algo así por un estúpido juego del Círculo Rubí.

—Será mejor que te vayas —dijo Jeremy con voz apagada—. No deberías dejar que te vean conmigo ahora mismo.

Lo miré fijamente.

—Pero…

—Por favor, Louisa.

Se le cayó una lágrima por el rabillo del ojo, pero Jeremy no se la limpió. Se dio la vuelta y dejó que el profesor Crawley se lo llevara.

34

Estaba completamente fuera de mí. Todavía no asimilaba lo que había pasado. ¡Jeremy había pintado el grafiti! Jeremy, un chico tranquilo, reservado y siempre amable. No le pegaba nada. ¿Por qué demonios había hecho eso? Y sobre todo, ¿por qué no había hablado conmigo? ¡Éramos amigos! El resto del día hice lo posible por localizarlo, pero Jeremy seguía sin contestar al móvil y, cuando fui a Belmont, me volvieron a echar.

Protesté, aunque fue en vano. Al final, garabateé rápidamente un mensaje en un trozo de papel pidiéndole a Jeremy que hablara conmigo, con la esperanza de que el mayordomo vestido de traje se la llevara. Jeremy no respondió y a la mañana siguiente, antes de que empezaran las clases, el director Lowell anunció que el culpable se había entregado. No dijo nada más, pero fue suficiente para revolucionar a toda la escuela y avivar las especulaciones sobre quién habría sido y cuáles serían las consecuencias. Pensar en lo que podría pasarle a Jeremy hacía que se me revolviera el estómago. Al igual que pensar en el hecho de que no se hubiera sincerado conmigo. Además, todavía no se había puesto en contacto, no tenía ni idea de cómo estaba y eso me estaba volviendo loca.

—Entiendo que te resulte difícil y que estés preocupada —me dijo Kami la noche previa a mi examen de equitación—. Pero mañana tienes que olvidarte de todo eso.

—No sé si podré.

—Claro que podrás —insistió—. Solo durante el recorrido. Eso es lo importante. Ya pensaremos después en cómo puedes ayudar a Jeremy o en la situación con Theo. Cada cosa a su tiempo, ¿vale? Ahora lo principal eres tú—. Suspiré porque sabía que tenía razón. Si no quería hacer las maletas mañana tras la prueba, no me quedaba otra opción.



Cabeza fría, concentración total. Al día siguiente, no dejé de repetirme estas palabras mientras limpiaba a Twister hasta dejarlo reluciente, lo ensillaba y finalmente lo llevaba a la pista de arena, donde Liz ya me estaba esperando para presentarme a los miembros del comité de becas, dos mujeres y un hombre. Me obligué a sonreír, les estreché la mano a los tres y respondí a sus preguntas sobre si me sentía a gusto en Highclare y qué tal me habían ido las primeras semanas. Por un momento pensé en decirles que todo había ido genial, mejor de lo que jamás había soñado. Pero al final decidí decir la verdad y confesé que había pasado una temporada un poco turbulenta hasta ahora. Una de las mujeres, que llevaba el pelo negro hasta los hombros y una americana a cuadros, asintió.

—Ya me imagino. Las primeras semanas aquí son sin duda las más emocionantes. Con el tiempo te acostumbrarás al ambiente de este lugar tan extraordinario.

Liz me puso una mano en el hombro y me sentí agradecida cuando retomó la conversación. Me dedicó unas palabras de elogio y mencionó que en poco tiempo había mejorado mucho y que incluso estaba entrenando en mis ratos libres para rendir al máximo. Apenas prestaba atención a sus palabras. Mi cuerpo funcionaba como en

piloto automático, sonreía y asentía cuando era necesario. Pero no estaba realmente presente.

Finalmente, Liz me pidió que calentara con Twister y me sentí aliviada de poder irme. Al menos por un momento. Porque, al acercarme a la escalera para subir a lomos de mi caballo, sentí que todas las miradas estaban puestas en mí. Me temblaban las rodillas y notaba la cabeza llena de una espesa niebla.

—Oye —dijo alguien a mi espalda. Era Bellamy—. Lo vas a conseguir, eres buena.

—La verdad es que estoy bastante nerviosa —confesé.

—Lo entiendo, en mi primera reunión con el comité casi me hago pis en los pantalones. Pero no pasa nada. Los presidentes de la fundación son muy amables. Amanda Ryle también fue becaria y entiende perfectamente la presión a la que estamos sometidos.

Un momento.

—¿Tú también tienes una beca?

—Sí, ¿no lo sabías? —contestó sonriendo.

—No. —Negué con la cabeza y él se rio suavemente mientras acariciaba el cuello de su caballo.

—Bueno, pues si pensabas que hoy tendrías toda la atención para ti sola, siento tener que decepcionarte. También han venido por mí y ¿qué quieres que te diga? Me adoran —añadió riendo de nuevo—. Así que probablemente no te prestarán mucha atención. —Bellamy se encogió de hombros y esta vez no me costó devolverle la sonrisa. Agradecía mucho que tratara de aligerar la tensión.

—Entonces tendré que montar muy bien para poderte hacer sombra.

—Eso parece. —Me ofreció la mano y se la estreché. Luego me

subí al caballo y me puse en marcha.

Puedo hacerlo, me repetí una y otra vez mientras Twister y yo calentábamos. Los últimos entrenamientos habían ido bien; aunque no había dado lo mejor de mí, Liz me había hecho saber varias veces que estaba contenta. En las primeras vueltas dejé las riendas largas y me concentré en relajarme. Pero al cabo de unos minutos, Twister acortó el paso notablemente y empezó a tirar del bocado, intentando arrancarme las riendas de las manos. Moví los hombros hacia delante y hacia atrás, saqué los pues de los estribos y aflojé los tobillos. No sirvió de nada.

—Respira.

Esa voz. Me puse tensa y Twister siguió comportándose igual. No estaba segura de si me lo había imaginado o… No. Parpadeé y por un momento creí que me estaba volviendo loca. Pero no… Theo estaba junto a la valla, mirándome.

—Respira —repitió mientras se ponía una mano en el estómago, recordándome cómo tenía que hacerlo. Desde el diafragma, no desde el pecho. Lo miré fijamente, como paralizada, hasta que me di cuenta de que los miembros del comité me observaban y tomaban notas. Reanudé la marcha de inmediato, deseando con todas mis fuerzas que no se notara demasiado el caos que sentía dentro de mí. Theo estaba aquí. Había venido para verme montar a caballo. Y este sencillo detalle hizo que mis sentimientos se desataran por completo. Desde principios de semana, no había sabido nada de él. No había considerado ponerse en contacto conmigo ni una sola vez y… ¿ahora aparecía de repente? ¿Precisamente en mi prueba? ¿No había pensado que me pondría de los nervios?

Un atisbo de rabia se apoderó de mí, pero mezclada con algo más.

Cierta sensación de alivio… y un hormigueo traicionero en el estómago. Porque, aunque me resistía a admitirlo, su presencia me daba seguridad y me recordaba lo que habíamos estado practicando en las últimas semanas. ¡Podía conseguirlo!

Centrándome tan solo en mí misma, relajé el ceño, me concentré en sentir el movimiento de Twister y repasé en mi mente el recorrido que iba a hacer a continuación. Obstáculo tras obstáculo. Después de unas cuantas vueltas, Twister empezó a alargar las zancadas y, cuando lo puse al trote, resopló y se estiró. Por el rabillo del ojo vi que Theo asentía satisfecho y, aunque ahora estaba al otro lado de la pista, creí oír su voz en mi cabeza. *Muy bien, ahora cierra los ojos y no pienses en nada más. Solo estáis Twister y tú.*

Empezamos a galopar y, tras unas cuantas transiciones, conduje a mi caballo pío a los primeros obstáculos de la ronda. Twister saltó hábilmente por encima del primero y, cuando Liz me gritó que hiciera varios saltos seguidos, me sentí preparada.

Pasé el resto de la ronda como si estuviera en una película: hice dos rondas sin errores, ante la sonrisa satisfecha de la presidenta del comité. Liz levantó el pulgar y dio la sesión por finalizada y Bellamy me rodeó con el brazo, me felicitó y se llevó a Twister, porque una mujer de pelo largo, la señora Ryle, presidenta del comité, quería hablar conmigo un momento.

—Lucinda Norwood no ha exagerado —dijo—. Es usted una excelente jinete.

—Gracias. Twister es un caballo magnífico. Estoy muy agradecida de que la academia lo haya puesto a mi disposición.

La señora Ryle miró brevemente a Bellamy, que seguía sujetando a mi caballo, y luego su expresión se volvió un poco más seria, aunque

su sonrisa no desapareció.

—Por supuesto, también hemos hablado con sus profesores y… —Inmediatamente se me hizo un nudo en el estómago. Sabía lo que venía a continuación—. Nos han dicho que su rendimiento actual aún no está a la altura de las expectativas.

Tragué saliva sin saber qué hacer. ¿Disculparme? ¿Tratar de explicarle la situación? ¿O pedirle que me diera otra oportunidad?

Pero entonces la señora Ryle continuó:

—Sin embargo, sé por experiencia propia que se necesita un poco de tiempo para adaptarse por completo a Highclare y al Círculo Rubí. Siga montando como hasta ahora y muéstrenos también en el aula de lo que es capaz.

Asentí con la cabeza automáticamente. Poco a poco, entendí lo que implicaban sus palabras.

—¿Significa eso que… puedo quedarme?

La señora Ryle se rio ante mi pregunta y me apretó el brazo en señal de ánimo.

—Por supuesto. Tiene talento y estoy deseando ver lo lejos que puede llegar.

Dijo algo más, al igual que sus dos acompañantes. Pero ya no podía escuchar con atención. ¡Lo había conseguido! Me quedaba en Highclare, con Twister y…

Al pensar en Theo, giré la cabeza hacia la valla, donde estaba hasta hacía un momento. Sin embargo, ya no había nadie.

De camino al establo, llamé por teléfono a Theo tres veces; no contestó y, al final, me cansé de mirar el móvil sin parar esperando ver su nombre en la pantalla. Así que le escribí.

«Solo quería darte las gracias por tu ayuda. Pero si huyes de mí,

resulta difícil. Me gustaría saber qué es lo que quieres. ¿Qué esperas de mí?».

A continuación, guardé el teléfono y me obligué a no volver a sacarlo. ¡Lo había conseguido, me quedaba en la academia! Y no iba a dejar que nada ni nadie me arruinara este momento.

—¿Nos vemos luego en la sala común? —me preguntó Bellamy cuando nos encontramos en el guadarnés—. Deberíamos celebrar tu primer examen con una Coca-Cola y una partida de billar. ¿Qué te parece?

Asentí y sonreí. Luego, relegué a Theo y a mis sentimientos por él al rincón más remoto de mi mente.

—¡Por supuesto, me apunto!

35

De vuelta en Haverton, me di una ducha larga y me puse unos leggings y la camiseta que me había regalado Pa. Me sentí mucho mejor. Con la toalla aún sobre la cabeza, salí del baño y saqué el móvil para escribir a Kami. Pero cuando toqué la pantalla, me quedé paralizada. Theo me había respondido.

Desbloqueé el teléfono con rapidez, abrí la aplicación y miré con incredulidad nuestro chat. Me había enviado tres mensajes y luego los había borrado todos. Esperé un momento, incrédula, por si aparecía algún mensaje nuevo. Pero Theo ya se había desconectado. Sacudiendo la cabeza, tiré el móvil sobre la cama. ¿Qué le pasaba? ¿Quién demonios envía mensajes, tres nada menos, para borrarlos inmediatamente después? Sin dar ninguna explicación y…

Llamaron a la puerta y me giré de golpe. ¿Sería Bellamy? Probablemente no, habíamos quedado en dos horas. ¿Jeremy? ¿O quizá Theo? ¿Habría venido para hablar conmigo en persona?

—¡Un momento, por favor! —grité, pensando si me daría tiempo a quitarme la toalla y peinarme. Pero entonces me di cuenta de que era una estupidez. A Theo seguramente le daría igual mi pelo y, si no, era su problema. Así que abrí la puerta. No esperaba encontrarme a la mujer que me había ayudado en mi primer día, cuando estuve a punto de perderme la fiesta de bienvenida.

—Tengo que darle esto.

Elise me tendió una caja brillante que se parecía de manera

sospechosa a la que Atlas me había entregado hacía apenas unas semanas en el Salón Southerin. No la acepté.

—¿Es de Atlas Corentin?

Elise asintió.

—También hay una tarjeta —explicó, señalando el sobre nacarado que había encima de la caja. Con un suspiro, lo agarré, lo abrí y leí las líneas.

«Quería darle a Theo la oportunidad de explicártelo todo. Pero como lleva días sin aparecer, supongo que no lo ha hecho. Te mereces saber la verdad, Louisa. Acompáñame mañana a la fiesta y responderé a todas tus preguntas. Atlas».

Volví a leer el mensaje y negué con la cabeza. ¡No podía hablar en serio!

Desde la mañana después de la gala de arte, Atlas se había vuelto mucho más cauteloso conmigo. Ya no quedaba rastro de la naturalidad de los primeros días. Sin embargo, lo había interpretado de forma positiva, como una señal de que respetaba mis decisiones. Al menos hasta ahora. Porque… ¿qué significaba todo esto?

El vestido que, con seguridad, había en la caja podía interpretarse, siendo generosos, como un gesto bonito, porque era muy probable que en el Círculo Rubí fuera imposible llevar el mismo vestido dos veces seguidas. Pero sumado al mensaje, el regalo era inaceptable. ¿Qué se creía? ¿Que ahora que Theo y yo estábamos en punto muerto, iría con él a la fiesta? ¿Qué me agarraría de su brazo, me pondría su vestido y lo acompañaría como si yo fuera su trofeo personal? ¡Ni hablar!

Sí, me merecía saber la verdad, en eso tenía razón. Pero, si estaba tan desesperado por contármela, no tenía por qué esperar hasta

mañana.

Tomé la caja con decisión y le di las gracias a Elise. Luego, con el paquete bajo el brazo, me encaminé a la habitación de Atlas y llamé a la puerta. Como no contestó nadie, lo intenté de nuevo.

—Atlas no está —se oyó una voz a mi lado. Grayson salió de la habitación contigua, cerrando la puerta tras de sí—. Ha ido a una reunión de negocios con su padre y no volverá hasta mañana por la tarde.

Genial. Dejé caer la mano con impotencia y pensé en lo que debía hacer ahora. ¿Llamar a Atlas por teléfono? No, mejor no. Si estaba reunido con su padre, y encima por negocios, no tendría tiempo para atenderme. No me quedaba más remedio que esperar hasta el día siguiente. Muy a mi pesar, me despedí de Grayson y me llevé la caja a mi habitación. Mi intención era dejarla en un rincón y no abrirla siquiera. Pero al final la curiosidad pudo conmigo y decidí echar un vistazo.

El vestido que Atlas había elegido esta vez era de color rojo oscuro, de una tela brillante y sedosa. Sencillo, aunque con una larga abertura en la pierna. Era impresionante. Sexy. Seductor. Todo lo que yo no sería mañana por la noche. ¡Y mucho menos para él!

Volví a guardar el vestido y cerré la tapa de la caja. Luego fui al comedor, donde me senté con Coraline y sus amigas y escuché a medias los detalles sobre la fiesta de mañana y las insinuaciones que Ekatarina y otras chicas de Belmont habían hecho al respecto. Pero justo cuando iba a tomar un último sándwich y desaparecer en la sala común, Haru entró en la habitación. Con una sonrisa arrogante, se apoyó en el marco de la puerta.

—Creo que hay algo que deberíais ver —dijo mirando por encima

de las mesas—. Todos.



24 horas. Aunque no había anochecido todavía, aquellas dos palabras resplandecían claramente sobre el césped frente al pabellón del jardín. Coraline, que salió detrás de mí, soltó un pequeño grito y aplaudió con entusiasmo. Eden resopló. Se cruzó de brazos, atravesó el porche, se colocó en medio del cono de luz de los focos y miró al tejado. Yo también miré hacia arriba, pero no veía nada. Quienquiera que hubiera instalado aquel juego de luces, ya no estaba allí.

—Vale, jamás pensé que diría esto, pero los de Belmont son simplemente geniales —murmuró Grayson al pasar.

Eden le lanzó una mirada sombría. Cada vez había más gente agolpándose en el jardín, los chillidos eufóricos se mezclaban con los cuchicheos y no transcurrió mucho tiempo antes de que empezaran a sacar los móviles para hacerse los primeros selfis. Yo lo observaba todo desde una distancia segura y, cuando estaba a punto de volver a entrar, mi teléfono vibró de repente. *Kami*, pensé. Pero, cuando toqué la pantalla, vi el nombre de Theo.

«No puedes ir a la fiesta mañana. Bajo ningún concepto».

Me quedé mirando sus palabras, atónita, y desbloqueé el móvil para ver si el mensaje continuaba. Sin embargo, no había escrito nada más.

«Theo escribiendo», ponía debajo de su nombre. Contuve la respiración y esperé. Pero no llegó ningún mensaje más y, al final, el mensaje que indicaba que estaba escribiendo también desapareció. Tras más de cinco minutos, estaba segura de que había dejado el móvil a un lado. Volví a leer el mensaje y sentí cómo crecía la rabia

en mi interior. ¿Estaba tomándome el pelo? Días de silencio, después su repentina aparición en mi examen de equitación… ¿y ahora esto?

¿Qué se habían creído los chicos ricos de Highclare, tratándome así? ¡Ya estaba harta! De sus estúpidos juegos, de sus insinuaciones y de que Theo pensara que podía aparecer y desaparecer de mi vida cuando le viniera en gana. Con los labios apretados, me quedé mirando las letras brillantes que tenía delante. ¡Ahora sí que pensaba ir a esa fiesta! Solo para demostrarle a Theo lo que opinaba de su mensaje. Sin embargo, no me pondría ninguno de los vestidos de Atlas. Era hora de volver a ser yo misma y defenderme. Con los dedos firmemente apretados alrededor de mi móvil, abrí otra vez el chat con Theo. Sin pensármelo dos veces, escribí lo primero que se me ocurrió y lo envié.

«Que te den, Theo». Observé satisfecha cómo, acto seguido, apareció el doble check azul junto a mis palabras. A continuación, apagué el teléfono.

36

La noche siguiente, me sentí genial, fuerte y también un poco rebelde al sacar del armario el vestido azul marino que me había comprado en Londres. No era ni de lejos tan elegante como el que me había regalado Atlas, y seguramente más de uno me miraría con condescendencia. Pero eso no me importaba. Ya me habían hecho sentir insegura durante demasiado tiempo. El Círculo Rubí, Shiya, sus fans y Lexi, que tanto daño me había hecho con sus palabras y sus actos. ¡Eso se había acabado! Tenía la oportunidad de empezar de cero aquí en la academia. Y eso era lo que quería. Sin la sensación de tener que agradar a otros o demostrar algo. Por eso esta noche sería yo misma, sin importar lo que pensaran los demás.

Con este pensamiento en mente y la nueva canción de Jasper sonando en bucle, me recogí el pelo y me maquillé muy discretamente. Al final, me miré satisfecha en el espejo y asentí con la cabeza. Luego me dirigí al vestíbulo, el punto de encuentro oficial desde donde nos recogerían y nos llevarían al lugar de la fiesta.

Por las conversaciones que había escuchado durante el desayuno y en clase, sabía que todavía no se conocía dónde se celebraba la fiesta. Conforme me iba acercando a la escalera, el murmullo general sonaba cada vez más fuerte. Justo cuando entré en la galería, Celestine se me acercó por el pasillo de enfrente, con el pelo recogido en un moño muy tirante y unas finas gafas doradas en la nariz. A modo de vestido, llevaba una americana larga de color rojo

intenso que le llegaba hasta el trasero y que resaltaba a la perfección sus interminables y musculosas piernas. La saludé amablemente, pero ella se limitó a mirarme y frunció los labios como diciendo: «Ese vestido tiene que ser una broma».

Pues no, en absoluto. Eché los hombros hacia atrás y le sonreí con confianza antes de seguir bajando las escaleras. Pero en el último escalón me quedé paralizada y miré hacia abajo con incredulidad. ¡No podía ser verdad!

Celestine, como si me hubiera leído el pensamiento, me dedicó una leve sonrisa y pasó junto a mí con aire altivo. Saludó a Holly Sage y a Coraline, que llevaban vestidos rojos y me observaban desconcertadas. Busqué con cierta impotencia en el vestíbulo a una sola chica que hubiera elegido un color diferente esa noche. No encontré a ninguna. Incluso los chicos llevaban pajaritas rojas u otros detalles rojos en el traje. Oh, Dios. Ahora lo recordaba. Se habían puesto todos de acuerdo porque Eden quería que les robáramos el protagonismo a las otras casas.

Con las mejillas coloradas, me pregunté si debía darme la vuelta, pero en ese momento Atlas levantó la cabeza y me vio. Estaba junto a la puerta, con Eden, Bellamy y Grayson, y me pareció verlo fruncir ligeramente el ceño. No mostró más emoción en su rostro. Ni una sonrisa, tampoco movió los labios. Solo me miró. Sin embargo, eso fue suficiente para que el ardor que sentía en la cabeza explotara del todo.

¿Qué debía hacer ahora? No podía ser la única chica de Haverton que fuera de azul, al menos si quería evitar ser el centro de todas las conversaciones aquella noche. Pero… ¿cuál era la alternativa? ¿Volver a mi habitación y ponerme el vestido de Atlas? No, eso no

era una opción. Y menos teniendo en cuenta que él ya me había visto. Entonces… ¿tenía que pasar de la fiesta y hacer exactamente lo que Theo quería? Tampoco era una opción. Además, si lo hacía quedaría como una idiota ante los demás. Más todavía, si eso era posible.

Respiré hondo. Por lo que parecía, no me quedaba más alternativa: tenía que bajar y afrontar la situación. Y hacerlo de forma que nadie notara lo rápido que me latía el corazón ni lo sonrojadas que estaban mis mejillas. Así que levanté la barbilla, puse un pie en el siguiente escalón y resistí el impulso de dar media vuelta y esconderme en mi habitación durante al menos dos días.



Paso a paso. Respira. Sigue caminando. Cuando Eden me vio, abrió los ojos. Le dijo algo a Atlas y sacudió la cabeza con rabia. Holly Sage también le susurró algo a Celestine. Todos me miraban fijamente.

Tragué saliva. En ese momento me sentía como un alienígena. Una alienígena con un vestido azul marino. La alienígena de Silvermore, un pueblo pequeño, del que probablemente nadie en este lugar había oído hablar jamás. La alienígena que había sido todo este tiempo y que simplemente se había sabido esconder muy bien, bajo un vestido de Corentin.

Fingiendo que no me había dado cuenta de que acababa de romper el código de vestimenta oficial de Haverton, me puse a un lado en el vestíbulo y miré de nuevo a Atlas. Me observaba todo el tiempo, aunque no hacía ningún ademán de moverse o acercarse a mí.

—Parece que sabes cómo volver locos a los chicos. —Alguien me puso una mano en el brazo y me sobresalté. Era Coraline. Se colocó a mi lado y sus labios, pintados de rojo intenso como siempre, esbozaron una sonrisa—. Ahora estoy enfadada por no haber pensado en llevar otro color. En fin… mírate. Seguramente Eden te quiere matar en este momento. Grayson siempre es impenetrable, pero te admira en secreto, porque él nunca se atrevería a hacer algo así. Bellamy se siente atraído por ti porque le recuerdas a una parte de sí mismo que ha ido dejando atrás. Y Atlas… bueno, creo que no tengo que decir nada sobre cómo se siente. —Se acercó hasta que sus labios casi me rozaron la oreja. Luego susurró—: Y todo por un vestido. A eso lo llamo yo una jugada maestra.

—Oh… no, yo no quería… —Coraline me puso un dedo en los labios y me hizo un gesto con la cabeza—. Por supuesto que no. Las chicas nunca queremos eso. Pero, independientemente de si era tu plan o no, ahora tienes toda la atención de los Cinco de Haverton. Enhorabuena.

Levanté las cejas.

—¿Quiénes son?

—Los Cinco Macizos de Haverton. Son los tíos más buenos de la casa.

—Te lo acabas de inventar, ¿verdad?

—Qué va —respondió Coraline riendo—. Así es como los llamamos, te lo juro. No recuerdo cómo empezó.

—Pero… solo son cuatro.

Eden, Atlas, Bellamy y Grayson.

—Sí, tienes razón. Theo se cambió a Remington el año pasado. En realidad, ahora deberían llamarse los Cuatro de Haverton Pero no

suena tan bien, así que nos quedamos con el nombre original…

—Un momento —interrumpí—. ¿Theo era de Haverton? ¿Theo Vanderton?

Coraline asintió.

—¿No lo sabías?

—No, yo… —En ese momento, vi por el rabillo del ojo que Atlas se separaba del grupo de amigos y se dirigía hacia Coraline y hacia mí. Se acercó a nosotras y volvió a posar su mirada en mí, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Culpa mía por haberte enviado un vestido rojo. Había olvidado que estás acostumbrada a hacer una gran entrada.

—Y qué entrada —dijo Coraline, pero Atlas la ignoró y siguió mirándome—. Estás muy guapa esta noche.

Apenas pude evitar que se me abriera la boca. No me lo esperaba. En realidad, tenía pensado decirle unas palabras sobre su regalo la próxima vez que nos viéramos. Pero ahora estaba demasiado sorprendida. Atlas se aclaró la garganta.

—Aunque no te haya gustado mi vestido, espero que encontremos la oportunidad de hablar durante la noche. O más tarde, cuando quieras. Hay muchas cosas que me gustaría contarte. —Hizo una pausa y en sus ojos descubrí un vestigio de algo que no había visto en él hasta entonces. Vulnerabilidad—. Siento cómo me he comportado contigo, no ha estado bien. Aun así, me gustaría explicarte por qué he reaccionado de esa manera. Creo que así podrás entenderme mejor. Y tal vez entonces… todo pueda volver a ser como antes entre nosotros…

No llegó a decir más, porque en ese momento sonó el timbre y las palabras de Atlas quedaron ahogadas por los vítores de los demás.

Eden abrió la puerta, echó un vistazo al exterior y luego se giró con energía hacia nosotros.

—Ya empieza —anunció solemnemente.



La entrada estaba llena de lujosas limusinas negras que nos esperaban bajo la luz del atardecer. Los ojos de Coraline brillaban.

—Vamos, quiero ser una de las primeras en llegar.

Me agarró de la mano y me arrastró tras ella hasta una de las limusinas de delante. Atlas nos siguió, pero cuando hizo ademán de subirse también, Coraline sacudió la cabeza.

—Lo siento, ya no hay sitio.

Él se cruzó de brazos como señal de protesta ante el rechazo de Coraline y su fragrante mentira. Coraline le hizo señas a Haru, que se dirigía con un grupo de chicas a otro coche.

—Lo siento, Atlas —murmuró ella con una caída de ojos—. En otra ocasión.

Él resopló. Era evidente que quería protestar, pero Haru y las chicas se abrieron paso a empujones y, cuando todos subieron al coche, Coraline cerró la puerta sin más. La miré confundida, y ella se limitó a reír.

—No querrás que piense te tiene en el bote solo porque se ha acercado a ti con ese perfume tan seductor.

No, desde luego, no era eso lo que quería.

—Lo que me imaginaba —continuó, aunque yo ni siquiera había abierto la boca—. Y para que le quede claro, lo mejor es que lo dejes en ascuas hasta que esté comiendo de tu mano.

—La verdad es que me hubiera gustado escuchar lo que me tenía

que decir.

Sobre su extraño comportamiento. Sobre las últimas semanas. *Sobre Theo*.

Coraline hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—No te lo habría contado aquí en el coche.

Probablemente tenía razón. Suspiré y me recosté en el asiento. Cuando quise mirar por la ventana, me di cuenta de que las ventanillas estaban tintadas, no solo por fuera, sino también por dentro. Haru pareció fijarse al mismo tiempo, porque acercó la cara al cristal y puso la mano sobre él. Luego miró a su alrededor, buscando un botón para bajar la ventanilla. Pero no había ninguno.

—Parece que los Belmont quieren mantener en secreto dónde se celebra la fiesta hasta el final —murmuró una de las chicas mientras se tocaba el borde de su minivestido rojo. Sus acompañantes me miraron con recelo y una de ellas incluso arrugó la nariz, como si fuera imperdonable que me hubiera atrevido a no seguir el código de color.

Después de unos minutos, el coche se puso en marcha. Automáticamente, volví a mirar por la ventana, pero, por supuesto, no logré ver nada, salvo el reflejo de mi propio rostro.

Era extraño no saber dónde estábamos y, al poco tiempo, me desorienté por completo. Me pregunté si Theo también estaría en uno de los coches o si, por el contrario, habría decidido no ir a la fiesta. ¿Y Jeremy?

Hasta ahora no había sabido nada de él, aunque tampoco había encendido el móvil desde el día anterior, porque no me apetecía seguir discutiendo con Theo. Si tenía algo que decirme, que lo hiciera. Pero no a través de un mensaje de texto.

Aun así, no podía dejar de preguntarme por qué tenía tanto interés en que no fuera a la fiesta. ¿Se habría enterado de que Atlas quería hablar conmigo? ¿Temía que descubriera algo sobre él que prefería mantener en secreto?

No podía dejar de frotarme las manos y, cada vez que notaba que nuestro vehículo reducía la velocidad o se detenía, me ponía más nerviosa todavía. Necesitaba respuestas para entender las cosas de una vez. Pero el chófer seguía conduciendo. Me preguntaba adónde diablos nos llevaba. ¿A Londres? ¿O aún más lejos?

Cuando paramos de nuevo, se me ocurrió una idea. Saqué el teléfono del bolso y lo encendí. Por más que Ekatarina tintara los cristales de los coches, con la aplicación de geolocalización del móvil podía saber en todo momento dónde estábamos y hacia dónde nos dirigíamos. La pantalla se iluminó. Introduje el pin y de pronto… ¿Qué…? Desde el día anterior tenía montones de mensajes y llamadas perdidas. Algunos de Theo, aunque la mayoría de Kami. Sorprendida, abrí nuestro chat y empecé a leer.

«Louisa, tenemos que hablar URGENTEMENTE. Cuando me hablaste de esa tal Bethany Lawrence, me entró curiosidad y seguí investigando. Y… Mierda, no sé por dónde empezar».

Seguía un emoji de horror, y después una breve nota de voz. La pulsé, bajé el volumen al máximo y me puse el móvil en la oreja para que no me oyera nadie.

«Louisa, ¿dónde estás? He intentado llamarte como cien veces. ¿Estás bien? Dios mío, estoy muy preocupada por ti. Todo esto es muy raro. He vuelto a investigar el asunto de Annie. Al principio parecía que no había rastro de ella en la red. Pero ya me conoces, no me rindo tan fácilmente. Así que me puse a buscar en un montón

de foros y escribí por privado a algunas personas. Y acabo de encontrar una cosa… Lou, ¡creo que el Círculo Ruby ha intentado encubrir algo! Esa chica… mierda, no sé cómo decirte esto…».

Hizo una pausa y, aunque estaba escuchando el mensaje al doble de velocidad, el silencio se me hizo eterno. Entonces se cortó la nota de voz. Debajo había otro mensaje de texto.

«Lo mejor es que lo veas tú misma. ¡Y LLÁMAME!».

A continuación había un montón de fotos. Toqué la primera y, cuando apareció en la pantalla, me quedé de piedra. Sentí como si una mano invisible me apretara el cuello.

Aquella chica, Bethany Lawrence, que evidentemente estaba relacionada con la rivalidad entre Atlas y Theo, se parecía tanto a mí que podrían confundirme por la calle. Teníamos el mismo pelo largo y castaño, los mismos rasgos faciales, incluso el mismo tono de ojos azul grisáceo. La forma de las cejas, el estilo de ropa, ¡se parecía en todo a mí! Por supuesto, si te fijabas bien, se podían apreciar diferencias, como la forma de nuestra nariz. No éramos gemelas, pero aun así…

Seguí pasando fotos. Se me puso la piel de gallina. En la siguiente imagen aparecía Bethany junto a Theo. Debían de habérsela hecho en algún evento. Theo llevaba un traje negro y sonreía a la cámara. Y Annie… Acerqué el zoom para estar segura. No había duda. ¡Esa chica llevaba el mismo vestido que yo! El vestido color crema que me había puesto para la fiesta de bienvenida en el hotel. Su cara estaba muy cerca de la de Theo y le sonreía con tanta felicidad y amor que me dieron ganas de vomitar.

¿Qué diablos estaba pasando? Con los dedos temblorosos, cerré las fotos y vi que Kami también me había enviado un PDF. Al

pulsarlo, se abrió un artículo de periódico de hacía más de un año. Leí el titular y me llevé una mano al estómago.

«¿Qué oscuros secretos se esconden tras los muros del Círculo Rubí? La alumna de Highclare Bethany Lawrence desaparece sin dejar rastro después de una fiesta».

37

Me faltaba la respiración. Coraline giró inmediatamente la cabeza hacia mí y levantó una ceja con expresión interrogante. Pero no pude decir nada. Por mucho que quisiera, bullían demasiadas preguntas en mi cabeza y se volvían cada vez más insistentes… Sentía la lengua pesada, como entumecida. No podía pronunciar ni una palabra.

«Bethany Lawrence desaparece sin dejar rastro después de una fiesta». ¿Qué significaba eso? La limusina redujo de nuevo la velocidad y se detuvo. Aún en trance, me di cuenta de que Haru se revolvía en su asiento, presa de la excitación, y que una de las chicas jugueteaba con su colgante. Pensé que el coche reanudaría la marcha de inmediato. Que aún me quedaba tiempo para calmarme y recomponerme lo suficiente como para ser capaz de formular una frase medianamente coherente. Pero no. El coche se había parado y, al cabo de unos segundos, se abrió una de las puertas.

—Parece que hemos llegado.

Coraline me sonrió con complicidad antes de salir la primera. Haru también se desabrochó el cinturón y la siguió. Dejé que los demás se adelantasen, porque no me sentía preparada para moverme. Las imágenes de Bethany aparecían una y otra vez frente a mis ojos. Su forma de abrazar a Theo. ¡Llevaba el mismo vestido que yo! Y luego estaba el titular. Me di cuenta de que teníamos que esperar un poco antes de bajarnos. Mis acompañantes estaban hablando con alguien

que les dio algunas instrucciones. Por fin me tocó a mí y, cuando salí del coche, un hombre vestido con un traje oscuro se interpuso en mi camino.

—Señorita —me saludó—. Soy parte del equipo de seguridad. Tenemos órdenes de guardar los bolsos y teléfonos de los invitados durante el evento.

¿Perdón? ¿Pretendía que le diera mi móvil? Al ver que no reaccionaba, me tendió la mano.

—Lo siento, no podemos hacer excepciones.

Miré a mi alrededor confundida y vi cómo un grupo de hombres vestidos de traje alejaban de mí a Coraline, Haru y sus acompañantes. Mi cerebro, que ya de por sí estaba desbordado, intentó asimilar la situación en una fracción de segundo: estábamos frente a un edificio oscuro y ruinoso, más grande que la casa de Haverton, con una enorme entrada con columnas rodeada de árboles. Advertí que había vallas de seguridad y, aunque había poca luz, creí leer un cartel que indicaba que el acceso estaba prohibido.

—Señorita. —El tipo que iba delante de mí volvió a llamar mi atención—. Su bolso, por favor.

Lo miré fijamente, todavía paralizada. No sé si fue por su tono insistente, que no admitía réplica, o porque ya no podía ver a Coraline y a los demás en la oscuridad, pero mi mano se movió sola y le entregó el bolso con el móvil.

—Ahora le vendaré los ojos y la acompañaré al lugar del evento —anunció a continuación. Como aún me sentía fuera de mi propio cuerpo, cuando me puso una venda de terciopelo negro sobre los ojos y me la anudó por detrás de la cabeza, no ofrecí resistencia.

Todo va bien, me dije intentando convencerme a mí misma, pero

no pude evitar sobresaltarme cuando una enorme manaza se posó en mi espalda y me empujó hacia delante. Me puse en movimiento tambaleándome, lo que hizo que aquel hombre me agarrara también del brazo. Sin embargo, aquel gesto no me hizo sentir segura en absoluto. Al contrario. Me sentía a merced de los acontecimientos y completamente impotente. Los guijarros del suelo crujían bajo mis zapatos. El terreno era cada vez más irregular y tuve que esforzarme por no arrancarme la venda de los ojos. Maldita sea, ¿dónde estábamos? En el centro de Londres seguro que no, eso estaba claro. Aunque aún se oía el ruido del tráfico a lo lejos, aquí, rodeados de árboles, se estaba mucho más tranquilo. El aire olía a tierra, como si estuviéramos en el bosque.

—Cuidado con los escalones—oí detrás de mí y, al momento, la punta de mis tacones chocó con algo duro. Con las rodillas temblorosas, subí los escalones. Se abrió una puerta y sentí cómo el aire a mi alrededor se volvía más cálido. Oí voces y no pude evitar dar un suspiro de alivio.

—¿Adónde vamos? —pregunté, pero el guardia no respondió, me condujo por otra escalera y luego giró tantas veces que perdí la orientación por completo. Finalmente, me soltó, me puso algo en la mano y después… se fue y me dejó allí plantada. Me quedé quieta, esperé y escuché. Pero no pasaba nada. Solo oía música a lo lejos, como si viniera de una habitación contigua. Permanecí unos segundos más ahí parada e intenté entrecerrar los ojos, pero luego me sentí demasiado estúpida. Armándome de valor, me quité la cinta de los ojos y miré a mi alrededor. Me encontraba frente a una gran puerta de madera oscura en un largo pasillo que… ¡Dios mío! ¿Dónde demonios estaba?

Quizá, mucho tiempo antes, podría haber sido el pasillo de una casa señorial, tal y como delataban las molduras de estuco del techo y los restos de papel pintado con motivos de damasco. Ahora, sin embargo, bajo la escasa iluminación de los tubos de neón, me sentía en un pasaje del terror. El suelo bajo mis pies era de hormigón visto, y por todas partes en las esquinas colgaban telarañas. Desde la puerta me llegaba el resplandor de un rótulo proyectado en el suelo.

«Sin filtros, sin secretos». Muy bien, la idea era que todo fuera lo más misterioso posible. ¿Y qué era lo que me acababa de dar aquel tipo? ¿Un antifaz negro de encaje? Entrecerré los ojos desconcertada y tardé un momento en decidirme, mientras mi miraba vagaba atónita entre la máscara y el rótulo. Entonces me armé de valor: me acerqué a la puerta y la abrí.



Miré a mi alrededor, boquiabierta. Me esperaba muchas cosas, pero, desde luego, no esto. Me encontraba en una galería. En la galería de un salón de baile abandonado. El yeso se desmoronaba por todas partes, algunas baldosas del suelo estaban dañadas y, al igual que en el pasillo, me dio la sensación de que hacía por lo menos cien años que nadie ponía el pie en este lugar. Increíble.

Aunque la galería ya estaba bastante elevada, el techo semicircular quedaba aún a varios metros de distancia. En la bóveda había pinturas descoloridas y, en el centro, una enorme superficie de vidrio dividida en secciones más pequeñas. La galería rodeaba la sala por los cuatro lados y advertí que había más puertas como la que acababa de atravesar. Diez en total. Por una de ellas había entrado una chica vestida de rojo, por otra un grupo de chicos. Ellos también

miraron a su alrededor con asombro y se acercaron a la barandilla. Uno señaló a un lado y, al seguir con la mirada el lugar al que se refería, vi una pantalla colgada de una de las paredes más estrechas de la sala, que estaba proyectando una cuenta atrás, bien visible para todos los presentes. Quedaba una hora y media. No tenía ni idea de qué podía significar.

Justo enfrente de la pantalla, una amplia escalera bajaba desde la galería, donde algunos de mis compañeros de clase y algunos universitarios ya estaban reunidos en grupos, moviéndose al son de la música y charlando con copas de champán en la mano. Aunque todos llevaban máscaras, tras hacer un recuento aproximado de los invitados, estaba segura de que también habían invitado a varios antiguos alumnos. En el borde de la sala se había instalado una barra. Reconocí otros elementos que evidentemente se habían añadido al lugar hacía poco: las lámparas de araña que colgaban de una estructura de acero, los radiadores, así como los focos y las cajas de sonido que estaban fijados a las columnas. Fui hasta las escaleras y, mientras bajaba los escalones, busqué en la sala alguna cara conocida. Pero, por lo que parecía, no solo los miembros de Haverton habían elegido el rojo esta noche. Y el hecho de que todos los demás ya se hubieran puesto las máscaras no me facilitó las cosas. Para no andar deambulando por la pista de baile, me fui a la barra. Desde allí observé a los invitados que iban entrando en la sala por las puertas de la galería.

¿Dónde estaba Atlas? Tenía que hablar con él. Después de lo que acababa de averiguar sobre Annie, era más urgente que nunca. Escudriñé la pista en busca de un chico moreno con traje negro. Pero había tantos que no sabía por dónde empezar. Seguí a un chico

por todo el salón, que, de repente, besó efusivamente a otro chico. No, estaba claro que ese no era Atlas. En mi siguiente intento, puse una mano en el hombro de un chico que estaba de espaldas en la pista de baile; cuando se dio la vuelta, me di cuenta de que había vuelto a equivocarme.

—Lo siento —murmuré, pero el chico en cuestión ya me había agarrado la mano, me había dado una vuelta y había empezado a bailar conmigo. Me arrancó la máscara de la mano, me miró con descaro y me la puso hábilmente.

—Así es mucho más misterioso —dijo con una sonrisa.

Sí, supermisterioso. Puse los ojos en blanco y traté de zafarme de él; el chico negó con la cabeza riéndose.

—No puedes dejarme plantado así como así.

Quiso volver a sujetarme de la mano y sacarme a bailar, pero entonces se detuvo de repente. Los demás a mi alrededor también dejaron de bailar y se dieron la vuelta. Todos miraron hacia las escaleras. Había una chica con un vestido de noche negro que miraba a los invitados. Llevaba el pelo oscuro recogido en un moño muy tirante, un par de largos guantes negros en los brazos y sobre su cuello brillaba una enorme piedra roja. ¿Era Ekatarina? Si así era, estaba impresionante. Su vestido resplandecía bajo la luz de las lámparas de araña, tenía una cola reluciente que se extendía por los escalones y, a medida que bajaba escalón tras escalón, más cabezas se giraban para mirarla.

—Damas y caballeros, permítanme presentarles… a la reina —murmuró el tipo con el que acababa de bailar.

Una segunda voz le respondió:

—La anfitriona quería hacer una entrada estelar.

—Desde luego, ella… —Pero el chico se interrumpió, porque en ese momento sucedió algo que nadie esperaba. Ekatarina llegó a la mitad de la escalera cuando el color de la luz cambió de un blanco cálido a un rojo oscuro que se extendió por las paredes, las columnas y el techo. Sobre nosotros, detrás de ella, se proyectaban unas sombras que formaban los escudos de armas de las tres casas, dispersándose a continuación. Durante un momento, se hizo un silencio absoluto, después se oyeron gritos de entusiasmo y los invitados estallaron en un aplauso.

—¡Bienvenidos a la finca Chalwood! —sonó de repente una voz robótica masculina desde los altavoces. Sonaba grave y, de alguna manera, también un poco inquietante—. Hasta 1834 esta fue la residencia de lord Albert Chalwood, célebre en sus tiempos por sus numerosas aventuras amorosas y sus fiestas decadentes, que eran el escándalo de la alta sociedad de entonces. Según dicen, murió durante una de sus orgías, cuando, borracho como una cuba, se golpeó la cabeza, se cayó en una fuente de vino y se ahogó.

Durante unos segundos reinó el silencio, solo interrumpido por algún que otro cuchicheo. Entonces la voz del ordenador volvió a tomar la palabra.

—¿Qué mejor lugar para celebrar una fiesta del Círculo Rubí que uno que ya hace doscientos años trajo tanta polémica? Un lugar en el que se rompieron las reglas y convenciones sociales, un lugar que representaba lo desconocido, lo prohibido, y que ha presenciado noches inolvidables. ¿No os parece?

Volvió a estallar un aplauso, pero yo no me moví. Me quedé completamente inmóvil a la espera de averiguar qué pasaría a continuación.

—Y, por supuesto, este no sería el Círculo Rubí si esta noche no hubiéramos planeado un momento único para todos vosotros.

La voz volvió a hacer una pausa y varios hombres y mujeres con americanas negras se colocaron a los lados de la sala, justo al lado de las puertas dobles de madera que hasta ahora habían permanecido cerradas.

—Para honrar debidamente a lord Albert Chalwood y a esta casa, he pensado en algo muy especial para vosotros. Siete salas temáticas que estarán a la altura de vuestras expectativas. —Todos se pusieron de puntillas para intentar atisbar algo cuando el personal abrió las puertas—. Cada una de estas salas tiene su propio lema y seducirá vuestros sentidos de todas las maneras posibles. Pero cuidado, no os excedáis. No sea que al final os caigáis en una fuente llena de vino.

El color de la sala volvió a cambiar a un blanco cálido e inmediatamente todos se apresuraron a echar un vistazo detrás de las puertas. Yo, sin embargo, me quedé quieta, mirando, mientras la voz robótica estallaba en una risa antinatural que me puso la piel de gallina.



El olor a sudor se mezclaba con fuertes notas de perfume. Había un aroma dulzón en el ambiente que no podía identificar, pero que mi instinto me aconsejaba no inhalar demasiado. Avancé despacio, pasando junto a una tarta de cinco pisos coronada por una maqueta en miniatura con todo lujo de detalles que representaba la Casa Belmont.

¿Qué demonios era todo esto? ¿Una escena de una película de Tim

Burton? Era ya la tercera sala temática en la que buscaba a Atlas. Tras pasar por una llena de bailarines ligeros de ropa que bailaban en barras y se contoneaban en todos los asientos disponibles, y después de haber visto una máquina que lanzaba billetes por los aires, creía que ya nada podría sorprenderme. Pero esto… Recordé el cartel que habían puesto fuera. «Gula». Las otras dos salas en las que había estado se llamaban Lujuria y Avaricia. Qué sentido del humor tan retorcido… ¿Celebrar una fiesta con el tema de los siete pecados capitales? ¿Qué clase de mensaje quería transmitir Ekatarina? ¿Que en el Círculo Rubí todo estaba permitido por pertenecer a la élite? Increíble.

Miré a mi alrededor. La sala estaba llena de dulces. Pasteles brillantes, galletas doradas y bombones con forma de pequeños rubíes y piedras preciosas hasta donde alcanzaba la vista. Había incluso una miniatura de Buckingham Palace hecha de chocolate y, en mitad de la sala, descubrí, para mi asombro, una fuente con un líquido rojo oscuro en la que una chica estaba llenando su vaso. Tenía nata montada en el escote y el vestido asimétrico manchado de crema. Pero no parecía importarle demasiado. En general, la mayor parte de los invitados habían abandonado todo el sentido del decoro. Aunque había suficientes platos, muchos invitados los ignoraban por completo. Una chica metió el dedo en la decoración de un pastel intacto y luego se lo lamió lascivamente.

La cosa se puso más grotesca todavía cuando vi a un grupo haciéndose una foto con una de las cuatro estatuas desnudas que había en las esquinas de la sala: uno de los chicos hizo una pose y le rompió el brazo a la figura. Todos se quedaron paralizados por un momento, pero cuando el grupo se dio cuenta de que las estatuas

eran comestibles, se desataron por completo. El chico mordió el brazo, descontrolado, y, cuando vi por el rabillo del ojo que empezaban a atacar la segunda estatua, me fui pitando de allí.

Tenía que salir, necesitaba aire fresco. Urgentemente. Antes de que rociaran las salas con sustancias estupefacientes y perdiera la cabeza por completo. Estaba a punto de darme la vuelta y largarme, pero entonces alguien me agarró de la muñeca. El tirón fue tan inesperado que me tambaleé y casi me caigo encima de un chico que estaba sentado en uno de los sofás, sujetándome. Al reírse, lo reconocí. Era el chico con el que había estado bailando. Antes de que pudiera reaccionar, me agarró por la cadera y me sentó sobre su regazo.

—¿Estás loco? —le espeté—. ¡Suéltame!

El chico me hizo caso omiso; en cambio, me rodeó con el brazo e intentó besarme. En el último momento pude apartar la cabeza y recibir el beso en la mejilla. Traté de empujarlo, pero mis intentos por zafarme de él no parecían importarle.

—No seas tan mojigata —me susurró—. ¿O te has olvidado de en qué lugar estamos?

—Si no me sueltas ahora mismo, te daré un puñetazo que recordarás toda tu vida —le espeté furiosa. ¡Ya estaba harta! O me quitaba las manos de encima de una vez o no dudaría en mostrarle las técnicas de defensa personal que Pa me había enseñado.

Pero antes de que el tipo pudiera replicar, advertí que alguien se acercaba a nosotros. El chico apartó las manos de inmediato y, cuando alcé la vista, reconocí a Atlas. Lanzó al chico una mirada que helaba la sangre. Sin mediar palabra, me tendió la mano y me ayudó a levantarme.

—¿Estás bien? —me preguntó y yo asentí. Aunque no necesitaba que nadie me salvara, estaba agradecida de haberme deshecho de ese tío. Sin embargo, le dije:

—Tenía todo bajo control.

—Lo sé —respondió Atlas y, cuando me miró, su expresión se suavizó un poco. Tomándome de la mano, me llevó de vuelta a la sala.

—Tenemos una conversación pendiente —le recordé.

—Sí, es cierto. Ven conmigo.

Me condujo con determinación a la galería, hasta un rincón en el que había una estrecha escalera de caracol muy escondida que serpenteaba hacia el techo. Había un cordón que indicaba que el paso estaba prohibido, pero Atlas lo apartó y señaló arriba.

—Después de ti.

38

Adónde vamos? —pregunté mientras subía los escalones. Atlas estaba justo detrás de mí. No me tocaba, pero sentía claramente su presencia.

—Tú sigue adelante —fue su respuesta. Entonces me detuve en seco y me giré para mirarlo. Quería decirle que podíamos continuar con nuestra conversación en la galería, pero en ese momento la música en la sala se apagó. La voz robótica volvió a hablar y sonó un aplauso tan estrepitoso que empecé a temer que la deteriorada estructura del edificio pudiera derrumbarse, en especial la estrecha escalera de caracol.

Subí precipitadamente los últimos escalones y entré en una estancia alargada completamente vacía. En uno de los extremos de la habitación, había unos amplios ventanales a través de los cuales podía verse la sala principal; al otro lado, el yeso se desprendía de la pared y el suelo estaba cubierto de polvo. Atlas se acercó a los ventanales hasta llegar a una especie de corredor abierto, delante del cual había un balcón semicircular.

—Una elección interesante para celebrar una fiesta, ¿no te parece? No sé lo que Belmont tenía en mente, pero…

—No es el momento de hablar de cosas intrascendentes —interrumpí mientras me acercaba a Atlas mirándolo directamente a los ojos para que se diera cuenta de que hablaba en serio—. Me dijiste que me merecía saber la verdad y creo que tienes razón.

Volví a pensar en las fotos que me había enviado Kami. Annie junto a Theo. Annie con el traje color crema. De repente, sentí que el vestido me apretaba y tuve que obligarme a seguir respirando con calma. Atlas inspiró y luego emitió un profundo suspiro:

—Louisa, te prometí que te lo explicaría todo y lo haré. Pero primero…

—No. —No necesitaba sus disculpas ni palabras conciliadoras. Necesitaba respuestas—. Dime quién es Annie.

Volvió a respirar hondo.

—Es una larga historia.

—Pues empieza por cómo la conociste.

—Annie es… —Atlas exhaló y miró hacia el salón de baile, ahora iluminado por luces de neón de diferentes colores—. Annie era mi mejor amiga. Nos conocíamos desde pequeños, porque nuestras familias veraneaban juntas en los Hamptons. Más tarde vinimos a Inglaterra para estudiar en Highclare.

—¿También era de Haverton?

Él asintió.

—Sí, al igual que Theo y yo. —Al oír sus palabras, recordé que Coraline me había dicho antes que Theodore era uno de los Cinco de Haverton. Me costaba imaginármelo como parte de ese grupo—. No te lo ha contado, ¿verdad? —Atlas recorrió mi rostro con la mirada, como si estuviera estudiando cada uno de mis gestos. Luego hizo un sonido despectivo—. Pues claro que no. Y probablemente te ha ocultado muchas otras cosas. Vanderton es un maldito hipócrita.

—No te desvíes del tema.

—Que te enfrente a cosas que no te gustan no significa que me esté desviando del tema. Theo no es quien tú crees.

Ahora fui yo la que resopló.

—Pero tú sí, ¿no?

Atlas se quedó en silencio. Sus hombros se tensaron. Sin embargo, en sus ojos pude ver que mis palabras le habían dolido.

—Más bien no. Porque, al parecer, tú crees que yo soy el malo de la película.

—Yo no he dicho eso.

—Pues te comportas como si lo creyeras desde que estás con Vanderton… —Sacudió la cabeza—. Lo que trato de decirte es que él no ha sido del todo sincero contigo respecto a ciertos asuntos.

—¿Y esos asuntos tienen que ver con Annie?

—Sí, entre otras cosas. —Atlas fijó la vista en un punto de la pared y dejó pasar unos segundos antes de volver a mirarme—. Como ya te he dicho, los tres vivíamos en Haverton y al principio nos llevábamos bastante bien. Theo salía con nosotros de vez en cuando y se iba a Londres con Eden y los chicos a una discoteca los fines de semana. Pero, en cierto momento, Annie… —Apretó los labios hasta que se convirtieron en una fina línea— …empezó a interesarse por él.

De repente, sentí la boca seca. Ya me había imaginado algo así después de ver la foto de Theo y ella. Aun así, saberlo con certeza fue como un puñetazo en el estómago.

—¿Y él? —Atlas se encogió de hombros.

—Vanderton la rechazó. No sé si fue a propósito, pero a Annie le afectó muchísimo. —Atlas apretó los puños un momento, pero los relajó al instante—. Annie era muy vulnerable en aquella época. Su padre era un cabrón y… bueno, tenía problemas. Y, de repente, solo existía una persona en el mundo: Theo Vanderton. Quería gustarle a

toda costa y siempre se preocupaba por si a Theo le gustaría su peinado, su estilo y las cosas que le gustaba hacer. Se planteó incluso empezar a montar a caballo solo para poder pasar más tiempo con él.

—Entonces… ¿estabas celoso? —concluí, pero Atlas levantó una ceja y se cruzó de brazos. Su respuesta me sorprendió.

—Sí, estaba celoso. Annie era la persona más importante de mi vida y tuve que presenciar cómo se comportaba como si toda su existencia dependiera de una única persona. ¿Cómo te habrías sentido tú?

No tuve que pensar la respuesta.

—Probablemente bastante impotente.

—Sí, eso lo describe muy bien.

—¿Y qué pasó entonces?

—Intenté abrirle los ojos a Annie. Pero fue un error. Ella se distanció aún más de mí y al final dejó de hablarme por completo. —Atlas se frotó las sienes y cerró los ojos un momento antes de continuar—. Y Vanderton… siguió jugando con sus sentimientos. No le importaba en absoluto si le hacía daño. A veces me preguntaba si, en el fondo, disfrutaba destrozándola.

—Eso no parece propio de él.

Atlas frunció los labios.

—Ya te lo he dicho, él solo te muestra lo que quiere que veas. Vanderton tiene otra faceta, créeme. Aunque él nunca muestra sus cartas.

Dio un paso hacia mí. Estaba muy cerca y, de nuevo, parecía escrutar mi rostro en busca de la más mínima emoción.

—Quizá esa sea la razón por la que Annie se sentía tan atraída por

él. Al igual que tú.

Aunque no quería admitirlo, sus palabras me afectaron. Pensé inevitablemente en el día en que conocí a Theo. En la forma en que me miró. Como si hubiera visto una aparición. Como si hubiera visto la viva imagen de Annie.

—¿Llegaron a ser pareja? —pregunté con un hilo de voz. Mi voz sonaba extraña. Los recuerdos de los momentos que habíamos vivido juntos pasaron por mi mente a toda velocidad. Cómo Theo me había salvado en la gala, nuestro primer beso, mis manos entre las suyas, cada mirada que había habido entre nosotros. ¿Y si para él solo había sido una nueva versión de Annie?

—No, que yo sepa no. —Atlas se humedeció los labios—. Pero Annie pasaba mucho tiempo con Theo y una vez lo acompañó a una competición. Fue poco antes de que ella… —Atlas se interrumpió y miró al suelo.

—¿Antes de que desapareciera? —Mis palabras fueron apenas un susurro, pero, por el brillo de sus ojos, supe que había dado en el clavo.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Importa eso? Lo fundamental es ¿qué pasó? ¿Qué…? —Ahora era yo la que no encontraba las palabras—. ¿Qué tiene que ver eso con Theo?

—La noche antes de desaparecer, Annie estuvo en mi casa.

De pronto, me quedé petrificada. Su voz sonaba de una forma completamente inesperada. Porque no era Atlas quien acababa de hablar sino… ¡Theo!

Atlas y yo nos dimos la vuelta al mismo tiempo. Allí estaba Theo, en el último escalón. Llevaba un traje negro, pero había prescindido

de la corbata y de la máscara. Dio un paso al frente y se acercó despacio a nosotros. No le prestaba atención a Atlas, solo me miraba a mí.

—Highclare celebra tradicionalmente el día de su fundación con un baile y Annie me preguntó si quería acompañarla.

—¿Qué te había dicho? —espetó Atlas entre dientes—. Jugaba con ella.

Theo no respondió, y se quedó a un brazo de distancia de mí.

—La acompañé —dijo, y mientras pensaba cómo continuar, me asaltó una sospecha. Volví a pensar en la foto que me había enviado Kami. Al principio no había reconocido dónde se había hecho, pero ahora estaba segura de que el fondo correspondía a las paredes paneladas del Salón Southerin. Antes de que pudiera decidir si quería saber la verdad, solté:

—Aquella noche llevaba un vestido color crema, ¿verdad? El mismo que yo llevé en la fiesta de bienvenida.

Theo se quedó callado y luego asintió.

—¿Por eso te comportaste tan raro conmigo aquella noche? ¿Estabas enfadado porque… era el vestido de Annie?

—No —afirmó Theo con decisión—. No estaba enfadado contigo, sino con los de Haverton y, sobre todo, con Atlas. Porque te estaba utilizando y los demás lo sabían.

¿Utilizarme? Pero…

—Esto es tan típico de ti, Vanderton —le espetó Atlas—. ¿Hiciste lo mismo con Annie? ¿Le lavaste el cerebro poco a poco y la convenciste de que quería hacerle daño para que se alejara de mí? —Negó con la cabeza—. ¿Cómo puedes ser tan hipócrita? ¡Annie nunca te importó una mierda! ¡Nunca te preocupaste por lo que

sentía!

Theo cerró los ojos un momento, esforzándose visiblemente por mantener la calma.

—No estaba enamorado de Annie, es cierto. Pero eso no significa que no me importara.

—¡Mentira! —Atlas dio un paso adelante, con la cara muy roja—. No te importaba en absoluto, si no, te habrías dado cuenta de lo que sentía ella y de cuánto le afectaba que tú no le hicieras ni caso.

—¡Annie sabía perfectamente lo que sentía por ella! —gritó Theo —. Ella…

—Annie estaba ciega contigo. Se habría tirado por un puente si tú se lo hubieras pedido. Y yo fui tan tonto como para pensar que algún día comprendería que no le hacías ningún bien.

—¡También era mi amiga! —repitió Theo, pero Atlas lo interrumpió de nuevo:

—¡No significaba nada para ti! Era a mí a quien le confiaba sus secretos. Era yo quien la abrazaba por las noches cuando su padre se volvía loco. Fui yo el que la acompañó al funeral de su hermano y después a terapia.

Atlas dio un paso hacia Theo, entrecerrando los ojos de ira. Pero entonces se paró en seco y me miró.

—Y ahora está haciendo lo mismo contigo. Sin embargo, fui yo quien se encargó de que te admitieran en Highclare y de que te dieran una de las mejores habitaciones de Haverton. Fui yo el que te apoyó cuando quisiste conocer a tu madre y fui yo quien…

—Espera. ¿Qué…?

Me quedé helada. Tenía que haber oído mal. No era posible que acabara de confesar que era él el responsable de que me hubieran

admitido en la academia. ¿O sí?

Atlas suspiró.

—¿Por qué si no te aceptaron tan rápido? Highclare tiene una lista de espera interminable. Sin ayuda de alguien con contactos, es prácticamente imposible conseguir una beca.

—Sí, pero Lucinda Norwood…

—…es solo un pez muy pequeño e insignificante en un estanque gigantesco.

Se me cerró la boca. Luego se me volvió a abrir. No sabía qué decir, me negaba a aceptar lo que Atlas acababa de decir.

—¿Tú… lo tenías todo planeado? Pero… ¿cómo sabías de mi existencia? Yo ni siquiera sabía cómo te llamabas.

Atlas se cruzó de brazos.

—Vi una foto tuya en internet cuando salió en los medios todo el asunto de Shiya.

De repente, la cabeza empezó a darme vueltas. ¡Tenía que ser una pesadilla! ¡Pensaba que había conseguido la beca de forma legítima! Porque tenía talento, porque Liz y los miembros del programa de becas creían en mí. Pero lo que Atlas acababa de decirme tiraba por tierra todo lo que había estado construyendo durante las últimas semanas. Él había sido el responsable de que me admitieran en Highclare. Y todo porque… me parecía a la chica de la que…

—Estabas enamorado de Annie, ¿verdad? —Atlas no tuvo que decir nada, la expresión de sus ojos fue respuesta suficiente—. Y cuando ella desapareció… —apenas podía pronunciar esas palabras en voz alta— …intentaste sustituirla por mí.

No era casualidad que se hubiera convertido en mi mentor. Nada de lo que había sucedido durante mi estancia en la Academia

Highclare había sido una casualidad. Atlas lo había planeado todo al detalle.

—La habitación en la que vivo. Es, quiero decir, era… ¿su habitación?

Silencio. Atlas volvió a quedarse en silencio, lo que bastó para que el pánico se desatara en mi interior. Lentamente, el rompecabezas empezó a encajar en mi cabeza y, con cada pieza, una parte de mí se quedaba de piedra. Me alejé tambaleando de él; quería poner tanta distancia como fuera posible entre nosotros, hasta que mi espalda chocó contra la piedra helada.

—Tú… —jadeé— ¡estás loco!

Atlas levantó las manos.

—No, lo has entendido mal. ¡Quería ayudarte!

—¿Querías ayudarme convirtiéndome en una copia de la chica de la que estabas enamorado?

Esto no podía estar pasando. Tenía que ser un sueño. Mi cuerpo entero empezó a temblar y, por el rabillo del ojo, vi que Theo apretaba los puños. Sin embargo, se quedó donde estaba.

—Lo admito —comenzó Atlas con cautela—. Cuando te vi por primera vez, me asusté porque te parecías mucho a Annie. Pero esa no fue la razón por la que te traje aquí.

—Ah, ¿no? ¿Y entonces cuál fue?

Ahora casi estaba gritando y mi voz sonaba demasiado aguda.

—Me enteré de que te acosaban y de que ya no podías ir al colegio. Sin contar esos comentarios de odio y las amenazas en internet. Ya no estabas a salvo en Silvermore.

—¿Y se te ocurrió que podrías salvarme trayéndome a Highclare?

¡No podía hablar en serio!

Atlas se encogió de hombros como si todo este asunto no tuviera importancia. Seguía tranquilo, lo que me enfureció aún más.

—Los miembros del Círculo Rubí están muy bien conectados, incluso con los antiguos alumnos. Y cuando descubrí que conocías a Lucinda Norwood, la llamé. No nos conocíamos de antes, pero ella apoyó mi idea y prometió encargarse de todo. El resto, que te aceptaran en la escuela y en Haverton, fue solo una formalidad. Por algo mi familia es uno de los principales patrocinadores de la academia.

Empecé a sentirme mal. Me acordaba perfectamente del día en que Lucinda me sugirió que solicitara una plaza en Highclare. Al principio pensé que bromeaba, aunque sonaba tan segura… Ahora sabía por qué. Y Atlas parecía estar orgulloso de ello.

—Querías sustituirla por mí.

—Por supuesto que no.

La mirada de Atlas se volvió vidriosa y, por un momento, pareció estar muy lejos, perdido en sus pensamientos. Pero entonces se acercó a mí, me puso una mano en la mejilla y me acarició con el pulgar. Yo estaba demasiado conmocionada para apartarme.

—Solo quería que tuvieras la oportunidad de empezar de nuevo. En Highclare no puede pasarte nada malo… —Atlas no pudo acabar la frase, porque al segundo siguiente Theo se acercó a nosotros y lo apartó de mí. La actitud de Atlas cambió por completo. Enfurecido, se giró, agarró a Theo por el hombro y trató de lanzarlo contra la pared.

No sabía si lo había conseguido. Mi grito aún resonaba en la sala. Y entonces, de repente, todo se quedó a oscuras.

39

La luz comenzó a parpadear. Como una pulsación acelerada, se iluminó en rojo y, al momento siguiente, la oscuridad volvió a envolverme. Desde la sala de baila se oían gritos de sorpresa y, por un segundo, me quedé paralizada. Las luces parpadeantes me provocaban dolor de cabeza y cerré los ojos, pero incluso a través de mis párpados cerrados podía percibir la estridente sucesión de colores. Rojo, negro, rojo, negro…

Por favor, *que pare*, pensé, y como si alguien hubiera escuchado mi deseo, la luz se encendió de repente. La iluminación se mantuvo en rojo y respiré aliviada. ¿Qué había sido eso? ¿Un fallo técnico?

—Miembros del Círculo Rubí, ha llegado el momento —resonó la voz robótica de antes—. La cuenta atrás ha terminado y eso significa que hemos llegado al punto álgido de la noche.

Se hizo una pausa y me di la vuelta para mirar a Atlas y a Theo. Seguían mirándose fijamente con expresión sombría, pero se habían soltado.

—En las últimas semanas se ha especulado mucho sobre quién podría ser yo. Me ha encantado ver cómo le dabais vueltas y vueltas y seguíais pistas falsas. Hoy quiero arrojar algo de luz y revelaros mi nombre.

En la sala, debajo de mí, se oyó un murmullo creciente, seguido de algunos gritos de sorpresa y, cuando me acerqué al balcón, entendí por qué. En la pared, justo enfrente de mí, habían aparecido dos

palabras.

El maestro.

¿Qué significaba eso? Se me puso la piel de gallina y la desagradable sensación de que algo no iba bien que me había acompañado toda la noche se hizo cada vez más acuciante.

—Soy un miembro del Círculo, vuestro anfitrión y maestro de ceremonias, y esta noche estoy entre vosotros —resonó en los altavoces. Se oyó un aplauso contenido y Theo y Atlas se pusieron a mi lado—. Como seguramente habréis notado, hay un nuevo juego en el Círculo Rubí. Un juego que he ideado para vosotros porque sé lo mucho que os gustan las emociones fuertes y lo rápido que os aburrís. Por eso, este es el juego más complejo de todos los que habéis visto hasta ahora. Ya no se trata solo de completar tareas y obtener recompensas. El objetivo es más bien formar parte de la Cúpula, una alianza exclusiva, y de ascender en ella. Algunos de vosotros ya habéis sido seleccionados y habéis demostrado vuestra valía. Para todos aquellos que esperan ansiosos su oportunidad y aún no han sido iniciados, me gustaría resumir brevemente las reglas. —La voz hizo una pausa mientras todos en la sala contenían la respiración—. Cuando se os invita a participar en el juego, recibís una serie de retos y os comprometéis a guardar silencio absoluto. Si cumplen estas tareas, los jugadores reciben recompensas en función del esfuerzo y de la lealtad que demuestren hacia mí. Cuanto más se asciende en esta jerarquía, mayores son los premios. Sin embargo, si me decepcionáis o no respetáis mi expreso deseo de discreción, descenderéis o abandonaréis el juego. Esta noche os demostraré lo que sucede en tal caso. Hasta ahora han sido eliminados Javier López Herrera, Jeremy Peterson… —me estremecí— …y Milou

Charlier.

El maestro aún no había terminado de pronunciar el último nombre cuando, de repente, dos potentes focos se encendieron y se dirigieron hacia la multitud. La gente se echó a los lados, hasta que solo quedaron dos personas bajo el cono de luz. Un chico que no conocía y…… Jeremy. Llevaba un traje azul y tenía los brazos pegados al cuerpo.

—Lamentablemente, Milou no ha aceptado mi invitación para la fiesta de esta noche —continuó el maestro de ceremonias—. Por eso me he tomado la libertad de enviar un enlace con un vídeo en directo a un reportero del *Sun,* que se conectará en breve. Estoy seguro de que encontrará muy interesante la presentación que viene a continuación.

Un momento… ¿El *Sun*? No entendía nada. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Y qué era lo que quería de Jeremy?

—¿Alguno de vosotros sabe qué está pasando? —les pregunté en voz baja a Theo y Atlas, pero, antes de que ninguno de los dos pudiera responder, el otro chico que estaba bajo los focos, Javier, echó a correr de repente y trató de huir de la sala. Empujó bruscamente a los que estaban a su alrededor y alguien soltó un grito. Apresuradamente, consiguió llegar a las escaleras. Quería subir hasta la galería y llegar a una de las puertas por las que habíamos entrado.

—Yo que tú no haría eso, Javier —dijo la voz robótica. Me quedé de una pieza. No se trataba de una grabación. Quienquiera que estuviera hablando, se encontraba allí, observándonos.

«Esta noche estoy entre vosotros», había dicho el maestro. ¡Y era cierto! El resto de los invitados también habían caído en la cuenta,

algunos miraban hacia arriba, hacia donde nosotros estábamos, con expresión de preocupación, o escudriñaban a su alrededor en la sala.

—He mandado cerrar todas las puertas.

El tono mecánico e inexpresivo de la voz logró que la amenaza sonara aún más aterradora.

—Nadie abandonará el edificio sin mi permiso. Y Javier… estoy seguro de que querrás mirar a la cara a tu mejor amigo Malcolm cuando hablemos de su madre y de lo que habéis hecho juntos, ¿verdad?

Silencio. Nadie se movía y yo también me quedé paralizada durante un instante. ¿Nos habían encerrado aquí? ¿Era eso posible?

Entonces, un chico se agitó entre la multitud, probablemente Malcolm, y gritó:

—¿Mi madre? Javier, ¿de qué va todo esto?

De nuevo se oyeron susurros. Los murmullos crecieron entre el público.

—Ekatarina, ¿qué demonios está pasando aquí? —gritó alguien.

—¡Esto ya no tiene gracia!

—¡Abrid las puertas inmediatamente!

—Yo no tengo nada que ver con todo esto, ¿cuántas veces tengo que repetirlo? —respondió una voz estridente. Busqué con la mirada entre la multitud. Y entonces la vi. Ekatarina estaba de pie en un lateral, muy cerca de la barra. La mayoría se volvió para mirarla y enseguida se levantó un alboroto de voces. Muchos, al igual que yo, habían comprendido lo que eso significaba. Ekatarina no podía ser el maestro.

—Nunca he dicho que sea una sola persona —intervino la voz

robótica—. Puede que seamos muchos. Puede que todos vosotros forméis parte de esto en cierta medida. Esa parte de vosotros a la que le encanta jugar y que es capaz de pasar por encima de quien haga falta para asegurarse un puesto en lo más alto de la sociedad.

Sentí un escalofrío, me invadió el pánico y se apagó la última chispa de esperanza de que todo esto no fuera más que una broma de mal gusto.

—En el fondo, todos vosotros estáis consumidos por la envidia y vivís con el miedo constante de ser irrelevantes algún día. Por eso estáis deseando ser el centro de atención y os corrompéis y traicionáis unos a otros. Lo que llamáis el Círculo Rubí, una comunidad elitista formada por vínculos sólidos, incluso de amistad, no es más que una frágil construcción creada a partir de vuestros secretos. Secretos que os habéis contado porque creíais que podíais confiar los unos en los otros. Secretos que ahora os unen para siempre y que no os permiten traicionaros. ¿No es así? Pero ¿y si os dijera que las tornas han cambiado? ¿Y si os dijera que conozco todos vuestros secretos? Vuestras fantasías más perversas, vuestros deseos más reprobables, vuestro lado más oscuro.

La espeluznante voz resonó en la sala y nadie se atrevió a moverse.

—Los secretos de aquellos que demuestren su valía en la Cúpula del Círculo y se ganen mi confianza estarán a salvo conmigo. Pero aquellos que se opongan a mí lo pagarán muy caro. Y el primero esta noche es… Jeremy.

Se me cortó la respiración. A pesar de la distancia, pude ver cómo los hombros de mi amigo se agitaban rápidamente bajo la luz del foco.

—¿Qué te parece, Jeremy? —preguntó el maestro—. ¿Crees que los aquí presentes y, sobre todo, tu hermano Cedric se sorprenderán cuando se enteren de lo que les has estado ocultando todo este tiempo? ¿Y qué me dices de tus padres? Me he tomado la libertad de enviarles un correo electrónico con todas las pruebas. Tu padre debería estar abriéndolo en este mismo momento.

Jeremy respiraba con dificultad. Verlo así me desgarraba por dentro. Sentía su pánico como si fuera mío. No dejaba de mirar a su alrededor, como buscando a alguien que lo ayudara a salir de aquella situación. Pero nadie se movía. Nadie… excepto yo. Sin pensármelo dos veces, me di la vuelta y corrí, seguida de Theo y de Atlas, directamente hacia la escalera de caracol. Detrás de mí, oí a Theo gritar mi nombre. Aun así, no me detuve. ¡Tenía que llegar hasta Jeremy! ¡Ya! Tan rápido como me lo permitían los tacones, bajé las escaleras y, mientras corría, me arranqué de la cara la ridícula máscara que me impedía respirar.

Al llegar a la galería, me dirigí hasta la escalera que conducía al salón. Pero justo antes de llegar, dos brazos me rodearon con fuerza por la cintura y me detuvieron.

—No bajes —me susurró Theo.

—¿Estás loco? —repliqué, intentando zafarme de él. Theo no cedió.

—Por favor, Louisa. No hagas nada irreflexivo.

¿Irreflexivo? Uno de mis amigos estaba siendo expuesto delante de todo el mundo. ¡No tenía que reflexionar nada!

—Suéltame ahora mismo.

Como si acabara de pronunciar las palabras mágicas, Theo me quitó las manos de encima al instante. Me di la vuelta para

enfrentarlo, pero su mirada estaba tan llena de preocupación que, por un segundo, olvidé lo que quería decirle.

—No tengo ni idea de lo que va a pasar ahora —dijo en voz baja —. Pero no quiero que estés en medio. No después de todo lo que has pasado estas últimas semanas.

Solté un bufido.

—¿Y qué más te da a ti eso?

Theo suspiró.

—¿De verdad crees que me da igual? ¿Que no me importas? Maldita sea, me importas muchísimo. ¿Por qué te crees que he venido hasta aquí? Solo por ti.

Lo miré fijamente.

—¿Por mí?

Él asintió.

—Sí, porque no quiero que te pase nada. Y por eso te lo pido por favor: déjame que vaya yo a ayudar a Jeremy. Lo sacaré de ahí y juntos encontraremos una manera de salir de aquí. ¿De acuerdo? Solo prométeme que…

Theo no logró terminar la frase. Una vez más, el maestro tomó la palabra.

—Bien, empecemos. ¿Quién de vosotros quiere conocer el secreto más oscuro de Jeremy Peterson?

Mi amigo dio una vuelta completa mirando a su alrededor, presa del pánico.

—Por favor —lo oí suplicar. En ese momento solo me importaba él. Me daba igual que hubiera cámaras ocultas por toda la sala grabándome. O que el *Sun* escribiera un reportaje. O que todos hablaran mal de mí. El Círculo Rubí, Shiya, la prensa, cientos de

miles de personas que ni siquiera conocía. Pero no me iba a quedar de brazos cruzados viendo cómo humillaban públicamente a mi amigo. Porque entonces no sería mejor que ellos.

Decidida, me zafé de Theo y eché a correr. Cuando estaba a punto de alcanzar a Jeremy, una figura se abrió paso entre la multitud. Era Sabia. Le puso una mano en el hombro a Jeremy y miró a su alrededor desafiante, como si estuviera dispuesta a atacar a cualquiera que se atreviera a acercarse a él. Rápidamente me situé al otro lado de Jeremy. Asustado, la miró primero a ella y luego a mí.

—Louisa, no… —susurró. Yo me limité a agarrarle la mano y se la apreté en señal de ánimo. Nada ni nadie me impediría plantarle cara al maestro. Theo también se acercó hasta nosotros y se colocó detrás de mí.

—Eh, dejad sitio —se oyó desde un lado de la sala y, al instante siguiente, Jasper, Avery y Colin se abrieron paso hasta nosotros.

—Qué escena tan conmovedora —comentó el maestro—. Me encantaría poder recrearme más tiempo en ella… Pero ha llegado el momento de la primera revelación de la noche y estoy seguro de que todos vosotros estáis impacientes.

Silencio. Conté tres segundos y entonces la siniestra voz del maestro resonó en la sala.

—Se acabó el juego, Jeremy.

De repente, una imagen apareció en la pantalla frente a nosotros y, aunque no era muy nítida y Jeremy aparecía de espaldas, se le reconocía perfectamente. Estaba agarrado de la mano de otro estudiante y, al fondo, se distinguía un edificio de la Academia. ¿A qué venía todo ese revuelo? Miré a los demás para ver si alguno entendía qué pretendía el maestro enseñándonos aquello. Pero

entonces se proyectó otra imagen en la pantalla, que mostraba a los dos chicos delante de la pared de una casa. Jeremy tenía las manos hundidas en los rizos castaños del otro chico y lo besaba con pasión. Era una foto oscura, probablemente tomada por la noche, sin flash, y aunque no se podía ver quiénes eran, el estudiante me resultaba familiar. La complexión delgada, las gafas, el peinado ligeramente desordenado… ¿Quizá era un estudiante de los últimos cursos?

—¿Por quién nos toma este tío? —murmuró Sabia incrédula—. ¿Por una panda de capullos homófobos?

—Muy bien, chicos —exclamó Jasper—. Jeremy tiene novio. Solo se me ocurre una cosa que decir: ¡enhorabuena, tío!

Le dio una palmada en el hombro a Jeremy, pero este no reaccionó. Su mano temblaba entre las mías, parecía que estaba a punto de desmayarse.

—Jeremy —le susurré—. ¿Qué pasa…?

La imagen volvió a cambiar y no pude terminar la frase, porque ahora se veía claramente la cara del chico desconocido. Solo que no era un chico, no se trataba de ningún estudiante, como yo creía, sino de… mi profesor.

—Vaya, vaya… parece que se trata de uno de los profesores más populares de la academia… el señor Crawley —dijo el maestro—. En serio, Jeremy. ¿Acaso no sabías que en Highclare está estrictamente prohibido tener una relación con un profesor?

Oí a alguien respirar aceleradamente. Todo el mundo nos estaba mirando. Bueno, no a nosotros, sino a Jeremy, que se había quedado petrificado a mi lado. Durante unos segundos, el tiempo pareció detenerse. Entonces, Theo me puso una mano en la cintura y se inclinó hacia mi oído.

—Hay un pasadizo detrás de la cortina de terciopelo de allí.

Seguí su mirada y también lo vi. Ese detalle me había pasado inadvertido hasta ese momento. En la pared detrás de la barra había una gruesa tela roja tras la que vi desaparecer a un camarero vestido de negro.

—Vámonos —le susurré a Theo, pero, justo cuando iba a poner a Jeremy al corriente de nuestro plan, se oyó un grito.

—¡Y una mierda!

Me estremecí. Al momento siguiente, alguien se abrió paso entre la multitud y Cedric se acercó a nosotros. Tenía la cara encendida de ira y se detuvo justo delante de Jeremy.

—Esas fotos son *fake*. ¡Hoy en día cualquier aficionado puede editar una foto! —Se volvió hacia su hermano—. Vamos, Jeremy, di que no es más que una patraña. Un ridículo intento de comprometer a nuestra familia. Tú no eres gay.

Jeremy tragó saliva.

—Ced, yo… —comenzó a decir, pero no terminó la frase. El rostro de Cedric se ensombreció aún más.

—¡Vamos, díselo de una vez! —exigió de nuevo. Entonces Sabia se interpuso entre los dos.

—Déjalo en paz. Y cállate de una vez.

Cedric la ignoró por completo. Ni siquiera le dirigió la mirada, sino que siguió observando furioso a su hermano. Durante unos segundos no pasó nada, pero Cedric pareció entender lo que estaba pasando y sus rasgos se endurecieron.

—Papá te matará si se entera —le espetó—. Jamás aceptará que seas un maric…

—¡Ya basta!

Theo se interpuso entre los dos y empujó a Cedric. Me indicó con un rápido gesto que sacara a los demás de allí. No lo dudé ni un segundo.

—Podemos salir por allí —les susurré a mis amigos, y nos pusimos en marcha, abriéndonos paso entre la multitud agitada, mientras yo sujetaba con fuerza la mano de Jeremy. Entonces oí al maestro anunciar que a continuación tocaba revelar los secretos de Milou y de Javier. Pero sus palabras me entraron por un oído y me salieron por el otro, solo tenía un pensamiento: ¡salir pitando de ese lugar!

Justo antes de llegar a la cortina, Theo nos alcanzó. Nos adelantó, saltó al otro lado de la barra y apartó la tela para que pudiéramos pasar, seguido de Jasper y Avery que estaban ayudando a Colin con la silla de ruedas.

—Todas vuestras decisiones tienen consecuencias. Los juegos no han hecho más que empezar… —oí decir al maestro antes de entrar con Jeremy en el pasillo contiguo y de que el pánico se desatara en la sala—. Tendréis noticias mías y habrá más desafíos. Mientras tanto, preguntaos: ¿qué secretos tratáis de ocultar al mundo? ¿Y cuánto vale mi silencio?

40

Estaba temblando violentamente cuando, media hora más tarde, nos subimos a una limusina de vuelta a la academia. Al salir del edificio, Theo se había quitado la chaqueta y me la había puesto sobre los hombros. Pero ahora que se había bajado el subidón de adrenalina, ya no me mantenía en pie y, mientras repasaba en mi mente la velada, la chaqueta no conseguía protegerme del frío que se extendía por mi interior.

Con los brazos alrededor de mi propio cuerpo, me apreté más contra el asiento. Me di cuenta de que Theo me miraba de reojo. Nuestros codos se tocaban. Y aunque seguía enfadada con él, una parte de mí deseaba apoyarse en él y cerrar los ojos un momento. Pero no podía hacerlo. Habían pasado demasiadas cosas entre nosotros.

—¿Tú sabías lo que iba a pasar esta noche? —le susurré, y la preocupación en el rostro de Theo dio paso a la sorpresa.

—Claro que no, ¿por qué lo dices?

—Bueno, me escribiste que no fuera a la fiesta. Y antes me has dicho que habías venido por mí.

Theo asintió.

—Uno de mis compañeros de clase se estaba comportando de una forma muy extraña ayer y, cuando le pregunté qué le pasaba, me insinuó que esta noche pasaría algo en la fiesta. Algo… realmente desagradable. Pero… —Miró brevemente a Jeremy, que estaba

encogido al otro lado del coche—. Esto no podía imaginármelo.

Ninguno de nosotros podría habérselo imaginado. Todavía me costaba comprender las implicaciones que tendría para todos nosotros la noche de hoy. El maestro, quienquiera que fuera, había anunciado que su juego continuaría. Quería enfrentar a todos los miembros de la Academia Highclare y dejar en evidencia a aquellos que no siguieran sus órdenes. Mi mirada se posó en Jeremy. Mientras Sabia, Colin, Jasper y Avery no decían ni una palabra, él lloraba en silencio. Nadie hacía preguntas, solo estábamos allí para él. Y, al cabo de un rato, Jeremy levantó la cabeza, se secó la cara con la manga de la chaqueta y nos confió entrecortadamente que él y el señor Crawley eran pareja. No era algo reciente, como yo había supuesto, sino que llevaban mucho tiempo juntos.

—Alaric trabajaba en una cafetería cerca de nuestra casa mientras estudiaba —contó entre sollozos—. Yo iba allí a menudo para escapar de casa. Con el tiempo empecé a ir cada vez con más frecuencia porque… él estaba allí. En realidad, yo era demasiado joven para él. Alaric no quería estar conmigo. Pero… —Jeremy bajó la mirada con tristeza— …simplemente nos enamoramos.

—¿Lo sabía alguien más? —le preguntó Sabia poniéndole con delicadeza una mano en el brazo—. Alguien de tu familia, quiero decir…

Jeremy soltó una risa amarga.

—Dios mío, no. Ya has visto cómo se ha puesto Cedric y mi padre es… muy conservador. Y mi hermano le va a la zaga. —Se frotó la frente—. Yo… quería contárselo a mi familia. Algún día, cuando estuviera preparado… no así.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Sabia—. Revelar la orientación

sexual de alguien de esa forma es horrible.

Las lágrimas volvieron a correr por las mejillas de Jeremy.

—Eso no es lo peor. Yo me las arreglaré. Pero Alaric… va a perder su trabajo por mi culpa. Ha trabajado tan duro para dar clases en Highclare. Todo es culpa mía. Siempre me ha dicho que debíamos tener más cuidado. Pero yo… Dios mío, lo he estropeado todo.

Sus palabras me partieron el corazón y deseé poder hacer algo para ayudarlo. Sin embargo, también sabía que, en esa situación, mis posibilidades eran limitadas. Lo consolamos lo mejor que pudimos y, cuando llegamos a Highclare, Jasper le pidió al conductor que se desviara hacia la residencia del profesorado. Antes de que Jeremy se bajara del coche, Jasper le dio una palmada en el hombro.

—Si necesitas cualquier cosa, vente a Sir Archer, ¿vale? No tienes por qué volver a Belmont con tu hermano. Tenemos camas libres y estamos aquí para lo que necesites.

Colin y Sabia reiteraron las palabras de Jasper y Jeremy les dio las gracias y se bajó del coche. Pero antes de que cerrara la puerta, Theo también se desabrochó el cinturón.

—Creo que me voy a ir andando a casa. Necesito un poco de aire fresco. —Se dio la vuelta y me miró con expectación—. ¿Quieres venir conmigo?

En ese instante, todo lo que Atlas me había contado sobre Theo pasó delante de mis ojos como una película acelerada. Tenía muchos motivos para quedarme en el coche con los demás. Y, sin embargo… una pequeña parte de mi corazón seguía aferrándose a la idea de que no me había equivocado con él. Pero, para estar segura, necesitaba que me diera algunas respuestas.

—Sí —le dije en voz baja—. Te acompaño.



La noche estaba llena de estrellas y la luna iluminaba nuestro camino mientras Theo y yo tomábamos el sendero que conducía a Haverton y seguía hasta Sir Archer Remington. Aunque caminábamos muy juntos, los pocos centímetros que nos separaban me parecían un abismo infranqueable. Dejamos atrás los edificios de la escuela y, mientras sus muros y torretas desaparecían en la oscuridad, hundí los dedos en las mangas de la chaqueta de Theo. Tenía que decir algo. Pero… ¿qué?

—Louisa… —Theo se me adelantó—. Siento mucho cómo me he portado contigo. Tienes todo el derecho a estar enfadada conmigo. He sido un auténtico…

—¿Imbécil? —lo ayudé a terminar y Theo frunció los labios.

— Sí, un imbécil integral. —Suspiró y se metió las manos en los bolsillos del pantalón mientras caminaba—. Mi comportamiento después de la gala, los mensajes que te envié y… todo ese tira y afloja. Ha sido… una mierda. Lo sé. Pero nunca quise hacerte daño, de verdad. Todo lo contrario.

—No entiendo. ¿Qué pretendías entonces?

—Bueno, al principio solo quería evitarte. —Se encogió de hombros, impotente—. Pero luego… la verdad es que me resultó muy difícil y eso… me asustó. —Theo me miró indeciso de reojo—. El año pasado sucedieron muchas cosas malas y no quería involucrarte en ellas. Además, sé que a veces no soy fácil y… me convencí a mí mismo de que no era bueno para ti. —Se miró los pies, después me echó una mirada fugaz y a continuación fijó la mirada en la lejanía—.

Estas últimas semanas han sido muy intensas para mí. Quería estar contigo todo el rato, pero luego me achantaba porque… me sentía muy abrumado. Mis sentimientos, los recuerdos del año pasado y el miedo a fastidiarlo todo. —Se sacó los dedos de los bolsillos del pantalón, se pasó la mano por el pelo y negó con la cabeza—. Pero con esa actitud lo he estropeado todo. Igual que ahora… otra vez… Probablemente nada de lo que estoy diciendo tenga sentido para ti.

—Sí.

De hecho, en ese momento, por primera vez, por fin empezaba a comprenderlo, al menos en parte.

—No se me da bien hablar de estas cosas. De… mis sentimientos.

—Pues yo creo que no lo estás haciendo tan mal —respondí, dedicándole una pequeña sonrisa que Theo correspondió con cautela —. Me gustaría que me lo contaras —añadí en voz baja—. ¿Los recuerdos de los que hablas? Para poder entenderte mejor.

Theo no respondió de inmediato, pero luego asintió lentamente. De nuevo se tomó un momento, en el que solo caminamos uno al lado del otro, y al final me preguntó:

—¿Te acuerdas… de cuando nos vimos por primera vez? ¿En el picadero?

Por supuesto que lo recordaba.

—Me amenazaste con demandarme.

Theo sonrió apurado.

—Lo siento. En ese momento estaba un poco fuera de mí porque por un segundo me pareciste… Annie. Y me invadieron muchas emociones.

Así que era cierto. Lo que había pasado entre nosotros tenía que ver con Annie. ¿Quizá con sus sentimientos por ella? Mis pasos se

ralentizaron automáticamente hasta que me detuve por completo. Todo mi ser se resistía a formular la pregunta que se imponía inevitablemente. Sin embargo, sabía que no tenía otra opción. Si realmente quería aclarar las cosas, tenía que preguntárselo.

—¿Estabas… enamorado de Annie?

—¿Qué? —Theo se quedó clavado en el sitio y negó con la cabeza —. ¡No! Por supuesto que no.

—Entonces… —Tragué saliva—. ¿No he sido una especie de sustituta de ella?

Theo abrió los ojos como platos.

—¿Eso es lo que creías? —En lugar de responder, me abroché la chaqueta de Theo. No porque tuviera frío, sino para tratar de reconfortarme a mí misma—. Sí, os parecéis mucho. —La voz de Theo era casi inaudible—. Pero eres completamente diferente a Annie. Nunca estuve enamorado de ella. Mis sentimientos por ella no eran románticos, sino más bien… —Se detuvo, buscando las palabras adecuadas; por fin, exhaló con frustración—. Sentimientos de culpa. ¿Sabes? Annie me gustaba. Aunque no como tú. Era una buena amiga. Tú, en cambio… significas mucho más para mí.

Sentía que el corazón se me iba a salir del pecho. Me hubiera encantado extender la mano y tocarlo. Pero también sabía que era demasiado pronto para eso. Porque aún faltaba una pieza del rompecabezas.

—Theo —dije, con la esperanza de que se diera cuenta de que iba en serio. Si quería que lo entendiera y le diera otra oportunidad, tenía que ser sincero conmigo—. ¿Qué pasó con Annie? Y… ¿por qué te sientes culpable?

Theo cerró los ojos un instante, pero los volvió a abrir enseguida y

respiró hondo. Podía ver cómo le daba vueltas al asunto, como si su subconsciente buscara una forma de eludir esas preguntas. Entonces hizo un gesto con la mano señalando el camino.

—¿Te parece bien si seguimos andando? No me resulta fácil hablar de esto.

—Por supuesto.

Volvimos a ponernos en marcha y caminamos en silencio durante un rato por el sendero escasamente iluminado, bordeando un muro bajo cubierto de hiedra. Incliné la cabeza hacia atrás, dejé que mi mirada se perdiera en las estrellas y le di a Theo el tiempo que necesitaba. En algún momento, cuando empezamos a divisar en la lejanía la silueta de la Casa Haverton, carraspeó.

—Annie no estaba bien. Tenía muchos problemas con su familia y… yo quería que se sintiera apoyada por mí. Por eso le prometí que iría con ella al baile. Ahora sé que fue una tontería. Pero en aquel momento pensé que así la ayudaría. —Al decir estas palabras, Theo parecía muy distante y, por la expresión de sus ojos, pude ver que estaba reviviendo los recuerdos de aquella noche—. Fue una fiesta bastante loca, yo… no me acuerdo de nada.

—¿Bebiste demasiado?

No me lo esperaba de Theo, al fin y al cabo, él mismo había dicho que no tocaba el alcohol.

—No, creo que fue algo más fuerte que el alcohol.

—¿Quieres decir que tomaste drogas? —solté. Theo apretó los labios.

—No voluntariamente.

Me mordí la lengua, porque, de pronto, me surgieron infinidad de nuevas preguntas, pero quería que Theo siguiera hablando.

—No recuerdo en detalle lo que pasó esa noche —continuó Theo después de que hubiéramos avanzado unos metros más—. A partir de cierto punto, no recuerdo absolutamente nada. Me dijeron que Annie y yo tuvimos una discusión. Bastante fuerte. —Exhaló audiblemente, luego entrelazó las manos detrás de la nuca, solo para soltarlas al instante—. A la mañana siguiente intenté hablar con ella. Pero estaba… diferente. No sé… me gritó, me cerró la puerta en las narices y después… —Theo se pasó las manos por la cara—. Simplemente se fue. Desapareció sin dejar rastro. De un día para otro.

Entonces… ¿se había marchado y había dejado Highclare? ¿Igual que Milou? O… Sentí que se me encogía el corazón al recordar el titular del artículo que me había enviado Kami. «La estudiante de Highclare Bethany Lawrence desaparece sin dejar rastro tras una fiesta».

—¿Está…? —balbuceé— ¿Está…?

Theo negó con la cabeza.

—No, no está muerta, si es eso lo que estás pensando. Pero no sabemos dónde está ni cómo se encuentra. Pocos días después de su desaparición, borraron todas sus cuentas de las redes sociales y, al tiempo, también se eliminaron todas las fotos que había de ella en internet. Como si nunca hubiera existido. Sus padres han suspendido la investigación y la academia se ha encargado de que el incidente no se aireara en los medios de comunicación. Lo último que necesita el director Lowell es mala prensa. —Theo resopló con desdén, pero era evidente lo mucho que todo aquello seguía afectándole—. Ninguno de nosotros ha vuelto a saber nada de Annie desde entonces. Ni siquiera Atlas. Probablemente esa sea una de las

razones por las que me odia tanto.

Theo hizo una pausa. Reflexioné sobre sus palabras. Todo ese tiempo me había preguntado por qué había reculado cada vez que teníamos un acercamiento. Pero ahora entendía que mi presencia le evocaba el recuerdo de una chica que había desaparecido y de la cual se sentía en parte responsable.

—Theo, tú no tienes la culpa de nada —le dije, buscando su mirada. Vale, los dos habían discutido. Pero él mismo lo había dicho: Annie tenía problemas, estaba pasando por un mal momento. Y sí, estaba enamorada de Theo. Pero eso no significaba necesariamente que su desaparición tuviera algo que ver con él. Sin embargo, cuando Theo me miró a los ojos por fin, me sorprendió el remordimiento que vi en los suyos.

—Oye… —Me acerqué a él hasta que nuestros torsos casi se tocaron—. Tú no sabes por qué Annie se fue de Highclare. Pero el hecho es que tomó una decisión. Ella y nadie más. Y tú no eres responsable de ello. ¿De acuerdo?

Theo no dijo nada, solo bajó la mirada, y entonces… no pude evitarlo. Atravesé los escasos centímetros que nos separaban y lo abracé. Al principio se quedó paralizado, pero solo por un segundo. Luego me atrajo hacia él y hundió la cara en mi pelo. Me estrechaba con fuerza, como si temiera que en cualquier momento pudiera desvanecerme entre sus brazos. Le acaricié la espalda y permanecimos así durante varios minutos, con mi mejilla apoyada en su cuello y la suya en mi frente. Estábamos tan en silencio que podía oír cada una de nuestras respiraciones. También el suave sonido que hacían sus dedos al acariciarme la espalda. Y el de mis labios al deslizarse lentamente por el cuello de Theo como si tuvieran vida

propia, recorriendo con cuidado su barbilla y buscando su boca. Cuando por fin nos encontramos, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Theo también aspiró aire abruptamente, pero respondió al beso de inmediato. Al principio muy suave. Inseguro. Avanzando despacio. Luego cada vez con más intensidad.

Era como siempre había sido entre nosotros: Theo tenía que tomar la decisión de superar la distancia que nos separaba. Cuando finalmente lo hizo, desapareció su timidez y me besó con más pasión que nunca. Me apreté contra él, le rodeé el cuello con ambos brazos y sentí que, por un momento, el tiempo se detenía. Solo existíamos Theo y yo. Sus labios, su lengua, su respiración entrecortada y mi nombre en su boca, que sonaba tan lleno de deseo que me enloquecía.

Cuando nos separamos, Theo tomó mi cara entre sus manos.

—He sido tan estúpido —susurró—. Todo este tiempo he intentado convencerme de que no sentía nada por ti. Pero… —Las comisuras de sus labios se curvaron en una media sonrisa—. Desde la tarde en que te vi trabajar con Twister, supe que eras diferente a todas las chicas que conozco. Y también… que tenía un serio problema.

—Así que un problema, ¿eh? —Le di un codazo en el costado y le sonreí de vuelta—. Muy bonito, señor Vanderton. De verdad.

Theo sonrió con una expresión tan auténtica que inmediatamente hizo que las mariposas volvieran a revolotear en mi estómago. Pero, antes de que pudiera decir nada, le puse un dedo en los labios.

—¿Sabes? Creo que yo tengo un problema parecido.

Una expresión de esperanza se dibujó en su rostro.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y crees que podrías darle otra oportunidad a este problema?

Con la yema de los dedos, le acaricié el cabello corto de la nuca y luego dejé que mis dedos se deslizaran por su pecho.

—Creo que sí. Pero… ¿crees que podrías prometerme algo a cambio?

—¿El qué? —preguntó él, ahora más serio, y sentí los latidos de su corazón bajo mis dedos.

—La próxima vez que sientas que quieres distanciarte, habla conmigo.

Su sonrisa volvió.

—De acuerdo. Te lo prometo.

—Y otra cosa. Y esto es muy importante para mí.

Una vez más, me puse de puntillas y posé mis labios sobre los suyos. Theo cerró los ojos y yo suspiré suavemente. Era tan agradable estar por fin cerca de él. Entre dos besos, le susurré:

—No más secretos.

Epílogo

Theo parpadeó. Las gotas de lluvia golpeaban la ventana del tejado; le encantaba ese sonido. Eso y… Muy despacio, abrió los ojos y sonrió al ver a Louisa, que estaba acurrucada junto a él bajo la manta, con la nariz enterrada en su camiseta. Le acarició el hombro con cuidado y respiró el aroma a bayas con un toque de vainilla de su pelo. Una sensación de calidez se extendió por su cuerpo; no podía recordar cuándo se había sentido así por última vez. Ni siquiera sabía si se había sentido así en algún momento. Tan plenamente feliz, tan ligero y libre al mismo tiempo y… Theo se quedó quieto.

Algo no iba bien. Al principio no sabía qué era ni cómo se había percatado tan rápido. Pero entonces volvió a fijarse y sintió cómo su cuerpo se tensaba de repente. ¿Cómo demonios había pasado?

Muy despacio, con cuidado para no despertar a Louisa, se separó de ella, rodó hacia un lado y se incorporó. Descalzo, caminó sobre el parqué hasta llegar a la pared, donde estaban colgados sus dibujos al carboncillo en una barra de metal. Ayer por la noche, cuando Louisa y él habían llegado juntos a su habitación, no se había fijado en aquel detalle. Estaba demasiado distraído, demasiado ocupado besándola y recordándose una y otra vez que lo que estaba surgiendo entre ellos era algo bueno. Pero ahora, bajo la luz del amanecer, era imposible no verlo. Allí, en la barra de metal… había

un sobre rojo.

Theo echó un rápido vistazo: Louisa seguía profundamente dormida. Así que agarró el sobre, rompió el sello y sacó una hoja blanca. Con los dientes apretados, leyó su contenido y se quedó paralizado. Luego volvió a leer el texto por segunda vez. Seguían siendo las mismas letras, las mismas palabras, la misma sensación de opresión sobre el pecho, asfixiándolo cada vez más. No podía ser. Simplemente, no podía ser… ¡Mierda!

Theo se pasó la mano por el pelo, tratando desesperadamente de mantener la calma, pero no lo consiguió. Creía que no era un blanco relevante para el juego del maestro. Al fin y al cabo, no tenía secretos. Excepto… ese. Ese único secreto que, sin embargo, nadie conocía. Ni siquiera se lo había contado a sus padres, ¿cómo era posible? ¿Sería solo un farol? No… Quienquiera que hubiera escrito ese mensaje, lo sabía. Su pasado volvía para atormentarlo. Había tratado de huir de él durante meses, pero ahora… ahí estaba, negro sobre blanco.

Theo apretó los puños. No podía perder los nervios. Tenía que mantener la calma. Pensar. Su mirada se posó sobre Louisa, que estaba allí tumbada sin sospechar nada, con el pelo extendido sobre la almohada. «No más secretos», le había dicho. El recuerdo de sus palabras le provocó un doloroso tirón en el pecho. Vaciló. Pero entonces tomó una decisión: volvió a meter la nota rápidamente en el sobre, lo guardó en un cajón del escritorio y le puso una pila de cuadernos encima, antes de cerrar el cajón y regresar a la cama. Se sentó en el borde y se quedó mirando a Louisa durante un momento: su rostro, el suave contorno de sus labios. Muy despacio, como a cámara lenta, se inclinó y le dio un beso. Muy sutil. Sin

embargo, ella reaccionó de inmediato, se movió y le devolvió el beso.

—Theo —susurró suspirando mientras abría los ojos. Entonces le dedicó una sonrisa que le destrozó el corazón.

Agradecimientos

Queridos amigos, no sé por dónde empezar. Probablemente lo mejor sea por daros las gracias a todos los que tenéis este libro en vuestras manos. Gracias por haber esperado tanto tiempo. Gracias por cada mensaje de ánimo en Instagram, por las cartas y los posts de todos los fans, que me emocionan hasta las lágrimas, y por toda la energía positiva que le aportáis a mi vida.



Y luego, por supuesto, a los sospechosos habituales. ¡Mi trío de superhéroes!

Tanja: recuerdo perfectamente el día en que se nos ocurrió la idea germinal para este libro y ambas supimos que tenía potencial. Como siempre, podría llenar muchas páginas diciéndote lo mucho que significas para mí. No solo eres Kami y Gary en una sola persona: también eres mi crítica literaria favorita. ¡Gracias, de todo corazón!

Anna: un buen amigo es alguien que te quiere a pesar de conocer tu *drama queen* interior y de saber cómo te comportas cuando tienes crisis creativas y plazos que cumplir. ¿Qué puedo decir? Anna, ¡eres una amiga INCREÍBLE! No solo porque siempre encuentras el GIF perfecto para cada situación, sino sobre todo porque siempre estás ahí para mí y me agarras de la mano cada vez que tengo que enfrentarme a la crisis de la página en blanco.

Christiane: llevo media hora mirando la pantalla y dándole vueltas a cómo expresar en unas pocas líneas lo maravillosa que eres. ¿Qué puedo decir? No tengo palabras. Así que solo te digo esto: Jamie te ha lamido, ¡y eso lo dice todo! (Y para todos los que os lo estéis preguntando: Jamie es mi poni :-D Y solo le da besitos a las personas estupendas :-D).



Miles de besos también para

…mi familia. Por todo.

…Jamie: conejito, eres mi vía de escape diaria y la alegría de mi vida.

…Tanita y Nora: gracias por leer mis borradores y por ser mi equipo de *cheerleaders* personal.

… Debora: por tu sincera opinión siempre que he tenido dudas.

… Marina: por las incontables e increíbles conversaciones en los establos.

… mi editora Kathin. Gracias por luchar por mí hasta el final y por sacar la mejor versión de esta historia.

… el equipo de la Editorial Arena, que ha puesto tanto trabajo y cariño en este libro. Gracias especialmente a Nikoletta, por poner todo de su parte en este proyecto, a Florian, a Desiree y a Anni.



En fin, siempre me cuesta muchísimo terminar mis agradecimientos, así que seré breve: ¡Nos leemos, queridos! ¡Hasta el segundo volumen!

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@uranoworld.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA /MundoPuck /Puck_Ed /Puck.Ed

LATINOAMÉRICA /PuckLatam

/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

PUCK